

Antipolítica y conflictos de gobernabilidad

Luis Barragán J.

Caracas, 2001

Notas sobre política y gobernabilidad

Hablamos de una rutina de la conflictividad que nos ahoga con sus distintas manifestaciones. Nada se resuelve entre los disparos verbales que, a veces, van más allá. Lo que tenemos, esta vez la democracia, no ayuda a resolver nuestros problemas, aunque ella permita – al menos- reclamar el derecho a ventilarlos.

Hastados, nos arrinconamos en la apatía. Asqueados, despreciamos la política. Y la indiferencia y el descrédito autorizan la apuesta por otro modo de vida que aleje, precisamente, el bullicio de los conflictos ajenos, así descubramos tardíamente la represión de los propios.

Espectadores, no reflexionamos en torno a las experiencias de otros tiempos, creyendo absolutamente novedoso el presente. Y para conservar la butaca, aplaudimos a aquellos que más nos distraen en la escena.

Transmitimos con facilidad una noción del poder que, siempre, nos condena a la galería y, con un poco de esfuerzo, a los patios centrales. No hay vínculos consistentes entre los avatares personales y los colectivos. La suerte del otro y de los otros pertenece a otro y, acaso, a otros. Jamás puede pensarse en niveles de compromiso cívico, pues, simplemente éste no existe, adulterado y sacrificado en el altar de la inmediatez : alguien hará el favor de conducirnos hasta las riberas de la felicidad proclamada y, si fuese de un modo violento, los riesgos serán siempre ajenos.

Del elenco presidencial se asoman Marcos Pérez Jiménez y Juan Vicente Gómez como los mejores. Dictadores que gozan de la estima hogareña, a juzgar por la preferencia que manifestaron los venezolanos comprendidos entre 9 y 17 años de edad, según la paradójica muestra publicada por una organización no gubernamental (CECODAP. “Voces para el Cambio”, Caracas, 06/96, Nr. 6). Un dato que no luce relevante para los que se dicen fervientes combatientes por la democracia y la libertad.

La política es concurso de voluntades, ideas e iniciativas que llevan la carga irremediable del conflicto y por ello, no se le entiende sin la democracia. La intranquilidad es frecuente, aunque tienda a disminuir el riesgo: los regímenes de fuerza pretenden desterrarla, aumentándolo.

Accedemos de un modo u otro a los espacios públicos. La inconformidad es el mejor visado para recorrerlos. Sobran los problemas, siendo diferentes las direcciones que se ofrecen para abodarlos y, en lo posible, resolverlos. No hay otro vehículo que el debate. Sin embargo, insurge el sentimiento, la intención y el esfuerzo de liquidarlo y, a la postre, deshacerse de los espacios comunes en nombre de una serenidad que es aislamiento.

Manifestamos nuestro repudio a quienes ofician esos espacios, acreditándoles sendos vicios y errores, reales e imaginarios. En lugar de probar otra alternativa, optamos por dinamitar

las avenidas, veredas y puentes: ya no son los políticos, sino la política misma la que estorba. Y puede que, en las vecindades de unos comicios presidenciales, nos inclinemos por la fórmula definitivamente.

Dos elementos atentan contra la gobernabilidad democrática: la creciente convicción de la violencia como único camino para solventar las dificultades, por pequeñas que sean, y – podemos llamarlo- el agigantamiento de los perdedores.

En un sentido, se pide “mano dura contra el hampa”, sin aviso de las razones que la producen y, aún creyendo, que la severidad cada vez más marcada de las normas impedirá el problema real de la impunidad. Constituye una manifestación de la violencia que anida en el hogar y en otros ámbitos, traduciéndose necesariamente al político, pues, construir el camino para el diálogo y el consenso pacífico de las soluciones se hace más difícil, a favor de la violencia. Ocurre que ésta, difusa, todavía no tiene un signo, pero lo puede literalmente tpmar por asalto.

Y, en el otro sentido, la frustración tiene efectos expansivos. Antes, la educación era una ruta segura para el ascenso social y, hoy, prácticamente es un mito, aunque sean claros los indicios de una economía del conocimiento o la llamada sociedad del saber, como horizonte previsible. Sencillamente, no hay una correspondencia entre los valores y su sustentación material. Y aún antes de aplicar un conjunto de medidas razonables de estabilización macroeconómica y de reformas estructurales, hay un saldo creciente de perdedores: el esfuerzo y la creatividad no resultan compensados y, quizá, siendo lo primero que se tiene a la mano, la moralidad o el moralismo se imponen como medida de todo el desastre, porque son otros los que impiden nuestra felicidad personal –antes que colectiva- y hay que pasar factura.

De esta manera, el liderazgo establecido y por establecerse tiene un rico campo de promoción. Las expresiones de la denominada antipolítica, afianzadas por la demagogia y la banalidad, cuenta con estas ventajas comparativas desenfocando a quienes se empeñan en una vía más responsable para dirimir nuestras diferencias.

Lo anterior no escapa al proceso de formación de la opinión pública. Creemos en la libertad de expresión, pero también es importante observar que la reiterada campaña negativista, ya no frente a determinadas expresiones políticas sino el sistema democrático mismo, abona a un desencanto generalizado. En lugar de relevar al líder en boga e impulsar a otros que lo hagan bien, cuestionamos abiertamente la democracia y ésta, vacía de sentido, podemos sustituirla con relativa facilidad.

La noticia tiene por especial rasgo el escándalo. Y un escándalo sucede a otro escándalo. No está mal que ocurra, pues los trapos sucios deben sacarse, pero olvidamos pronto la otra noticia: cómo resolver el asunto y si hay posibilidades ciertas de hacerlo. He acá el espectáculo. No hay remedios ante la constante gravedad del enfermo, de los otros enfermos, del personal médico y paramédico y, simplemente, debemos derribar el hospital: preferiblemente con todos dentro.

El sacrificio de la política

Hay una innata pureza moral que nos pone a salvo. Incontaminados, juzgamos con extrema comodidad a los actores. Renunciamos al libreto y a la misma posibilidad de suplantarlos. Quizás no debemos perder tiempo en los parlamentos, porque bastan las seductoras acrobacias. Y, lo más grave, los protagonistas así lo aceptan, esmerados en un duelo de estereotipos que predisponen a la audiencia.

Arriba se encuentran los mejores supervivientes de la crisis con sus intereses y motivaciones intactos. Acá coincidimos los peores sobrevivientes, con la seguridad de nuestras más limpias intenciones, aunque raramente las evaluemos.

Apelamos a la artillería moral, a falta de ideas. No hay una básica y compartida ilusión, al menos, la de encontrarnos en los foros públicos con nuestras gracias y desgracias. Ellos fallaron, porque “la complejidad de la vida social exige más riesgos y, sobre todo, más imaginación política “ y nosotros también, pues, “la política como la razón se define antes por el camino hacia la verdad que por la verdad misma” (Maestre, 1996: 92 y 147): sacrificarla constituye un acto de absoluta gratuidad.

Asistimos a un permanente enfrentamiento de los poderes formales e informales, descubrimos el costo y la ineficiencia de las políticas públicas, indigna el largo kilometraje de la corrupción que igualmente mueve al sector privado o llegamos a detestar toda modalidad de compromiso. Negamos la naturaleza y alcance de los partidos, como un medio de combate contra los establecidos, abnegados rentistas de un pasado en el que les fue mejor, exaltando una sociedad civil que –en su inclemente crítica e incomprensión hacia ellos- demora en organizarse, sin que aparezcan en el horizonte otras manifestaciones políticas cualitativamente superiores. Doble tardanza que dibuja un fenómeno llamado la antipolítica, cuyo sentido y características parecen muy distintos en este lado del mundo.

La ausencia de propuestas innovadoras y de profundo aliento, acordes a una visión coherente del mundo y de las cosas, cede espacio a los procedimientos: otra es la (in) formalidad de nuestras relaciones cívicas. El espectáculo justifica toda diligencia que pretende no llamarse política, alentada por la mercadotecnia.

Los vicios y errores en los que ha incurrido la política como oficio se agudizaron de tal modo que la pérdida de la confianza, su materia prima, ha derivado en una aparente negación, pues, haciéndola, cuestiona los medios institucionales disponibles para hallar otros –como en Europa- o, en definitiva, prescindir de ellos –como en Venezuela- reforzando un imaginario de unanimidad y simpleza de la sociedad que no requiere de intermediaciones, pues, parece suficiente la directa comunión con sus (potenciales) líderes. Y esto está necesariamente ligado al mesianismo que suponemos ausente en buena parte de las democracias maduras.

Digamos que los antipolíticos resultan más importantes que la antipolítica, sagazmente indefinida tras los acostumbrados señalamientos a esos errores y vicios en un clima de mínimas libertades públicas que permite, por una parte, banalizar los problemas padecidos como si fuesen fruto exclusivo de la desidia o incapacidad personal de los aprovechados dirigentes de esta hora; y, por otra, valorar políticamente a figuras afamadas o reconocidas

por sus éxitos en otros campos, aunque carezcan de trayectoria en los asuntos públicos o no emitan una idea más o menos enhebrada y consistente al respecto. Habría que apuntar la predilección por el mercadeo de estas figuras que ceden su nombre a (sus) efímeras entidades de sustentación electoral, aunque no haya patrocinantes más laboriosos que los medios audiovisuales que las apoyan, en un momento dado, y argumentos más válidos que la triunfal y visrosa carrera ejercida en otros ámbitos.

Tendríamos que destacar a los que, provenientes del propio terreno político, ensayan fórmulas propias de los antipolíticos. Esta vez, hay una mayor sinceridad en el desafío frente a la denominada política institucional, sumergida en un corriente persistente de opinión que la adversa o tiende a adversarla.

Las prácticas y contenidos enunciados no reportan una renovación del debate. A tenor de lo que ocurre en Venezuela, la antipolítica no es “nueva política” frente a la “política convencional”, pues, asume las convenciones propias del mundo publicitario, algo evidentemente distintivo de otras experiencias en el mundo afianzadas por la desobediencia civil, la lucha por el reconocimiento y desarrollo de otros derechos o la intensificación de un activismo genuinamente ciudadano.

Lo supuestamente anómalo adquiere prestancia en la polémica pública comenzando por la abstención militante en los comicios, soportando la presencia de los célebres “encapuchados” en las calles y hasta celebrando las intentonas golpistas, evidentemente sorpresivas en virtud de sus actores, intenciones y argumentos. De acuerdo al criterio académico, podría deducirse que la antipolítica es un dato histórico entre nosotros, ya que la ilustraron movimientos como el de la Renovación, en la Universidad Central de Venezuela, o el Poder Joven en la transición de las décadas de los ‘60 y ‘70. Ambos daban cuenta de un esfuerzo básico de organización y discusión de vocación expansiva. Vale decir, de razones y emociones que no se compadecen con las actuales expresiones que restan a la visión “clásica” del fenómeno.

Una inicial aproximación consiste en el carácter transitorio y, habitualmente, oportunista de nuestras adhesiones. Los índices de participación lucen bajos en contraste con su vehemente reclamo: un estudio realizado por enero de 1996, en las ciudades de Caracas, Maracaibo y Mérida, relacionados la pertenencia y grado de participación en las sociedades intermedias revela lo siguiente: en la Iglesia o movimiento religioso, el nivel de pertenencia es de 51%, mientras el de participación activa alcanza el 19%; el club o asociación deportiva, 24% y 14% respectivamente; sindicato o asociación profesional, 23% y 10%; asociación de vecinos: 20% y 8%; sociedad educativa, artística o cultura, 17% y 9%; y partido político, 16% y 10% (Consultores 21, 1996a: 37). Además, tres años antes, lucían superiores esos niveles de participación considerando tres agrupaciones: religiosa, deportiva, recreativa o cultural, pasó de 22% en 1993 a 10% en 1995; recreativa, cultural, religiosa y sindical de 16% a 7%; deportiva, vecinal y partidista de 9% a 3%; sindical, vecinal, recreativa y cultural de 6% a 8%, mostrando una ligera mejoría; partidista, religiosa y deportiva de 6% a 2%; y partidista, sindical, recreativa y cultural de 6% a 13% (Consultores 21, 1996b: 37).

La militancia partidista ha disminuído dramáticamente, como si bastara para cuestionar la misma institución partidista . No sólo el modelo de masas generalmente adoptado en Venezuela ha degenerado, sino que otras manifestaciones de la llamada sociedad civil tampoco experimentan un crecimiento proporcionalmente significativo, por lo que las actitudes e iniciativas antipolíticas tienden a invalidarlos, privilegiando la espontaneidad y temporalidad de los compromisos colectivos que - en definitiva- no son tales por su inconsistencia en el tiempo.

Huérfanos de mediaciones socialmente valederas, asumimos una conducta arbitraria y, a veces, caprichosa cuando no abierta o solapadamente fascistoide. Solitarios, pueden contentarnos nuestras indigencias materiales y espirituales, resignados a no alcanzar una plenitud de vida, sin que “la sociedad se nos (presente) entonces como (la) que proporciona aquellas condiciones de existencia y de desarrollo para la persona, de las cuales ésta tiene precisamente la necesidad” y “no (lo) puede lograr por sí sola; es partícipe de la sociedad de los bienes esenciales” (Maritain, 1947: p. 42).

Luego, los medios supuestamente no convencionales para realizar la inevitable política, descansan en la ocurrencia y saturación de otras soledades. Recordemos que Cicciolina ofreció su cuerpo para solventar las diferencias con Hussein en 1991, y Susana Díaz, la vedette que alcanzó un escaño en Perú, mediante una particular campaña, asume un estilo parecido, aunque ha suscrito proyectos de leyes referidos a los recursos naturales y propiciado el cambio de nombre de los Juzgados de Niños y Adolescentes . Una gesta heroica de la voluntad individual remedia los grandes y pequeños problemas, más allá del encuentro de las distintas voluntades marcadas por la sobriedad de una reflexión que hurga en el subsuelo de los acontecimientos.

La difícil gobernabilidad

Preferimos las abstracciones generosas de redención social que no comprometan nuestra vida cotidiana. Deslegitimamos lo existente, sin ensayar una distinta legitimidad. La violación de los derechos humanos, el incumplimiento de los contratos colectivos o el gobierno que atenta contra el Estado mueven –apenas- a la momentánea indignación, esquivando otras posibilidades concretas de convivencia ciudadana.

La dura prueba que experimenta la gobernabilidad y, además, la gobernabilidad democrática, está en la anomia que nos embarga. Desarrollamos patrones paralelos de conducta a los institucionalmente pautados, huérfanos de objetivos duraderos. La ironía está fielmente retratada por los celebérrimos “encapuchados” . Protestan tercamente en las calles, salvo los fines de semana y días feriados, incapaces de articular una propuesta política, organizándose para regularizar una opción diferente a la de provocar desórdenes públicos que afectan directamente a los sectores presuntamente favorecidos por su mensaje: es el camión-cava incinerado que deja sin empleo a su modesto conductor, las piedras y gases que tupen las vecindades, el malestar de transitar lentamente la ciudad, ignorados el sentido estratégico y la propia conceptualización de sus recurrentes representaciones simplistas (la lucha de los pobres y ricos, el imperialismo, el nacionalismo, la corrupción o la represión), expresan un problema de orden público antes que uno de naturaleza política.

Y, salvando las distancias, tiene correspondencia con lo que ocurre en las juntas de condominio o en las comunidades educativas inertes.

Se puede sobrevivir violando las normas, como dice Pérez Schael . A diferencia de lo vivido en otras latitudes, acá no cuestionamos el grado de desarrollo alcanzado por la democracia, a la que –inevitable- se apela en términos retóricos: para la antipolítica, sustentada en el prolongado aprendizaje de un populismo que se hizo cultural, lo esencial está en el asistencialismo sistemático, los subsidios y créditos que comporten un rápido beneficio individual, antes que la eficacia y eficiencia del servicio público y la claridad o transparencia de unas reglas de juego que permitan elevar la calidad de vida e igualar las oportunidades para alcanzarla. La calamidad reside en que la renta petrolera ya no alcanza y la imaginación, la disciplina y el trabajo se ofrecen como el camino más adecuado a los fines de la prosperidad y la equidad. Y esto compromete la suerte de la democracia misma, aunque los expertos indican que la probabilidad de supervivencia a tres años de crecimiento negativo de un régimen no democrático se ubica en 33%, frente al 73% de los regímenes democráticos, en América Latina: éstos pueden mantenerse a cuatro (57%) y cinco (50%) años, mientras aquél desaparece (Alcántara: 181, nota 2).

La conspiración contra el sistema y su lógica de funcionamiento no pasa por la consideración de los problemas fundamentales, las razones que legitimen el cambio, sino la explotación emocional de un electorado que es, ante todo, televidente, con las características señaladas por Giovanni Sartori en una pequeña y reciente obra, ampliamente recomendable: “Homo videns. La sociedad teledirigida”, por no citar los estudios de Antonio Pasquali. Y ello impone la búsqueda y mantenimiento no convencional en el poder que, precisamente, dentro y aún fuera del sistema, le restan mortalmente legitimidad. Después, como ha ocurrido en Ecuador con Bucaram y en Perú con Fujimori, la agravación de los problemas está encubierta por un ejercicio espectacular del gobierno que derivará en la defenestración o el más vulgar de los autoritarismos.

En Venezuela no llegamos, por fortuna, a la gran calamidad de las organizaciones de extrema derecha, las bandas urbanas xenófobas o los nacionalismos beligerantes. Pero priva el sentimiento antipartidista, expiando las culpas, como rasgo fundamental de la antipolítica. Ha observado Elsa Cardozo: “El caso es que partidos políticos, legislaturas, judicaturas e incluso los mecanismos mismos de la participación política, no sólo cargan con un enorme desprestigio, sino que -no por casualidad- son tema favorito de la antipolítica en el que -genéricamente hablando- coinciden en América Latina residuos más o menos fuertes de la insurgencia guerrillera, organizaciones asociadas al narcotráfico y a grupos paramilitares, nuevos participantes en la actividad política - incluidas ciertas agrupaciones no gubernamentales, candidatos presidenciales que se presentan a sí mismos como outsiders” y, además, “con particular intensidad los medios de comunicación, cada vez más semejantes a la ingeniosa y perversa Invención de Morel con poder para recrear imágenes y acontecimientos” (“El desprestigio de la política ... y la revalorización de lo político”, Economía Hoy, Caracas, 11/03/97).

Una muestra tomada en el cuarto trimestre de 1994, revela que las instituciones que más trabajan por el país son – en este orden- los medios de comunicación, la Iglesia Católica, las Fuerzas Armadas, el pueblo, el gobierno actual, la empresa privada, los sindicatos y, por

último, los partidos (Consultores 21, 1996 a : 214) . Por consiguiente, la captura del poder descansa en la descalificación de los partidos, aunque – de hecho – los comités electorales y el propio entorno de los candidatos sean tales, privilegiado un discurso maniqueo y voluntarista que los releva de todo esfuerzo y responsabilidad de organización en la marcha ascendente. Coincidimos en que “la política convencional deja vacío un espacio de interacción pública, en el que todo este elenco de motivaciones emotivas se une a un sentimiento de desencanto motivado por la aproximación pragmática de los partidos políticos a posturas cada vez más centrales y menos discordantes en la arena política. Este espacio vacío y la desilusión (sic) de quienes pusieron altas expectativas en la comunicación política coinciden con la capacidad de articulación colectiva de determinados sectores sociales, que deciden optar por explorar vías y fórmulas de acción pública alternativa” (Funes: 127), excepto que esa articulación no viene – en Venezuela- de las bases ciudadanas, sino éstas sintonizan –en determinados momentos- con ella, lo siempre ajeno o extraño, preservada la condición de espectadores. Y, además, “las habituales imprecaciones contra ‘la democracia’ por la no satisfacción de necesidades económicas o sociales o la no reparación de injusticias lo son contra el sistema político y sus disfunciones e ineficacias” (Alcántara: 205), habida cuenta que somos un país inmensamente rico y siendo corruptos todos los políticos, bastará con pulverizar la política y la corrupción para el disfrute de esa riqueza de la cual somos sus incuestionables titulares (Zapata: 193-195).

Adicionalmente, tenemos la pésima costumbre de incurrir en los fraudes comiciales, quizás menores de los que se denuncian. No obstante, se nos antoja profundamente arraigada la convicción del poder ejercido delictivamente por los partidos. Y, siendo la incertidumbre inherente a toda democracia, en materia electoral resulta inadmisibles (Cansino: 4), más aún cuando son los partidos, sustentos básicos de la institucionalidad, los que no dan un testimonio fehaciente de democracia interna, así sus críticos más acérrimos aspiren a cargos de pública elección sin otra consulta que la de la propia voluntad.

Los estratos más bajos de la población están más expuestos al despliegue misilístico del mensaje, pero son las clases medias, con mayor acceso a la educación y bienes materiales, las más entusiastas cuando salen de su indiferencia: “Es decir, no son los sectores marginales con carencias evidentes los que desconfían, critican y se posicionan al margen de las instituciones democráticas tradicionales, sino aquellos que podrían considerarse la muestra del éxito del sistema” (Funes: 128). Y, como refiere Calderón, el ascenso de Berlusconi en Italia o Collor de Melo en Brasil constituye el mejor ejemplo, observando que –ahora- los pobres y los políticos no tenían oportunidades de mejorar el país, según una encuesta realizada en Bolivia.

¿Cómo realizar la gobernabilidad que es conjunción de legitimidad, eficacia y eficiencia?. Que “sean los ‘agentes políticos’ (Estado y partidos políticos) quienes menos pesen en la formación de lo que es democracia es algo que no debería subestimarse. A fin de cuenta son y forman parte de ese mundo, real y concreto, con quienes los individuos mantienen múltiples y variadas relaciones. Con frecuencia son, también, el contenido de las comunicaciones de los medios. Aunque la matriz de opinión adversa a ellos les quita su capacidad de modelaje positivo, la banalización de su papel puede contribuir a que la democracia derive en espectáculo y los ciudadanos en simples espectadores” (Consultores 21, 1996 a : 56 s.). De esta manera, toman papel preponderante los medios de

comunicación social y quienes a ellos acceden, y sus variados productos: “Por estas calles” fue una exitosa telenovela que esquematizó groseramente el hecho político, influyendo poderosamente en las opiniones de su vasta audiencia.

Los medios audiovisuales están dirigidos a los mercados recreacionales y, aunque pueden tramitar la opinión pública, naturalmente descansan en el efectismo. Las discrepancias, diferencias o conflictos reciben el respectivo tratamiento y, a menos que sinceren su esfuerzo por capturar directamente el poder, convertidos en instancias esenciales para la gobernabilidad, provocan un absceso de expectativas frecuentemente infundadas resumidas en un personaje estelar. Es decir, lo público es un juego atractivo de luces con una estrella central que encaja bien con el individualismo igualmente forzado en la Venezuela actual, donde hay una marcada inclinación por hacerse justicia por mano propia ante la flagrante ausencia del Estado.

El espectáculo está hecho de respuestas polarizadas o reactivas, en provecho de las irritaciones y frustraciones soportadas. Estas no admiten una valoración más serena y específica, sino que se igualan hasta trepar la victimización de todos. Y así como surge el protagonista en el episodio definitivo, relevándonos de las preguntas y solventando toda dificultad, esperamos el paso de un caudillo iluminado que finiquite los problemas de nuestra fatal coexistencia.

En este constante corto-circuito del sistema, el salvador se presentará imprevistamente. De poco valdrán las lecciones históricas, pues, si fuese por él, habida cuenta de los largos años de dictaduras y guerras civiles acumuladas, seríamos una superpotencia privilegiada.

De repudio a las prácticas políticas, eludiendo la fundación de otras, se ha hecho Venezuela, aunque los dictadores deban irremediablemente hacerla, a su modo. La de Gómez, por ejemplo, estuvo “hecha de tantos pasos atrás como adelante, y que no forman su entramado sólo afirmaciones intransigentes sino también concesiones habilidosas”. Algo semejante ocurrió con Franco en España, pues supo “utilizar la discreta y prudente táctica de dejarse querer y, sobre todo, no dar la sensación de ser ambicioso ni de considerarse indispensable, sino de constituir el único punto posible de coincidencia y aspirar a poco”. Hay una radical diferencia: jamás emergieron los mecanismos íntimos del poder, durante ambos mandatos. Fue muy tarde cuando la percepción ingenua devino trágica.

No es posible gobernar democráticamente con altos índices de despolitización, a menos que, en el fondo, tengamos un régimen despótico, arbitrario y caprichoso. Y, en medio de la crisis, constituye un suicidio más que una debilidad, al “no contar con el apoyo de la mayoría cuando (la) capacidad distributiva disminuye”, minusvalorando la democracia (Alcántara: 188).

Los productos del sistema político deben conocer de sendos circuitos virtuosos, elevando cualitativamente la atención hacia los asuntos comunes, algo que los partidos irresponsablemente abandonaron en atención a sus meras faenas electorales. Son los “constitutiv(o)s de las acciones o de los resultados de las actuaciones de los elementos formalmente institucionalizados del sistema político adscritos al ámbito del Estado”, que

obliga a apreciar y cuestionar uso estratégico de recursos para aliviar los problemas nacionales” (Alcántara: 106), siguiendo a Chandler y Plano. ¿La antipolítica no informaliza esa atención, propiciando sendos bloqueos de información en aras de un espectáculo que, a la postre, provoca la bancarrota de lo político?.

Ciudadanización del sistema

Democracia es fin de la arbitrariedad y violación de los derechos humanos, en cualesquiera de sus generaciones. Perfeccionarla significa darle contenidos ciudadanos (normativos, procedimentales, vivenciales), dispuestos a la expresión, sufragio, elegibilidad fuentes alternas de información, libre competencia, desobediencia civil.

Ella es considerada el mejor sistema (Zapata: 221-225), pero se nos antoja una meta inalcanzable. Agotados los existentes, ¿hay otros caminos capaces de dirimir nuestras diferencias, generando valores y principios para reconocer y administrar nuestros intereses?: “Se trata, pues, de poner en práctica el postulado cartesiano de la modernidad, que no es otro que de lo diferente puede surgir algo en común, es decir, frente a la semejanza medieval, reconocer y aceptar el conflicto como fuente de consenso y poder” (Maestre, 1994: 33) .

La antipolítica es un recurso electoral o – mejor – de campañas electorales que al espectacularizar la política, la trivializa, explotando a fondo el sentimiento antipartido. No guarda correspondencia con otros estilos y contenidos innovados, ni con los movimientos sociales emergentes que apelan a mecanismos mínimos y racionales de entendimiento. Y si la política luce como una “aportación procesal resolutive de aspectos técnicos, (y) es una respuesta a las constricciones estructurales implícitas en la organización socioeconómica en cada nación” (Alcántara: 122), no encuentra aquélla mejor póliza que la sobresaturación especulativa de los estigmas: los iluminados de esta hora tienen en sus manos la clave de bóveda de nuestra felicidad perdida y para qué indagar sobre los planes de ajuste y reforma estructurales o la incapacidad de respuesta de las barriadas y urbanizaciones frente al crimen y al Estado que tiene el monopolio de la violencia. Más importantes son los temas morales, seguidos por los del país, la religión, el sexo que la política (Zapata: 200-202), y sobre ellos –manipulándolos- cabalgan sus enemigos en un contexto de competencia desleal, otro dato importante.

La ciudadanización no comienza en los partidos, lamentablemente. Y deberán pagar un precio alto por ello, lo que no significa destruir todo el sistema.

La ciega adhesión, pareja a las experiencias verídicamente autoritarias en el seno de los partidos democráticos mismos, provocará el infarto de rigor. La organización es un pivote desesperado para el ascenso o la estabilidad social, sacrificada otra noción de compromiso.

La militancia tampoco puede tratarse en los términos de un mercado cautivo, suerte de recipiente de todas las maquinaciones de los cuadros directivos, teniendo como doctrina la descarga inclemente de publicidad, como ideología el efectismo y como programa la inserción en un populismo doméstico que promete extenderse con sus favores, prebendas y “conquistas” de estatus social. Quizá la antipolítica, como la entendemos, nació en los

partidos que se dicen democráticos y naufragan al contradecir el credo, adulterando la agencia de socialización política, pública, cívica. En definitiva, el cambio los espera o sucumbirán arrastrándonos a todos.

El 63% de los venezolanos considera que “sin partidos no puede democracia” (Zapata: 214). He acá todavía una oportunidad extraordinaria para recuperarse y ganar la confianza, aceptando los retos de ambientes francamente hostiles, como los propios medios de comunicación social, según dijera en alguna parte Humberto Njaim.

Es necesario convencerse que el la actualización de los partidos, propios de la órbita estatal de la política, sugiere la actualización de las sociedades intermedias, fuera de esa órbita. Ambas dimensiones hacen la política y los partidos no deben extralimitarse, auspiciando el desarrollo de la llamada sociedad civil para cumplir cabalmente con su misión, tan particular y especializada. Los movimientos antipolíticos, de mejor definición que la antipolítica misma, no pueden perdurar a través de la crítica y de la autocrítica, dos piezas maestras de la vitalidad cívica y tampoco, siendo prácticos, pueden formar y generar cuadros responsables y preparados para la tarea de gobernar, aunque les ofrecen la oportunidad tomándolos prestados sin otro sentido que el del aprovechamiento – obviamente- oportunista. Y si se trata de hacer oposición, no queda otro camino que el de la oposición legitimadora de una democracia que ha de sobrevivir a sus circunstanciales actores, frente a la deslegitimación irresponsable de los antipolíticos.

Legitimidad que debe ser igual o superior a la alcanzada por expresiones de la llamada sociedad civil también en el campo de la eficacia y de la eficiencia, por ejemplo, refiere un informe del Centro al Servicio de la Acción Popular (CESAP) : para 1995 realizaron actividades de desarrollo rural, salud, asociaciones de vivienda, desarrollo comunitario, atención al niño, cooperativas, indígenas, cultura, ambiental, abastecimiento y economía solidaria con 232 grupos, con 109 proyectos de los cuales 22 fueron ejecutados, 69 en ejecución y 18 sin información . ¿Hay demostraciones equivalentes y de acuerdo los específicos fines en los partidos? o, mejor, ¿los antipolíticos ofrecerán un testimonio semejante?.

Los movimientos ecológicos, pacifistas, indigenistas, deportivos, religiosos, feministas, culturales, de derechos humanos y hasta de homosexuales, ¿no tienen lecciones que dar a propios y extraños?. Parte de la crisis de nuestros partidos se debe a las flaquezas de las sociedades intermedias: una lección irrefutable para los críticos exacerbados de la institución partidista, más allá de la ejercida sobre determinados partidos.

Sobran las recomendaciones: elevar la cultura política es una de ellas. Obliga a reencontrarse con la comunidad de comunidades ciudadanas, subrayando los valores de la integración que no, unanimidad ciega y asfixiante. Refiere un académico de la Complutense: “El abandono de la ética laboral calvinista y la consiguiente autopercepción hedonista expresiva del individuo, la crítica a la competencia por el status individual y la exigencia de una mejor organización solidaria del trabajo colectivo, una menor obediencia ciega al Estado y una mayor crítica a las instituciones públicas, son elementos de una nueva cultura que han entrado a formar parte no sólo de los nuevos movimientos sociales, que emergen y operan en determinadas coyunturas, sino que han modificado en buena medida

las actitudes del común de los ciudadanos y amenaza a las élites políticas y sindicales con desplazarlas de sus privilegiados puestos directivos” (Maestre, 1994: 147s.). Y, si nos referimos a los valores postmaterialistas, los venezolanos le otorgan mayor importancia a la participación del pueblo en las decisiones importantes, la protección de la libertad de expresión y el logro un país más humano (Zapata: 44). Luego, ¿podrán abonar acá los antipolíticos o asistiremos a una sobreilusión de participación, libertad y humanización?. La ingobernabilidad da sus notas más allá de la impericia y tozudez o el mantenimiento de las pautas tecnocráticas, para discrepar de Maestre (1996: 16).

La gobernabilidad no se decreta y, como refiriera Cardozo, es necesario asociarla a algo: la cultura democrática y el buen gobierno con buenos gobernantes, elevando la capacidad de entendimiento y de los recursos disponibles, sancionando rigurosamente a quienes faltan a las reglas del juego y abusan delictivamente de la confianza pública, a nuestro modo de ver. La impunidad política es otro dato de absoluta relevancia.

Somos una sociedad cada vez más compleja y resulta toda una tentación la de promover cómodamente las respuestas más simples.. Las generaciones más recientes jamás supieron del toque de queda y la represión masiva de febrero de 1989, sorprendidas, y no se resignan a las fatalidades de un modelo económico colapsado. Sin dudas, arrastrará al poder político, al modelo de toma de decisiones cada vez menos representativo y participativo, mostrando sus flaquezas. El Estado que ni siquiera cumple con su responsabilidad punitiva, ¿para qué sirve?. Además, como refería Alain Touraine, si mal no recuerdo, para qué sirve una democracia como conjunto de procedimientos y nada más.

El buen gobierno (qué es, cómo, cuándo y con quiénes alcanzarlos), nos interpela y baña todos los aspectos de la vida pública y privada, en sus múltiples dimensiones, aunque haya injertos increíbles como el llamado “neopopulismo”. Luce vital revincular las vicisitudes personales con las colectivas, como el paso inicial para superar esta dispersión que crece como un tumor maligno, creyéndolo un pasajero dolor de cabeza.

Frente a los antipolíticos urge redescubrir justamente la política, lo que fuerza a redescubrirnos con nuestras convicciones y proceder políticos. Es oportuno, finalizando así nuestra intervención, Maritain: “Para ser un buen político no basta, pues, con ser piadoso, justo, santo. Hace falta además el conocimiento de las técnicas útiles para el servicio del bien común; y hace falta sobre todo el conocimiento de los valores humanos y morales implícitos en el bien común, el conocimiento del campo de realización social y política y, si así puede decirse, de la faz política de la justicia, de la amistad fraternal, del respeto de la persona humana y de las demás exigencias de la vida moral” (Maritain, 1966: 163).

Notas básicas:

Alcántara Sáez, Manuel. “Gobernabilidad, crisis y cambio. Elementos para el estudio de la gobernabilidad de los sistemas políticos en épocas de crisis y cambio”. Fondo de Cultura Económica. México, 1995.

Calderón, Fernando. “Debilidades y fortalezas de la política: anticipo de los resultados de la encuesta sobre seguridad humana en Bolivia”. URL: <http://guf.pnud.bo/claves6/calder6.htm>.

Cansino, César. “21 de agosto: de la incertidumbre a la ambigüedad”, URL: http://www.iztalapa.uam.mx/iztalapa/topodrilo/36/td36_04.html.

Consultores 21/ Instituto Republicano Internacional. “Cultura democrática en Venezuela. Informe analítico de los resultados de una encuesta de opinión pública”. Caracas, Enero de 1996 (a).

Consultores 21. “Estudios sobre la participación en Venezuela”. Caracas, Junio de 1996 (b).

Maestre, Agapito. “El poder en vilo. A favor de la política”. Editorial Tecnos. Madrid, 1994.

- “El vértigo de la democracia”. Ediciones de la Ilustración. Madrid, 1996.

Funes Rivas, María Jesús. “Política y antipolítica”. Sistema. Revista de Ciencias Sociales. Madrid, Noviembre de 1995, Nr. 129.

Maritain, Jacques. “La persona y el bien común”. Desclée de Brouwer. Buenos Aires, 1947.

“Humanismo Integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad”. Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1966.

Zapata G., Roberto. “Los valores del venezolano”. Conciencia 21. Caracas. 1995.

Notas para el Taller de Elaboración Temática del Seminario Internacional sobre Política y Antipolítica, Sala de Cibermedios, Caracas, 11/03/97)

Culto a la simplicidad

Reclamo de estos tiempos: recuperar la capacidad de indignación, observación e interpretación ante lo que acontece, yendo más allá de la crisis como una perversa costumbre, incluyendo la constante cacería de culpables. Superarla significa reencontrarnos todos con los problemas de todos, reivindicando los espacios públicos.

A) ¿Cuál realidad?

¿Rayas y aros de la sensatez?

La crisis resume, reduce, expresa todos nuestros males, aún los más modestos. Las respuestas posibles, bajo la dictadura de su ecuación, alcanzan una complejidad a veces abusiva en la paradójica simplificación de los datos. Y ello crea un clima decididamente pesimista que muy bien representa Joseph Brodsky: “Tiempos horribles: nada que robar y nadie a quien robarle / Las tropas regresan con las manos vacías de sus lejanas

expediciones (...) Los payasos están derribando el circo. Los elefantes se han fugado a la India / los tigres venden, en la vereda, sus rayas y aros” .

La sensatez constituye una bondad que viene recuperando su viejo prestigio en el sistema político. Hay iniciativas que lucen sencillas, adecuadas, pertinentes y catapultan a sus promotores. La opinión pública las procesa, brindándole el apoyo que aún debe conocer de un proceso que someta a prueba a esos promotores para destinos de una mayor responsabilidad.

Poner un poco más de orden en la calle, ejercer un mayor rigor en el manejo del tráfico automotor e inmediatamente sancionar a los infractores, equivale a la rápida destitución de quienes toleraron, aceptaron o fueron indiferentes ante las dificultades o fallas que provocaron el incidente aéreo con Estados Unidos y contemplaron, a distancia, el incendio en un ferry en las costas orientales. Estas medidas tan elementales, razonables y, en definitiva, sensatas, posible comienzo de toda una política pública destinada a solventar los problemas que presentan campos tan disímiles, constituyen, en la Venezuela postrentista, todo un precedente y, así, es posible explicar la popularidad o credibilidad de quienes las adoptan.

No obstante, esta primera sensatez ha de acompañarse por otras si hay aspiraciones a meterse de lleno a otros problemas. Ciertamente, las cosas no salen como queremos y es difícil, como toda creación, alcanzar la sociedad de nuestros sueños así hayan fórmulas portátiles que lo pretendan. La privatización, por ejemplo, no puede a rajatabla considerarse como una entrega al neoliberalismo y sus alucinationes, pues se trata de no cargar con empresas que sólo producen pérdidas y mantener aquellas que nos benefician: los tiempos no hablan precisamente de recetarios infalibles. Se trata de los abscesos estatales que no sirven para fundar el modelo que se quiere - de un signo u otro - de desarrollo. Priva, en consecuencia, la más radical sensatez que es la partera de las grandes transformaciones cuando forma parte de las demandas políticas sólidamente sostenidas.

Una reciente publicación de CECODAP (Centros Comunitarios de Aprendizaje), llamada “Voces para el Cambio. Opinión de Niños, Niñas y Adoscentes” (06 / 96, año:1, Nr. 6), trae un interesante muestreo de opinión realizado entre los muchachos que, si bien revela la que propiamente traen de sus casas, constituye un buen indicador de cómo va la cosa. Los porcentajes totales están presididos por aquellos criterios que hablan de la inflación como lo que más ha hecho el gobierno (24%), seguido por el esfuerzo de haber traído al Papa (21%) y “crear crisis” (18%); la opinión que se tiene del Presidente Caldera es que “está muy viejo” (18%); la Ex-Miss consabida nuevamente es apuntalada como posible Jefe de Estado (49%), donde Pérez Jiménez increíblemente luce todavía por encima de otras opciones (6%) y debe preocuparnos, cuestionarnos, interpellarnos que éste sea considerado como el mejor mandatario que hemos tenido (34%), seguido por Gómez (12%), apuntalando una muestra que comprende a muchachos entre los nueve y diecisiete años y perteneciente los estratos B-C-D-E. Es demasiado obvio que no vivieron ambas dictaduras.

Ahora bien, mejorar la educación se convierte en una prioridad (31%) como tarea de gobierno, al igual que atender a los niños de la calle (41%). Dicen, respecto a la democracia que “no sabemos utilizarla” (27%), aunque es la riqueza (puede leerse el Midas Petrolero)

lo que los hace más orgullosos de ser venezolanos (23%). El principal problema detectado es la inflación (36%), seguido por la educación (33%), la corrupción (31%), la pobreza (24%), la delincuencia (21%).

Hay que hacer lo que hay que hacer, dice un amigo. Y está en lo cierto.

(Economía Hoy, 02/11/98).

Elogio y reivindicación del CM

"Otro observó: - es curioso que sepamos

tan poca cosa de lo que en realidad ocurre

en el frente. Sabía más de la guerra cuando

estaba en mi casa, en Minneapolis,

que ahora que estoy aquí"

John Dos Passos (p. 87)

Al tratarse de obscenidades, groserías o "malas palabras", tendemos a anteponer un recurso de autoridad: Uslar Pietri protocolizó el término "pendejo" y, en consecuencia, ya podemos emplearlo, aunque en las telenovelas colombianas luzca con toda la fuerza de la espontaneidad que nos negamos los venezolanos. El famoso manualillo de Carreño ejerce un peso considerable y no sabemos si correrá igual suerte la nueva versión de Marisela Guevara, si no recuerdo mal a la autora que ha incorporado al mismísimo celular a los gestos presuntamente versallescos. "Hijo de la chingada", apenas es un dato que el viejo como curioso lector devoró en las páginas de aquél célebre ensayo de Octavio Paz.

Desesperaciones paralelas. La vida y la vida colectiva. Una reportera que escribía su personal historia a través de la historia del país. Febrero de 1992. Intentona golpista.

Ahora bien, entre las expresiones más frecuentes del venezolano encontramos el "coño de la (tu) madre" (CM). Por supuesto, las connotaciones alcanzan una multiplicidad que asombra. La radicalmente ofensiva, escupida en un arrebato de valor frente al ya amedrentado por el peso de las palabras. La escurridiza, impregnando cualquier episodio rutinario como si fuese importante hacerlo constar en acta. La sustitutiva, equivalente a una maldición proferida inadvertidamente. Y la sintetizadora de una rabia que incluye toda una data psicológica y sociológica al pronunciarla. Por consiguiente, algo tan expresivamente vernáculo, responde a las más diversas vicisitudes de la vida y, también, delata las circunstancias de una determinada clase social. De vulgar comodín pasará algún día a la bancada académica, reconociendo sus más mínimas veleidades estilísticas.

En "Amaneció de golpe", la relativamente incoherente película de Carlos Azpúrua, se evidencia un extraordinario acento puesto al C.M., surgido desde el propio circuito estomacal e intestinal, resumiendo las expectativas frustradas, recogiendo las angustias existenciales que encubre el esfuerzo laboral. Acierta la actriz, Rudy Rodríguez, cuando utiliza las expresiones. Le sale del alma al enfrentar no ya la posibilidad de una ruptura constitucional, sino la de su propia vida en pareja, frente a un prototipo de la mejor clase media informada, Daniel Lugo, militantemente apático, desencantado y anómico que descubre un continente con su alumna de la universidad. El actor de marras es una probable degeneración de aquel inquieto y entusiasta activista encarnado por Orlando Urdaneta en "Macho y hembra", un modelo distinto del clasemedio que fue ajusticiado en "Cuando quiero llorar no lloro" y que, seguramente, le hubiese hecho campaña a José Vicente Rangel en 1973, con Alí Primera, Los Guaraguao y la tarjeta rayada del MIR, algo quizá diferente a Soledad Bravo y la tarjeta del UPA. No es igual el insulto de Elba Escobar, todo un parte de guerra, frente al taxista cuyas "palabrotas" no se asemejan a las que cuelgan en "La vaquilla" o "Tierra y libertad", fehacientemente naturales, que la síntesis o el resumen que la obstinada reportera nos dá con la carga de su decepcionada respiración. A lo mejor un sereno ejercicio auditivo ayudará al registro de las significaciones, pues, una actriz, lo toma del arsenal belicista del barrio, y la otra, de la memoria histórica o biográfica que - ilustrada al fin y al cabo - no necesita de un pie de página, porque es propio del mundo que interpreta.

Además, descubrimos toda una estirpe filmográfica: es aquella escena de la obra relacionada con el famoso caso del niño Vegas, donde Franklin Virgüez, rodeado de policías y frente a la prensa, con su larga cabellera, grita que todo es una "Cmdrada". También le sale del fondo de la aurícula.

La gente, al ensillarse con una película venezolana, pega el grito al cielo al contabilizar las groserías. Elogiándolas, las hay como un capítulo adicional de la rutina diaria; negándolas, circunda la formalidad de una etiqueta propia de los años de la bonanza petrolera, reminiscente del clima o ambiente perejimenista que no es el mismo de la hija que está de regreso con sus dos hijos y que, al quejarse frente al padre supuestamente corrupto (quieren hacerlo sentir así, aún cuando ha jugado cumpliendo a cabalidad con las reglas establecidas), nos da un Miami-Venezuela sonoramente distinto con los improperios que apenas puede aprisionar el cigarrillo en su boca.

Una cosa es la guerra vivida y otra, la contada: hay un espectro que la vicisitud particular no logra aprehender. Volviendo a Dos Passos, tenemos el propósito del "Chino", golpeándose el pecho, cuando el llamado de la revolución pueda encontrarlo en una de las grandes joyerías de la rue Royale, dispuesto a embolsillarse los diamantes para esconderlos en el patio de su casa (p. 404). He acá un secreto íntimo del pesimismo reinante, pues el C.M. del 27 F, como el del 4 F, tuvo por domicilio el local de artefactos electrónicos saqueado.

- John Dos Passos. "Tres soldados". Plaza & Janés. Barcelona, 1985 .

(El Globo, 10/10/98)

Una nota ignaciana

La crisis se ha hecho rutinaria, parte de los días. No comporta una enorme excepción, por lo que puede deducirse que no hay crisis, pues ésta se manifestaría plenamente se hubiese síntomas de mayor equidad social y de superación económica. Luego, a lo Gramsci, estamos acostumbrados a la estación: no somos la noche, pero tampoco la madrugada. La transición no es tal sino - inconclusa- un dato permanente.

“Alguien dijo: ‘Todo esto es pura mierda’, pero Ignatius ignoró la voz. Hubo un silencio feliz en la fábrica, la mayoría de los trabajadores estaban ávidos de alguna ruptura con la rutina” (p. 139). ¿Es que acá pasa algo diferente, tanto que puedan soliviantarse los espíritus?, ¿no podemos regresar sin solemnidades a la utopía?; ¿los opositores anómicos, los célebres encapuchados que toman rigurosamente sus vacaciones ante cualquier fecha patria, con puente y todo, no son más de lo mismo?”; ¿por qué escribir esto?.

La inseguridad personal es uno de esos ejemplos de la normalidad. Incluso, quienes son víctimas del hamponato, no pueden alterarla. Son los primeros sospechosos no sólo del delito consumado y hasta frustrado, sino de un atentado contra el orden establecido: “ Si tiene usted un momento, estoy dispuesto a discutir con usted el problema de la delincuencia; pero no cometa el error de fastidiarme a mí”, enfatizó Ignatius Reilly (p. 17). Evidentemente, tamaña ilustración no revela otra cosa que temor ante un ciudadano que privadamente dibuja su propio perfil de la polis: “ Tienes que comprender el miedo y el odio que inspira a la gente mi weltanschauung - Ignatius eructó -”. Así, “no mencionaré este disparatado viaje a Baton Rouge. Creo que aquel incidente engendró en mi una resistencia psicológica al trabajo” (p. 60). Un cuadro donde el ejercicio irónico refleja una realidad inadvertidamente irónica. Y tanto que, al agotar las instancias, atacar el centro del sistema político, dice dar con los militares sodomitas disfrazados, deseosos de encontrarse con otros sodomitas, desempeñar el falso papel imaginario, para concluir con la guerra, desembocando en fiestas y bailes (p. 239).

Los bajos fondos de Nueva Orleans quizás no se parecen a los nuestros, pero esta rápida incursión ignaciana habla de una actitud semejante ante los contrastes de una anormalidad que no es tal.

- John Kennedy Toole. “La conjura de los necios”. Anagrama, 15ta. edición. Barcelona. 1987.

(Economía Hoy, 03/03/97)

Moralidad sospechosa

Reaparecen las célebres cuentas mancomunadas. Nada podemos agregar en torno al caso. Solamente permitirnos un comentario sobre la gota que colmó el vaso, pues a Carlos Andrés Pérez le quedaban algunos puntos de prestigio en las encuestas que amenazan con diluirse, afectando a sus amigos de causa. Habrá que ver si, en realidad, opera la sanción social por obstinación. Son demasiados los años que tejen a una figura indudablemente histórica. Y siempre con lo mismo. Demasiados años, independientemente del criterio (

sujeto a inventario) que podamos sostener respecto a uno de los partos de la Venezuela dineraria, la que sucumbió frente a sus bonanzas.

Lo curioso es la vigencia de este y otros casos semejantes en el ámbito público. E, incluso, cuando se trata de personajes con una vida privada que no está del todo vedada a la gente, pues se trata de calibrar la confianza depositada en alguien que tiene que ver con el destino común. Bastaba con formular una pregunta frontal ante todos los medios de comunicación para que la respuesta pasara a la conciencia colectiva. Lo que ocurre con Clinton es similar a lo que generó Nixon: no se puede mentir con descaro tratándose de un acto carnal o de espionaje. Uno de las pocas escenas en las que ha habido coraje al respecto fue el celeberrimo interrogatorio del reportero de televisión Luis Guillermo García, si no recuerdo mal el nombre, y Lusinchi. Gran parte de las cosas pasan por no haber formulado el cuestionamiento a tiempo, oportunamente. Por supuesto, sirve para medir las relaciones de poder que en un momento determinado asfixian, ahogan, aterrorizan: ex post facto todo es posible.

Guinista y dialoguista, Margarite Duras le hace decir a la protagonista del film “Hiroshima mon amour” de Alan Resnais algo así como “soy de moralidad sospechosa”. El fugaz amante se sorprende y ella, con toda razón, aclara: “sospecho de la moral ajena”.

(El Globo, 16/02/98)

Demagogia de la demanda

“Nuestro tiempo es el fin de la

historia como futuro imaginable

o previsible. Reducidos a un

presente que se angosta más y más,

nos preguntamos: ¿a dónde vamos?; en

realidad deberíamos preguntarnos:

¿en qué tiempo vivimos?”

Octavio Paz

(“El arco y la lira”, 1956, p. 265)

Toda campaña electoral es de actualización. La demagogia luce como un ingrediente natural, resumen de los distintos intereses y fuerzas, estilos e intenciones, emociones e intuiciones, que sinceran su rivalidad. No obstante, al sobrepasar determinados límites, constituye todo un peligro, según advierte Perogrullo.

Poco importa que la demagogia se encuentre del lado de la oferta, pues, al fin y al cabo, su multiplicidad promete las inevitables dosis de sinceridad al arreciar la competencia. Esto es, en la medida que la banalidad aumenta su ritmo, a través de compromisos que jamás podrán cumplirse o de promesas fatigosamente absurdas, la verdad y la forma de transmitirla adquieren mayor valor, si nos atrevemos a un enfoque de simple mercadeo.

Lo preocupante es la demanda de demagogia. Evidentemente, ha estado condicionada, pero – a su vez – es condicionante. Se perfila cuando no hay una básica conciencia del tiempo en que se vive. Y hay creencias que se consolidan, a pesar de todo lo que venimos padeciendo. Una de ellas es la de asumirnos como un país rico por el solo hecho de habitar al ras de lo que es una inmensa tumba de petróleo. Si bien es cierto que los candidatos presidenciales que triunfaron en 1988 y 1993 dijeron que volveríamos a las antiguas bonanzas o que bastaría con eliminar el IVA, también lo es que prevalece, como presupuesto y criterio de selección para 1998, la idea de un acto voluntario, de un plumazo para recuperar los niveles de vida de hace cinco, diez y hasta veinte años atrás. Basta no cumplir con el servicio de la deuda, sin imaginar siquiera una estrategia alterna, concreta y convincente, para superar el problema y evitar que siga hinchándose. Lo que es peor, nuestra historia parece agotada y no precisamente por aquellas tesis que apunta al fin de las ideologías en las naciones desarrolladas, sino por la suprema orfandad de proyectos que es posible gracias al desconocimiento de la realidad, en los espacios comunes.

Sobran los diagnósticos técnicos e impecablemente elaborados, pero mientras no sean “traducidos” y asumidos por la sociedad global o la gente, simplemente no existen. Partimos hacia el futuro anhelado. No está medianamente dibujado. Lo grave es que no sabemos compartidamente de dónde partimos. Y es otra perogrullada la de suponer que el próximo gobierno, como el actual, deba tomar medidas que hoy nadie quiere aceptar y oír, sorprendido porque sencillamente no se sabía de la dimensión múltiple de los problemas y, menos, del muy reducido margen de maniobras que acarrea su solución.

Se ofrece, pero también se pide, pan y circo. ¿Toda campaña electoral es de actualización?.

(El Globo, 20/07/98)

El maniqueismo innovado

"Profundizar, pues, en las características

fundamentales del totalitarismo es

tanto como trabajar por el diseño de

la democracia"

Agapito Maestre

Tiempos de dificultad. Surgen las ilusiones de una transformación necesaria, radical, urgente. Los índices de pobreza crítica, extrema y atroz constituyen una bofetada contra la dignidad humana. Una tríada que sintetiza el drama padecido en los últimos años. No obstante, asombra el extremo silencio en torno al camino a andar. Son no pocas las abstracciones que levantan los ánimos, sin una mínima interpelación en cuanto a sus consecuencias.

Así como un buen día se dijo que una vez derribado y preso un ministro o un presidente de la República, acabaríamos con la corrupción en el país, nos confiamos en la idea de una constituyente como fórmula de salvación nacional. La Constitución de 1961 no tiene la culpa de lo que acontece e, incluso, no he visto una propuesta innovadora, coherente y convincente que prometa un elenco institucional alterno, a menos que confiemos en sendos artículos que expresamente indiquen cómo reprogramar el servicio de la deuda.

El saneamiento político es la intención básica de la propuesta. Admitamos su validez al constatar el incumplimiento de los diferentes acuerdos que a lo largo de su existencia ha impulsado la COPRE, por ejemplo. Pero si ese saneamiento no se produce, luego de utilizar un recurso extremo como la constituyente, no sabemos lo que ocurrirá sobreabultadas las expectativas. Además, constituyente no baja inflación.

Aparecen tendencias que la impulsan, con intenciones opuestas o encontradas. Los más serenos, empeñados en arquitecturar un país de futuro, volverán a la rutina de sus esfuerzos. Los más dislocados, afincados en la popularidad que también puede ser efímera, pretenderán regar de DDT este presente que se angosta cada vez más. Unos, al menos, reflexionan sobre soluciones concretas en el ámbito económico y social; otros, los embriaga el sentimiento mesiánico.

Los ciudadanos que desesperamos ante la cotidiana realidad, esperamos iniciativas serias y contundentes. Y quizá, como resultado de las frustraciones, nos dejamos ganar por ideas y prácticas que una Hannah Arendt ha estudiado con suficiencia, dibujando las bases anímicas del totalitarismo. A lo mejor nos predisponemos contra la propia democracia, sin aceptarla como un natural proceso de relacionamiento y composición de las diferencias. Exasperados, el mensaje de la anticidadanía merma nuestras esperanzas.

La apatía, indiferencia y anomia preambulando una conducta nada democrática. Los extremos que pueden tocarse: la situación es crítica porque hay demasiados pobres, sujetos improductivos y ociosos, cuya carga hay que eliminar; y existen pocos ricos, igualmente improductivos y ociosos, dignos del fusilamiento. Un maniqueísmo de viejo cuño que puede dar pie, innovado, a un ensayo fascistoide.

No comparto las orientaciones e implementaciones del actual gobierno. Pero reconocemos la vocación moderadora que también ha exhibido Caldera. Vale la pena revisar los argumentos que se esgrimieron en la comisión parlamentaria que trabajó sobre la reforma constitucional, para asumir la aparentemente inatajable senda constituyente.

(Economía Hoy, 28/09/98)

La crisis como hábitat

Muchos aseguraron que la posición de Fedecámaras respecto al proyecto constitucional del oficialismo, se traducirá inmediatamente en un masivo y prolongado bombardeo de recursos en favor del No, condicionándolo definitivamente. Hasta la presente fecha, en la que escribo, no ha ocurrido así.

Es en el oficialismo donde pesan las sospechas y constataciones. Una desmedida inversión de recursos le ha permitido por aire, mar y tierra, promover e intimidar con el Sí, dejando muy distantes los viejos testimonios, las antiguas acusaciones, las insufribles gestas del ventajismo. Esta vez ha sobrado imprenta y papel en forma de volantes, chapas, calcomanías, afiches y folletos que se mezclan con la lluvia al transitar la ciudad, por no mencionar los espacios audiovisuales copados, gratuitos y pagados, así como las caravanas de carros. Una variedad impresionante que puede resumirse en la posibilidad real de una personal campaña de promoción del presidente Chávez, y de la burocracia en todos sus niveles, capaz de acudir al litoral central en una mañana dominical y en horas de la tarde tenerlo en cualquier punto de la república presuntamente extinta, vociferando contra los apátridas y realistas, sin que haya Congreso que valga para preguntarse apenas, sin el atrevimiento de investigar, en torno al origen de los recursos. Simplemente, no existe un precedente tan demoledor de ventajismo.

La muchachada universitaria recorrió, en días anteriores, las calles de la ciudad en clara y firme protesta, al exhibir pacíficamente el No en sus pechos. No pudo llegar a las inmediaciones del Capitolio, porque las autoridades uniformadas lo impidieron. Y también las turbas que se han apropiado o institucionalizado en el lugar: perfecto hábitat que consagra el más escandaloso sentido anómico de una militancia ciega de desempleados que apelan a esa, su última esperanza, como es la de “portarse bien” para encontrar algo de qué mantenerse, en medio del reparto de volantes, las cornetas altisonantes que funcionan gracias al Estado (porque están enchufadas al viejo edificio de la Corte Suprema de Justicia) y la abierta agresión hacia quienes portamos visiblemente el No.

No pudo avanzar el testimonio de protesta por estas calles de Dios. Se dice que a una joven le pusieron una pistola en la cabeza y nada más convincente para detener la marcha. Ésta respondió en forma bien ilustrativa: “Ya son las doce del mediodía y creo que deben volver a la gobernación para trabajar”. O, al menos, para que vuelvan a los innumerables

tarantines del oficialismo que pueblan nuestras calles, sin aviso y sin protesta, donde se exponen y venden toda suerte de franelas, libritos, globos, boínas y demás estampados, amén de perifonear las odas al gobierno. Esto es, por cierto, una forma de vivir, pues, si no hay empleos, bien vale promover al gobierno y de paso colocar alguna mercancía alusiva en tiendas que fungen de locales o sedes ambulantes del partido oficial.

Lo anterior apunta a una radical informalidad de la política. Así como hay un abundante sector informal de la economía, también existe un proceso de buhonerización del destino común. Y, como señaló en un excelente texto Felipe Torres del Olmo, nos permite hablar del fascismo. Por lo demás se nutre de los desertores y éstos no se ubican precisamente en las altas esferas, antes consagradas, pues, el populacho, como llamara Hannah Arendt al residuo de las clases sociales que lo sustentan, se alimenta también de quienes se beneficiaron e hicieron campaña por AD y COPEI hasta hace unos días (y ojalá podamos luego hablar un poco de estos conversos adulantes, sencillamente mercenarios).

Informalidad que es ficción de un proceso dizque político. La Asamblea Nacional Constituyente, en lugar de una amplia y participada discusión de los problemas y de la diversidad de propuestas surgidas al calor de la crisis, se contentó con unos decretos de emergencia técnica y administrativamente difíciles o complejos de manejar o implementar, caricaturizando el supuesto saneamiento de instancias que requieren, en el mejor de los casos, de algo más que voluntarismo. Canceló el debate y aprobó el texto con una desesperada prisa. E intentando tapar el sol con un dedo, a alguien se le ocurrió decir que, esta vez en el peor de los casos, el aporte del presidente Chávez está en el impulso de la discusión o debate político. Ahora bien, si nuestras vicisitudes no pueden sintetizarse en clas onsignas de ocasión, si el maniqueísmo no logra atrapar toda la riqueza de las causas y consecuencias de nuestros males y – en definitiva- si no existe un reconocimiento del otro y de los otros, en el esfuerzo de autoreconocimiento social, mal puede decirse que nos encontramos con la política. Todo lo contrario, agudizamos el proceso de hiperpartidización, favorable al gobierno, simultáneo al otro: el de la más flagrante despolitización.

Hay una poderosa, creciente y – sobre todo- espontánea corriente de rechazo a la propuesta constitucional. Le concede una novedosa significación al sentimiento opositor con un amplio porvenir, genuino portador del cambio anhelado.

(El Globo, 29/12/99)

Ciudadanos de la Cepal

Corren distintas modalidades del insulto cuando se enfrentan las distintas generaciones. Intentan sintetizar, y lo hacen, la descomunal perplejidad ante el mítico siglo que se aproxima, en medio de la pobreza, el endeudamiento, la anemia crónica y todo aquello que dibuja la paradoja de un país que duerme sobre cantidades inmensas de barriles de petróleo y despierta con la casi inexorable voracidad importadora.

Padres y abuelos, tíos y hermanos mayores le imputan a las generaciones que abrieron los ojos, tomando conciencia de sí, de los años ochenta para acá, los delitos del estancamiento, del inmovilismo social, del deterioro de sus condiciones de vida. Aquellos pudieron adquirir, al menos, un escarabajo de agencia, disfrutando las bajísimas tasas de interés que permitían repletar de automóviles recientes las calles del país. Arrendar por años, con un cánón ridículo, el apartamento confortable y bien ubicado. Presentarse a las puertas de una universidad pública y elegir la disciplina que gustasen o disfrutar plenamente de los divertidos fines de semana. Escuchar los “elepé” traídos directamente del extranjero e, incluso, incursionar en el medio político que gozaba de prestigio. Se regodean, inculcando a los sucesores por carecer de aquellos elementos materiales y culturales que antiguamente sobraban, cuando eran beneficiarios de una economía sin grandes sobresaltos, de políticas adecuadamente moderadas que durante 40 años no dispararon los resortes de la inflación. ¿Dónde dejamos el salario real sostenido?. Poco importaba que fuese empleado de un ministerio o de un banco, pues el sueldo básico alcanzaba para casi todo.

Es demasiado evidente que un salario mínimo no alcanza para adquirir un automóvil de segunda mano y, menos, un apartamento por mucho malabarismo que se haga. Las condiciones y referencias cambiaron y si antes el ama de casa ordenaba un “mandado”, con o sin “fiao” a la bodega, comprando puntualmente lo necesario, se debía a la estabilidad de la economía y a la lejana posibilidad de los sobresaltos inflacionarios. Es más, al grueso de quienes despotrican de las condiciones de existencia de las generaciones de los ochenta y noventa, se les puede responder con facilidad, pues, por una parte, no aprovecharon enteramente las épocas de las bonanzas y, a lo sumo, pudieron adquirir su vivienda en medio del festín de subsidios que les permitía alimentarse mejor e, incluso, sorber el whisky de la más afamada marca, allende la Navidad de pinos y peroles exóticos. Por otra, cuando no había otro requisito que llenar una planilla y elegir el país y la universidad que les viniera en gana, no hicieron uso de ese manantial aparentemente inagotable que fue Fundayacucho. Y, por si fuera poco, finalmente, nos podían parir en la maternidad “Concepción Palacios” e inscribir en una escuela pública, sin que hubiera peligro alguno de muerte o de gravitar en la ignorancia remendada de hoy.

Resulta una estúpidez el reproche mutuo, pero es bueno recordar que el país perdió las grandes oportunidades cuando se inflamó el dólar petrolero, debido a la negligencia, impericia y demencia de los que iniciaron y multiplicaron la deuda, en las ya distantes tierras engominadas del V Plan de la Nación, incluyendo a aquellos que hicieron lo suyo y a su manera, en el radio particular de sus expectativas y actividades. Digamos, en este último caso, que cada quien tuvo su CEPAL en el bolsillo, debiéndole su ciudadanía. Los hijos del pleistoceno dinerario se atrincheran en el ejemplo moralista.

(El Nacional, 09/07/98)

El oleaje vertical

“Sin embargo, aquel barco traía
una tal tristeza entre las bordas,
que la bruma de los canales parecía
salirle de adentro, como un
aliento de mala suerte”

Alejo Carpentier

(“El Camino de Santiago”)

Inadvertida, como presunta, transformación de nociones: los partidos del antisistema dejaron de serlo. Ahora, los opositores quedan suspendidos en el vacío, sin que (aún) definitivamente (re) adquieran la caracterización de democráticos.

Unos, se hicieron abanderados de la justicia, proclamando la sencillez de la participación, al encuentro de otra legitimidad. Otros, enarbolaron la libertad, formalizando los procesos electorarios internos, en la búsqueda persistente de la eficacia y efectividad.

Camino de ascenso al poder, interpretaron cabalmente la frustración generalizada, aunque las decisiones vitales de la organización no supieron de la ingerencia de una membresía atrapada en las redes de una espontaneidad intencionada, como tampoco de las conceptualizaciones necesarias. Frente al descenso de aquellos que, confiados en las viejas inercias, lucieron impotentes y aplastados por la apatía estructurada, consumadas sólo cronológicamente las consultas a la militancia, costosas y hasta vanidosas las fórmulas planteadas.

La deslealtad, la traición y la corrupción forman un lenguaje que ha mostrado sus bondades estratégicas, estableciendo las distancias políticas de esta hora y con olvido de un dato esencial: la propia democratización de los agentes, actores y espectadores, en el concierto de las grandes orientaciones que tejen y definen los espacios públicos. La transición, se dirá, obliga al diferimiento de los debates interiores en beneficio del posicionamiento táctico y exterior.

De esta manera, celosos de una alianza acaso episódica, lograda al calor de los anteriores comicios, entre los componentes del oficialismo es inexistente o escasa la experiencia relacionada con la selección directa del liderazgo protagónico por todos sus integrantes, expresada una cultura de la participación, e, incluso, semejante perfil adquieren las alternativas opositoras que se asoman por obra de un renovado esfuerzo mediático. Algo paradójico en razón del reclamo persistente de democratización, esgrimido ante las organizaciones tildadas de tradicionales, cuyas vicisitudes y contrastes tienden a

desconocerse al disminuir la publicidad que –antes- daba cuenta de las nuevas corrientes en pugna, agravada –ahora- por la ausencia de un real correaje interno de comunicación.

En lo particular, el partido socialcristiano puede aparecer como el barco acciondemocratista que surca sus tristezas en el mapa político venezolano, pues, en lugar del debate y el afianzamiento del ejercicio cívico de su militancia, invoca las urgencias de los próximos comicios para darle continuidad a un cuadro dirigenal que se ahogó en las difíciles circunstancias del descenso. Puede irse en picada, en medio de una catarata jamás adivinada, además, por aquellas generaciones que no conocieron las viejas etapas que modelaron un rompehielos, un inmenso portaviones, frente a los contemporáneos y coétaneos que plantean un pilotaje de absoluta sinceridad.

La Constitución de 1999 obliga a una dimensión partidista que es deudora de las recordadas elaboraciones de la COPRE, cuyas solicitudes formaron parte de la estética de un ascenso que se creyó por siempre. No hay otro horizonte para las organizaciones opositoras que el de la (re) democratización, oxigenando aquellas posturas de cambio que tuvieron cabida en la campaña por el “no”, subrayando diferencias y matices con el oficialismo y las expresiones de una oposición portátil que, a su modo, está marcada por una curiosa autosuficiencia que es cercana al mesianismo, posible culminación de una cultura de las encuestas.

Los más avisados disertarán sobre lo “real-maravilloso” de la nueva incursión republicana, cuando otros adviertan el “realismo mágico”. Lo cierto es que, en la riqueza barroca de las caídas que pueden ser subidas, de los descensos teñidos de ascensos, la democratización de los partidos es de una urgencia descomunal también para saber de los otros vicios y aciertos necesarios de corregir y profundizar:

Si ocurre lo contrario, crecerá la predisposición hacia el autoritarismo, yendo a un partido único, creyendo ignorar las motivos en el oleaje intenso y vertical de las ironías. Hay una responsabilidad histórica que no encuentra cupo en la ficción de normalidad que se ensaya.

(Economía Hoy, 07/02/00)

¿ Y el otro heroísmo ?

Puede decirse que la industria deportiva es la única que compite con la militar, en la generación e implantación social de los héroes. Quizás nos deslicemos hacia otra categoría, la de los ídolos, pero asumimos que la industria disquera, cinematográfica o televisiva, también logra una alta rentabilidad de los desvaríos, errores y frivolidades de un producto que –así- pocas veces cabe en el modelo de una conducta a imitar, aunque no llega a los estrados de la política entendida, absurdamente, como el escenario donde todos los antivalores tienen obligada cita.

Hubo momentos culminantes en la promoción y oficialización de tamaña dignidad por un Estado que supo de la gruesa indigestión de petrodólares, cuando un mandatario nacional liberó a Johnny Cecotto de prestar el servicio militar, en acto público, y otro dispuso la masiva edición de afiches con el rostro de Maritza Sayalero, contribuyendo a la consolidación de una franquicia, por supuesto, privada. De poco valdría en las actuales circunstancias, amilanados moralmente por la crisis, exaltar una reducida nómina de héroes, fácilmente trastocados en ídolos, salvaguardados los prejuicios que asombrosamente compartimos sobre ciertas actividades y algunos protagonismos.

Se dice que vamos hacia la sociedad del saber y la sensibilidad, insistiendo en la preparación, disciplina social y el trabajo creador como claves para acceder a un nivel superior de vida. Recuperar, al menos, las condiciones de 1970, sugiere una importante y sostenida tasa de crecimiento en los venideros quince años que nada tiene que ver con el megakino, más económico que histórico, arraigado en la psiquis colectiva.

El pensar y el sentir son parajes prohibidos en la Venezuela cotidiana. El académico, científico o escultor, estorba tanto como el buen estudiante en las aulas del básico, presuntamente incompatible con un estilo de vida alegre y dinámico, resumen inigualable de toda resignación, estupidez y fastidio, figura también sospechosa de una homosexualidad forzada y bobalicona en la caracterización que precede de lejos a la importada de la filmografía estadounidense.

Incluso, quien supera los noventa años de edad, es el dueño absoluto de una hazaña jamás compartida con los otros que hicieron crecer las esperanzas de vida en los últimos sesenta, cuarenta o veinte años, “puntofijadas” las referencias. Prevalece la mirada zodiacal o hípica a la hora de una interpretación abstracta de lo que acontece, por lo que el matemático, novelista, economista o pintor, constituyen una suerte de recogelatas que ponen en peligro la tranquilidad de un destino de avenidas luminosas marcadas entre las brumas de la súbita prosperidad merecida.

Varios son los eventos que tienden a resaltar el ingenio, la voluntad y el esfuerzo de aquellos que perseveran en un contexto tan adverso, escasos los recursos, abundantes las incomprendiones. La premiación de las Olimpiadas de Matemáticas y la Fundación Polar, por ejemplo, no pueden ausentarse de la rutina de los hogares e instituciones educativas del país. No creemos en una campaña publicitaria artificial cuando es demasiado genuino el testimonio de aquellos que logran el reconocimiento institucional por la precoz habilidad con las ecuaciones o la acuciosa incursión en la biotecnología, por lo que es necesario un poco más de talento al publicitar sus aportes. Mínimo, urgimos de una atractiva y diaria reseña, regular presentación y diálogo en las emisoras del Estado que privilegia demasiado, en la estructuración de sus programas, la aromaterapia, el placet y el colesterol.

¿Acaso ese otro heroísmo es innecesario? Ojalá Arturo Pérez-Reverte pueda ponerle nombre y apellido al premio Nobel del venezolano que también lucía como un consumado admirador del autor de “Los tres mosqueteros”, anfitrión a Lucas Corso, el cazador de joyas bibliográficas, en “El club de Dumas o La sombra de Richelieu”, pero no haría falta tal boom para saber de aquellos que pueden aportar a la construcción de un porvenir diferente.

(Economía Hoy, 31/03/00)

El hombre de la esclava de oro

Al regresar un martes en la mañana a la oficina, después de la comisión de mesa, mi secretaria relató un incidente que resultó bastante aleccionador. Además de las consultas realizadas en nuestra biblioteca, única en su género en todo el Congreso de la República, abierta a cualquier interesado sin necesidad de esgrimir un carnet partidista, prestábamos el salón principal de reuniones y el estudio de radio para mensajes institucionales, a la comisión de trabajo de la Asamblea Constituyente que tuviera a bien solicitarlos. El asunto está en que el mensajero de una de esas comisiones que diligenciaba, si mal no recuerdo, el préstamo de unas sillas, penetró el recinto de la fracción parlamentaria de un modo grosero y altanero, citando los problemas que atraviesa el país según la consabida cartilla.

Si hay algo tan conceptualmente relativo es el lujo y el personaje de marras se antojó que la sede era su expresión culminante, aunque la directiva de entonces la recibió tal cual y hubiera preferido otra distribución de los espacios, no siendo exactamente socialcristianas las oficinas marmoleadas que el oficialismo ocupaba en el sexto piso de Pajaritos. “¿Cómo es posible esto si en los hospitales no hay gasa y la gente se muere de hambre?”, era el argumento favorito del furibundo comentarista que, al entregar el oficio, no cesaba en sus agresiones verbales. Obviamente, me quejé a la comisión y no sólo recibí las disculpas de rigor, sino también al señor que volvió apenado, admitido el error de haberle faltado el respeto a personas que tan pacientemente tramitaron la solicitud que él literalmente transportaba, por cierto concedida al chequear que, en la tarde, no se haría la asamblea en la que los senadores y diputados adscritos, frecuente y democráticamente discutían y decidían sus iniciativas y tareas.

Hubo el detalle esencial: el mensajero portaba una gruesa esclava de oro y zapatos deportivos que no costaban precisamente real y medio. Nos dejaba ciertamente asombrados por el atrevimiento de exhibirlos en pleno centro de Caracas, toda una aventura para quien invertía en ellos, como es libre de hacerlo, tanto como nosotros podemos deducir que tenía otros gastos vitales cubiertos para tamaño ... lujo de exponer la vida.

Lo miraba y no sé por qué recordaba los quince mil títulos de nuestra biblioteca, incluída las impresiones de materiales internetianos, la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales o el Diccionario Omeba. Pensaba en la inmensa necesidad de un sistema de seguridad social eficaz y confiable, diferente al inenarrable IVSS, como en los proyectos de leyes que deseábamos impulsar: el de telecomunicaciones, contra la delincuencia organizada, el propio Y2K o el de medicamentos, objeto de un increíble consenso entre gremios y empresarios, además de otras investigaciones cruciales.

En el metro escuché un comentario semejante, pues la vecina del asiento del frente enseguida le arrojó a su cercano amigo, en voz alta, la página de sucesos. Indignada, apretó

el periódico para reclamar: “¿ Cómo es posible que (Edmundo) Chirinos haya tenido todos esos reales? ... Bien hecho que lo robaron como a Gilbertico (Correa) ?”.

Encontró el gesto de aceptación en el sonreído acompañante. “Que yo sepa, ninguno de los dos están enjuiciados por haberse embolsillado unos reales”, se me ocurrió decir. Y “presumo que los dólares y bolívares llevados de esas casas, resultaron del ejercicio profesional hasta que alguien, ojalá que sea usted, pruebe lo contrario”, agregué prácticamente arrepentido, porque el tramo de una estación a otra se hizo desagradable para todos, gracias al bullicioso desmán de la lectora (“yo estoy empapada de todo y no puede ser que pase esta vaina...”). Y, antes de salir del vagón, otro señor respondió fugazmente: “... Creo que trabajan ...y así le quitamos todo su dinero ¡no alcanzaría para arreglar todo este peo!”.

Ha hecho un inmenso daño entre nosotros la doble moralidad. En lo político es terrible cuando no hay un proyecto de país o una postura ideológica medianamente coherente y resulta fácil apelar a las consignas. Se expresa en los comentarios sueltos, en los gratuitos ataques, en la descomunal rabia y frustración sin otra salida que esta enfermiza circularidad. También en el vendedor del periódico oficialista cansado de deambular por el centro y, como quien no quiere la cosa, ubica –primero- un paraguas en la esquina de San Francisco y -después - una silla, ofreciendo la constitución, portarretratos con Chávez y otros objetos alusivos sobre el antiguo matero, sabiéndose protegido al engalanarse de los símbolos del partido de gobierno: vocea el mensaje, despotrica de los adversarios y parece celebrar su conversión comercial, pues, ahora no deambula. No le preocupará la necesidad de un empleo fijo y estable en el sector privado, presuntamente olvidado por los compañeros de causa que pueden ofertarle uno en el sector público.

Es el hombre de la esclava de otro. Digamos, el moralismo del eterno retorno.

(Venezuela Analítica, 03/00)

Historias de hospital

En días pasados, visité a un amigo enfermo que, por obvias razones, llamaremos “Clifacio”. Se trata de un abogado que, al cerrar la empresa a la que asesoraba, perdió además la costosa póliza de seguro que dibujó la tranquilidad familiar.

Apenas pudo moverse al Hospital Universitario, pues, el alquiler del apartamento y el pago del colegio de sus muchachos convertido en algo así como “el mejor HCM frente a un destino incierto”, le impidieron continuar en la modesta clínica. Así, entró por la emergencia, lo remitieron al ambulatorio y espera por una cada vez más urgente intervención quirúrgica en el centro público.

Le apena decir que es abogado, aunque la colcha y la ropa de dormir lo delatan un poco, contrastante con las de sus compañeros de la sala general así exhiban un desteñido de dos o tres años atrás. En los momentos de ocio, Clifacio saca casi a escondidas un pequeño tomo

de la vieja colección de Planiol y Ripert, pues, sin disponer de recursos para una especialización o una maestría, debe hacerse todo un autodidacta para encarar mediamente las vicisitudes tribunalicias que no cambiaron, al menos, con el nuevo período constitucional.

El paciente ha sido un sagaz observador y, aunque conversa fluída y cordialmente con los jóvenes médicos que lo atienden, comparte plenamente la rutina con aquellos que esperan o ya han ido a pabellón. Hay una básica solidaridad y un inusitado esquema defensivo en la sala ante todo extraño que, a deshora, la visite o utilice abusivamente los limpios y viejos sanitarios.

Me refirió tres casos lo suficientemente ilustrativos de las condiciones imperantes en el país. Sus posturas de integrante de la clase media-baja que se resiste a un mayor descenso, confiado en la compra y venta de carros usados o en la colocación de productos dietéticos, está en completa revisión.

Uno de los compañeros, fue asaltado camino a casa: el salario que estaba repartido entre los zapatos no bastó y, golpeado en el piso, le propinaron dos balazos que, por suerte, no le cegaron la vida. Acudió al hospital más cercano y, ante otra más grave emergencia, los atareados galenos pudieron remendarlo a tiempo y remitirlo a un distinto centro asistencial. El “ruleteo” de hospital en hospital, con “las tripas al aire”, culmina tres meses después ya sin trabajo, mantenido por sus hermanos, aunque la familia está en la casa de los suegros, en el lejano interior, haciendo de su soledad una experiencia heroica.

Un nuevo paciente los puso en alerta. Descubriéndolo como un consumado azote de acuerdo a sus gestos y habla, incluyendo la sutil pérdida de objetos creídos valiosos, el personaje recibió la visita dominical de sus socios. Y éstos, prepotentes al hacerse de la terraza, consumieron licor “encapillados” y se atrevieron a una pequeña partida de dominó con la participación de tan particular enfermo. El personal de enfermería esquivó el subrepticio reclamo de los restantes pacientes que ya habían recibido la amenaza: “ni siquiera reviren, chamos...” : en menos de 24 horas, el herido fue dado de alta, yendo con sus dedos chamuscados en las sospechosas faenas nocturnas de fumador abnegado.

La agitación se apoderó del lugar cuando se supo de una urgente intervención quirúrgica testimoniada por un médico o una enfermera. En una fiesta del barrio, un malandro fue apuñaleado por otro gladiador y, encontrándose en la sala de recuperación, recibió la madrugadora visita de un “compañero de causa” que creyó disimular una pistola entre las viandas. El “instrumento de protección” ante la posible venganza, fue acomodado entre los testículos y, al darse cuenta el médico, no hizo el inmediato y riesgoso reclamo al sujeto que también estaba “calzado”. Y, en lugar de remitirlo a la sala general donde se encontraba Clifacio, advirtiendo al desarmado personal de seguridad del centro hospitalario que, además, soporta no pocos insultos y vejaciones en el intento de administrar las puertas, adoptó la medida más prudente, “ligando que el malandro no muriera en terapia, como los ingleses rogaban que Pinochet no se hiciera cadáver en Londres” : le dio de alta en la primera oportunidad.

Gente desempleada y desesperada llena la sala. Clifacio ha hecho amigos y confía en la pronta operación, aunque después acudiré a algunos de ellos para ayudarlos en los tribunales del trabajo, “así no me paguen nada”. Otras historias se agolpan en la pequeña libreta del abogado que apuesta por un premio literario que lo salve del descenso: “si he leído novelitas de segunda que hacen famosos y adinerados a unos pelagatos en Europa, ¿por qué no intentar ese kino?”, comentó finalmente.

Postdata hospitalaria

Al Clínico Universitario acude la clase media que ya no puede costearse un centro privado y los malandros que conocen cabalmente las ventajas de la autonomía. Médicos y enfermeras asumen una tarea adicional de comprensión y manejo de las más disímiles situaciones, sin olvidar la compasión de los distribuidores de alimentos cuando se asoma alguien en solicitud de las sobras, y las astucias que desarrolla el personal de seguridad.

Una abogada amiga, quien no me ha autorizado para citar su nombre, argumenta que no está dispuesta a humillarse de tal manera, sufriendo los percances de un centro público. Además de responderle que el citado hospital ofrece una atención confiable y esmerada, a pesar de sus limitaciones, le recordé una circunstancia esencial: no tiene hijos Y si los tuviera, la opción sería irremediable cuando es necesario pagar el alquiler del apartamento o el condominio, además de los servicios, incluyendo un colegio que medianamente pueda garantizarle algo mejor a la prole.

Tres preguntas ayudan a afilar la percepción que decimos compartir de la hora actual: ¿Nos eximiremos de procrear para mantener los niveles de vida? ¿Le quitaremos el cupo a otro que ni siquiera tiene casa o escuela para los muchachos? ¿No es igual de humillante que el litigante soporte las grandes colas para acceder al edificio de los tribunales, además de padecer la administración de justicia en Venezuela?.

Luis Azpúrua, médico intensivista del Pérez de León, tuvo la gentileza de enviarme un correo electrónico, para abundar sobre el tema. Se trata de un hospital de guerra que convierte al galeno en un excelente sociólogo, psicólogo y sobreviviente mismo en medio de las vicisitudes que ya no caben en las páginas rojas, a la sideral distancia de los seriales estadounidenses que nos recrean.

La violencia desprende su hedor por doquier, adiestrándonos en lo posible para sortear las profundas dificultades del bolsillo, del estatus, de la vida misma. Hemos desarrollado un básico sentido de supervivencia que no siempre abona al imaginario de la crisis que nos embarga. Está la ciudad desprovista de agentes policiales diligentes, las calles manchadas de aceite, el cobrador que lógicamente alega sus propias urgencias o cualesquiera otros ejemplos que apuntan a evitar riesgos: desde adquirir la acción de un club hasta evadir un insulto callejero, pasando por la estafa inmobiliaria, el taller mecánico, la bebida descompuesta, el vuelto del camionetero, el estorbo del buhonero o las estridencias de una fiesta repentina del vecino, pues, los negocios no saben de un mínimo de seguridad jurídica, un prolongado laberinto judicial se asoma o alguien sacará una pistola para solventar aquello que la simple y confiable presencia del Estado puede dirimir.

Un amigo resbaló el año pasado cuando quiso sufragar. Una caída más, silvestre y hasta jocosa, se tradujo en una fractura del brazo. Operado de emergencia en una reputada clínica caraqueña, requirió de una nueva intervención. Quedó tan mal, incluyendo el descuido natural de sus legítimos negocios, que aprovechó las diligencias del hermano que vive en Miami para internarse: todavía se restablece de una exitosa operación, cumpliendo fielmente sus terapias, pero allá no sólo le salió más barata la “obra civil” sino también le dijeron que, por menos de lo que le ocurrió acá, ya sería dueño del hospital.

Bemoles de una crisis que espera de un nuevo lenguaje para dibujar sus exactitudes. El viejo luce insincero, encubriendo los dramas en nombre de la resignación o la costumbre.

(Venezuela Analítica, 05/01)

Los oficios extremos

El tránsito experimentado de una a otra Venezuela, probablemente semejante a quienes vivieron la Independencia o la invasión de los andinos, el golpe del '45 o las jornadas de 1958, nos coloca inevitablemente en el tablero de la observación y la conjetura. Dado el testimonio de las generaciones anteriores, sin mayor pretensión sociológica, es de apreciar que hay oficios informales que no guardan correspondencia con los de años anteriores.

En efecto, por una parte, la pobreza ha generado una actividad de supervivencia pareja al desarrollo tecnológico, en cuanto a la recolección de latas en las pequeñas y grandes urbes. Vale decir, nuevos materiales que desde hace más de una década sirven de recipientes a refrescos, cervezas y maltas, constituyen una posibilidad precaria de vida para quienes se desempeñan en calles y avenidas, hurgando insigne los basureros a objeto de entregar a los centros de acopio un producto reciclable y que, inadvertidamente, entra exitosamente en el renglón de las exportaciones no tradicionales. Habría que considerar si el precio está en sintonía con el esfuerzo de los marginados, desplazados, olvidados de la sociedad e, incluso, sin que el Estado haya metido sus fauces, basta la libertad de mercado para los pescadores urbanos del aluminio. De todos modos, la venta de periódicos o golosinas, probables emblemas de un oficio de pobres, ha sufrido una transformación importante: se han impuesto los quioscos e imagino que no precisamente bajo la rectoría, propiedad o concesión de los que menos tienen, los que todavía venden cigarrillos detallados o tarjetas telefónicas para llevar el pan a la casa.

No olvidemos otra actividad como la del voceador de los carritos por puestos. Un tratadista diría que es el mercado el que responde a una necesidad, pues, consabido el desorden urbano, faltan las personas que sean capaces de publicitar, en el mare magnum de gente, las rutas ofrecidas, en cada parada, y chequear si hay lugar para ir parado o sentado en la camioneta. Alternos a los escasos o inexistentes fiscales de las líneas, un buen día aparecieron (e hicieron el punto) los que proclaman, a cambio de un sencillo que le da el chofer y a la postre puede ser una ganancia aceptable, las rutas, orientan al desprevenido, hablan de las tarifas de transportación, etc. Y esto tampoco, que sepa, tuvo cabida en las

ciudades de hace décadas, donde el por puesto conocía de automóviles de cinco puestos, casi un lujo en la Caracas que estaba bajo el imperio de los autobuses.

Hay, ya dirigido a las clases con mayores recursos, un oficio que tampoco requiere de una formal certificación académica, sino resultados eficaces y concretos: en el extremo obviamente opuesto, está el cibernauta.

En efecto, puede ser o no ingeniero de sistema y más de las veces no hace falta, pero lo importante es que se encuentren personas capaces de internarse solventemente en las interioridades de la red de redes. Es cierto que Internet contribuya a muchas de las soluciones del ejecutivo actual, curioso que en el terreno académico, político o de los negocios requiera del acervo de datos o de la página del Web que dispensa esa inmensa ventana electrónica, pero también lo es que día a día, como refiere un amigo experto, Rafael Mourad, se actualizan los caminos para intentar llegar a la aguja en ese gigantesco pajar. Así, ya no es cuestión de simple curiosidad y, como refirió un exitoso empresario del diseño gráfico, Víctor Castro, el tiempo es angosto y cada día se necesitan ya no son sólo ideas sino propiamente las personas que las lleven adelante en el contexto de un acuerdo que beneficie a todos.

Oficios extremos, frutos de la dinámica subterránea, inadvertida, sin bullicios, del mercado. Posiblemente sin el talento profético de los vetusto-testamentarios: “-’ El profeta Daniel, ése que tanto había aprendido en Caldea, habló de una orquesta de cobres, salterio, arpas y sambucas, que mucho debió parecerse a ésta’, pensó Filomeno... Pero ahora reventaban todos, tras de la trompeta de Louis Armstrong, en un enérgico strike-up de deslumbrantes variaciones sobre el tema I Can’t Give You Anything But Love, Baby - nuevo concierto barroco al que, por inesperado portento, vinieron a mezclarse, caídas de una claraboya, las horas dadas por los moros de la torre del Orologio”, bitacoraba Alejo Carpentier. ¿ Quién pronosticó a los recoge-lateros o cibernautas, tributarios de la tecnología disponible ?.

(El Globo, 04/03/98)

Repensar las cosas

“Decidí ir caminando hasta

el banco de Galiano. Es la

única manera de ver lo que

está pasando a mi alrededor.

Salí caminando en zigzag”

Edmundo Desnoes

Insistamos: el gobierno actual no vino, sorpresivamente, en una nave extraterrestre. Hubo cosas buenas y también malas, reivindicado el ancho horizonte de los matices. Simplemente, cuatro décadas no caben en un bolso viajero.

Digamos que la crisis agudizó de tal manera que la respuesta ha sido estrepitosamente errónea, siendo más fácil tipificarla en términos políticos y sociales que económicos y culturales. Sin embargo, recuerdo aquél revelador artículo de Miguel Ignacio Purroy, publicado a mediados de 1986 en la revista “Sic”, avisándonos del sobrevenido fracaso del modelo de desarrollo, como el estudio sobre los valores del venezolano, realizado por Roberto Zapata, tres o cuatro años atrás.

El colmo sería la de una absoluta impunidad, pero es demasiada la exageración de imputarle – y exclusivamente - a AD y COPEI que Chávez exista y acontezca todo lo consabido, como tan fácilmente le pareció al hoy asediado Napoleón Bravo, el mismo que lo promovió e hizo diaria burla del parlamento tropical, sin el peso de una crítica responsable. No siento que exista una tendencia compartida de percepciones que vayan más allá de las consignas de oportunidad.

En días pasados, me sorprendió un amigo que tiene fama de buen entendedor de las cosas, pues, sencillamente, no logra afianzarse en una versión de lo que ocurre, palpados el origen y el probable destino. Concluí provisionalmente que fue un “dependentólogo” tan dificultado en el partido donde militó, paseando hoy su reflexión por algunas “escuelas”, hasta sentir la tentación del más anacrónico positivismo.

No hay un llamado, invocación y ejercicio de la responsabilidad, persistiendo el desorden, la improvisación, el facilismo. Esto puede explicarse en ciertos componentes raciales también representados en Chávez, completó el personaje. Anonadado, intenté la crónica de los últimos tiempos y hasta le recomendé el célebre estudio que Arturo Sosa Esejota publicó en la materia (el positivismo, refiero). Y, además, me comprometí en la remisión de estudios, como el de Juan Linz, sobre la quiebra de las democracias, sin que entienda aún tamaño extravío.

Está en crisis la propia versión de la crisis que padecemos. Estos no son tiempos para las ocurrencias pasajeras ni el deleite de una frase afortunada. Repensar al país luce como el más extraordinario desafío para ir más allá de lo existente.

(El Globo, 28/05/00)

Celebración de estar vivos

La compilación nos atrae desde el mismo título: “Celebración de estar vivos” de Tulio Hernández. Hablamos de un itinerario de percepciones y sensibilidades que apuesta por una reflexión más pausada de todas las horas que hicieron la presente hora.

Once personalidades trazan las avenidas que reconfortan al autor (29-78), aunque luce inevitable andar al “Midas escatológico” que nos forzó a compartir su intimidad, siendo “nuestro deber estudiarlo” : Jaime Lusinchi (168-170, 207s.). Ancha y larga, árida y nocturna callejuela de la que supimos apenas al protestar el acuerdo de refinanciamiento de la deuda externa o cuando –permítanme la digresión- al desempeñarme como Secretario de la Comisión de Medios del Congreso, pues, me correspondió tocar la puerta principal de La Casona, en una de las nada fáciles investigaciones parlamentarias que encolerizaron al clan gobernante de aquellos años.

Nombres y situaciones concretas que nada deben al fatalismo cultivado por autores como Carlos Rangel, Angel Bernardo Viso y el mismo Mario Vargas Llosa (236s.), impidiendo una aproximación creadora a la realidad. Quizá sí, extendiéndola, hay una cierta “ética del pesimismo” (48) capaz de adivinar la factura del discurso presuntamente innovador que, oficializado, retorna constantemente a la contabilidad de todos y cada uno de los fracasos del pasado como un inevitable programa de supervivencia en el poder. Por ello, también es útil el ejercicio topográfico, identificando un pensamiento conservador de centro-izquierda (199), aunque, luego de leer el célebre trabajo de Ian Kershaw, no nos parece tan “conceptualmente irresponsables” las comparaciones entre Hitler y Chávez (222), en relación a las modalidades del ascenso.

Un pasaje, desafortunadamente inconcluso, se refiere a los “héroes fortuitos de la antipolítica” (177). A nuestro modo de ver, es uno de los tantos resultados del divorcio entre el colectivo y sus gobernantes, fundado en odios e incredulidades, que no surge exclusivamente por el fracaso de las élites tradicionales, suplantadas por la presunta vocación “populista” de la “superestrella”.

Nos atrevemos a dibujar la antipolítica, en este lado del mundo, como un fenómeno propio del quehacer opositor. Dos de sus tres expresiones simplemente fracasaron en 1998, con la metafórica estela de boñiga dejada en Caracas (199s.), sin que olvidemos la también impactante aparición del prometido de una “ex – miss”, por entonces envuelto en un nada edificante caso judicial, al lado de Salas, y tampoco el salto de la candidatura presidencial a una gobernación de la otra “ex – miss”, con la venia del nuevo gobernante.

Antipolítica difícil de preservar cuando del poder se trata, arriesgándonos a una severa crisis de gobernabilidad atajada apenas por el autoritarismo. Ciertamente que la gente lo aplaudió o fue resueltamente indiferente, “cosa que los demócratas convencidos esperamos que nunca ocurra” (202), pero el Congreso fue disuelto y la Asamblea Nacional plural, “como se merecen las democracias” (224), está lejos: ha transcurrido dos años prácticamente sin control parlamentario, aunque es necesario calibrar, como compensación, las diligencias ciudadanas ante la Fiscalía, por ejemplo (205).

Originalmente publicado en el diario “El Nacional”, creemos importantísima la distinción -“suerte de hipótesis silvestre”- entre antichavismo destético, ético y estético (209-212). Si

cambiásemos el terreno, especularíamos un poco sobre el chavismo “tético”, estético y –el que, incluso, intenta de buena fe ir más allá del barinés- estético, donde incursionaría el autor de marras, sufragante que experimenta un “escalofrío gerencial” (215), remitiéndonos a las realizaciones del gobierno.

Otro buen puntaje proviene del observador que emplea sus herramientas teóricas, dando cuenta de aquellos tramos de la vida social que suelen escapar de las páginas de opinión. Hernández opera conceptualmente (143) para dimensionar el relato de los atracos, inadvertidamente basados en la técnica del “flash back” (131); a guardaespaldas y soldados convertidos en mesoneros (186, 203), dato que objetivamente delata a los privilegiados de ayer; los nuevos ritos funerarios (133-135) o el retratismo urbano de una vieja película (270-274).

Hernández invita a la coincidencia y a la discrepancia en la inmensa angustia que bien puede resumirse en aquello de “si la ilegitimidad se generaliza y se comparte entre los excluidos y las instituciones, entonces queda abierto el camino para la construcción individual e imaginaria de nuevas reglas y para la actualización de los viejos mitos” (124). Uno de los mejores articuladores (sic) del país le concede una ventana al paisaje que nos contempla .

Un acierto que nuevamente justifica la existencia de la Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Estamos sueltos, atónitos, mudos y distanciados y el tejido cinematográfico de la obra nos alerta.

(Venezuela Analítica, 12/00)

B) ¿Cuál convivencia ?

Culto a la simplicidad

Creímos haber aceptado o asimilado la complejidad de un conjunto de soluciones a los problemas igualmente complejos al principiar la década de los noventa, por lo que respecta a su concepción, diseño, implementación y calificación de los cuadros decisores. Pareció emerger, desde el fondo del célebre paquetazo perecista, como una dramática y definitiva lección, la imposibilidad de correr la arruga mediante las fórmulas acostumbradas, fáciles y portátiles, meramente afianzadas por la divisa petrolera. No obstante, las sucesivas consultas electorales confirmaron la creencia en un gobernante cuya única prestancia ética era garantía suficiente para desterrar la corrupción administrativa o en otro de una voluntad inquebrantable para barrer al viejo liderazgo, como si fuese suficiente a los fines de alcanzar la felicidad reclamada.

Se dice de un acontecimiento revolucionario que los hechos desmienten brutalmente: la economía sigue alfilerada a los mercados internacionales del crudo, generando cada vez más desempleo; el CNE ha profundizado una tradición de triquiñuelas, presuntamente olvidados que un 28 de mayo fracasó como nunca antes se había visto; perdidos dos preciosos años tras la increíble reivindicación del Seguro Social, intentamos otro sistema de

seguridad social sin la menor interpelación en torno al rechazo de una ley sancionada en 1998, al parecer, escasamente distante de la proyectada por el oficialismo; el incremento de la delincuencia dice autorizar a los escuadrones de la muerte, acentuado el horror carcelario; la situación de la administración de justicia la conocemos todos, mientras el proyecto educativo nacional insiste en un estatismo anacrónico o el contralor intenta siempre pasar agachado. Y es que un pequeño ejercicio de comparación con los diagnósticos y propósitos reiteradamente divulgados, permiten no sólo constatar el contundente fracaso de una gestión, sino apreciar que el afán voluntarista, afincado en la gentileza de los estereotipos y la indefinición de un modelo alternativo de desarrollo, no bastan.

Dos años y medio sirven para aliviar, al menos, los problemas fundamentales encaminados hacia retos cualitativamente diferentes. Ofrecieron un milagro, súbito y concluyente como todo el que se respete, con la derrota del bipartidismo, pero las cosas empeoran y no otras que las de siempre. Una abierta conflictividad con la iglesia católica o los medios de comunicación social, fuertemente condicionada la institución armada, no los relevará de una realidad harto complicada, por muy buena disposición litúrgica que tengan.

El culto a la simplicidad, propio del mesianismo, también exhibe correspondencias alarmantes: al lado de los que aseguran que Chávez resolverá cuanta vicisitud exista, dificultada cada vez más la conjugación en tiempo presente, encontramos a los que proclaman que algo semejante ocurrirá sin el barinés. Es decir, si el uno liquidó todos los obstáculos que le impedían alcanzar una utopía jamás esbozada, al otro -vulgar desconocido- le será más fácil vencer un solo obstáculo.

El revanchismo, dándole continuidad a un modo de concebir la historia, no nos hará libres. Tampoco pavimenta el camino hacia la prosperidad y la equidad.

Tanto devarío no puede alcanzar carta de ciudadanía. Le corresponde a la oposición democrática y plural encontrar salidas también democráticas que legitimen sus esfuerzos y rompan con un culto sobreviviente a tantos dramas.

(El Globo, 16/06/01)

Degradación del debate

Nada más necesario que la polémica para la vida democrática. Tan elemental convicción sugiere cierta consistencia de las razones esgrimidas que impidan una pronta degradación del ambiente político.

No pocos meses tiene la preocupación por el destino de Vladimiro Montesinos. La opinión pública ha incubado serias sospechas sobre el personaje y la vinculación con un sector del gobierno actual. Ocurrió lo sabido por todos y el presidente Chávez reencadenó su larga, que no sustanciosa, versión sobre los hechos. Sin embargo, antes, dos de sus seguidores pusieron las notas de un retroceso innegable en el debate.

Los parlamentarios oficialistas quedaron en evidencia: el uno, no supo –en definitiva- qué decir cuando había asegurado la muerte del sujeto; y, la otra, acusó a un parlamentario de la oposición –Pérez Vivas- nada más y nada menos que de protegerlo. Y con todo el respeto, esas sandeces avisan de algo más grave, como es la carencia de una cultura política democrática mínima que obliga al razonamiento y a la circunspección.

Por lo demás, las consignas tienen sus límites. No puede continuar el coro maniqueo sobre el pasado mientras el presente parece reivindicarlo, pues, la invocación de una cuarta república corrupta luce como una necedad cuando el flagelo continúa a sus anchas.

El debate político es inevitable y no queda otra opción al oficialismo que asumirlo. Y me atrevo a aseverar que si ésta fuera una revolución, la sabríamos por sus tribunales, pues, generalmente, el cambio histórico evidencia a los mejores.

(El Globo, 11/07/01)

La convivencia ciudadana

Está vigente una nueva ordenanza en Caracas relacionada con la convivencia ciudadana. La celebramos, sin evitar la fuerte sospecha de una contribución más al extenso repertorio normativo con el que contamos.

La nota pesimista parte de una realidad incontestable: ¿quién la impondrá convincente y oportunamente?. Digamos que el linchamiento de las barriadas tiene sus modestos equivalentes en el anónimo botellazo lanzado desde un piso alto para apaciguar la tertulia de la muchachada a deshora o un disparo al aire dice asegurar la huída del ladrón que intenta el automóvil, antes que llamar a la policía, siempre ocupada en otros y más peligrosos menesteres. Hacerse justicia por mano propia es parte de la cotidiana resignación, a pesar de no exhibir los extremos dramáticos y noticiosos del ajusticiamiento popular.

El formalismo jurídico surge otra vez como un mero requisito externo, declarativo, empeinado en el rigor lógico antes que la realización de valores: el órgano legislador deja constancia del nivel de conciencia que posee sobre el orden deseable de las cosas, aunque luzca lejana su instrumentación y, por lo demás, preexistan clarísimas disposiciones legales referidas, por ejemplo, al tránsito terrestre o a los desechos sólidos. Por lo demás, recuerdo que un amigo hablaba años atrás del Estado neurótico que, al prohibir que la gente haga sus necesidades fisiológicas en la vía pública, no las dota de baños igualmente públicos, higiénicos o gratuitos a menos que se tomen por tales los que se encuentran en cafeterías o restaurantes para disgusto de sus dueños o administradores.

Se me antoja que nada más revolucionario que el Estado que aprende y acepta convivir con los ciudadanos, cumplidor de sus tareas esenciales. ¿O bastarán una y otra ordenanza, una y otra ley, una y otra Constitución?.

(El Globo, 30/07/01)

¿ Militantemente indiferentes ?

Noción clave: anomia. Ausencia de compromiso público. Llega antes una conocida marca de cigarrillos o de cerveza que el propio Estado. Alcaldes que acuden a la empresa privada y se entretienen con operativos registrales, desatendidos problemas tan esenciales como el de la seguridad personal, como si no hubiese un todo un sistema tributario sobre el cual polemizar y las partidas de nacimiento no fuesen parte de una diaria y aceitada rutina.

Días de huelgas en Sidor y en el magisterio, a punto de recibir el caudal de inconformidad de los trabajadores del metro. Coincidencias cada vez más extendidas sobre la situación reinante que no encuentran adecuadas instancias de expresión y –sobre todo- solución.

La indiferencia del colectivo parece una constante. Están los efectos pedagógicos de un presidente que le otorga prioridad a una gira por Rusia o Bangladesh, truncada la visita a la India, que a las innegables tempestades anidadas, imposible de delegar tales incursiones bajo el signo de una política exterior indebatida.

¿ Militamos todos en la indiferencia? ¿ Podemos soportar tan inmensos deterioros con tan enfermiza resignación? ¿ Qué temores yacen en el fondo?.

Urge una interpretación.

(El Globo, 08/06/01)

La mirada coherente

La tentación es la de referirse al exitoso Candidato Chávez y el indudable impacto político, social y psicológico que produjo, algo muy distinto a la del Presidente Chávez cuyas propuestas aún no nos convencen y deberán enfrentar una realidad, la que simplemente existe, está ahí. Igual tentación la de escudriñar el contenido de sus mensajes, sobre todo los de la Avenida Bolívar y del Ateneo, en medio de la polvareda emocional, espontánea y casi inédita en la Venezuela de los últimos años. No obstante, en ésta época de dispersión, donde los problemas y sus soluciones están prácticamente departamentalizados, como si solo el pragmatismo pudiera concederles alguna unidad, aceptada y legitimada la contradicción de posiciones, hay un enfoque igualmente inédito que suscita la reflexión.

Ha proclamado no sólo un conjunto de valores y de principios del cual se desprenderá y explicará otro conjunto de medidas e iniciativas de gobierno. La doctrina bolivariana, reivindicada como propia de esta contemporaneidad, le otorga esa credibilidad perdida por otras expresiones que, asimiladas las lecciones de El Libertador, le imprimían un sentido universal a la actuación de las llamadas familias socialcristiana, socialdemócrata y

marxista. La dislocación, desviación, distorsión o la elasticidad, flexibilidad, plasticidad doctrinarias de los partidos cincuentenarios del país, también provocó una enorme desconfianza, incluyendo los excesos técnicos de sus planteamientos, supuestamente versados en una suerte de ingeniería esotérica aprendida en las más trilladas universidades del extranjero. Y, por supuesto, de un doble discurso que aterrizó en las más desenfadadas actitudes moralistas. Es tiempo de recobrar los senderos de la reflexión y del compromiso y así se insista en los percances de la ola postmodernista, siempre falta una mirada de largo aliento, coherente, profunda y, sin dudas, la innovación de un humanismo cristiano que tome en cuenta y debata lo que ha venido planteando Karol Wojtila, por citar un ejemplo.

El otro elemento que le ha brindado un sentido maestro a sus posiciones o posturas, en el caso de Chávez, es el de la referencia histórica, no otra que la conversión de las intentonas golpistas en un hito trascendental. Por algo, los oficiales que se alzaron en 1992, protagonizaron la primera rueda del Presidente Electo, en lugar de los líderes del MAS o del PPT. Se está reescribiendo (SIC) la historia y, agotados los parámetros de un acuerdo que fue útil, como el de Punto Fijo, otros hechos del pasado, otras vicisitudes apenas recordadas, otras gestiones ya definitivamente lejanas como las de López Contreras y Medina Angarita, ocupan los trazos esenciales de ese enfoque o mirada que viene a legitimar la futura actuación al frente del Estado.

(El Globo, 18/12/98)

- II -

La renta política

De frecuentes precipitaciones se hace la realidad, girando contra el pasado susceptible de una reescritura interesada. Insurge la antipolítica para "buhonerizar" el destino común. Los partidos experimentan una involución e, incluso, nos preguntamos, ¿por qué las nuevas generaciones no responden?. El presentimiento ocupa el lugar de la razón.

A) Del pasado al presente

Fin de siglo

Venezuela ha cambiado en cien años. El detalle no luce tan obvio cuando es fácil constatar que otros pueblos no superan sus más elementales problemas, incluso, por un lapso mayor. Además, gracias a un cierto pesimismo de increíbles efectos retroactivos, asumimos que nuestras miserias y penurias se han mantenido intactas por obra de los políticos corruptos, congénitamente incapaces, todavía mezclados en el torrente sanguíneo de una esperanza por siempre defraudada.

Resulta interesante la lectura de "Venezuela 1899", informe patrocinado por la entonces Oficina de las Repúblicas Americanas, con sede en Washington, reeditada por la Presidencia de la República hace cinco años, con una introducción de Pedro Cunill Grau.

Aquél fin de siglo encontró una república asentada en 1.552.741 kilómetros cuadrados, vigente la Constitución del 21 de junio de 1893. Eran los estados: Los Andes, Barcelona, Sucre, Bolívar, Carabobo, Caracas, Falcón, Guárico, Lara, Rivas, Miranda, Zamora, Zulia, Trujillo. Dos Territorios Federales: Colón y Amazonas. Dos Colonias Agrícolas: Bolívar e Independencia. Caracas tenía 8 parroquias: Altigracia, Santa Teresa, Santa Rosalía, Candelaria, San Juan, La Pastora, y San José, junto a las foráneas: El Valle, Antímano, La Vega, El Recreo, Macuto y Macarao. Noventa mil habitantes que registraban a veinte personas mayores de 100 años.

Las Legislaturas regionales, por ejemplo, elegían tres senadores con sus respectivos suplentes por cada estado y un diputado por cada 30 mil habitantes. Existían nueve Consejeros de Gobierno con sus suplentes y los ministerios de Relaciones Interiores, Relaciones Exteriores, Hacienda, Crédito Público, Agricultura con Industria y Comercio, Correos y Telégrafos, Obras Públicas, Guerra y Marina, Instrucción Pública. La reducción de las carteras se creyó una tendencia irreversible, por cierto, pero al asumir su segundo mandato, Caldera los multiplicó apelando, además, a la nómina de los ejecutivos sin cartera. No encontramos la Institución Armada como tal, sino las fuerzas públicas terrestres y navales, compuestas por las milicias organizadas en cada uno de los estados de acuerdo a las rebanaduras del caudillismo.

Había, en la ciudad capital, el Banco de Venezuela, con un capital de 8.000.000 (SIC) bolívares y un fondo de reserva de 97. 733,39 bolívares; y el Banco de Caracas, con un capital de 6,000,000 bolívares y reservas por el orden de 345.928. Dos empresas telefónicas, cuyo tarifado se dijo más barato que el de Estados Unidos.

Los cultivos de café, cacao y caña de azúcar "constituyen principalmente la industria agrícola en Venezuela". La fuente principal de riqueza o el petróleo de aquellos años, el rey café cuya exportación alcanzó, en el bienio 1895-1896, a 52.224.525 kilogramos por un valor de 85.766.157 bolívares, destinada esencialmente a Alemania, Francia y, en menor medida, a Estados Unidos. En el mismo período, el cacao llegó a 8.930.204 kg., representando 10. 091.037 bolívares; y la caña de azúcar a 2. 180 y 91.631, respectivamente. Los cueros y la madera exhibieron cifras más modestas. Y, curiosamente, sde indica que la deuda total (externa e interna), era una de las más pequeñas de América Latina: 201.323.753,95 bolívares (pág. 247).

Este fin de siglo, el de ahora, presenta un escenario cualitativa y cuantitativamente diferente. Las exportaciones no tradicionales (millones de dólares), nos indican 4.629 para 1998, 4.790 para 1997, 4.629 para 1996 (Anuario de "Economía Hoy", 10/12/98). Las petroleras son de una contundencia que cualquiera puede adivinar. Inflación del 37,60%; desempleo del 11,10%; crecimiento (% PIB) de 5,10; déficit fiscal (% PIB) de 4,50 "Economía Hoy", 2/12/98). Una Venezuela que ha cambiado en cien años, con claros e incultables signos de progreso. No obstante, el CECODAP advierte perfiles que angustian, pues, de cada 100 niños que ingresan al primer grado, sólo 38 culminan el ciclo diversificado; hay 1.2 millones de muchachos entre 7 y 14 años de edad con un agudo déficit nutricional; 11 millones de venezolanos en medio de la pobreza crítica, extrema y atroz ("Quinto Día", 25/12/98 al 8/01/99). Venezuela dedica apenas el 0,86% del PIB a los

programas públicos; en 1997, las campañas de vacunación descendieron en 56,6% para la triple, 72% para la antipolio y 86,5% para la BCG ("El Universal", 11/12/98).

(Economía Hoy, 10/02/99)

La post – revolución de Octubre

François Furet ha dicho que la revolución es balance, contenido, continuidad antes que modalidad, acontecimiento, ruptura. Afirma en "Pensar la revolución francesa" (1980) que hay una ruptura de las conciencias que oculta la prolongación de los hechos: "el problema consiste pues en comprender cómo la continuidad aparentemente inevitable de un fenómeno se hace evidente a través de la discontinuidad aparentemente radical de la Revolución".

Luis Ricardo Dávila señaló en "Imaginario político venezolano" (1992) la semejanza de los objetivos programáticos de los gobiernos de López Contreras e Isaías Medina con los impulsados por la Junta Revolucionaria de Gobierno surgida a raíz del golpe del 18 de Octubre de 1945, aunque en materia petrolera no lo es tanto en razón del destino de la renta. Expresa el autor en su furetiano ensayo: "lo que cambia a partir de esos días es la concepción misma de la acción política que pasa a fundarse en un nuevo imaginario y una nueva legitimidad organizados simbólicamente en torno al 'horizonte' de la soberanía popular".

Invertida la fórmula, podría asegurarse que la contrarrevolución consiste en la superficial discontinuidad de los hechos mientras que el poder se hace extensión del pasado. Encontramos una fuerte resistencia ante una situación que no puede solventar la exhausta renta petrolera. El aumento de la gasolina o la libertad cambiaria parecen caminos irremediables en la marcha de los acontecimientos. No es que el gobierno se está entregando o va a entregarse a los brazos del programa perezista, como especulan con facilidad y malicia ciertos comentaristas, sino que los hechos son irreprimibles y tan sólo merecen –siguiendo la hipótesis anterior- una carga (o descarga) simbólica tal que los reubique en la historia y la conciencia que de ella se pueda tener. Por vía ortodoxa o heterodoxa, están plenamente aceptados, pero hay una orfandad teórica (o intuitiva) que no permite el nuevo imaginario: ¿por qué esta vez las visitas al FMI no son reveladoras de la vocación neoliberal del gobierno y las anteriores sí?, ¿por la retórica defensiva de una sensibilidad social que, a juzgar por el presidente de la Comisión de Finanzas de Diputados, contrasta con el recorte presupuestario de importantes programas?, ¿es posible cabalgar el 'sálvese quien pueda' impuesto en los últimos años?.

En el análisis realizado por Roberto Zapata sobre los valores del venezolano, publicado por Conciencia 21, se evidencia un mayor interés por los asuntos menores (escándalos, peleas, rumores) que por los sustantivos de la vida política, económica o social del país: los políticos, partidos y gobiernos (ligados a los partidos), son los principales culpables de nuestros problemas y poco hacen para resolverlos. Sin embargo, el 57% no participa en asociación alguna y, los que se atreven, están inclinados a los grupos deportivos/recreativos

(35%), organizaciones de la Iglesia (31%), asociaciones de vecinos (24%), sindicatos (22%), gremios profesionales (20%), partidos (20%), cooperativas (18%), grupos juveniles (10%).

Furet advertía (revista Vuelta, nr. 216 de noviembre de 1994), el déficit político de la modernidad, fundado en la ignorancia del bien común en aras del bienestar individual. Ejercicio de precisión, la contemporaneidad requiere de fuertes dosis de atrevimiento teórico que, al menos, compense la sobre – ilusión liberal.

(Economía Hoy, 01/11/95)

Crisis, maldición y elogio

De muy reciente publicación, Manuel Caballero es el afortunado culpable de (A) “Maldición y elogio del siglo XX”, Fundación Celarg, y (B) “Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)”, Monte Avila / Contraloría General de la República. El primero complementa al segundo, revelador de los préstamos argumentales que el autor se hace a sí mismo (A: 9). Constituyen, por sus conclusiones, referencias importantes para un debate siempre pendiente en torno al destino común hecho, palmo a palmo, sobre un pasado obstinadamente olvidado excepto para demoler ciegamente un presente que Caballero caracteriza a contracorriente (pueblo pacífico, sano, culto, democrático, definitivamente democrático). Valgan las observaciones en torno a la revolución sexual y al lenguaje (B: 121s.), campo éste en el que Sebastián Elchamo demostró sapiencia y habilidades.

El pasado no es mejor que el presente, fórmula de reconciliación con un siglo XX que trajo la paz y la democracia (A:67, 73; B:169 ss.). No estamos muy seguros que vivimos en democracia por decisión enteramente popular, por una conciencia difusa que impedirá otro régimen dictatorial, voluntad internalizada y poder de participación, en menor grado imputable a los gobernantes, como refiere (A: 68, 72; B:166). Hay una campaña soterrada que exalta los ya viejos autoritarismos en combinación con un generalizado como peligroso escepticismo.

Coloca el acento en acontecimientos históricos que hoy se pretenden con vigencia política, como si fuese racionalmente fácil proclamar la democracia absoluta de Medina Angarita a la par de visitar al famoso vecino de Madrid, pretendida la absurda y burda inocencia en los acontecimientos de 1945. Apenas dos universidades y diez liceos había ese año y si es verdad que, técnicamente, fue un pronunciamiento militar clásico, también lo es que fue una “revolución a la venezolana”, con las implicaciones de rigor (B: 17, 77, 82, 92, 97, 150). En el peor de los casos, hubo elecciones para la Constituyente (diciembre de 1946), para Presidente de la República (diciembre de 1947) y para los municipios (febrero de 1948).

Versa en torno a las crisis de 1903, 1928, 1936, 1958, 1983 y 1992. Desestima la importancia del 27F al no advertir las consecuencias perdurables que trajo, por ejemplo, la

primera intención de 1992 (B: 164). Es un punto abierto a la polémica, tan útil y respetable como la negación de nuestra condición de país agrario en el siglo XIX (A:63 s.).

La democracia operó en 1992 (B: 11). Ejercicio permanente y tenaz de un cuestionamiento sin precedentes que es, frente a la dictadura, ausencia del miedo o terror difuso e impalpable (A:25; B:18s.,115), aunque no debemos restarle importancia a las inclinaciones autoritarias so pretexto de evidenciarse en todo el mundo (B: 148). Hasta el CECODAP ha publicado la opinión de los muchachos entre 9 y 17 años de edad que estiman a Pérez Jiménez y a Gómez como los mejores gobernantes que hemos tenido, lo que expresa la convicción cada vez más profunda de haber perdido esta centuria (B:13).

La agudización del desacuerdo político, el extravío de los consensos básicos, produjo la ruptura de la paz que era la entronización de la guerra (A:44), aunque hoy no parezca tan obvio, privilegiada la historia de la política frente a la historia de lo político. A nuestro parecer, todavía persiste la idea y el sentimiento de un extravío que automáticamente se refleja en los problemas de orden público, inestabilidad o intranquilidad, dando paso al uso y abuso de la noción de gobernabilidad. Si antes asistimos a la contraposición de la ideología liberal con la democrática (B:48), con un indudable y sobreviviente fondo positivista, hoy nos amenaza el dilema de la modernización y la de sus encubiertas, toscas o afinadas versiones populistas.

En la vertiente politológica del ejercicio histórico, bastaba con las conclusiones sin que fuese necesaria la repetición de los consabidos hechos que armaron el siglo. Caballero cita cuatro trabajos inéditos, pero lo creemos deudor de un ensayo que, más allá del repertorio tradicional, sirva a la elaboración y crítica de sendas tendencias bibliográficas plenamente empleadas las herramientas del científico social. Es notoria la ausencia de autores como Luis Ricardo Dávila, María Sol Pérez Schael, Asdrúbal Baptista, Roberto Zapata y otros que asumen la centuria con un terco afán de escudriñamiento, sólidez conceptual y fuertes dosis de ironía por ahora incontestadas. Y, finalmente, ante el auge reverencial hacia dictaduras como la de Pérez Jiménez, es necesario abundar no tanto en páginas como en razones – digamos- poderosas que den al traste con los mitos que nos ahogan. Esto es, maldiciendo y elogiando la crisis actual.

(Economía Hoy, 22/06/98)

Golpegráfía del 19 de Abril

Demoleedoramente ignorante, no logro entender la versión golpista de los hechos del 19 de Abril de 1810. Es cierto que se produjo la destitución del Capitán General y Gobernador, Vicente Emparán, fracasados dos intentos en fechas recientes. Sin embargo, todo fue a la luz pública y no hubo movimiento cuartelario alguno, salvo el desconocimiento de su autoridad por las llamadas agrupaciones de honor que marcaban la ruta entre el Cabildo y la Catedral.

En efecto, podemos hablar de una concentración pública suficientemente moldeada para los fines de la conformación de la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII, en cuanto a su reclamo, petición o demanda, más allá del reemplazo de una autoridad. Acto de masas, pues, con la circunstancia de una representación curiosa: mantuanos que reciben el “mandato” de los pardos. Un rápido plebiscito. Una pronta consulta. Un condensado proceso de deslegitimación.

Si no recuerdo mal, incurriendo quizás en el abuso de trasladar categorías a épocas que no las soportan, por ejemplo, Eric Nordlinger señalaba como elemento central de un golpe la participación de las tropas intermedias estratégicamente localizadas, operando simultánea, acelerada y coordinadamente en una sola y gran operación táctica. Ingrediente fundamental de toda intentona es el reemplazo violento de quienes ejercen el poder. El acta de la sesión del 19 de Abril señaló, con razón, que no hubo derramamiento de sangre, por lo que puede perogrullarse que, en su ejecución, las jornadas de 1810 no entran en la tipología señalada.

Tomemos también en cuenta, aprovechando la aproximación aniversaria, que la invasión del general Castro León en 1960, propicia para un levantamiento general del que no pudo haber sido directamente beneficiario, en caso de haber logrado la victoria, a menos que se trasladara a la capital antes que otro jerarca, tampoco encuadra en una tipografía simple del golpismo. Ciertamente se adecúa es el intento del 22/23 de Julio de 1958, cuando pudo tomar por asalto a Miraflores.

Simple constatación al reencontrarnos con los eventos que hacen historia.

El contragolpe de Estado

Persiste la necesidad de reflexionar a fondo lo acontecido en los últimos años, una perogrullada no asumida cabalmente por la dirigencia política “establecida”, llamándola de algún modo en contraste con los que aspiran a reemplazarla apelando, incluso, a la fuerza. Entre las escasas excepciones está Gustavo Tarre y “El espejo roto: 4F 1992”, un estupendo aporte a la discusión para irritación de los habladores de oficio, frecuentemente tildados de “ideólogos” por los sortilegios del lenguaje y que no se internan siquiera en el fenómeno venezolano de los ´60 y ´90, a contrapelo de lo dicho por Huntington sobre el oleaje (y contraoleaje) democratizador, en una obra ya traducida al castellano.

Puede hablarse del contragolpismo “defensivo”, táctico o inmediato, no necesariamente complementado por el “ofensivo”, estratégico o mediato, los cuales respectivamente operan para salvar y salvaguardar al régimen o –haciéndolo- generar ciertos cambios homeostáticos, frustrados o consumados inadvertidamente a lo largo del tiempo. Asunto que ocupa la atención de Tarre en su segundo libro, por cierto, incomparablemente mejor

que el primero publicado, resalta curiosamente el azar como una clave difícil de asimilar al esbozo teórico intentado, definitivamente útil para abordar los procesos todavía pendientes.

Por una parte, dibujando la fragilidad de lo obvio, destaca la pronta reacción frente al acto golpista, superados el desconcierto y la pasividad que produjeron los eventos de 1989. Sólo la mezquindad negaría el importantísimo papel que jugó el Partido Socialcristiano el 4F, si se quiere, en contraposición a la vacilación o timidez que mostró el Partido Oficialista (AD) que, en los momentos iniciales, a pesar de contar con informaciones previas y más precisas sobre la naturaleza y fecha de la intentona, por conducto del general Peñaloza.

Política y militarmente, los sublevados incurrieron en una serie de errores, en el epicentro caraqueño, revelando su inferioridad ante la oficialidad leal (225). No supieron de la súbita popularidad con la que contaban (para el autor, inherente a todo golpe: 124 y 227), ni de la importancia de los medios de comunicación. Salvando las distancias, valga señalar las diferencias respecto a las élites que impulsaron el golpe de 1945 y, en cuanto al manejo gubernamental de los medios, alguna semejanza del 4F y 27N con las guerras de Vietnam y del Golfo, pues, en un caso, fue libérrima la difusión de los hechos y padecimientos, y, en otro, hubo un mayor control so pretexto del despliegue operacional.

A veces nos preguntamos si el golpe de Estado (y su correlato, el contragolpe en ciernes), no dará cuenta del progreso tecnológico según lo que incansablemente ha divulgado Alvin Toffler sobre el esfuerzo bélico, incluyendo la redefinición de la vanguardia. O si bastará con la toma física y simbólica del palacio presidencial habida cuenta de la importancia decisiva de los medios de comunicación y del nivel de legitimidad reforzado por la libre elección de las autoridades locales y regionales. En este sentido, se nos ocurre pensar en el intento atropellado de Valmore Rodríguez de formar gobierno en Maracay por 1948 o en la novela de Rosetti que convierte a Nixon en un contragolpista, sin ejercer mayor vigilancia y celo sobre la Casa Blanca, si mal no recuerdo.

Por otra parte, un poco con Alberto Varas, en la obra comentada está presente el dúo atraso/modernidad como un elemento estructural que explica el rezago de las FF.AA. imputable al proceso educativo y posterior autoasignación de roles que derivan – aguijoneada por la corrupción propia y ajena- en una particular empresa encarnada por una tendencia mesiánica, inclinada a la militarización de los problemas sociales y políticos e ignorante, por ejemplo, del antecedente fascista de muchos de sus propuestas. En consecuencia, el autor insiste en la adopción de medidas profundas e impostergables de modernización de los pensa de las academias militares, en el marco de unas ideas que merecen un ensayo más extenso (232). Y, al trazar el itinerario del contragolpismo “ofensivo”, habla del empleo a fondo de los mecanismos institucionales disponibles a partir de febrero de 1992, elevando la capacidad de respuesta o de resonancia que hizo inevitable la salida de Pérez, la ilusión de la Constituyente cuando estaba en marcha la descentralización como promesa de adaptación y complejidad del sistema, la estrategia de Caldera para envidia de un Mitterrand, el acento de la misión constitucional de la institución armada –cuya existencia no estaba en peligro- y de la llamativa distinción entre el golpe como fenómeno político inducido por la crisis (28) y la técnica del golpe como variable independiente (12).

Apartando la interesante superposición de planos traicionada por la imprenta a partir de la página ciento veinticinco (125), al confundir el ensayo con el testimonio, Tarre ubica el origen de su inquietud sobre el tema por el exilio (y cárcel) de su padre. Sin embargo, valga acotar, finalmente, que Alfredo Tarre levantó no pocas polémicas al denunciar la inminencia de un golpe en varias ocasiones (véase, por ejemplo, la revista SIC, 01/66; El Nacional, 23/12/79; y El Diario de Caracas, 28/11/83).

(El Globo, 16/03/95)

Guerrilla y conspiración militar

No importa tanto reescribir el pasado inmediato, sino hurgar en la geología de un proceso sujeto a múltiples interpretaciones, aún las más triviales. El discurso oficial puede centrarse en las grandes fechas, pintar de epopeyas el calendario, inyectarle nuevas significaciones (ex post facto) a las intenciones de 1992, pero es en el campo de las indagaciones históricas y politológicas donde el taladro puede llegar lejos, si hay sobriedad, objetividad y consistencia.

Las aproximaciones marxista de Miguel Acosta Saignes o kissingeriana de Aníbal Romero, en los extremos que intentan a Bolívar, no se compadecen con el anecdotario en boga, tanto como la caracterización de Elías Pino Iturrieta deja muy atrás la visión de quienes, favorecidos, dibujan los días que corren con los más cómodos adjetivos. Ejemplo contundente de un asombro, el de las ideas, las que se dicen enarbolar y las que urgen desesperadamente, en el tránsito de una victoria de poder quizá imposibilitada de hacerse histórica, dado su origen electoral; esto es, el respeto que recibió de los adversarios, enemigos o extraños, en uno de los inevitables balances de legitimidad a ensayar.

“Guerrilla y conspiración militar en Venezuela” de Alberto Garrido, en su primera edición completa (SIC), con prólogo de Jesús Sanoja Hernández, recientemente editado por José Agustín Catalá (Fondo Editorial Nacional y/o Fondo Bibliográfico Nacional), nos ha decepcionado. Decidimos adquirirlo con las dudas del primer vistazo, en la grata y muy bien aprovisionada librería “Historia” que, junto a la “Suma”, “Lectura”, la Monte Avila del “Teresa Carreño” y el remate del puente de las Fuerzas Armadas, constituyen referencias importantes de la Caracas bibliográfica. Luego, confirmamos nuestras sospechas.

Desfilan con prontitud los entrevistados, rasgando los temas. Douglas Bravo repite la crónica, señala indicios sin delatar al oficial de la Armada, enuncia la nueva espiritualidad y religiosidad devenida cultura nacional. Francisco Prada recuerda, aunque las categorías estorben. El testimonio de William Izarra, victimario y víctima, llama poderosamente la atención, pero deja al lector frustrado: hay capas que merecían toda una estrategia del entrevistador, ausentes las preguntas previa y habilidosamente estructuradas. Sobre todo porque me resistía (y, a lo mejor, todavía lo hago), a creer en una conspiración de vieja data en el seno de las Fuerzas Armadas y cuyos actores, oficiales subalternos, no sólo sobrevivieran a los servicios de inteligencia, sino al intenso, largo y sobrecondicionador

proceso y esfuerzo doctrinario y de formación de la institución, en el parto de las hipótesis de la Venezuela violenta y dineraria que ha cabalgado la democracia como experiencia y promesa.

Luce insuficiente y hasta anacrónica la invocación de aquellos oficiales que se comprometieron con la insurgencia leninista a principios de los sesenta, provenientes de la derecha, para dar cuenta de las transformaciones y el papel de las Fuerzas Armadas en la actualidad. Aquí, resulta indispensable el aporte de los científicos sociales que, en América Latina, superaron las ya consabidas nociones de un Samuel Huntington, pero aún no brindan una (quizá) definitiva, (quizá) novedosa y (quizá) provechosa interpretación de la dramática relación entre el sector militar y la sociedad (no sector) civil.

El libro de Garrido es de una brevedad impresionante, pues de las 279 páginas que lo conforman, 110 pertenecen a las entrevistas con un elevado punto de letra que contrasta con el resto: un largo apéndice de materiales conocidos, de letra diminuta, que tiende a sustituir, no complementar, la tentativa de diálogo. Como siempre, el prologuista destaca.

(Economía Hoy, 15/12/99)

Medios, polémica y aprendizaje

Siempre asombrará la pronta descapitalización política del segundo gobierno de Pérez, por razones distintas, anteriores o simultáneas, al programa económico que anunció y jamás consumió, fuertemente estigmatizado, aunque posteriormente versionado o por versionar en el horizonte de eso que llaman sentido común. Los rumores y, finalmente, las intentonas golpistas de 1992, contribuyeron a agudizar las contradicciones, ganada la opinión pública por una perspectiva predominantemente maniquea que encontró, en el Congreso de la República, su mayor expresión.

Recordemos que los medios, sensibilizados por la propuesta planteada en el seno de la Comisión de Reforma Constitucional referida al derecho de réplica, reaccionaron desmedidamente y, en lugar de particularizar a sus promotores, facilitada la discusión, ayudaron a socavar el prestigio de la propia institución parlamentaria. Hablamos de una intensa campaña que, ciertamente, originó y ensanchó una matriz hábilmente aprovechada por el primer gobierno de Chávez, quien hoy cuenta con facultades tan extraordinarias que afectan la noción misma de un órgano especializado en la generación de leyes, el control efectivo de la administración y el necesario debate político. Lejos queda la uninominalidad absoluta, una bandera que gozó de fama, ya diluída como sus propulsores, sin que compartamos una mínima evaluación de la versión resultante de las elecciones de noviembre de 1998.

Podemos invocar otro ejemplo no menos importante, cuando una telenovela de altísimo rating versionó y se adelantó a los resultados de la elección abierta celebrada por un partido a objeto de la nominación presidencial. No sólo erró al suponer a Guerra perdedor, si no

recuerdo mal el apellido dado, sino que concibió que los males denunciados, a su modo, eran parte de la mismísima esencia de las instituciones partidista, sin ofrecer otra opción que la del gesto moralista a ultranza.

No nos contenta que el oficialismo agreda a los medios, sin Congreso y prácticamente sin partidos a los cuales responsabilizar de todos los males del país. Nadie está a salvo de incurrir en errores, por lo que se impone un llamado al reconocimiento, la rectificación y la cordura, reivindicados el aprendizaje y la polémica como las herramientas para ... polemizar.

Los periodistas que valientemente se negaron a interrogar al mandatario nacional, ampliamente difundido en los noticiarios extranjeros, dieron una gran lección. Ojalá Chávez, quien busca un segundo gobierno el 28 de Mayo, reflexione: que sepa, no los metió presos, pero muy poco aporta la campaña de intimidación, tantas veces denunciada, al proyecto que dice – él- animarlo.

(El Globo, 03/03/00)

A) Razón y presentimiento

¿Desideologización de la política del Siglo XXI?

Desde ya se anuncia un nuevo apocalipsis: el desencuentro de todos en el marco de un nuevo milenio. La política atenta contra nuestra felicidad individual. Cuatro jinetes la cabalgan en medio de una tempestad silenciosa: para reanimarla, reclamando el esplendor de los viejos tiempos; para desmentirla, enmascarando las ambiciones de poder; para exacerbarla, en promesa de nuevas experiencias totalitarias; o simplemente para liquidarla, vaciando de sentido la historia.

La desideologización de la política es una falacia. Tal criterio escamotea una doble abstención. Preservando la pureza de propósitos, no nos atrevemos a oler la realidad para subvertirla. Pefeccionando las fórmulas de supervivencia, no incurrimos en la audacia de repensar la vida misma. Por consiguiente, luce más cómoda la pretensión de deslegitimar a quienes, de una forma u otra, tienen principios y (anti) valores que realizar.

No hay tal desideologización, sino un asalto a la política para desfigurarla. Es decir, la materialización de un conjunto de intenciones orientadas a la exclusión creciente de grupos y personas en las decisiones que les concierne.

La crisis persistirá y la próxima centuria, por muy mítica que sea, no nos relevará de ella y de las responsabilidades personales que acarrea. No es deseable volver a los antiguos procederes, apostar por una solución única y terminal, someterse al espectáculo y huir despavoridos. Es necesario reencontrarnos y, así, actualizar las instituciones, estimular los consensos alrededor de proyectos claramente definidos y discutidos, reivindicar los espacios y el servicio público, protagonizar los cambios.

Son diversos los modelos que integran nuestras creencias morales y cognitivas en torno al hombre, a la sociedad y al universo. De acuerdo al grado de claridad y coherencia o de sistematización y - fundamentalmente - asunción de una realidad concreta, podemos hablar de ideología en contraste con la doctrina, la cual versa sobre los principios y valores esenciales que inspiran nuestra acción, asignándole una serie de fines abstractos; y el programa, cuya especificidad tiene que ver con la estrategia y táctica de la realización ideológica. Evidentemente, hay distintas corrientes ideológicas consolidadas o en vías de consolidación de acuerdo a su nivel teleológico, estructural, globalizante, de conciliación y de prelación.

La preposición inseparable “des” denota negación o inversión del significado del simple, según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, por lo que se infiere la fragilidad o inexistencia de una ideología. Siendo así, tomando una de las nociones básicas de quienes hace décadas versaron sobre el fin de las ideologías, nos movemos en los terrenos de la doctrina, de lo que Edward Shils llama “concepción del mundo” o de lo cultural, ya que no hay sociedad ni persona sin una trama de orientaciones.

Lo ideológico en Marx tiene otra connotación. Se refiere a la “falsa conciencia”, al enmascaramiento de la realidad y de los intereses de las clases dominantes; Althusser, por ejemplo, habla de la lógica y papel histórico de las representaciones (imágenes, mitos, ideas, conceptos). Tenemos que, por una parte, el fin de la ideología en Marx sobrevendrá con el comunismo; y, por otra, en una tendencia liberal, ya finalizó en razón del bienestar generalizado de las sociedades altamente avanzadas cuyas diferencias y tensiones no tienen un carácter existencial.

Siendo así, presente el componente ideológico en forma explícita o implícita, manifestación realizada o por realizar, expresión estancada o por innovar en una sociedad dada, difícilmente puede negarse. El dilema de la (des) ideologización cede el paso a otro más importante y crucial referido a la lucha del (anti) humanismo. En consecuencia puede hablarse de las ideologías (des) humanizantes, aunque también de anomia en cuanto hay, de un lado, razones y conductas paralelas que dicen llamarse “ideología” y realmente obedecen a un asiento de actitudes y visiones; y, de otro, la confesión, apego formal a una ideología cuando, en los hechos, se la adultera y traiciona.

Ahora bien, esa realidad que es materia prima de la política ha sufrido una serie de transformaciones que tienden a alterar sustancialmente el sentido de lo colectivo. Es cierto que los decisores públicos han incurrido en errores, fracasos y ligerezas al lado de sus aciertos, éxitos y previsiones, pero también lo es que la apatía, la indiferencia, el escepticismo, la anomia afectan crecientemente a todo el conjunto social, como factores a la vez condicionantes y condicionados. Todos los males de la sociedad se le imputan al obrar político.

El desinterés por el origen y las consecuencias reales de los problemas, lleva a un debate superficial donde apenas cabe la política como un espectáculo más. Y es de suponer que los profesionales de la diversión, en este marco, cuentan con mayores posibilidades,

imponiéndose por encima de las trayectorias que digan del estudio profundo de las realidades así como de los remedios y diligencias que son necesarios de acordar.

El lenguaje doctrinario, ideológico y programático es reemplazado por el que apela a los instintos. Este es un camino que intenta reconstruir nuestra realidad, porque también aquél ha fracasado en hacerlo y, más de las veces, libra un combate desigual con los medios de comunicación social. Se hacen cada vez más complejos los asuntos que conciernen a todos y no hay un código que los asuma íntegramente. Y es que el poder, en lo que se ha dado en llamar la postmodernidad, sufre progresivamente los embates de la dispersión y, en el imaginario popular, sus agentes deben distinguirse por la frivolidad y el exhibicionismo, supuestamente capaces de sacarnos del retraimiento.

El Siglo XXI levanta toda suerte de expectativas. Le conferimos un carácter mágico a su llegada. Y la ingenuidad puede arrinconarnos hasta negar las posibles tendencias en el desarrollo político, en nombre de las sorpresas que puede depararnos la ciencia y la tecnología en un milenio que se supone su exacto domicilio.

Las ideas e imágenes que tenemos y nos hacemos de la próxima y decisiva centuria provienen de una serie de autores que dibujan el futuro, desde una perspectiva optimista, como Alvin Toffler y Francis Fukuyama, o pesimista, como Paul Kennedy y Zbigniew Brzezinski.

En Toffler se evidencia lo que se ha dado en llamar un marxismo redefinido, debido al desarrollo de las fuerzas productivas (estructura) que influye a la política (superestructura). Fukuyama es devoto de los viejos vaticinios en torno al fin de las ideologías. En todo caso, deducimos una franca agudización de la individualidad (que no personalización) y la conquista del poder por aquellos grupos formales e informales que alcancen el rango de gladiadores, bajo los supuesto de un liberalismo victorioso. ¿ El fin de la historia significa la superación de los grandes relatos o su extravío y adulteración?.

La transición inconclusa que experimentamos hacia otro estadio histórico muestra una riqueza simbólica que contrasta con las incertidumbres conceptuales. El Siglo XXI aparece como un mito alimentado por la fantasía, en el podemos invertir todas las ilusiones y enfatizar los más variados estereotipos que den cuenta de una realidad insuficientemente comprendida. Símbolos e imágenes que sirven de orientación cognoscitiva, estimativa y afectiva, sirviendo a una actitud política. La tecnociencia, con sus productos y servicios, deslumbra a todos y es capaz de fraguar un optimismo exagerado al pretenderla un sustento básico de la democracia o de la vida pública, para unos, así como un factor de legitimación de una dictadura en la que los tecnócratas sean el eje central y nos releven de conocer asuntos muy complicados y casi esotéricos.

Simplicidades que obedecen a ciertos determinismos en relación a la economía y el consumo, como si el hombre sólo produjera, consumiera y se divirtiera; o al Estado, único ámbito de realización colectiva y personal. Para Pedro Mario Bazán se evidencia una “compulsión al gozo y al narcisismo: para el consumidor ha nacido una nueva ética, la de la compulsión al gozo supliendo la tradicional ética del trabajo: si no se consume no se tiene derecho a ser feliz”, impuesta crecientemente la “democracia del ocio, de la autopista y del

refrigerador” . Lo irónico está en no contar con una adecuada vialidad, una sana recreación y menos comer en buena parte del globo terráqueo.

Son diversas las cosmovisiones y la razón tiene una variedad de dimensiones, en el que la ciencia y la tecnología es el único saber fuerte. Hay cupo para las creencias trivializadas que tiene que ver con la inacabable multiplicación de las sectas o el interés centrado en los horóscopos y los “ovni”, con el debido respeto a los que ciertamente se esmeran en el estudio de ambos temas. Anomia ideológica donde no hay conciencia del momento histórico, no se es hijo de su tiempo, está ausente lo deliberativo (y, por supuesto, lo crítico), que lleve a un proyecto capaz de representarse en cada uno de nosotros. Puede hablarse de desideologización de la política en unos términos y, no obstante, creemos que el enlace con el humanismo científico y tecnológico nos remite a una ideología subyacente o, mejor, sin asumirlo en su justa dimensión, a un tejido de orientaciones individuales alternas, paralelas, que sirven para un proyecto que se alimenta de credos, ilusiones, predisposiciones, mitos. Por una parte, no hay una participación y canalización política que permita someter a prueba la consistencia teórica y fáctica de tales orientaciones; y, por otra, aunque no cuente con los requisitos que la hagan una ideología de una forma u otra se realiza en la sociedad, influye y es influida en esa colcha de retazos que es debilidad pero también fortaleza del “pensamiento” en el marco de la postmodernidad.

La política como espectáculo tiene una magnífica plataforma en esta debilidad de las convicciones sobre la vida pública. Es, ante todo, moralista. Es prisionera del discurso moral, de los enunciados grandilocuentes. Así podemos entender a Kolakowski cuando afirma que la idolatría de lo político es la fabricación de “idolos para un uso ad hoc en el juego del poder político” y confirma que “no se trata de nuestra incapacidad técnica para enfrentar los problemas, sino más bien de nuestra incapacidad para tratar los problemas que no son técnicos” .

La socialización es la progresiva multiplicación de las relaciones de convivencia, según dijera Juan XXIII en su “Mater et Magistra”. Multiplicación que debe llevar el signo del humanismo cristiano para asumir las tareas históricas que tenemos pendientes. Realización concreta y acorde a nuestras particularidades de valores como el amor, justicia, bien común, calidad protagónica del hombre, perfectibilidad de la sociedad, libertad, igualdad, democracia, participación, solidaridad, cooperación, austeridad. Estamos en el medio político. No se trata de una mera divulgación, sino de la urgencia de traducirlos en iniciativas políticas concretas. Ustedes, los jóvenes herederos de una crisis de la que son culpables en la medida que no realizan un esfuerzo de búsqueda de soluciones, deben dar el combate. Nosotros, los más adultos, quienes compartimos la mesa de discusión en este Congreso, no podemos descansar y esperar que otros libren la lucha. Es el buen combate con la fuerza que da la fe y la buena conciencia en San Pablo.

(El Globo, 01/12/97)

Crisis ideológica

En uno de sus libros, Agapito Maestre observaba la diversa y hasta contradictoria militancia política que puede exhibir un ciudadano, pues vota por un líder que le atrae (pongamos de un partido conservador), participa de las lides sindicales en la empresa metalúrgica, es activista sabatino de una organización ecológica, rechaza doctrinariamente el ingreso de su país a un acuerdo integrador o protesta la presencia de las mujeres en la directiva de un club recreacional. Incluso, alguien lamentaba la situación de los actores que denigraban de lo “más bastardo de la industria del entretenimiento”, buscando una “rápida legitimación en dudosos montajes teatrales o en brevísimos viajes al primer mundo”, distinguida las industrias pesada y liviana de la cultura (<http://www.geocities.com/Hollywood/3974/leer/tman0201.htm>), contrastante con lo observado por Germán Uribe en relación a Sartre, a propósito de la guerra neocolonial (<http://www.mundolatino.org/uribe/polisar.htm>).

En Venezuela probablemente no haya un testimonio suficiente de tal multiplicidad, pues han enflaquecido las organizaciones capaces de enmarcarla. Se evidencia un retroceso de las instituciones intermedias y frecuentemente las asociaciones vecinales constituyen un simulacro, convertidas en aparatos que nada tienen que ver con una membresía que no se mete siquiera en los problemas del condominio, el ambientalismo tiende a ser un ocasional divertimento, los gremios aparecen como un obligado descuento en los ingresos mensuales, etc. No obstante, llama poderosamente la atención que cohabiten o convivan tendencias que no se reconocen como tales y mucho menos se interpelan en el contexto de lo que es un simple ensayo de poder.

Los promotores de las intentonas de 1992, ofrecen un magnífico ejemplo. No aludimos al cada vez más incomprensible Polo Patriótico, una alianza que ha girado alrededor de sus cupos electorales, sino a la esencia de un fenómeno que –por la comodidad del término– denominamos chavismo o chavecismo. Es evidente, en el oficialismo, la presencia de individualidades contradictorias, tanto como en el contra o para-oficialismo. ¿Qué tienen en común William Izarra y el General Visconti, a juzgar por las entrevistas divulgadas a través de la prensa o de libros como el de Alberto Garrido?, ¿acaso no podemos ampliar la nómina con aquellos que, ejerciendo o no funciones públicas, miran a Jeffrey Sach y a Fidel Castro, desde los rincones de un mismo balcón?, ¿no es curioso, al menos?.

Es posible que la doble, triple o cuádruple militancia responda a una postura ética esencial que requiere de la reinención de los parámetros ideológicos capaces de darle una coherencia eficaz en el terreno político, lejos de la asfixiante uniformidad que tantas calamidades trajo en el pasado. Hay un pragmatismo sano que permite la fluidez de la convivencia social, todavía faltante de una dimensión que le conceda una trascendencia globalizadora, pero también lo hay el enmascarado que poco resiste a las definiciones que tarde o temprano, inexorable y a veces desafortunadamente, impone el ejercicio del poder: se hará tarde, sufridas las consecuencias de lo que el filósofo Eudomar Santos consagró con aquello de “como vaya viniendo, vamos viendo”. Sin dudas, el indicio más sentido de la crisis ideológica.

(El Globo, 03/03/00)

Repitencia y utilidad

Hay consignas altamente rentables que no pueden abandonarse mientras el cuerpo político las resista. Encajaron tan bien en el mundo de las percepciones, modelado en la segunda mitad de los noventa, que siguen rindiendo utilidad al flaquear los argumentos.

No pudimos escapar a las reseñas televisivas del peculiar Día del Trabajador próximo pasado. Esta vez, el presidente de la República no asomó su saludo en la terraza de un bloque de El Silencio, gozoso ante los desfilantes de la otrora oficialista central obrera que aún exhibe las huellas marcadas por los Vargas, Ríos, Delpino y Gíl, sino afilaba el verbo en Petare para inaugurar y comentar su nueva ingesta electoral.

Nada diferente señaló el acampañado conductor del Estado que, por cierto, no está sometido al seguimiento o control del que se habla cuando el mandatario estadounidense persigue la reelección (hasta se trata de los propios telefonemas de la Casa Blanca). No obstante, consignamos su insistencia en la situación de hambre y de pobreza que vive el país y el criterio expuesto sobre la institucionalidad partidista.

No renueva las municiones verbales. Sobre todo cuando ha transcurrido más de un año de gobierno y si bien es cierto que las cosas no se resuelven de la noche a la mañana, también lo es que veinte años es demasiada espera y no están enunciadas, dibujadas y emprendidas las fases o etapas que permitan inferir una solución coherente y convincente de mediano y largo plazos. Por lo demás, es definitiva la desconfianza en una mediación política institucional, apelando a la terca abstracción de pueblo que nada tiene que buscar en los partidos: ya no se trata de este o de aquél, incluido el “adecaje de sótana”, sino del partido mismo por definición y alcance, naturaleza y características.

La unidad nacional, forzada, insípida e incolora, es una aspiración más teñida del romanticismo del siglo XIX que del realismo que parece exigir el XXI. Sus propios seguidores, por más buena voluntad y cándidez que muestren, conocen la receta. A Aristóbulo Iztúriz no le queda más remedio que clamar en el desierto y pedirle al presidente que defina de una vez si quiere o no recibir el apoyo del PPT, una nota más que recuerda la estrofa ¿olvidada?, para parafrasear al poeta.

Antes, en una rápida declaración, Alfredo Peña había esgrimido su catálogo y surgió otra vez el tema partidista: deben democratizarse, etc., etc. Esto es: no ha pasado nada, jamás tuvo responsabilidades públicas, las previsiones constitucionales sobre la materia tendrán que aplicarse en una próxima oportunidad, mientras tanto bien vale la consigna esgrimida con desenfado.

Probablemente el oficialismo hubiese resuelto sus problemas internos, nada gratuitos cuando se ejerce el poder, imponiendo toda su reciedumbre lógica, al implementar el programa constitucional que impulsó. Sospechamos un temor adicional: hubiera adelantado el saneamiento de uno que otro partido opositor, con una fuerza insospechada por obra de las generaciones que no tienen responsabilidades en los errores o desaciertos que tan fácilmente se les endosa.

El 1ro. de Mayo fue escenario de una incansable repetición. Excepto, la significativa marcha de los taxistas asediados por la inseguridad, víctimas predilectas del hampa, un renglón hartó conocido por las empresas aseguradoras.

De todos modos queda la inquietud ante la venidera conformación del parlamento, pues, al partir de las consabidas premisas, nos preguntamos ¿qué hará el Candidato Presidencial cuando el destino lo alcance?. Por lo pronto, sabemos que las consignas no arrojarán la misma utilidad de hoy.

(El Globo, 04/05/00)

III -

Campo minado

¿Hay valores y principios que realizar?. ¿El proceso constituyente fue una experiencia de ciudadanía?. ¿Acaso sus resultados no pueden derivar en otro ensayo autoritario?. Preguntas que hablan de lo tentado, frustrado y consumado en diversos campos, como el de la política y la economía, el Estado y la justicia, la propiedad y la igualdad, la educación e indigenidad, como la música y el deporte. Y en medio de todo, la tragedia decembrina del estado Vargas puso su acento.

A) Las puntas de un hilo

Algunas preguntas

Vivimos una época de dificultades. Tanta obviedad debe alarmarnos. No podemos resignarnos, pretendiéndonos simples inquilinos de la situación heredada, bajo la generalizada creencia de un destino individual independiente del social y de la política como un camino de perversiones. Los problemas son grandes, inmensos, están a la vista, los padecemos, pero ¿sabemos cabalmente de qué se trata?, ¿dónde está el compromiso?, ¿basta la afiliación partidista y la conformidad con una visión que tiene correspondencia con la Venezuela de las antiguas bonanzas?, ¿acaso la hiperpartidización no traduce una profunda despolitización interior?, ¿puede concretamente la mujer marcar la pauta?.

Es difícil, en forma inmediata, responder a estas interrogantes. Quizás Lepp es oportuno al observar: “Vivir auténticamente quiere decir para nosotros aceptación de la condición humana con su llamado a la creación y a la superación. Por el contrario, es inauténtica toda existencia que se contenta con lo que es, que se repliega sobre sí misma, que acepta ser una cosa entre las cosas”.

Hemos incurrido en incontables errores a lo largo de estos años. Tantos, que el asunto no reside sólo en las medidas de ajuste y de reforma estructural, sino en la propia capacidad de

ponerlas en práctica y el carácter realmente temporal que tengan unas, y la integridad que tengan otras. Metas y objetivos estratégicos, y también gestión institucional, gerencial, técnica. Significa, además de soñar un nuevo orden social, pelear por su fundación a través de la diaria pulsación de una realidad compleja, la denuncia responsable de errores, el constante planteamiento de soluciones, la movilización cierta de los recursos disponibles y la invención de otros. Incluso, superando la exclusiva visión urbana, saber de la situación de la mujer en diferentes contextos étnicos y culturales, propiciando los estudios antropológicos del caso.

La esperanza de vida de la mujer es superior (74,73) a la del hombre (68,95). Sin embargo, algunos ejemplos nos hablan de las condiciones cada vez más precarias en las que se desenvuelve, actúa, lucha. Conforman aproximadamente el 34% de la fuerza de trabajo y, no obstante, representa el 58% de los desempleados. Un poco más del 50% de la economía informal. El desempleo femenino juvenil ronda el 21%.

La familia venezolana está en crisis. Al lado de los nuevos escenarios económicos que la asfixian, persisten viejas tradiciones, coexistiendo con representaciones equilibradas y positivas. Según las cifras del INAM, para 1993, los Centros de Atención Comunitaria ayudaron a 19.759 familias por reclamo de la pensión de alimento, 5.931 por abandono del padre y 7.015 por el trabajo de la madre fuera del hogar. Otro ejemplo, la devoción familiar y el amor paterno, de acuerdo a un estudio de opinión realizado en 1995, no revela grandes contrastes entre el hombre y la mujer, lo que reafirma el llamado de los obispos latinoamericanos: "En la familia y en la construcción del mundo hoy gana terreno una mayor solidaridad entre hombres y mujeres, pero hacen falta pasos más concretos hacia la igualdad y el descubrimiento de que ambos se realizan en la reciprocidad" (Santo Domingo: 105).

Sin embargo, tercamente, se cree que, en lugar del conocimiento y el trabajo, la disciplina y el sentido creador, basta como milagro acabar con la corrupción para volver al paraíso terrenal, disfrutando de nuestras inagotables riquezas, aún cuando los expertos señalan que se requiere crecer sobre el 4% anual para en 15 años recuperar la situación social de los años setenta. Las claves están en ese providencialismo, paternalismo y, en fin, populismo que todavía campea y en el que, inevitablemente, debe operar la mujer para sustituirlo, desplazarlo, liquidarlo.

Así, el esfuerzo de comprensión de la época que nos ha tocado parte de la necesidad de asumir los planes de estabilización que, a corto plazo, buscan el equilibrio macroeconómico. Este cuasi atropello verbal, para un país al que ya no le alcanzan los 18 mil millones de dólares provenientes del petróleo, endeudado, importador neto de peroles, debe ser objeto de la consideración de las compañeras del Frente Femenino Copeyano sin caer en la idea de que sólo le corresponde a eruditos, entendidos, expertos, consagrados, inalcanzables en la materia. Ocurre algo semejante a las reformas estructurales que pretenden hacernos internacionalmente competitivos, liberalizar los mercados de capital, de trabajo, de comercio. Si tales iniciativas no son las mejores, adecuadas, pertinentes, habría que remover las neuronas para ofrecer salidas realistas que también lleven el signo de la sociedad aspirada. Si existen fallas, tendríamos que ver cómo alcanzar una eficiente asignación de recursos, eliminar las regulaciones que distorsionan el mercado. ¿

Bastará con recortar el gasto, devaluar, restringir las importaciones para conseguir el equilibrio externo? o ¿cómo enfrentar el desequilibrio interno que encarnan la inflación, el déficit fiscal, la exportación de capitales?. O todo lo anterior ¿no incide en el deterioro creciente de nuestras condiciones de vida, en la familia, en el hombre y la mujer de carne y hueso que pueden creer que sólo los corruptos y la mala suerte son los exclusivos responsables?.

Padecemos los costos iniciales de las medidas que tardaron en implementarse dos largos años, requeridas de una cruda evaluación. Recorte del subsidio de los alimentos básicos, mayor caída del salario real, creciente desempleo, desnutrición, desescolarización. Los pobres, los que tienen y/o dicen tener en regla los papeles de pobres, como dijera un poeta, cuentan con una única contribución productiva, pero la mano de obra no calificada sencillamente no es ya la póliza de la supervivencia (ese pico y pala de los abuelos), que gozó de tanto prestigio como único horizonte para llevar el pan a la casa. ¿Acaso no es válida la educación, el entrenamiento laboral, el conocimiento técnico, la reconversión productiva como respuesta? y ¿no contradecimos aquello de “... evitar en los programas educativos los contenidos que discriminan a la mujer, reduciendo su dignidad e identidad” (Santo Domingo:109)?, para generalizar aún más la observación.

¿Por qué no hacerle el debido, serio, profundo seguimiento a los programas sociales del gobierno?. ¿No hay lo que llama Luis España programas-fachada, muy publicitados, sin impacto real, similares al Plan de Emergencia de Larrazábal, como el de Abastecimiento Solidario o el de Capacitación Juvenil?. El Programa de Inversión Social Local, adelantado por el Fondo de Inversión Social, sólo se ha desarrollado en un 2,99%, arrancado en 1993 y por culminar en 1997; el Programa de Mejoramiento de Barrios tiene 85 millones de dólares del Banco Mundial y apenas se ha ejecutado en un 16,61%; el Programa de Control de Enfermedades Endémicas cuenta con 188 millones de dólares, comenzado en 1993 y a concluir en 1998, y sólo ha ejecutado el 6,38%. ¿No se puede hurgar más, denunciar, buscar asesoramiento para darle la carga política significativa?.

La Beca Alimentaria, repartida a través de las escuelas, llega al 20% de los que no califican como pobres, considerado el alto índice de inescolaridad, incluso; los Hogares de Cuidado Diario muestran mayor efectividad, alcanzando a 180 mil familias; hay que revisar los problemas de gestión en cuanto al subsidio de los medicamentos, el Programa Materno-Infantil (PAMI) y la canasta estratégica básica. ¿No es tarea natural para quienes aspiran al poder hacer tal seguimiento, sobre todo desde una perspectiva tan ligada a la mujer y a la familia?. ¿Y no es la dignidad de la mujer la que resulta atropellada todos los días con las injusticias, la violencia institucional, la sexual, las migraciones, las implicaciones del estado civil, sin programas preventivos de orden ginecológico u oncológico, el irrespeto a la maternidad y el trabajo doméstico, la inequitativa distribución de la carga familiar?, por asomar algunas preguntas que nos asaltan inmediatamente.

La posmodernidad con el culto de las apariencias, la dispersión, la distracción, las intoxicantes dosis de indiferencia, ¿no golpea nuestras posibilidades?, ¿no hay un cinismo carnal que reniega de la libertad de ejercer la propia carnalidad?. Es curioso que haya tanto conservatismo en el país detrás de un destape ilusorio, pues, según la fuente citada, las mujeres se muestran más de acuerdo con aquello de que deben llegar vírgenes al

matrimonio (57) que los hombres (48). No estamos de acuerdo con el aborto, etc., etc., pero ¿no es grande la distancia entre lo que se dice, las convicciones que se proclaman, lo que se hace?, ¿cómo asimilar el dato políticamente?.

Hay que organizarse para repensar este tiempo. ¿Descartemos de entrada a las ONG's, los nuevos actores que ya ejecutan el 5% del presupuesto social?. Hay que movilizar bienes e información para cumplir con los objetivos. ¿No significa también innovar al partido día a día?. Hay una dirigencia que cree estar en la Venezuela de los recorridos a mula y el mero reparto de volantes.¿No estamos en la era del conocimiento y la movilidad estratégicas?.

Ahora bien, la política: reivindicación de estos tiempos. Es conocido el desinterés hacia ella , pero no hay otro camino. E, incluso, las militantes del Frente Femenino Copeyano, con estas jornadas de reflexión, lo señalan, pues no se trata de hacer, consumirse, agotarse dentro de los límites del partido sino de ventilarse, ver y conocer lo que ocurre afuera, meditar los propios actos a fondo. Forma parte de la necesaria politización de los partidos, aunque luzca paradójico.

Es fortalecer la presencia de las mujeres en la ruta hacia el poder. No simplemente de negociar cuotas de participación en los ámbitos políticos, económicos, laborales, como si fuese una mera operación aritmética. El Movimiento de Mujeres de América Latina y el Caribe ha hablado del reclamo de espacios gratuitos en los medios de comunicación social o pelear por más mujeres al frente de los Tribunales: ¿eso basta o es lo suficientemente eficaz ?, ¿es una ecuación más en el concierto de ecuaciones (desplazados, marginados,etc) ?, ¿por qué no aceptar con genuina naturalidad a una Jefa de Estado?. Más aún cuando los niveles de pertenencia a entidades no exhibe un índice satisfactorio , el necesario para hablar de la llamada organización social del pueblo.

¿Articular propuestas?, ¿conmover al país?, ¿ofrecer banderas de lucha?, ¿plantear un nuevo liderazgo?, ¿cabalgar sobre la inmensidad de problemas?, ¿controlar la realidad?, ¿asumir la dirección partidista?, ¿cómo moverse en el escenario internacional?, ¿las mujeres del Partido Popular de España no enlazaron con una Unión Europea de Mujeres y participan en la Comisión de Seguimiento del Plan de Igualdad de Oportunidades para la Mujer?, ¿un centro socialcristiano de documentación e investigación de la mujer?, ¿en el camino de la conquista del poder?, ¿lograr el poder público (recurso a la coerción) y la autoridad legítima (recurso al consenso) ?. Nos preguntamos constantemente.

Mujer y familia.Seguimiento y creación. Política y compromiso. Reivindicación de la política y del partido. Propuestas y audacia.

Referencias:

- Carolina Marín. Entrevista a Juan Carlos Navarro. Economía Hoy, 29 / 05 / 96.

- IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. “Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana” (Santo Domingo). Ediciones Trípode. Caracas, 1992.
- Enrique Gil Calvo. “El ejercicio de los derechos carnales”. El País 20 Años. Madrid, domingo 05 / 05 / 96.
- Ignace Lepp. “La existencia auténtica”. Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1971.
- Luis Pedro España. “Lo bueno y lo malo de los programas sociales” y “Gobernabilidad y desarrollo social (I)”, Economía Hoy, 08 / 05 / 96 y 15 / 05 / 96 respectivamente.
- Movimiento de Mujeres de América Latina y el Caribe. INTERNET, ruta y dirección: <http://www4.nando.web.prof/beinjing/cd1/cdtra.html>.
- Partido Popular. Fundaciones y organizaciones afines. INTERNET, ruta y dirección: <http://www.servicom.es/pp/2vag>.
- Roberto Zapata. “Los valores de los venezolanos”. Conciencia 21, C.A. Caracas, 1995. (Economía Hoy, 13/08/96)

Latonería y humanidad

A veces da la impresión que los planes de estabilización macroeconómica se adelantan sin aviso del sufrimiento humano que provocan. Y no es porque sus promotores sean, por definición, monstruosamente fríos, despiados, sino por la propia implementación que corre a cuenta de los cuadros medios de la administración, carente del suficiente aliento, importando poco que las medidas de compensación social no lleguen o lleguen mal a los sectores vulnerables.

Tales planes deben desembocar en una reforma estructural para que el sacrificio no sea inútil, verdad de Perogrullo, pero igualmente deben acompañarse del celo digamos judicial que evite el aprovechamiento delictivo de los recursos, ese que se presenta al detal cuando de auxilio se trata y puede servir para pagar el alquiler de una casa, o comprarla. Por supuesto, remite a la propia concepción que del mundo y de las cosas tenga el operador del programa respectivo y que lo haga capaz de esas fechorías, mínimas fechorías, que teóricamente no afectan la política e intención global del programa. La hipótesis no luce descabellada dada la corrupción que ha venido levantándose y consolidándose a través de los años. Y en el contexto “cosificador” de la crisis, del “sálvese quien pueda” que trasciende a los gobiernos.

Advertía Cornelius Castoriadis, en el primer volumen de su “Institución imaginaria de la sociedad”, que “la lucha de los hombres contra la reificación es, al igual que la tendencia a la reificación, la condición de funcionamiento del capitalismo” y “el análisis muestra que es ahí donde reside la contradicción última del capitalismo, y no en las incompatibilidades, de alguna manera mecánicas, que presentaría la gravitación económica de las moléculas humanas en el sistema”.

Encontramos que operadores y beneficiarios de los programas sociales que buscan amortiguar el impacto de las medidas, están en cuestión. Tocar fondo en la crisis supone interpelarnos sobre nuestra participación, misión y responsabilidades morales -sí, morales- que sirvan para no reeditar viejos errores. Es pelear el buen combate con la fuerza que da la fe y la buena conciencia, parafraseando a Pablo de Tarso, reivindicado, resumido.

La situación padecida no habla de una hojalatería rota, quebradiza, corroída a la que hay que enderezar, como si de tratara de una suerte de ingeniería estomacal que obligara a reducir hasta las fosas nasales para impedir los olores inoportunos. En la persona humana está el epicentro del debate, la del gobernante y la del gobernado. No permitamos que naufrague uno u otro, o ambos, a propósito de unas medidas que son necesarias.

(Economía Hoy, 17/07/97)

¿Un largo aprendizaje?

Soñamos con un orden social diferente. Creemos en una sociedad fundada en la persona humana, postcapitalista, democrática y autogestionaria. Sin embargo, los sueños se hacen a fuerza de realidades. Alguien dijo por ahí que la justicia social también se logra con la derrota de la inflación, el saneamiento de las finanzas públicas, la renuncia a un populismo que nos copó por largos años y que, ahora, toma aliento cuando se le creyó una pieza de museo.

El aumento de la gasolina y el IVA fueron demonizados con el fervor de un discurso que había envejecido demasiado al iniciar la década de los noventa. Y el Fondo Monetario Internacional, una fiel versión del infierno de Dante, en el terco enfoque maniqueísta que nos relevaba de la inmensa obligación de repensar el país, incluído un audaz, coherente, sobrio y convincente proyecto de transformación.

Bastaba con el anuncio del nunca bien ponderado medio (Bs. 0,25) mensual para que el país se levantara indignado. La Transición Velásquez, en medio de sus incontables fragilidades, facilitó el tributo cuya eliminación fue una promesa de encumbramiento para sus oponentes. Los acuerdos con las multilaterales sería pieza a desterrar de nuestro muy soberano país.

La situación se hizo inaguantable y la gasolina subió de un solo golpe 600%. El IVA supo de un disfraz imperfecto. Y, por lo general, fuímos multados por no cumplir con los proyectos de respaldo a los créditos pedidos y concedidos.

Ahora el IVA regresa triunfante. La gasolina puede estar haciendo la cola para un nuevo aumento. Y un nuevo endeudamiento también.

Hay una aparente aceptación de los hechos, aunque contradigan por un buen trecho lo dicho mil veces por los hijos y beneficiarios de la intentona golpista del 4F: una vez Caldera y,

hoy, el propio Chávez. Nos preguntamos si ha habido un efectivo aprendizaje en torno a la conveniencia de las medidas antigua y fieramente impugnadas, naturaleza y alcances en el marco de una estrategia de modernización, o simplemente estamos en presencia de la más cómoda resignación, de una ciega conformidad que guarda correspondencia con la apatía o indiferencia generalizada.

¿Por qué perdimos estos años con banderas hoy desterradas del firmamento? ¿Perderemos otros más distraídos en la superficie? ¿Nos reencontraremos con el país?.

(El Globo, 08/05/99)

Despolitización de la economía

Rápidamente, podemos asumir la política en dos vertientes. Una, relacionada con los asuntos comunes, lo que comporta el interés directo e indirecto de todos en la discusión y solución de los problemas. Otra, referida a la percepción que tenemos de ella, poniendo a prueba el elenco de nuestras predisposiciones.

A juzgar por la situación actual, tenemos un conjunto de dificultades que los bien-hablados tildan de naturaleza estructural y coyuntural, en una distinción que puede gozar de popularidad en la medida que se incrementen el interés y la participación de los afectados gracias al empeño difusor que los movimientos, organizaciones o entidades políticas desplieguen, obligando a la actualización de las demandas e instituciones. Siendo así, estamos en el campo de lo político cuyo elemento esencial es el debate.

También, nos lleva a los trámites o procedimientos probados o pendientes de probar, dependientes de la eficacia y legitimidad de un liderazgo impulsor de las respuestas. De esta manera, nos hallamos en el terreno de los políticos, donde la confianza o credibilidad es el dato principal.

Ahora bien, el país se encuentra en una etapa en la que la carga dinamitera está en el ámbito económico y no nos percatamos de ello, en forma compartida, al privilegiar otros ámbitos. El modelo de desarrollo de viejo teñido cepalista, colapsó hace un buen tiempo y no hay el mínimo esbozo de otro, al igual que no se evidencia la serie de medidas rutinarias y concretas que la urgencia habilitante oficial invocó, agravándose las cosas: los comicios constituyentes cuentan con un protagonismo tal que el resto ha de depender exclusivamente de la redefinición de lo político, aunque realmente se trata de conquistar el espacio de unos políticos en favor de otros.

El desempleo, la recesión y, al menor movimiento erróneo, la amenaza hiperinflacionaria, conforman el trío fundamental de nuestras desdichas. Las causas de vieja y reciente data están a la vista, pero lo importante es afrontarlas hoy, dar respuestas innovadoras y coherentes, sobrias y fiables, canalizar todas las energías para solventar una situación que está en manos del gobierno, no otras que las del gobierno.

Los expertos advierten que bajar la inflación a menos del 20%, supone una mayor contracción. Esto que es importante llevarlo a las inmediaciones de la opinión pública, escudriñando y examinando el talento oficial, no goza de la sintonía de las mayorías.

El gobierno no acepta la discusión. No tolera la disidencia ni en su propio seno. Por consiguiente, al pretender monopolizar el proceso constituyente, descalificando amargamente a la oposición, antigua y reciente, prevaleciendo las consignas en lugar de las ideas, esconde los asuntos que son esenciales o fundamentales para la vida en común, imponiéndose una sola versión de las cosas.

Los prejuicios llegan a su punto culminante y, siendo la política un simple sinónimo de corrupción, los políticos son la mejor expresión de la suciedad en la que nos encontramos, absolutamente todos por igual. Y quienes la ejercen desde las cumbres del Estado no son políticos, sino predestinados al que forzosamente hay que calificar y no hay mejor comodín que el de bolivarianos, por la abstracción y elasticidad que todo término portátil permite, en ese otro tránsito monopolizador y acríptico del vocabulario.

Pasa el tiempo, agudizando las dificultades. Pocos hablan y todos sienten el desempleo, la recesión y la inflación. Y si alguien se atreve al planteamiento, recibe la descarga descalificadora en una exitosa maniobra de distracción. Esto es, la doble despolitización.

(El Globo, 02/07/99)

La mudanza en los suburbios del Estado

Privatizar no significa la entrega rápida, portátil, cruda, desenfadada al neoliberalismo. Eso forma parte de toda una mitología. La sociedad democrática, poscapitalista y autogestionaria pasa por una mudanza del Estado que a duras penas es tal, a otro que sea marco, impulsión y aval de otro orden, pues la historia, caramba, no ha finalizado.

La privatización es un proceso, obedece a una contextualidad y no un hecho aislado, un antojo de finales de siglo. Ocurre que, en un sano pragmatismo, las empresas exitosas no tienen por qué privatizarse en aras de un antojo. Y como son escasas, casi inexistentes, viene con facilidad la perogrullada.

No obstante, hay que considerar la dimensión penal o criminológica del proceso. Puede dar ocasión a actos delictivos. La mudanza se complicaría. Pocos serían realmente beneficiados. No el colectivo. Constituye un aspecto necesario de abordar.

En el fondo, está la sospecha. Un festín destructivo de los bienes colectivos, que pertenecen a todos. El patrimonio público que se muele en los bolsillos de los que reciben, por lo menos, comisiones. Y es por ello la urgencia de la transparencia. Y así también, la generación de confianza en quienes llevan a cabo el proceso, sin que signifique una patente de corso.

Negación de la impunidad y gratuidad. Esto es, aceptación pura y simple de la prescripción de la acción penal para quienes incurran en delito. O ciego depósito de la fe colectiva en los que deben demostrar que la merecen para llevar a cabo la mudanza, pues corremos el riesgo que se queden con ella y ... el camión, en los suburbios del Estado.

(Economía Hoy, 14/01/97)

Urbanoides y propiedad

“El pequeñoburgués ya no comulga
con nada. Ni siquiera con las grandes
empresas como el rico. Ni siquiera con
inmensos dolores, como el menesteroso”

Emmanuel Mounier

(“Revolución personalista y comunitaria”)

Hay un radical sentido de la propiedad en los urbanoides del presente venezolano. Pequeño o mediano propietario que -aún sin serlo- ejerce todo el peso de una pretendida titularidad absoluta sobre las cosas. Es el residente de una urbanización caraqueña, quien no ha pagado la vivienda ni los giros del carro y cuya casa playera está ubicada en terrenos municipales, pero cierra la vereda a los nativos y se comporta como un adinerado extranjero, sorprendido de lo exótico del lugar.

Dos ejemplos no conducen rápidamente al esbozo de una actitud peligrosamente fascistoide. Es el que compra o alquila en un edificio de los muchos serializados de la ciudad y, aún sin colocar las rejas en los espacios comunes en nombre de su seguridad personal, se cree con derechos superabsolutos sobre el apartamento. Tanto que es capaz de no sólo armar sus fiestas hasta el día siguiente, ponerle diferentes tonos y pintar la terraza como le viene en gana así sea contrario a la Ley de Propiedad Horizontal, sino consentir, estimular, aceptar que el hijo, aficionado a la guitarra eléctrica o a la batería, practique estos instrumentos a vivo volumen sin importar la hora.

El conductor de las busetas, camionetas o carrito por puesto es el prototipo más definido del habitante de la urbe con ínfulas siderales. Tiene, por lo general, altos ingresos y goza de la concesión de una ruta, pero el vehículo es tan absolutamente suyo que condena a los pasajeros, no a los clientes sino a los que les hace sencillamente el favor, al gusto musical del conductor, a la suciedad e incomodidad de lo que se da en llamar un medio público de

transporta. Por si fuera poco, es dueño de las calles y hay carta abierta para atropellar y vejar a los peatones.

Mounier decía que “el pequeñoburgués no posee los signos externos ni las facilidades del rico, pero toda su vida está en tensión hacia la adquisición de unos y otros”. ¿ La ilusión de riqueza que nos embarga?.

Tengamos cuidado. Véamos qué venezolano resultará de la crisis. El que se esboza, en el desfiladero de la supervivencia, resulta amenazador. Merece una reflexión adicional. La tragedia de La Planta, como antes Sabaneta, reveló hasta dónde puede llegar la generalizada, cómoda y portátil indiferencia ante el dolor humano. Y si de una partícula de polvo se dice tener un documento registrado, se la defenderá a cualquier precio.

(El Nacional, 15/09/96)

Surcos encendidos

Apenas hemos asimilado el escenario inédito del sacudimiento popular y las intentonas golpistas, incluida la más reciente que copó de bombas y asombros el cielo caraqueño, con los toques de queda consiguientes. E intentamos comprender las distintas versiones y vivencias que el 23 de Enero de 1958 produjo en las generaciones precedentes, con la impronta de una esperanza insatisfecha.

Lo resaltan como manifestación plenaria de un protagonismo que fue o se hizo responsable en el marco de la subsiguiente y dificultosa década; o lo esconden como referencia de una vieja prédica que ya no es, dado el confort de la bonanza petrolera que la amilanó y destrozó. De todas formas, la variedad sospechosa de una misma fotografía impone la diatriba en dirección de lo deseado y lo posible pendientes, sin recaer en la enfermiza evocación celebrativa de lo que, incluso, pudo ser.

Son pocos los que duda de los beneficios que trajo la estabilización del régimen democrático, a pesar de los varios 23 de Enero que acobijan. Tanto que, además de las líneas esenciales intuídas por las mayorías, pertenece al campo retórico de los líderes agotados. Pues, las bases que justificaron la experiencia, se suponen sólidas y los postulados, realizados. Por lo que vale dar anchas al esfuerzos de profundización.

No obstante, la oferta de una reforma agraria dejó los surcos encendidos. Luego de tantos años de promulgada la Ley, el campo venezolano padece de los males que la publicidad oficial cree superados. La intención de llevar la justicia social al campo, elevar la producción nacional y corregir una situación por largo tiempo tolerada, cuando no resueltamente incentivada, sigue interpelándonos.

Persisten las masas campesinas que, sin conocer de cuadros estadísticos ni aventurarse en los estudios complicadamente académicos, están sin tierras. Agreguemos a las comunidades indígenas, ametralladas por una verborrea de territorialidad nacional, frecuentemente

víctimas de arbitrarios desalojos. El latifundio, barnizado o no, no es el recuerdo ingrato que ha dejado la obra galleguiana, explotada por la dirigencia adeca cuando fallan sus sofisticados mecanismos publicitarios. Es una realidad contundente que quema la sensibilidad.

Luego, la democracia debe aún realizar las promesas que trazó en sus albores, pues, debajo del polvo de las palabras, están incommovibles los hechos. Transitar los caminos de la democracia plantea un reto de profundización que exige desarrollar lo pendiente, vale decir, lo nuevo que se creía viejo.

(El Globo, 17/01/93)

2

Error

Son inmensos y novedosos los desafíos que tenemos por delante. No obstante, hay problemas que creíamos superados, asombrosamente pendiente la agenda con aquellos que catapultaron y afilaron las propuestas surgidas al calor de los consabidos hechos de 1958.

De acuerdo a lo reseñado por la revista "SIC" de marzo del presente año, solamente el 4,2% de las tierras están cultivadas, inutilizadas 30 millones de hectáreas. Nada más y nada menos que el 70% de las tierras están en manos del 3% de los propietarios agrícolas, boquiabiertos porque 14 millones de hectáreas las concentran 5 mil fundos. Y 7 de los países de mayor concentración de terreno ¡en el mundo!, se ubican en América Latina y el Caribe: Venezuela ocupa el segundo lugar con 93% de concentración de tierras.

¿Cómo es posible que haya sucedido esto?, es la pregunta irreprimible. Entre otros fines, la reforma agraria significaba elevar la producción nacional y llevar la justicia social al campo, como lo aprendimos de una materia optativa, derecho agrario, impartida en la Católica hace un buen tiempo. Por lo demás, en un tema tan complejo que incluye la agroindustria, las incursiones guerrilleras del vecino país y el mayor atraso político relativo en las actitudes de la dirigencia agroganadera, a juzgar por una lectura subyacente de sus diversas declaraciones de prensa, habría que evaluar aquella condonación total de la deuda agrícola, durante el primer gobierno de Pérez, en la perspectiva histórica de una de las tantas bonanzas que nos dislocó.

No hay una respuesta macropolítica del gobierno, actualizada una reforma agraria acorde a las exigencias de modernización de nuestra economía. Jamás será tal cosa la promoción y sostenimiento de invasiones que, desde un primer momento, ha servido para la esgrima y la estocada de la política al detal que lo ha caracterizado, aunque se diga fundador de otra etapa republicana.

La crisis política alcanza todo su vigor cuando, constatado un tema pendiente en el cronograma, la respuesta no está siquiera a la altura de quienes concibieron e

implementaron el proyecto reformista en el amanecer de los sesenta. Inevitablemente, nos lleva a dudar del carácter revolucionario de un oficialismo que no ha diagnosticado cabalmente los problemas, no cuenta con la inédita imaginación y, al parecer, tampoco con las personas que puedan esgrimirla para fundar el hecho o la representación revolucionaria, si nos atenemos a los estudiosos o divulgadores del fenómeno: quizá Lenin, Trotsky, Mounier, Lebrecht, Ellul, Brinton, Furet o el venezolano Petzold, a quien la ULA le publicó un ensayo bien didáctico.

Creo en la propiedad privada como de derecho positivo, diferente a la personal, pero también en que una economía abierta y competitiva contribuye ciertamente a realizar el principio del destino universal de los bienes, en el presente y largo período histórico, vistas las ilusiones que concluyeron en dramáticas experiencias totalitarias. Urge un debate plural, consistente y provechoso para que el campo alcance la dignidad de una demanda política, susceptible de incidir en la consciencia ciudadana, desempolvada y movilizadora una agenda pública de tan radical importancia para un Estado empeñado en tareas que lo debilitan, enflaquecen y anacronizan.

Pienso en el tiempo perdido y también en el que estamos perdiendo. Y no podemos, con otro error, combatir el error que sobrellevamos por larguísimo años.

(Economía Hoy, 13/04/00)

Autosequestro e indignación

Las comunidades indígenas viven atrapadas entre los fantasmas de un país que se hace y deshace todos los días. Nuestras atenciones e indiferencias las cercan. Unas veces las descubrimos y otras nos descubrimos envoltentes y envueltos.

El positivismo hizo del llanero el paradigma por excelencia de la venezolanidad, producto del clima, genes y fantasías que se empeña en descalificar a los antiguos ocupantes de estas tierras, inclinada la cabeza frente al prototipo europeo. Danza la noción y así lo sienten y padecen alrededor de 300 mil indígenas sobre los cuales pesa una imagen distorsionada, marcada por la pretendida pereza y retraso, sin advertir que constituyen una mano de obra secundaria, maltratada, “lumpeada” en el medio urbano y objeto de los más absurdos prejuicios raciales.

El etnocidio no alarma a los envueltos y envoltentes. Se ha dicho que los organismos de seguridad protagonizan frecuentes desmanes y los “garimpeiros” estelarizan buena parte de ellos. El ultrafundamentalismo de los protestantes, con sus filamentos desnacionalizadores, ha penetrado con serena lentitud y cálculo el medio aborígen. Lusinchi llegó, en una oportunidad, a proferir una sentencia espeluznante: borrar del diccionario la palabra “indígena”.

Estas comunidades están sometidas a la explotación laboral, comercial y artesanal, acentuado el morbo en la artesanía. Aprovechados como exploradores de riquezas,

rastreadores y recolectores de datos, atisbando y explotando hallazgos minerales, vegetales y animales.

Al sur llegaron los afanes desarrollistas, infringiendo duros golpes al ecosistema. El sistema educativo desconoce la herencia. Las intenciones y pretensiones latifundistas borran aquel decreto de Bolívar que ordenaba la devolución de las tierras a sus propietarios originales. Sin embargo, no podemos sostener una versión idílica de las cosas, pues ya se ha escrito sobre los enfrentamientos entre los waica y los maquiritares. Por cierto, ¿qué pasaría con Bartolomé García?, pues fue el primer maestro venezolano contratado por el gobierno estadounidense para dictar clases sobre la (s) lengua (s) indígena (s) en varias universidades (de acuerdo a la revista “Momento” del 13 / 10 / 68).

Las inundaciones al sur del país ha afectado a numerosas familias aborígenes. El señor Fernando Bolívar, quien estuvo recientemente en Caracas para gestionar la ayuda solidaria, informó de unas 300 familias golpeadas fundamentalmente por la indiferencia de quienes habitan los centros urbanos, casi acostumbrados a los deslizamientos de los cerros en el invierno contaminado.

Se ha planteado, incluso, la posibilidad de crear un ministerio que atienda el problema y el Congreso tiene pendiente la materia. Existe un potencial humano que puede incursionar creadoramente en todas las actividades, hacer riqueza material y espiritual. Pueden organizarse cabalmente como trabajadores e insertarse en el mercado. Afianzar las necesarias estructuras de cooperación objetivas (materializadas en el ámbito nacional) y subjetivas (innovando actitudes). Hay energías indudablemente creadoras, incluso, para protestar y vimos por televisión el desnudo de las mujeres goajiras en Maracaibo.

(El Globo, 12/11/95)

El fundamentalismo musical

Que haya unos parámetros rígidos e inamovibles para una pieza musical, poco importaría, pues, como dijo Bachelard en alguna ocasión, las instituciones son útiles porque sirven para ser destruidas. Nada está a salvo del toque humano, aún las partituras que le dicen sobrevivir. Ni siquiera aquello que concede un sentido de identidad, pues este mismo sentido tiende a transformarse porque siempre median los sentimientos.

Es útil la polémica en torno al Himno Nacional versionado por Ilán Chester, aunque probablemente responda a una estrategia exitosa de mercadeo televisivo. En este caso, políticamente (en un término más amplio, debido a sus incidencias), acierta: también es un asunto público.

No se trata de la primera vez. Incluso, hay dudas en relación a la definitiva autoría de la pieza musical. Hace muchos años, se acusó la versión en cumbia acometida por una agrupación que salió inmediatamente expulsada del país. Quizá fue irrespetuosa por el

sentido que le dieron y en el contexto de unos sentimientos insuficientemente procesados en torno a Colombia. Quizá no, pues no llegué a escucharla.

Lo cierto es que, contra todo fundamentalismo musical, admitimos que el Himno conozca de versiones. No pocos saben lo que ocurre con el himno estadounidense, por lo menos al inaugurarse una que otra temporada de béisbol, fútbol o basquet, acto transmitido globalmente; o cuando Jimmy Hendrix dispuso de todo su talento de punteador en Woodstock. Hay perfecto derecho a discrepar de arreglos y de la misma composición, lo que no significa automáticamente, un gesto antipatriótico. El polo margariteño o coreano, el calipso, pueden gustar más que el joropo y, contra toda esa escuela positivista que erigió al llanero como la más viva expresión de venezolanidad, reafirmar el sentimiento de pertenencia, el sentido de identidad.

En lo personal, la versión original del “Gloria al Bravo Pueblo” me cautiva. El trío musical “Tanierla”, a quien he oído en distintas oportunidades, lo interpreta no sin trasladarnos a un momento, a una gesta que habló de la inmensa capacidad de acción y ensoñación que demostramos los venezolanos en las difíciles circunstancias que impuso la voluntad de independizarnos en el pasado siglo. El rabioso apego a la versión guzmancista del Himno no permite escudriñar y descubrir las riquezas del sentimiento y sentido del presente con vocación de futuro.

(Economía Hoy, 07/04/97)

Opus n, en populismo mayor

No es una trivialidad apuntar la significación oficial del mes del artista nacional, sobre todo cuando a Juan Vicente Torrealba, al despedir su larga carrera de éxitos (lo recuerdo tanto como a Mario Suárez y las marchas militares que ponía Roger en el pick-up), le negaron el tan simbólico “Teresa Carreño”. Decreto adelante, hay que hurgar a los jazzistas del patio para hacer referencia nada más y nada menos que a Ella Fitzgerald, quien nos da oportunidad de asomarnos a la ventana del populismo.

En efecto, por una parte, es de observar que tan formidable cantante, la que he venido descubriendo en los últimos tiempos, estuvo nada más y nada menos que por el Teatro Municipal de Caracas. Nos sorprende que hayamos tenido entre nosotros la extraordinaria voz de la Fitzgerald, en las postrimerías de la política sustitutiva de las importaciones que tocó todos los rincones del quéhacer -incluso- artístico. Obviamente, habría que considerar cuán eficaz fue tal política, pues, luego del bombardeo de petrodólares, no hubo otro remedio que ¿sincerar? el camino de promoción y aprovechamiento del talento nacional. No obstante, se dice y hasta fácilmente se deduce, más o menos recientemente importamos sendas luminarias que al parecer no rindieron los resultados esperados de taquilla pero dieron la inmensa oportunidad de solicitar y emplear dólares preferenciales. Por lo demás, con intérpretes de tamaño calidad, individualidades y grupos quizás decadentes del rock, morteros de la nostalgia aunque no hayan interpretado “Escaleras al Cielo”, como Robert

Plantt en Las “Naciones Unidas”, lejos del Silvio Rodríguez de la “Concha Acústica” de Bello Monte, rompedor de olas, la propiedad intelectual fue absolutamente respetada.

Por otra parte, ciertamente precursores de la apertura, un grupo de artistas abordaron el problema de los mercados extranjeros, a sabiendas de las limitaciones del nuestro. Los monopolios impidieron un mayor y mejor desarrollo del talento nacional, productos efímeros a la postre, pero, según los entendidos, faltan buenos y diligentes managers en un circuito cada vez menos artesanal.

En una ocasión, le escuché a Iván Loscher aquello de no colocar a las bandas venezolanas porque escasamente grababan. Y ahora lo hacen sin encontrar la receptividad esperada. Nada inocente, el asunto no pasa tanto por la calidad, la que se puede disfrutar independientemente del idioma, sino por las cuotas preestablecidas de un mercadeo agresivo que tiene en el inglés, la saturación anglosajona, un puntal nada despreciable. Ocurre algo similar a las películas, ya que Estados Unidos controla el mercado mundial aunque represente un porcentaje menor en la producción efectiva y, excepto las llamadas salas alternativas, poco disfrutamos de las realizaciones europeas, asiáticas o africanas (sin hacer mención de la televisión).

La Fitzgerald sugiere la mirada hacia nuestra música. Extraño lenguaje, la nuestra debe desmontar, dismantelar, liquidar los condicionamientos populistas que la entorpecen. Una industria que debe ser tal sin recurrir, arrinconarse, sujetarse a 30 días de fijación oficial, control del dial, terquedad sustitutiva. De todos modos, Ilan Chester, el de una década como los ochenta que trataban de escrutar Eva Feld en sus reportajes o Fausto Masó con aquel legendario artículo de las carajitas que salían de la boca de la estación de Chacaito, estrenado el Metro, no necesitará del calendario oficial.

(El Globo, 28/06/97)

Incluso, la ilusión autogestionaria

Temporada regular de las Grandes Ligas. Equipos que lucen favoritos, disfrute de las acostumbradas excelencias, seguimiento de los venezolanos que lograron el cupo por su talento y esfuerzo. Aquí quedarán los jugadores que esperan tiempos mejores o, resignados, consumen las ilusiones sobrevivientes en la liga de verano.

Ya pasaron las décadas de las ligas criollas, nacionales o regionales, que tanta emoción despertaron, gracias a un empresariado que trajo a escena a estupendos peloteros de un Caribe más íntimo o familiar. Pastora, Gavilanes, Vargas o Cervecería Caracas perfilaban un heroísmo tal que justifica la crítica a la modernidad. El bateador de hoy tiene una estampa robótica, con sus adminículos antisudorales y prótesis estéticas: un blindado bastante dúctil que sincroniza con un negocio exigente.

En un trastocamiento feroz del lenguaje, nos queda la temporada invernal sin pintar los rasgos sobresalientes del norte. Por estos predios, la fanaticada debe contentarse con las instalaciones que a veces no soportan el dictamen de los bomberos y los baños de cerveza

que compensan la ausencia de atracciones adicionales, respuesta a la agresión del medio. Las condiciones ambientales de trabajo para los peloteros tampoco son las más óptimas, pues deben padecer la suciedad del “club house” y la misma falta de agua tibia, como si no fuese necesario el cuidado y confort de una tan delicada “materia prima”. Tributarios del populismo ya agónico, los dueños de las franquicias siguen rindiendo culto a los estadios del Estado, porque el mercado no les da para construir uno propio o perseveran en los altos márgenes de ganancia, afincados en la elevación de las entradas y en los derechos de transmisión audiovisual. Tan solo la amenaza de una liga invernal propiciada, en su territorio, por los equipos del norte, les inquieta, tanto como “molesta” la fibra óptica en los mercados internacionales.

Lo anterior obliga al empresariado venezolano a repensar el papel de intermediación y asumir en una perspectiva radicalmente diferente el negocio, sincerándose. Los concesionarios quizás ya no puedan ofrecer un campo de entrenamiento por breves meses a los grandes equipos del norte, forzados a mirar la experiencia acumulada en Estados Unidos y Japón. Conquistar una tecnología de punta para descubrir y desarrollar a los jugadores y captar directa o indirectamente la emoción de la fanaticada, dejando atrás esa tecnología de mantenimiento-operación que se resigna a la explotación publicitaria de consignas como la de los “eternos” o “modernos” rivales. Contar con una franquicia en las Grandes Ligas o en las Ligas Menores, como Montreal o Toronto, puede ser el camino, levantada a lo mejor por vía bursátil o como buena inversión de mediano y largo plazo de algún fondo de pensión. Además, estimular una industria que no se entiende sin la manufacturación de equipos e implementos y hasta “souvenirs”.

Nos tienta la idea, incluso, de una liga autogestionaria. Distribución del valor agregado, fondo para temporadas de baja asistencia, gastos para materiales inmediatos e instalaciones, líneas de transportación al evento, venta a crédito de entradas, centros de pedagogía deportiva, fondo editorial, entre otros aspectos, que comprometerían a jugadores, árbitros, gerentes y fanaticada, en un ensayo frente a la competencia capitalista.

La ilusión deportiva no se encuentra en las angostas prácticas empresariales y gerenciales que nos caracterizan. Es cierto que hay obstáculos de naturaleza estructural, como diría el más avisado, pero también que debemos probar más allá de lo que hay. Siempre resurge la inquietud cuando se inicia la temporada regular de las Grandes Ligas, con sus éxitos y también sus contradicciones.

(El Nacional, 10/03/97)

El negocio deportivo

Todavía recuerdo la impresión que me produjo el artefacto disparador de pelotas hacia los jardines, en los entrenamientos primaverales del llamado Béisbol Mayor. La reseña de Sport Gráfico, revista también animadora de las lides infantiles, dibujaba una “bazuka” que, alguna vez, intentamos imitar con un complicado sistema de ligas, incapaz de sostener y lanzar la pelota forrada de “teipe”.

Aficionado teledeportista, intento imaginar el descomunal desarrollo de la industria fuera de la competencia capitalista, sin lograrlo a cabalidad. Pocas veces nos detenemos en ésta, la otra revolución industrial, relacionando la libertad de disfrute con la subsistencia personal al concitar el interés de los empresarios de la novedad, constatando la sorprendente generación de empleos directos e indirectos.

A la manufacturación de equipos e implementos, la comercialización de objetos alusivos o las poderosas transmisiones radiotelevisivas, curiosamente relevándonos del espectáculo in situ, agregamos las innovaciones gerenciales y probablemente laborales del negocio, amén de sus capacidades simbólicas. No menos curioso es el aporte de la tecnología, igualmente ilustrada en la evolución ergonómica del guante de fildeo y la aparición de otros que se nos antojan como vanidosos atuendos al empuñar el bate. No olvidemos la insurrección jonronera que hoy ha fortalecido el espectáculo, obedeciendo a un reajuste de la lomita del pitcher y a la pelota laboratorizada, según el dato que creo haberle escuchado a John Carrillo.

La captación, contratación y entrenamiento obliga al concurso de los más variados especialistas. Más allá de las estadísticas y vivencias invocadas, los narradores y comentaristas incurren en un insospechado ejercicio intelectual: quizá haya un serio intento de refundación epistemológica en alguna cantera universitaria por los lados del mundo desarrollado. Además, la jerga ha adquirido plena legitimidad social.

Encontrándome en la Hemeroteca Nacional, tratando infructuosamente de chequear un artículo sobre Trotsky y España, citado por el meritorio Víctor Sanz en uno de sus estudios, opté por otros tomos de más antigua data. Al escudriñar la edición de “El Luchador” de Ciudad Bolívar, correspondiente al viernes 18 de Julio de 1924 (Nr. 7.446), hallé el siguiente y llamativo comentario no firmado: siendo “un deporte libre por completo de reproches y (que) no está sujeto a legislación adversa”, hay quienes vaticinan “el pronto día en que el baseball haya envejecido y balanceándose sobre base insostenible se bambolee su superestructura hasta estrellarse frente al empuje destructor de los deportes rivales”, como el golfo (sic), el balompié y el boxeo.

El asunto no estriba en la profecía incumplida y la coexistencia de tan disímiles disciplinas, gracias a la enormidad de un mercado al que también lo distrae el más inverosímil performance rentado, sino la misma percepción del fenómeno, concebido como una veleidad más del norte, anecdótica y pasajera. El redactor y los lectores de una localidad tan lejana e incomunicada que exhibía un medio de siete mil y tantos números a cuesta, no sospechaban del amplísimo porvenir de una industria que acá, como allá, supo de una elemental sentencia: no es posible que a alguien le paguen por jugar y divertirse.

Al lado de quienes interpretan el fracaso de la Guerra Federal al no propiciar un temprano desarrollo capitalista en el país, ejemplificado en la gallarda ausencia de los enlaces ferroviarios, podemos añadir el absoluto desprecio, la cómoda indiferencia o la abierta incomprensión hacia el deporte como oficio, capricho concebible en el país de las (exóticas) abundancias urbanas. Lejos estuvo la Venezuela de aquellas carreras de caballos, peleas de gallos y quizá el toreo, de la profesionalización definitiva, en una etapa de unión,

paz y trabajo: la apuesta como única circunstancia, sin propósitos de acumulación y renovación del espectáculo o la creación del mercado.

Vale la acotación cuando prevalece el imaginario chavista, por llamarlo de alguna manera, significativamente alimentado por el béisbol. Por cierto, ojalá las nuevas generaciones sepan de la sustentación real de las consignas gomecistas.

(Economía Hoy, 04/07/00)

La punta del hilo

Quizá el problema esencial sea el de la solidez alcanzada por los problemas que hacen la crisis, incurriendo en un pánico general cuando se introduce apenas la punta del bisturí, pues emergen hemorragias por doquier al seleccionar una de las tantas soluciones planteadas. Al discutirse el tema de las prestaciones sociales necesaria y rápidamente hay que dar oxigenación a la economía y al propio sistema político afectado en su legitimidad.

La “hebra sistémica” irremediamente hala a los propios actores del debate y, específicamente, la C.T.V. El asunto no estriba ya en que sean “buenas” o “malas” las consecuencias de eliminar la retroactividad y levantar un sistema de seguridad social más confiable en relación al que tenemos, sino en la propia capacidad que tienen los trabajadores para elegir el camino. Una enorme burocracia sindical, reacia a su democratización efectiva e inmediata, es el primer obstáculo a vencer. Podría hablarse de los múltiples referenda que esquiven la situación, pero el tumor persistirá e invalidará las posibilidades abiertas de remediar un cuadro clínico que no admite las dos o tres aspirinas acostumbradas, incluyendo los desplantes efectistas que han hecho escuela.

Se hace crítica la situación de los partidos políticos que no aceptan siquiera una convención municipal o, haciéndola, constituye un formidable pretexto para posponer la siguiente. Con mayor razón, las entidades que dicen representar a la “sociedad civil” injustificadamente agravan cualquier asunto que tocan. Podrá argumentarse cualquier falla y disto demasiado de ser vocero macro-empresarial, pero Fedecámaras realiza sus eventos eleccionarios con puntualidad y hay un mayor orden canalizador de las presiones internas a tal grado que sus conductores no logran sobrevivir a los de la CTV.

Asegurar realmente los resultados del esfuerzo propio y abrir cierta (y tercamente) la posibilidad de penalizar a quien haga de los fondos de pensión una oportunidad para delinquir, un coto personal de caza, son los objetivos esenciales. Sobran los ejemplos del desasistido que corre a morir en las colas de los hospitales públicos luego de abonar por siglos al Seguro Social, del jubilado que debe movilizarse frecuentemente para cobrar unos bolívares que no rozan siquiera el salario mínimo, del vacacionista que permanece en “Punto Fijo” y mira de lejos el risort margariteño de sus pares chilenos, del ciudadano impotente que no puede recurrir a los tribunales para reclamar tanta malversación, dilapidación, extravío de los recursos que se vió obligado a confiar al Estado, a las personas de carne y hueso disueltas en él. El drama está en la constante apuesta por los híbridos, las

sempiternas posiciones eclécticas, la ausencia de una alternativa diferente a la que reputan de “neoliberal”. Ojalá existiera otra fórmula que encarne directamente la sociedad que soñamos, pero no la hay tan portátil, romántica, enlatada al vacío como quieren algunos. Y mientras no la haya, simultánea al esfuerzo de mejorar la economía, sería imperdonable correr la arruga, empeorar las condiciones en las que actualmente nos encontramos, disuelta la responsabilidad personal en nombre de una entidad “para-estatal”.

El otro drama reside para éste y otros problemas, en la punta del hilo que arrastra e interpela todo. De esta manera, la modernidad no compete exclusivamente al ámbito económico sino toca desesperadamente las puertas de lo político.

(Economía Hoy, 26/01/96)

(Des) igualdades

Exaltación y resignación, proclamación y decepción. La igualdad como piedra angular del discurso político común. Retórica y encanto, mito y consumo de una noción traicionada, adulterada, carcomida por la realidad de acero inoxidable. Y en los extremos, la defensa a ultranza de lo igual o de lo desigual.

Sin embargo, unos son más iguales que otros. Pareciera el país-granja de Orwell. Es más del 80% de la población sometida a los rigores de la crisis. Hay los opulentos que se “contentan” con ver disminuidos sus excedentes, reacios a aceptar condiciones de vida semejantes a la clase media estadounidense. Los que dicen serlo porque tienen a duras penas lo que la familia de Homero Simpson exhibe, incluyendo los intentos por hurtar la televisión por cable. El resto está afianzado por un pasado que dice ser más “glorioso” siempre, en comparación con un futuro que no se encuentra por ninguna parte.

La desigualdad horizontal, la derivada del talento natural de las personas, ha cedido paso (o, mejor, siempre fue así) a la desigualdad vertical, con la fiera conservación de los privilegios artificiales. El mejor ejemplo se encuentra en el terreno educativo, el decisivo para abonar, cimentar la mentada Sociedad del Saber. Una lata de refrescos vale por n almuerzos en la U.C.V., pero éstos deben mantenerse a toda costa, al flaco precio, aún cuando son los sectores de mayores recursos los que acceden a ella. Los pobres no. La autonomía exagerada, la que pudo combinarse con el Plan de Emergencia para arquitecturar la democracia de los primeros capítulos, con el populismo, ¿no contribuye a ello?.

Seguramente habrá más de un investigador por venir, un escudriñador de documentos diversos, armador de rompecabezas por más que traten ahora de ocultar o deshacer las piezas, que dará cuenta de toda esa enorme desigualdad (vertical) que experimentamos. ¿ Puede un tesista de Trabajo Social, por ejemplo, mirar al Plan de Becas de Fundayacucho para saber si los que menos tenían (y tienen) fueron (y son) los beneficiarios reales en sus años de existencia?. (Economía Hoy, 03/02/97)

La justicia en tiempos de la economía de mercado

Sin dudas, un ingrediente importante de la crisis política. Conocida la definición de Ulpiano, no podemos obviar aquellos valores, conductas, actitudes que impiden “la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo suyo”. El derecho y el deber de hacernos ciudadanos, incluso, lo impide un fondo ético-cultural que tiene correspondencia con la injusticia distributiva.

La arbitrariedad y el autoritarismo se aprenden en el mismo seno familiar y en la escuela. La justicia supone alteridad, propósito común y, concretamente, garantías frente a los obstáculos o desmanes del Estado y de los poderosos intereses privados que lo condicionan.

No hay redundancia en afirmar que la democracia es la vía por excelencia para realizar el Estado de Derecho e impone la urgencia de reestructurar la función jurisdiccional, haciendo valedero el acceso sin discriminación alguna a la justicia y más aún cuando es tarea esencial del Estado -”una parte que se especializa en los intereses del todo”, según Maritain. Y ello, en el marco de la modernización, la igualdad de oportunidades, seguridad personal y social: sociedad de libertad, derechos humanos y calidad de vida que insisto en calificar de personalista y comunitaria como Proyecto Histórico que se realiza todos los días.

Resulta importante el cumplimiento de leyes como la del Estímulo y Protección de la Libre Competencia y de Educación y Protección del Consumidor, la protección efectiva de los derechos de autor y de la propiedad industrial, la claridad y coherencia de las reglas del juego económico, el cumplimiento de la función social de la propiedad (y el destino universal de los bienes). Específicamente, el Poder Judicial ha de cumplir un rol de primerísima importancia para dibujar el ajuste macroeconómico y la reforma estructural pendiente, fortaleciendo la capacidad administrativa y técnica del Estado para vigilar y promover la sana competencia, como un ejemplo inmediato de lo que tenemos que resolver.

No podemos esperar más a la creación de otras jurisdicciones como la de Salvaguarda del Patrimonio Público, Protección de los Derechos Humanos o la Electoral; descongestionar a la Corte Suprema de Justicia a fin de que recupere su rango de tribunal superior; transformar los sistemas de selección, promoción, capacitación, mejor remuneración, real seguridad social de jueces, fiscales, procuradores, defensores públicos, secretarios, escribientes; un digno presupuesto; informatización. Urge la implementación no paternalista de fórmulas que abaraten la justicia, permitiendo a los sectores más vulnerables en términos económicos y de cultura jurídica, organizarse: lograr la coherencia estratégica que permite a la (s) mayoría (s) prevenir o cubrir riesgos de carácter legal, como lo sugirió Fix Zamudio.

Por cierto, fortalecer el Poder Judicial no significa debilitar el presidencialismo, subestimando los factores propios y ajenos que mediatizan a aquél. La economía de mercado, al parecer, un objetivo definitivamente compartido, no es incompatible con un Estado fuerte y por ello la urgencia de transformar, sanear y reactualizar al Poder Judicial.

(El Globo, 17/09/96)

Iniciativa propia

En una de estas noches, el noticiero de televisión volcó su atención hacia el aeropuerto internacional de Maiquetía. Largas y fatigadas lucían las colas, pues la línea aérea había superado el 30% en la venta de sus boletos y, al no contar obviamente con la capacidad de transportación, condenó a su clientela a una espera de días: la obtención del cupo dejaba de lado la amarga y abusiva impuntualidad.

Las autoridades del aeropuerto poco dijeron. Tenían un problema tanto o más grave, pues no había servicio de agua, lo que completaba una escena del drama que enfrenta el Estado venezolano en ésta o en otra república que no le conceda un valor estratégico, más allá del consabido y extenuado afán empresarial que lo convirtió en un paralítico sin la silla de ruedas.

Por supuesto, se alzaron las voces reclamando la presencia del INDECU. Era necesaria la incursión masiva de un contingente de funcionarios capaces de tomar la denuncia, citar a la gerencia, realizar los trámites con la sobriedad esperada y decidir en un tiempo razonable y, además, estar presentes en cualquier lugar donde se les requiera siempre que no haya kriptonita.

Está demás comentar la capacidad de dicha institución y de todo el Estado para velar por nuestros intereses individuales. Por mucho que aumente el precio del petróleo, no podrá costearse el gesto paternal y, así, una reforma judicial, con la prontitud que los tiempos exigen, se impone.

Una reforma seria, coherente, eficaz, fiable que permita corregir las fallas de todo un sistema de abusos, de especulación, de feliz indolencia. Nos importa más la posibilidad de demandar, por iniciativa propia, a una empresa que no cumplió el contrato, nos produjo molestias y daños y cobró por ello, sin la interferencia de los salvadores de la patria. Incluso, que la suerte de esa empresa dependa del mal servicio intencionado y calculado que dio a uno de los que confiaron en ella, tanto como que alguien responda porque, después de pintada la pared de la casa, la hizo trizas con sus ademanes publicitarios sin autorización alguna, o siquitrelló la ropa en una tintorería desarmando la fórmula que las ampara: un contrato de adhesión.

Una reforma judicial que responda a las controversias cotidianas del ciudadano, esmerada en servirle con la exactitud esperada, sin costo alguno, algo que tiene mayor prioridad que esas circunvalaciones teóricas de la elección popular de los jueces, en un país que ya los elige en relación a los de Paz y que, por cierto, no ha recibido la atención esperada en cuanto a los resultados y develaciones, pues, plenamente justificados el origen y la pertinencia de estos tribunales, hay una travesía sociológica digna de consideraciones.

Puede haber buenas intenciones en el Estado que vela por nuestros derechos, pero sobran casos en los que se piden condiciones y no favores. No inventemos el agua tibia, pues así como es necesaria la creación de una jurisdicción disciplinaria de los jueces en lugar de los gladiadores que piensan la emergencia revolucionaria en los simples términos de finiquitar los casos que procesa el Consejo de la Judicatura, urge la posibilidad de una actuación propia y directa en defensa de nuestros derechos e intereses, con consecuencias sistémicas, más allá de la fabricación de otros gladiadores que se repiten, recrean, sobreviven y permanecen en nombre de nuestros padecimientos.

(El Globo, 30/08/99)

Justicia y post-populismo

Existe el empeño de superar el mito de la jurisdicción como monopolio del Estado con el impulso de estructuras y procedimientos de mediación, conciliación y arbitraje a niveles administrativos, corporativos y por rama de actividades económico/sociales. El Estado puede compartir y delegar la función de decir, mostrar y declarar el derecho (iurisdictio).

La jurisdicción es la autoridad, poder o potestad para conocer y fallar en los juicios y creemos que no puede confiarse a los grupos privados susceptibles de presiones y violencia (física, institucional, etc.). El derecho individual debe ser protegido por el Estado, capaz de emplear los medios coercitivos necesarios para el cumplimiento del mandato judicial y garantizar la solución pacífica de las controversias. Es decir, tiene el deber de prestar el servicio jurisdiccional y las personas naturales y jurídicas el derecho público subjetivo de reclamarlo.

En Estados Unidos ha alcanzado relevancia las llamadas alternativas no judiciales para la resolución de conflictos, logrando reconocidos éxitos e, incluso, intentando tomar el campo penal (1). Sin embargo, puede dar oportunidad para crear y acrecentar un poder paralelo al jurisdiccionalmente establecido que -al reconocer el principio de contradicción, la doble instancia como garantía del proceso, la tacha de testigos, la autoridad de cosa juzgada u otras formalidades- vendría a duplicar el trabajo con su definitiva e inevitable institucionalización, como a evadir u ocultar los evidentes problemas de onerosidad, desbordamiento, ineficacia del Poder Judicial. Este cuenta con la capacidad potencial no sólo de enfrentar las arbitrariedades de los que administran o legislan, sino también de los particulares.

Acceder a “los centros de decisión estatal” en el entendido que “el Estado sólo puede actualizarse a través de las organizaciones” y “éstas, por su parte, necesitan para cumplir sus fines de la acción del Estado” (2), obliga a una continua creación de entidades que incidan en la sana administración de justicia. El asunto no estriba en eliminar el tributo judicial para acabar con el problema de la onerosidad e innacesibilidad, sino idear fórmulas de abaratamiento, asistencia profesional calificada, distintas modalidades de prestación / contraprestación, mayor competencia en el foro que reviertan las dificultades derivadas de la pobreza legal, desinformación e incultura jurídicas o manipulación emocional con miras

a inflamar los honorarios. Los litigantes pueden dar testimonio, materia penal, de las frecuentes cartas dirigidas a los jueces, mediante las cuales los vecinos avalan la buena conducta del indiciado como una diligencia extraordinaria de los familiares y nos preguntamos si no puede tan modesta iniciativa, sin una efectiva incidencia procesal, dar oportunidad a una suerte de “cooperativa de asistencia legal”, sufragada por la comunidad para afrontar organizada y acertadamente sus problemas coyunturales e influir en las transformaciones estructurales del Poder Judicial, cuyo fortalecimiento no depende de la debilidad del presidencialismo, como se ha afirmado, subestimando o distraendo la atención respecto a los factores propios y ajenos que lo mediatizan.

Sobran los planteamientos sobre el asunto, pero sería estratégicamente importante partir de los programas de gobierno elaborados en diferentes ocasiones por los partidos, olvidados con facilidad a pesar del obligado esfuerzo de articulación o coordinación con diferentes sectores, como plataformas de lanzamiento de aquellos que permitan la “resignificación” crítica y creadora de éstos (3). Y en dirección al objetivo aparentemente compartido de lograr una economía de mercado en nuestro país, aunque sostenemos la necesidad de pasar de la garantía liberal de defensa de los derechos esenciales a la de la participación que los preserve y profundice contra las arbitrariedades del Estado y los abusos de otros entes e intereses poderosos, sin dudas, el valor de la justicia en la Justicia obedece al valor de la justicia en la Sociedad. Además, el libre mercado no es incompatible con un Estado fuerte y por ello resulta prioritaria la transformación, saneamiento y reactualización del Poder Judicial informatizar, dotar de sedes apropiadas, remunerar adecuadamente, entre otros elementos, supone el encuentro de fórmulas diferentes y realistas que superen la retórica de estilo y ayuden al debido financiamiento.

Nos parece vital la Justicia de Paz como factor de repotenciación cívica, amén de las ventajas que supone para la solución de los conflictos a través de la conciliación y la equidad. Obliga a una tarea de seguimiento y probables correcciones que, a la postre, como parte del urgente proceso de construcción de la ciudadanía, ejerza una vasta influencia en toda la administración de justicia. Constituye igualmente una respuesta frente a lo que postulan la necesidad inexorable de “hacerse justicia por sí mismo”, legitimando los linchamientos o los “escuadrones de la muerte”, posiblemente inherente a la presente etapa post-populista, reacia a la consideración o reconsideración de las instituciones existentes que - ociosas o pervertidas - empujan al salto mortal, plenitud de un exasperante escepticismo. Vale decir, confundida la genuina iniciativa de solventar informalmente nuestras diferencias en el marco de un Estado de Derecho que la estimula, con la desesperada opción de vengarlas sin ese marco, al vacío.

Notas

(1) J. C. Varon Palomino. Educación legal (IV). Revista de Derecho Privado. Universidad de los Andes. Colombia. Diciembre de 1991. Nr. 9, pp. 106 - 124.

(2) Manuel García-Pelayo. Sociedad organizacional y sistema político. Instituto de Estudios Políticos. UCV. Caracas. 1976, pp. 9 y 10.

(3) Al aparecer un nuevo programa, las instituciones anteriores adquieren nuevos significados. Vid. Diego Bautista Urbaneja. Pueblo y petróleo en la política venezolana del siglo XX. Cepet. Caracas. 1992, p. 51.

(Economía Hoy, 28/11/95)

Lo económico en el campo penal

La probable agudización de los conflictos según el ritmo combinado del ajuste y la renta, el déficit fiscal, los compromisos contraídos con el FMI o la desinversión, ilustra la mermada capacidad de respuesta del sistema frente a las crecientes demandas que soporta con algún heroísmo. Independientemente de la opinión que nos merezca, obliga a una deliberada intervención del gobierno en atención a sus objetivos, a través de una estrategia -ortodoxa o heterodoxa- fundada en el esfuerzo compartido de los sectores público y privado, a fin de superar la crisis o, al menos, conservar un determinado nivel de vida para las grandes mayorías, en el marco de la democracia y el Estado de Derecho.

La (re) conciliación de la política económica con los postulados esenciales del Estado Social de Derecho, genera no pocas dificultades en el ámbito penal. Sin dudas, en el propiamente económico traduce - con los equivalentes del caso- una exigua cultura de consumo, obviando, además, la posibilidad de recurrir a sendas juntas de consumidores o usuarios, asociaciones de teleoyentes o sociedades calificadoras de riesgo, para salvaguardarlo.

El problema de la pérdida delictiva de poder adquisitivo incumbe (todavía) más a los órganos administrativos, en lugar de la directa y apropiada injerencia de los judiciales. Así, se evidencia una sobrecarga de tensiones en el subsistema político, impedido de abordar los aspectos criminológico y jurídico-penal (sustantivo y adjetivo) de la vida económica, vista la confusión de insumos y productos de distinta naturaleza que (también) le impide obtener los indispensables recursos de equilibrio para la sociedad global.

Ligados a etapas de aparente prosperidad, abundan los ejemplos delictivos a propósito de la actividad privada de la economía (individual y/o corporativa): ejercicio deshonesto de las profesiones liberales, sociedades fantasmas, falsas liquidaciones, adulteración de alimentos y fármacos, explotación ilegal de espacios públicos, espionaje industrial, fraude inmobiliario, hiperhabilidad cambiaria, incluyendo los consabidos, múltiples, falsa representación publicitaria, asombrosos caminos que llevaron a la debacle bancaria y que, curiosamente, publicaciones como "Gerente" (Marzo de 1993), habían asomado. Podemos subsumirlos en los delitos contra la patria, la propiedad o la fe pública, insistir en la competencia desleal como un hecho ilícito (artículo 1185 del Código Civil) o privilegiar la normativa administrativa que aminora la carga penal, en materia de protección al consumidor. No obstante, luce más apropiado el campo penal, pues, sin necesidad del asistencialismo estatal, presto al delito de cuello blanco, pocas probabilidades existen de incurrir en fraudes cuando el consumidor o usuario, si éste puede recurrir a los tribunales penales y en breve tiempo, obtener una sentencia favorable, convincente y eficaz.

El proceso de modernización pendiente no está exento, pues, de una consideración penal, habida cuenta de los medios de comisión que lo anuncian con una irresistible carga profética. Sugiere la progresiva y radical expansión de los delitos “cerebrales”, tan afines a las actividades económicas (y financieras), generada no tanto por el crecimiento cuantitativo (y no cualitativo) del aparato educativo como por el acceso y consumo crecientes de productos de alta tecnología que, cierta forma, compensan el analfabetismo funcional y alientan el misticismo pragmático, disparando libérrima la imaginación.

No ha de extrañar la enorme variedad de esos de la llamada “tarjeta inteligente” (aún cuando no expresen la caja de conversión electrónica a la que aspiran muchos en tanto dinero), el modem-fax, el holograma que, entre otros, contribuyen a la simulación de hechos y desafían todo lo conocido en el terreno probatorio. Por lo demás, si en la actualidad es difícil realizar ciertas operaciones sin el cheque, resultará quizás necesario el dinero electrónico y pocos escaparán de la interrelación productiva capaz de traducir. Y a ésta universalidad, globalización interna podemos sumar la externa, al considerar el fenómeno de la integración regional de mercados que llevará a situaciones francamente inéditas.

Tal contexto significa que el delito abriría distintos horizontes, incluyendo su incidencia política y dejando atrás los procedimientos artesanales que ayer colmaron las páginas rojas. El Estado tendrá que actualizar su responsabilidad castigativa, asumiendo aquellos elementos que doctrinariamente pueden “independizar” las figuras atentatorias contra la producción, el consumo, la productividad, la distribución, la lícita especulación, en relación al derecho ordinario. Constituye una tarea que requiere de ideas y experiencia, madurez y humildad para precisar insospechados tipos penales, el interés jurídico protegido y la sanción consiguiente, con tanto o más afán que concebir y ejecutar una determinada política económica. De no ser así, el delito irá parejo a ésta o cualquier política pública que se pretenda, haciéndose un fenómeno natural hasta de las relaciones no mercantiles.

Por ello, resulta importante el fiel seguimiento del proceso incoado a las personas presuntamente involucradas en la no tan distante crisis bancaria, pues, seguramente conocerán del recurso de casación y es mucha la polémica que puede provocar entre los entendidos, orientada a la seguridad jurídica, por cierto, frecuentemente olvidada a la hora de implementar las medidas de ajuste macroeconómico y reforma estructural.

Y todo lo anterior, sin caer en la tentación economicista del derecho penal, ampliando el campo de protección de tal manera que, al versar sobre un determinado modelo de desarrollo, pisa los linderos constitucionales, privilegia la visión administrativista de las cosas y confina los aspectos financieros a los exclusivamente fiscales y presupuestarios del Estado, marcando algunos filones autoritarios. Y es que ganar la especificidad penal en el terreno de las actividades privadas o no estatales de la economía, reparando en el posible desarrollo de las empresas autogestionarias, significa visualizar a la Venezuela de los posnoventa inmersa en la revolución del conocimiento estratégico y borrar el prolongado reflejo de prácticas propias de los años cincuenta.

(Economía Hoy, 28/09/94)

Política y Educación

Hay un consenso genérico en relación al papel que debe jugar la educación en las vecindades del mítico Siglo XXI. Pocas veces alcanza la debida concreción en el marco de un debate político signado por asuntos más de las veces intrascendentes. El tema opera políticamente para no evidenciar la orfandad de ideas sobre un proyecto de sociedad. Son contadas las excepciones en el liderazgo político. Podrían ejemplificarse a través de Eduardo Fernández y Nelson Chitty La Roche, cuyas intervenciones públicas están orientadas, en no pocas oportunidades, al planteamiento de iniciativas que dibujan lo educativo como un aspecto jerárquicamente importante en el proceso de construcción de la ciudadanía.

Ha habido un empleo político grosero y desconsiderado del tema. Recordemos que durante el gobierno de Lusinchi, Arturo Uslar Pietri encabezó una comisión que produjo un documento decisivo, expresión del acuerdo básico para la implementación de un conjunto de políticas públicas realmente profundas y coherentes. Nada pasó, salvo el desgaste político de una propuesta que no tuvo el respaldo presidencial definitivo y melló más aún la credibilidad del Estado.

Recientemente, el Fondo Editorial IPASME ha editado “Paradigmas educativos de hoy. Sistemas educativos en el mundo”. Diversos autores abordan con sobriedad lo que ocurre y puede ocurrir en nuestro país y en Estados Unidos, Gran Bretaña, Chile, Cuba, China, España, entre otros. Valga destacar la entrevista imaginaria realizada por Carlos Alarico Gómez a Luis Beltrán Prieto Figueroa, una de las figuras esenciales del desmitificado siglo que despedimos.

Sólo quiero consignar dos observaciones. Por una parte, existe la enorme necesidad de politizar el tema; de incorporarlo a nuestra vida cotidiana más allá de los parámetros de supervivencia que impone la crisis; y de adecuarlo a estos tiempos apenas novedosos porque nos sorprenden extraviados en el camino. Y por otra, la de promover políticamente a toda una generación de servidores con conciencia y conocimientos consistentes sobre el problema. En éste sentido cabe destacar el diligente esfuerzo de Valentín Pérez Méndez, cuyas preocupaciones -y es bueno apuntarlo- asoman al liderazgo comprometido con la suerte del país, sin hacer concesiones al bullicio que desafortunadamente deja su eco en los espacios públicos.

(El Globo, 05/12/97)

Proezas de la voluntad

Hace algunos años tuve la oportunidad de visitar Santa Teresa, en ajetreos proselitistas. Una persona de mediana edad, cuyo nombre no recuerdo, nos invitó a visitarlo en una amplia casa compartida solamente con su esposa. Lo curioso fue que la sala principal exhibía un gran mapa europeo y al interrogarle, nos dijo que se trataba de su pasatiempo favorito.

En efecto, era aficionado a la historia de la II Guerra Mundial. Y en habitaciones contiguas, tenía las paredes con zonas más detalladas de Europa y un tejido de flechas y otros signos que prontamente respaldaba con una no tan modesta bibliografía, libros y revistas.

Conocía al dedillo las distintas movilizaciones, los juegos estratégicos y las ecuaciones tácticas que sorprendían en un aficionado, sin altos títulos académicos. La información, por aquel entonces, logró comprimirla en diminutas tarjetas que guardaba, clasificaba e ingeniosamente relacionaba, en pequeñas cajitas de plástico transparente que una vez fueron de golosinas. Todavía bajo el sol relumbrante del 4,30, recibía puntualmente las revistas especializadas y, muchas de ellas en inglés, con las huellas frescas de la lámpara nocturna que escudriñaba también el diccionario de rigor, en una suerte de traducción que autorizó, a la postre, una rápida lectura.

Enfrentaba un problema que no había podido resolver. Se trataba de una escaramuza, ni siquiera una batalla, pero presumimos su importancia por el afán de hallar información adicional sobre un tipo específico de armamento u otro dispositivo que favoreció a los aliados. Y estaba a la espera de una nueva edición de la revista estadounidense que daría con la clave que le ayudaría a despejar las dudas.

Un ciudadano común, sin mayores recursos, eso que llaman “autodidacta”, sin formación académica y/o sistemática y cuyo pasatiempo puede aleccionarnos sobre las proezas de la voluntad. Nada podría agregar a las escenas explicativas de alguien que apuntaba a una carretera, versaba en torno a la calidad y cantidad de soldados y armamentos, desplegando sus conocimientos y ejercitando la imaginación. No supe más de él, pero lo confundo con la tinta para evitar los olvidos de siempre. ¿Cuánto talento no hay disperso?.

(Economía, 12/07/95)

Refundar la educación

Huelgan los comentarios sobre la calidad de nuestra educación. Víctimas y victimarios, nos esmeramos en un diagnóstico que ya es suficiente. Urgen soluciones novedosas y profundas para solventar esta inmensa deuda. No obstante, angustian tres aspectos que, a nuestro modesto entender, lucen fundamentales en las actuales circunstancias.

Si hay una revolución cívica pendiente, ésta reside en el relanzamiento de las comunidades educativas. No es otra cosa que concurso de los docentes, padres y representantes en el esfuerzo de formar a las nuevas generaciones bajo un criterio de corresponsabilidad. Existen lamentables desviaciones que corregir, pues, no puede exclusivamente delegarse la

tarea al maestro y, en última instancia, al Estado ya exhausto en términos de recursos materiales y, agregaríamos, doctrinales.

El reencuentro en los espacios educativos que contribuyen a revalorizar y reivindicar los públicos, donde nos damos cita con nuestros problemas y expectativas, respuestas y perspectivas comunes, es toda una emergencia ante los tiempos que vienen, en las inmediaciones de lo que se dice una sociedad del saber, sustentada en la economía del conocimiento, en el propio reto de sobrevivir en este mundo. Ya, en los lejanos sesenta, Peter Drucker advertía, en uno de sus clásicos: “ La capacidad educacional, tanto como los recursos naturales o como las plantas industriales, se vuelve un factor crucial en el comercio internacional, en el desarrollo y la competencia económica” (A: 137) .

Sin embargo, no existe refundación educativa si no empleamos un arma fundamental: la lectura. Es una inmensa necesidad la de desconocer el desprecio, la indiferencia, la apatía hacia el alfabeto. Tampoco es algo esencialmente imputable a la televisión ni a los genes: desde el hogar promedio de los venezolanos constituye un inmenso aburrimiento. ¿Quién negará ese insoportable fastidio que penetró todos los rincones sociales, hasta los de una vanidosa clase media que iba, por obligación, a los textos, sagazmente resignada al paseo por los subtítulos de una película?.

Y nos referimos a los que ya dicen saber leer, pues el analfabetismo funcional es un calamitoso fenómeno cultivado desde la infancia. Leer es una fundamental reivindicación si queremos superar los estragos de la miseria material y, bien andado, espiritual.

Y nos obliga a pensar en internet como una herramienta extraordinaria que no sustituye al docente, al padre o representante, convertidos en estrategias por excelencia en la formación de los muchachos: “No reemplazaremos al libro, como el libro no reemplazó al maestro”, advierte Drucker al considerar los nuevos instrumentos de comunicación masiva, necesitados de sus “propios métodos específicos para despertar el deseo, para la presentación del conocimiento y el pensamiento y para la multiplicación de la excelencia en la enseñanza...” (A: 148).

No se trata de decretar la masiva instalación y el inmediato acceso a la red de todos cuantos la suponen casi una transfusión portátil de saberes y pareceres e, incluso, vivencias, en uno de los mitos que corren a sus anchas por las avenidas de nuestras carencias y ansiedades. Lo observa Nelly Lejter al negar una relación automática entre el acceso de información y la habilidad lectora y analítica (B) .

Comunidades comprometidas, lectura y nuevas tecnologías lucen como una tríada básica, más allá de las consignas de ocasión.

A) “Las fronteras del porvenir”. Editorial Hobb-Sudamericana. Buenos Aires. 1967.

(B) “A new Eldorado, or a ticket to the First World?”, en: [http:// members.aol. com / Cybersoc/3lejter.html](http://members.aol.com/Cybersoc/3lejter.html)
(Economía Hoy, 24/01/00)

B) Rompecabezas constituyente

La oportunidad de la reforma

Por consabidas razones, está planteada la reforma constitucional (y el referendun) para conjurar lo que, indudablemente, brota como una crisis histórica desde el fondo de una retórica agotadora. Surgen ideas como la del primer ministro que –estimamos- oculta el problema básico del presidencialismo en Venezuela y, de implementarse, lesionará con tal hibridez al régimen político, haciéndolo fuente segura de mayores problemas. Ideas que lucen inconsecuentes con la noción impuesta y apenas desarrollada de la federalidad, idóneamente viable con la radicalización del proceso de descentralización y desconcentración, modificada por lo demás la división político-territorial del país.

La reforma también aparece como una oportunidad para corregir aspectos no mera y estrictamente políticos, obligando a la consulta oportuna de instituciones que, por lo demás, no conoce en su trabajo regular el legislador, deudor por excelencia de la Constitución de 1961. Con acierto, se indican frecuentes contradicciones de leyes con el texto constitucional. Por ejemplo, la Ley de Sometimiento a Juicio y Suspensión Condicional de la Pena, al establecer –y regular nada más y nada menos que por vía reglamentaria sus deficiencias- el auto de sometimiento a juicio; y la Ley Orgánica Sobre Sustancias Estupefacientes y Psicotrópicas, al contemplar el acceso al sumario y la defensa antes de dictarse el auto de detención: el constituyente sólo habló del auto de detención y del conocimiento del sumario y el ejercicio de la defensa leguego de dictado aquél.

Bastaría declarar inconstitucionales ambas leyes para dislocar la administración de justicia, luego de aplicadas por más o menos diez años, en uno y otro caso, consolidadas como vías de contraste ante el arcaísmo de nuestro proceso penal. Quizás nos encontramos ante la necesidad urgente de modernizar (término temible por su flexibilidad y uso) la Constitución, para darle cabida al derecho a la defensa en todo estado y grado del proceso, como a fórmulas específicas del auto limitativo o privativo (total o parcial) de la libertad física, sea el de detención o el de sometimiento a juicio (con o sin fianza, contrapuesto al servicio comunitario, etc.). En todo caso, implica un viejo debate sobre el carácter de las detenciones preventiva y judicial en el que destacaron Tulio Chiossone y José Rafael Mendoza Troconis. Con la reforma propuesta en 1977 por el entonces ministro de Justicia, hubo la razonable pretensión de regularizarlos a la luz del (reiterado) auge delictivo, habida cuenta del sentido provisional y urgente que les otorga la superlegalidad, no sin delatar el acento represivo de un Estado sólo exteriormente fuerte.

A la par del propósito ahora burlado de saneamiento político, la modificación constitucional indefectiblemente supone ciertas correcciones que tocan el ámbito penal (sustantivo y adjetivo). Carnelutti, no sin quejarse de su dependencia con el proceso civil, advertía de la importancia del proceso penal en la sociedad y las dificultades de ascenderlo: adecuarlo a nuestras exigencias históricas, incluye la decisiva participación de jueces y litigantes, estudiosos y honestos, ausentes rutinariamente en los debates. Sin perder de vista que la representación popular ha de recoger y acoger la manifestación de todo el quehacer social con la creatividad y habilidad deseadas, lejos de cualquier y detestable criterio

corporativista. Vale decir, la cuestión penal no compete solamente al profesional del derecho. Y no sé por qué recuerdo lo que en alguna oportunidad dijera Octavio Paz sobre el novelista y el poeta como fieles intérpretes o escudriñadores de la sociedad.

Finalmente, destaquemos que hace escaso tiempo el Congreso de la República recibió el anteproyecto de Ley de Suspensión de la Detención, del Proceso y de la Pena. No es temerario afirmar que la reforma pretendida de la actual Ley de Sometimiento tardará bastante. Por los momentos merece un nuevo asentamiento constitucional.

(El Globo, 06/07/92)

Videodignidad constituyente

“La información importante es la
que se puede filmar; y si no hay
nada que filmar, no existe la
noticia, no se produce la noticia,
no es una noticia ´ videodigna´ “

Giovanni Sartori

(<http://www.etcetera.com.mx/272/sg0272.htm>)

Presumo la trascendencia de las transmisiones radiales del debate constituyente de 1946. Jamás los asuntos públicos tuvieron interés realmente público por los consabidos regímenes que soportábamos, en lo que puede llamarse el enfoque global de reconocimiento de un destino compartido. Esto es, la posibilidad de conocer los más variados planteamientos, incluidos los de las representaciones minoritarias, capaces de conceder una amplia interpretación de nuestros problemas.

Creo en la radical importancia de dos de los hechos que avalaron la intentona del 4F. Antes, la expresa divulgación de las grabaciones telefónicas que se hicieron a distintas personalidades, revelando las intimidades del poder, hoy de difícil emulación dada la Ley Sobre Protección a la Privacidad de las Comunicaciones (16/12/91), por cierto, insuficiente para impedir que prosigan su curso, afectada la libertad de expresión como saldo definitivo. E, inmediatamente después, la difusión televisiva de un debate cuya amplitud, pluralidad y crudeza, sólo podía contar con el escenario parlamentario, revalorizada esta instancia en el marco de lo que fue un contundente golpe publicitario de imposible reedición el 27N.

Desde entonces, tendemos a espectacularizar la política. Poco importa que no haya política económica o crezca la ilusión de una constituyente que solventará todos los males de un país rico, pues es demasiado ácida la herencia de 40 años que hipoteca fuertemente la acción oficial, según la prédica. Por lo demás, siempre habrá una alfombra petrolera donde esconder los problemas, en un espejismo de democracia directa que no cuestiona siquiera nuestras creencias políticas básicas y hace valedera la defensa de la representación, tal como la ensaya Sartori en la última entrega de la revista "Claves".

La política como espectáculo se afinca fundamentalmente en los medios audiovisuales. Los gestos pesan más que las ideas, el performance hiera más que la razón hablada, la utilería resulta más confiable que los impulsos de la imaginación.

El receptor destaca por su mudez, conmovido ante la sucesión irreprimible de imágenes que no remiten, necesariamente, a la sensatez. El emisor cuenta con la ventaja de siempre, pretendiéndola democracia directa. Pero, en fin, no queremos hablar del basurero semiótico que provoca el fenómeno, sino llamar la atención sobre la asamblea constituyente que, una vez instalada, recibirá la obvia atención de los medios, tan variada o desnivelada como los intereses que entren en juego y no exactamente de naturaleza política.

Las emisoras de radio y televisión del Estado deberán depender de la asamblea en cuanto a las transmisiones del debate se refiere, regladas para garantizar el equilibrio democrático indispensable. Frente a la exagerada propensión del Ejecutivo Nacional de despolitizar el proceso, paradójica porque no basta la sola mención de los problemas por un interlocutor que reclama exclusividad, es aconsejable definir y deslindar el manejo de los medios oficiales. Y, como no hay noticia que no reciba la sanción del video, explorar las posibilidades de una discusión que se resista a las simplificaciones.

El país quizá descubra (y deseche) el tedio de una discusión que puede hacerse agresiva, como también ocurre en el ámbito de los asuntos domésticos o laborales. Pero hacerla atractiva no significa levantar un croquis iconográfico donde pocos libretistas administren el proceso a su antojo, gustos y emociones.

Las plenarias de la asamblea, las de sus comisiones y subcomisiones, merecen la atención lacónica y creíble de los medios oficiales ante los fervores y pasiones de los diputados, representantes, constituyentes, asambleístas o constituyentistas. Hay riesgos de interpretación, manipulación o distorsión, cuando se coloca el acento en un detalle de las manos, de la voz, de la luz y de todo aquello que los expertos consienten como un lenguaje más poderoso que el habla. Por consiguiente, el reto está en desespectacularizarla y para ello cuenta la sobriedad de las transmisiones, horarios, escenarios, intervenciones, en una experiencia didáctica de alcances probablemente insospechados.

(Economía Hoy, 24/06/99)

Dificultades del mercadeo constituyente

Más de mil aspirantes enfrentan las dificultades de una competencia definitivamente inédita, por un poco más de cien puestos en la Asamblea Constituyente. La movilización de los recursos es lo suficientemente dispar como para deducir el contraste de las capacidades simbólicas, de poder efectivo, del mensaje, del real impacto en un electorado que las últimas semanas sentirá el exagerado peso mediático frente a los estragos de un proceso hiperpartidizado y, en paralelo, despolitizado de acuerdo a los impulsos oficialistas.

Resulta inevitable la aparición de ofertas programáticas que escapan a la sobria redacción de otra Constitución, pues los candidatos difícilmente pueden mercadearse – en la más limpia acepción del término – en razón de un proyecto distinto de país y de Estado, digamos macropolíticamente, cuando la crisis ha alcanzado tal profundidad que se esperan iniciativas concretas e inmediatas para remediarla. Esto es, gracias a una previa e intensa promoción, la reafirmación de la Constituyente como fórmula de salvación de todos nuestros males.

Luce más fácil, dado el alcance de los medios impresos y audiovisuales, propulsar las candidaturas de carácter nacional, para diez plazas, que las regionales. Las simplificaciones naturalmente exigidas por la campaña se resumen en la utilidad de los símbolos en el tarjetón, cuando es larga la lista de las postulaciones y los números no garantizan el acierto de una determinada selección. El Estado, inevitablemente partidizado en la medida que sus conductores auspician y velan por sus leales seguidores, contando con escenarios privilegiados, tiene mayor éxito en una campaña negativista de sus adversarios, aunque sean escasamente conocidos esos seguidores y, siendo así, poco importe la donación a hospitales de los recursos dispuestos por el Consejo Nacional Electoral. Por lo demás, volvemos a confundir las agendas regional y nacional de la gestión pública.

Ya aparecen, en las áreas de mayor tránsito peatonal y automotor de la ciudad capital, los afiches de rigor. No hay la extensa variedad que evidenciaría la mermada y desordenada disposición de espacios físicos para la exhibición del mensaje, pero es notoria la edición de afiches cuidadosamente diseñados, calculadamente coloridos, como los de Cira Romero, Alfredo Peña o Guillermo García Ponce, frente a la serialización, uniformidad, igualdad de parámetros estéticos de las diferentes candidaturas del llamado Polo Patriótico. Téngase en cuenta la invención de las dos llaves del gobierno, la masificación de las vallas con la consigna de “Ojo Pelao” y la aclaratoria presidencial, en un acto de masas que precedió el anuncio de las políticas keynesianas de empleos, sobre el uso del consabido apellido.

Al regresar de Miami, donde estuve recientemente en un seminario internacional de marketing político, aflora una reflexión en torno a los tropiezos que enfrentan los candidatos que no están en las listas del gobierno y, aún estando, los afanes de promoción no toca a todos porque hay nombres punteros, estelares, emblemáticos que gozan de la confianza de las matemáticas.

A juzgar por las cuñas televisivas que ya aparecen, distintas al gobierno, el aspecto subjetivo de la campaña no ofrece problema alguno en cuanto al deseo de alcanzar el puesto, la claridad de los fines, el manejo de la información adecuada. Sin embargo, los aspectos objetivos, en el contexto de una competencia que definitivamente puede ser desleal, ofrece sus bemoles como la creación de una mística ganadora en sintonía con la

libertad de acción, la concepción e implementación de una estrategia cuya flexibilidad no distorsione esos fines, la mismísima caracterización del candidato en el actual contexto sociocultural y su posicionamiento en el marco de una segmentación políticamente rentable de los públicos que se desean alcanzar.

Los especialistas advierten que el territorio a conquistar es el de la mente de los electores. Siento que ha habido un retroceso en la dinámica publicitaria, amén de las dificultades que impone una competencia por tan pocas plazas, devolviéndonos a etapas que creímos superadas de la interactividad política. Quizá el conflicto constituyente no superará las fronteras existenciales que hagan posible el proyecto quintorepublicano, porque no hay tal proyecto -- coherente, seria y cabalmente planteado – o -- simplemente – llegará tarde y el imaginario colectivo descansará en las urgencias, vicisitudes y problemas inmediatos: con la economía tropezaremos.

(Economía Hoy, 20/07/99)

¿Habrá debate constituyente?

“Toda la historia del pensamiento político puede ser considerada como una larga, ininterrumpida y apasionada discusión en torno a las diversas maneras de limitar el poder: entre éstas se encuentra el método democrático”

Norberto Bobbio

Desde hace dos años se ha intensificado el reclamo de un cambio estructural en Venezuela. Hablamos de la construcción de un consenso sobre los dramas padecidos, las contradicciones e incomprensiones que, inevitablemente, surgen cuando nos decimos frente a un compromiso histórico. No obstante, lucen escasos los contenidos por lo que respecta al oficialismo.

Quizá pueda entenderse que la oferta de una constituyente no estuviera respaldada por un proyecto sólido, expreso y alterno de país, en razón de la campaña electoral que, como todas, resultó de una combinación sísmica de ataques y contra-ataques, maniobras y redefiniciones, gestos y conductas, ideas e intuiciones asediadas por las circunstancias. No hubo, pues, debate en un proceso en el que – también – los intereses creados lucharon

tenazmente por su supervivencia y, no precisa y exclusivamente, los de la conocida estirpe partidista.

Tampoco lo hubo a la hora de convocar el referéndum del 25 de abril e, increíblemente menos, al seleccionar a los asambleístas el 25 de julio. Puede imputársele a la “estructura de temas” prevaleciente, a los issues en boga, pero lo cierto es que, salvo los planteamientos dispersamente formulados por quienes tuvieron mayor facilidad en acceder a los medios, no supimos de un conjunto sistemático de propuestas susceptibles de una razonable polémica.

Instalada la Asamblea, esperamos pacientemente que sus integrantes lleven a la mesa las ideas que tienen sobre el destino del país, edificando la superlegalidad capaz de canalizarlas, expresarlas, pivotearlas. Y poco importaría si la casi totalidad de sus afiliados comparten las orientaciones del Presidente Chávez, pues, una de las cosas más importantes de esta experiencia, para que sea innovadora, estriba en la posibilidad de ampliar las consultas, procesar los aportes provenientes de los más diversos sectores a través de los medios convencionales o de las nuevas tecnologías, cabalgar en los lomos de la indudable diversidad que también explica la permanencia de un colectivo azotado por no pocas tempestades.

No es vano preguntarse si, al fin, habrá el tan urgido debate constituyente, porque tres o dos meses no alcanzarán para profundizar en un proyecto, en un texto que debe superar los años de vigencia de la Constitución de 1961, al menos para justificar todo el esfuerzo realizado. Y no se diga que será natural, a corto o mediano plazo, incurrir en las enmiendas, reformas e, incluso, otra constituyente, para subsanar la prisa de hoy que no es otra que la electoral.

Es necesario el debate, la discusión, la polémica, para hacer explícitos y conocer los alcances revolucionarios del proyecto que inspira a la mayoría de los asambleístas, sin el extravío de las humanas diferencias y matices que no han conocido siquiera de otras instancias políticas de expresión, como si tipificaran un delito de traición al ideario básico. Por lo demás, esta nueva etapa ha de servir para perfeccionar las propuestas, ganar o depurar apoyos, en una dinámica que avise si hay o no una distinta promoción de dirigentes, una renovación del liderazgo político.

En definitiva, habida cuenta de las experiencias e ideas acumuladas, saber cuán lejos hemos llegado al contar con un elenco de asambleístas que, en alguna forma, sintetizan, resumen, llevan sobre sus hombros todo un siglo de realizaciones y frustraciones. Vale decir, apreciar hasta dónde llega el pensamiento político venezolano de acuerdo a la muestra que salió de las manos del electorado.

(El Globo, 09/09/99)

La experiencia del No

"Antes había querido ser los otros

para conocer lo que no era yo.

Comprendí entonces que ya había

sido los otros, y eso era fácil.

Mi mayor experiencia sería ser el

otro de los otros; y el otro de los

otros era yo"

Clarice Lispector

nsurge cívicamente la respuesta frente al largo y confuso proyecto constitucional. Hablamos del crecimiento espontáneo y contundente del no, rechazado el torpe y nervioso discurso presidencial que dice encontrar a apátridas y realistas en cualquier gesto disidente, aún entre sus propios simpatizantes, como si la Venezuela de los días que corren pudiera resumirse en una estampida maniquea.

El texto sujeto a consulta el 15 de los corrientes registra algunas bondades, las cuales pudieron incorporarse por vía de la reforma a la carta de 1961, sin incurrir en el costo político de una movilización que no solventa los inmensos problemas sociales y económicos que confrontamos. Son muchos los errores en los que incurre, sintetizados en una clara intención autoritaria de la que tenemos previos y sobrados ejemplos cuando el oficialismo sataniza el desacuerdo y amenaza con una guerra civil y/o pinochetazo si le desfavorece el referendun, pues resulta imposible otra interpretación de un pronóstico o profecía que se lanza como si no bastara el peso de las angustias y vicisitudes actuales.

Pocos pueden dudar del extraordinario poder que ha tenido el gobierno. La Ley Habilitante, por la que tanto presionó en nombre de los planes que enunciaba y no concretaba jamás, desembocó en más impuestos, como el IVA y el débito bancario. Ahora, con un proyecto de presupuesto inviable que la propia Asamblea Constituyente ha esquivado, calificado de inflacionario por D.F. Maza Zavala y disparador de la deuda, pues la remontaría externamente en seis millones de bolívares, por no mencionar la interna, como refirió Gustavo García, demuestra la escasa o nula capacidad y aptitud para gobernar, por no recordar el celeberrimo plan de empleos que - simplemente - ha fracasado.

Somos partidarios del no como garantía del cambio. Tamaña ironía ilustra muy bien los términos de una crisis de imaginación que domicilia en el oficialismo todo afán revolucionario, aunque éste carezca de proyecto o contenido revolucionario.

Las corrientes conservadoras confían, por su sesgo autoritario, en el sí. Sus equivalentes en el no lucen en desventaja, porque, amén de aceptar el creciente protagonismo de la llamada sociedad civil, deberán resignarse al período de modernización que tiene pendiente el país, en el marco de una sociedad de derechos humanos y calidad de vida como - al menos- lo aspiramos.

El triunfo del no, jamás puede significar el regreso hacia las etapas superadas del populismo. Debemos ser cuidadosos, pues también debe reconocerse el cúmulo de errores a lo largo de tantos años que trajo, por si fuera poco, una respuesta equivocada como es la que representa el oficialismo.

Ojalá que prospere la paz en los próximos años, reinventando un futuro distinto al que se nos ofrece desde las altas cumbres del Estado. Y aquellos puedan experimentar ser el otro de los otros.

(Economía Hoy, 08/12/99)

La construcción del No

“... En cuyos ojos suplicantes descubrí
que el mundo comenzaba en los demás”

Joaquín Marta Sosa

(“Territorios privados”)

Pensé que era una exageración adelantarse, pues, simplemente, no ha culminado la tarea. Sin embargo, es el propio presidente Chávez el que llama a votar afirmativamente una constitución todavía inconclusa y no queda espacio a otra conclusión: la conoce de antemano.

Al regresar de veinte largos días de viaje al exterior, además de imputar las protestas que se hacen sentir a oscuras manipulaciones cupulares, le pone orden a una asamblea que se dice histórica, inédita y trascendente. Hay demasiada tardanza en la discusión de un texto que – suponen - tendrá una larga duración y si antes no hubo necesidad de conocer la naturaleza y el alcance reales de la propuesta constituyente, no hay razones para apreciar el modelo de república, a la que le confieren un signo, a través de una constitución.

El asunto no estriba en el afianzamiento de la educación gratuita, por cierto una bandera bien “puntofijista” si somos consecuentes con la interpretación oficial de lo que es bueno y de lo mucho de malo que hay. Tampoco en el camino que puede abrirse al aborto, porque nuestra catolicidad luce, mayoritaria y contundentemente, hecha de tres festividades

esenciales: bautizo, comunión y matrimonio, ya que la tendencia no es la de celebrar el divorcio y, en definitiva, ¿qué es el sacramento?.

El mundo comienza y se construye a partir de sí: el oficialismo como capital de todo lo se dice político. Macondo, Comala y Yoknapatawpha resumidas en una voluntad providencial. ¿Para qué polemizar?. ¿No bastan los regaños de Miquilena a quien se atreva a pasarse un poco?. ¿Acaso no tiene estirpe estalinista el delito de exceso de protagonismo?.

También resulta indispensable el talento para desmontar las cosas. La corrección de los errores obliga al encuentro con los demás, al retorno de la convivencia, al respeto de la diversidad: “sal que todos llevamos en la lengua / que todavía permite reconocernos / con sólo mirar el sol / cuando invisible la noche vuelve”, sugiere el poeta.

Vamos a un referendum con silenciador. Si los propios redactores no pudieron discutir a fondo el articulado, cotejarlo, someterlo al escrutinio de los demás, ¿por qué votar afirmativamente una constitución que tendrá el respaldo abrumador de la publicidad oficial, bastando la mayoría simple de los que apenas concurren a las urnas, imposible de enmendarla, hablarla o interpellarla?.

No será fácil, pero urge comenzar la construcción social del “no” para garantizar el cambio histórico que anhelamos. Es la paradoja por excelencia de los tiempos que corren.

(Economía Hoy, 10/11/99)

Constituyente y ciudadanía

Por momentos, el término pareció definitivamente impuesto. Atentaba contra el populismo hecho tradición. La ciudadanía sería el resultado de una crisis de perfeccionamiento de la vida democrática, sin que lo representativo fuese un monopolio de los partidos, pues, la política tampoco era exclusiva del ámbito estatal.

Ya no era la magnífica y generosa abstracción de pueblo lo que sólo explicaba la razón y dinámica del sistema, sino algo más concreto que remitía a un conjunto de derechos garantizados por la ley, esencialmente los de carácter político que podrían definitivamente sustentar la legítima representación. Ciudadanos que manifiestan un mínimo interés en los asuntos públicos que también condicionan sus problemas y vicisitudes, convertidos en demandantes de soluciones.

Los entendidos indican una serie de transformaciones que inciden en la concepción y ejercicio de la ciudadanía. Transformaciones en el mundo laboral - tecnológicas, jurídicas y asociativas - y en el de las comunicaciones que nos llevan a la creación de vínculos sociales virtuales y deslocalizados, que ponen a prueba las relaciones tradicionales de la política, sin golpear la noción esencial del concepto. No obstante, hay cambios regresivos

por el sobrepeso de la tradición populista, la increíble resurrección de un liderazgo carismático cuyos viejos ingredientes se creyeron por momentos superados y la confusión generada por una crisis a la que quiere esquivársele, no afrontar, ensayarla desde el ángulo más indoloro posible.

El tránsito de pueblo a ciudadanía tiene un doble requisito y un saldo definitivo: conciencia y capacidad de organizarse, sin esperar que alguien haga el favor. Evidencia otro tránsito: el de la unidad y unanimidad a la diferenciación y diversidad, donde lo deliberativo es el dato fundamental del crecimiento cívico.

La movilización emocional y el asistencialismo oficial, simplezas de una etapa superada, torpedean el reencuentro político, el de la polémica que fortalece la vida en común cuando existen las palancas institucionales necesarias. En lugar de madurez, hay prisas que lamentar.

Hay un sentimiento negativo, generalizado y creciente, respecto a la Asamblea Nacional Constituyente, pues, al elaborar un texto acortando el plazo previsto en favor de las urgencias electorales del presidente Chávez, no escuchó a la ciudadanía y se situó retóricamente en la cómoda y elástica noción de pueblo. Y hubo más prisa aún en el intento de liquidar al Congreso que en el de concebir y debatir un articulado en correspondencia con los reclamos, peticiones o demandas organizadas de todos los sectores.

Por lo demás, el vicepresidente Rodríguez ilustró muy bien la situación, pues no había dicho nada en cuanto a las tres preguntas que originalmente se proyectaban para el plebiscito decembrino y, luego, expresó su felicidad ante las cámaras de televisión cuando el mandatario nacional se inclinó por una sola interpelación. Algo dice el detalle respecto a una Asamblea cuyos miembros citaron reiteradamente el ejemplo colombiano, pero cuidaron muy bien de no auto-inhabilitarse como ocurrió en el vecino país: los nuestros, los constituyente de esta hora, serán candidatos seguros a gobernadores, alcaldes y diputados.

La ciudadanía estuvo ausente de la Constituyente. ¿Quién puede negarlo?. (Economía Hoy, 29/11/99)

Habeas data

Es en el campo de la infoesfera donde el problema se agiganta, pues la simple y artesanal divulgación de una data sensible se convierte en un despiadado y muy rentable ejercicio lucrativo sobre los lomos del chip. Del fichero manual pasamos a los artilugios electrónicos y surge el habeas data como una alternativa que alcanza, en muchos países, jerarquía constitucional: cabalgadura accidentada, propia de la postmodernidad.

La identidad e intimidad de la persona registrada, independientemente de su voluntad, adquiere un alto valor económico en la medida que sus sentimientos y hábitos, creencias y dolencias, posición económica y estilo de vida, relaciones familiares y afiliaciones,

privaciones y tributos, salud mental y física, pasiones y aficiones, forman parte del arqueo constante que hacen las empresas especializadas. Familiares y terceros pueden integrar una vasta base de datos, posiblemente decisiva para el éxito de un producto o servicio que pudo extraviarse por la senda convencional.

Ha habido casos sorprendentes en la infopista, como el rompecabazas que un sujeto armó con otros: distintas fuentes delataron a quienes, confiando inadvertidamente en la dispersión, colocaron unos datos del entorno familiar en una planilla, mientras en otras daban detalles de enfermedades, deudas, inclinaciones políticas o de cualquier otra naturaleza que jamás hubiesen deseado en un único formato biográfico, incluyendo las travesuras o mentirillas que se convirtieron en verdad cuando quiso alcanzar un crédito riguroso. A veces, en la simpleza rutinaria de una breve encuesta colocada al pie de un cupón, nuestra privacidad puede construir el patrimonio de otros que trafican estupendamente con la información.

Se dice de un derecho humano de tercera generación: la identidad e intimidad requieren de una adecuada protección frente al extraordinario progreso tecnológico. Hay vías legales para acceder y/o corregir la información en relación al registro de propiedad, crédito prendario e, incluso, antecedente penal. No obstante, resulta cada vez más difícil, sobre todo cuando el perjuicio se desprende de una información falsa o defectuosa que impide un préstamo, empleo o matrícula.

El habeas data no es otra cosa que la acción judicial que permite acceder a bases, registros o bancos de datos, para la supresión o eliminación, rectificación o precisión, modificación o actualización de aquella información, más aún la de carácter confidencial, que perjudica a una persona, familiares o terceros, amén de su segregación. Protege el derecho a la verdad sobre los datos sociales de las personas y, así, explícita o implícitamente, lo asumen sendos textos constitucionales, como el colombiano de 1991, el paraguayo de 1992 o el peruano de 1993.

Tiene un parentesco procesal con el habeas corpus y luce diferente a la acción genérica de amparo, aunque subsidiariamente se aplican sus normas. Es una acción específica de tutela de ciertos derechos donde no hay vulnerabilidad inmediata, arbitrariedad e ilegalidad manifiesta. Y, como dijera Pedro Agustín Díaz Arenas, implica el reconocimiento de la "la capacidad individual para evitar manipulaciones de la información personal, o la difusión de actividades o actitudes que solo incumben a cada uno, e impedir que los datos recogidos se usen para reprimir libertades o derechos" .

Son distintos los aspectos a considerar a propósito de la información periodística, de seguridad, etc. Quizá valga la pena ésta rápida mención, sin mayores consideraciones, en señal de protesta ante el ímpetu, el nerviosismo y no sé qué cosa aceleratriz que reina entre los constituyentes: San Mateo.

(Economía Hoy, 17/11/99)

Esta fastidiosa democracia

“Lo fastidioso de las democracias es que nos obligan a tener que preocuparnos siempre por la cuestión política, y para eso hay que aprender a participar en la gestión pública de las cosas; no a dejarlas en las manos de los sabios, los técnicos, de los que vienen de fuera a resolver las cuestiones”

Fernando Savater

Reclamamos un cambio profundo del país y de las cosas y, al respecto, hay un consenso construido. No hacía falta una Constituyente para ello, pero – como lo hemos referido en anteriores ocasiones – aceptamos la voluntad prereferendaria de diciembre de 1998 y la referendaria de abril de 1999. No obstante, lo paradójico, es la acentuación de la anomia, indiferencia o apatía generalizada ante un proceso que, presumiblemente, intensifica el compromiso de todos con el destino de todos.

Hay una versión unilateral del cambio. No otra que la de un gobierno que no ofrece su proyecto histórico con la exactitud que exigen los tiempos, divagando en una serie de consignas que tampoco responden a nuestras vicisitudes coyunturales. Propicia un clima de agitación permanente y, parejo a sus intentos de demolición de la corruptocracia, intención que compartimos plenamente, no duda en enfrentarse meramente a las instituciones donde, por cierto, destaca la presencia de sus partidarios, de aquellos seguidores a los que jamás consulta y deben fabricar los argumentos que justifiquen la defensa ciega de las iniciativas presidenciales. Esto es, una lealtad muda que tampoco avisa de las tempestades críticas que dicen acompañar a todo proceso, toda secuencia, todo evento pretendidamente creador en el propio elenco de sus propulsores.

Paso de Brinton a Furet, de Ellul a los clásicos que versan sobre el fenómeno revolucionario. ¿Serán tan íntegramente inéditos los acontecimientos que vivimos?, es la pregunta que nos hacemos, pues, se me antoja, estamos en presencia de un hondo proceso de despolitización, punto culminante de las experiencias acumuladas, proporcional a las aspiraciones exclusivamente protagónicas del primer mandatario nacional.

La sesión del 5 de Julio puso el acento en la inmensa necesidad de escuchar las otras versiones del cambio. Si bien es cierto que el orador de orden cuestionó duramente la conducta presidencial y, bajo sólidos argumentos, resaltó la estirpe bolivariana de las actuales previsiones constitucionales en lo que se refiere a los ascensos militares, no menos cierto es que reivindicó el derecho a la disidencia, a la libertad de expresión, el requisito esencial para conocer la otra perspectiva de las transformaciones anheladas. Por lo demás, este llamado al debate y que suscita el interés de todos en el destino que es de todos, encuentra su natural domicilio en una casa que no se explica sin la disidencia, las contradicciones e, incluso, los desencuentros, independientemente del exagerado culto hacia el calendario: el parlamento.

Jorge Olavarría no habló de la recesión, el desempleo y la amenaza inflacionaria, pero envió una fuerte señal a toda la nación: una democracia, esta fastidiosa democracia, la defendemos con democracia. Estaban presentes los embajadores, se dijo, pero había Jefes de Estado cuando Hugo Chávez Frías no sólo ascendió al poder gracias a la “moribunda”, sino ventiló todos nuestros trapos en un acto de Estado. Así, resulta inútil una perspectiva decimonónica del asunto, cuando importante, lo noticioso, lo fundamental está en avivar el clima de libertades públicas que no podemos sacrificar.

(Economía Hoy, 12/07/99)

Tercamente, el premier

Modestamente, creo convenientes el presidencialismo y la descentralización. Además, no imposibilita la existencia (o aparición) de un Jefe de Estado que esté “prácticamente pariendo el futuro con su pensamiento” -como dijo Ernesto Mayz el domingo 10 de los corrientes- más por su natural talento, olfato o intuición que por sus abultadas credenciales académicas. Y tendríamos que evaluar con calma por qué la guerra de secesión, la que finalizó con una bomba atómica o la fría, por no mencionar la crisis del ‘29, no dieron al traste con el régimen estadounidense.

El parlamentarismo reaparece como una solución frente a la crisis. Y la misma noción federal recibe un racimo de cuestionamientos.

Cuando uno se aproxima a Jorge Castañeda y sus piedras filosóficas sobre la salida a los problemas esenciales de América Latina o al desconcertante Jorge Olavarría con su “Dios y Federación”, en un caso rasgamos las mismas vestiduras de siempre y en otro, nos seducen los argumentos. Sin embargo, la neuròsis del cambio permanente de parámetros formales no haría otra cosa que profundizar la crisis, pues si en 1961, luego de intensos debates, optamos por el elenco institucional que tenemos, mejor sería su cabal y adecuado desarrollo que experimentar en los caminos de una terquedad inútil. Y no es un afán conservatista ni mucho menos, sino la convicción de encontrarnos con una crisis en cuyo mapa no estorba la cadena de montañas institucionales sino el tránsito ocioso de sus alturas.

Acá nos reencontramos con la idea de la constituyente que, en tanto opción de saneamiento político, probablemente no rinda los frutos esperados. Lo curioso, incluso, es que sus promotores expresos y tácitos rinden culto en los altares de la tradición política y muy bien se puede banalmente ejemplificar con las caravanas turbulentas de automóviles para promover a sus candidatos cuando antes eran centro de sus más profundas cavilaciones críticas. Por no decir que, en el fondo, hacen de la política de sustitución de importaciones un apostolado a destiempo.

A veces, la tentación de volver a Maurice Duverger es enorme para responder ante tanta terquedad. Sin embargo, prefiero recordar mis tiempos de liceo en el “Juan José Mendoza” de Caraballeda, en el que -con los compañeros de estudio, incluyendo a uno de igual apellido- nos preguntábamos precozmente sobre tanta estabilidad institucional, sin sospechar que muchos años después atestiguaríamos las intentonas y los toques de queda que relataban emocionadamente los que vivieron el 58 y los 60 plenamente.

(El Globo, 11/05/96)

Rompecabezas

Sorprende triplemente el proyecto presidencial de otra carta magna. Por una parte, no es tanta la originalidad, como se supone en un tiempo revolucionario, asimilados algunos aspectos sustanciales del texto de 1961; por otra, el célebre plazo de tres meses no alcanzará, a menos que no haya debate, aunque se trata nada más y nada menos que de fundar otra república; y, tercero, la inexistencia del debate mismo, antes del referendun, que pondría a prueba las ideas enarboladas.

Surge la crítica consistente al proyecto constitucional desde distintos flancos de la vida nacional. No responde a la malsana intención de torpedear al gobierno, sino proviene de sectores intelectualmente honestos.

Y es que, en la realización programática, el oficialismo trata de sorprender en los términos tácticos y/o estratégicos que un André Beaufre ventila en sus libros, según nuestra modesta presunción. Ideas sueltas que son armadas y desarmadas según la coyuntura, en razón de la carencia fundamental: un programa distintivo, profundo y coherente y de carácter y alcances históricos.

Refiere Allan Brewer-Carías: “... No hay otra opción: o democracia o autoritarismo. La primera exige distribuir territorialmente el poder para que haya más participación; la segunda necesariamente conduce a la concentración y centralización del poder, lo que es incompatible con la democracia. Y lamentablemente a esto último ha apuntado el discurso que hemos empezado a comprender y armar, con el rompecabezas de propuestas aisladas que han venido lanzándose desde el gobierno y de algunos voceros de los partidos políticos que lo apoyan” .

En consecuencia, sin la novedad de propósitos, amalgamando respuestas episódicas, el gobierno tropieza con el dilema. Y lo que puede ser más grave: un autoritarismo hueco, de simples consignas, lo suficientemente portátiles para enfocar cada asunto que se planteé.

(El Globo, 17/05/99)

San Mateo 2: 1-12

Flujo incontenible de piedras y lodo en el litoral central. Asombro paralizante ante la desgracia del otro y de los otros .

Más allá del desorden ecológico global, reencuentro con los extremos que explican nuestra convivencia social. Errores y aciertos del poder central. Previsiones y prisas de la periferia política. Permisos que fueron concedidos en esa espiral del lucro cómodo e irresponsable. El preaviso verbal y escrito de Defensa Civil. La perplejidad de las primeras horas del mandatario y la ahora escurridiza escena de un gobernador que chocó con el dispositivo militar de Vargas. Damnificados que, ciertamente, han sido tratados con dignidad, aunque algunos desean volver al peligro sin la coladura de viejos resabios.

Activa solidaridad de todos los sectores del país. Redibujamiento social de los medios de comunicación que reivindicaron el deber y el derecho de informar. También desolación, pillaje y violaciones en los confines del lodo. Me pregunto, además, en torno al destino de quienes fueron compañeros de aula cuando hice los dos primeros años de bachillerato en Caraballeda y de los vecinos de un Macuto sereno y amable. El itinerario diariamente cumplido, tupido de sol y salitre, que una vez, en la fuga frustrada de esta ciudad tan calamitosa, partió del Colegio “Caribe” de Taguanarena, deslizándose al lado de los campos de golf después de dejar el liceo al pie del cerro de San Julián, para culminar en un boulevard que la delincuencia no había hecho suyo o en el estacionamiento asfaltado que servía para el béisbol, lejos todavía de la maternidad. Oro por ellos, aunque los nombres parecen disolverse con el tiempo.

La memoria falla constantemente entre nosotros. Se dijo de 1951, en el tramo inicial de la desgracia. Surgieron fechas imprecisas de las ya antiguas experiencias lluviosas. Por azar, encontré un reportaje suscrito por Manuel F. Ponte, publicado en el diario “El Nacional” del 11 de Enero de 1965. Seis de las siete parroquias del entonces Departamento Vargas resultaron afectadas por un palo de agua de más de media hora. Inundación y fango. Obstrucción de la carretera que enlaza a La Guaira con Naigutatá, Los Caracas, La Sabana, Chuspa, Carua. Alrededor de cien casas y ranchos total o parcialmente destruidos. : “ ... En el lugar denominado Carmen de Uria – prosigue la nota – estuvieron a punto de perder la vida tres agentes de la Policía Municipal del Departamento número dos, al quedar sepultada la patrulla por el lodo que rodó del cerro adyacente...”.

En su homilía de las nueve de la mañana, un sacerdote, cuyo nombre no pude averiguar, se refirió el domingo 3 de Enero de 2000, en la Iglesia de San Francisco, al Nacimiento de Jesús y la llegada de los Reyes Magos. Como si fuese una versión del propio San Mateo, según la cuidadosa intervención del cura, los desamparados de Vargas recibieron oro, incienso y mirra: la ayuda, el socorro, las donaciones, todo lo que materialmente ha podido llegar; las oraciones, el espíritu de solidaridad desplegado; e, igualmente, los juguetes para los infantes. Agregaba, no precisamente el evangelista, la madurez de un pueblo encontrándose a sí mismo a través de un proyecto nacional, cooperando y trabajando, sin necesidad de rótulos o banderas que lo dividiesen, algo que equivale a una traición patria.

El púlpito también es expresión del pluralismo. No compartimos todo lo que se dijo, pues las diferencias y matices, a veces vistas como insalvables, perfilan nuestra vida en común. No obstante, lo importante es recordar que, luego de reportar la Buena Noticia al mundo, el trío tuvo el coraje de rectificar el camino.

(El Globo, 06/01/00)

La revolución según Petzold

Un pequeño trabajo para el ascenso en el escalafón docente, encabezado por una formidable cita del primer libro de Corintios, atrapó tempranamente nuestra atención y contribuyó a no pocos de los argumentos esgrimidos en favor de un cambio de signo personalista y comunitario. Conservo aún “Hombre, revolución y derecho” de Hermann Petzold Pernía (LUZ, Maracaibo, 1978) y el recorte de prensa que avisa del “Premio Internacional Pensamiento de Simón Bolívar” conferido al notable jurista (“El Nacional”, 30/10/86).

La revolución es definida tentativamente como “una perturbación social irresistible, generalmente violenta, que en tanto crisis de crecimiento del Estado, es causada por la inadecuación de las estructuras (políticas, jurídicas, económicas, sociales, etc.) de aquél, a las nuevas necesidades sociales sentidas por la mayoría, como apremiantes e impostergables, dando lugar dicha perturbación, no sólo a la sustitución de las estructuras caducas por otras más eficaces, sino al surgimiento de una radicalmente diferente cosmovisión colectiva” (87). Y destaca, como elementos constitutivos, una conciencia de la injusticia social y la consiguiente “quiebra del hombre con el orden social en vigor”, complementado por un proyecto revolucionario, algo que distingue al revolucionario del rebelde (69).

La ecuación permite ponderar lo que actualmente acontece en nuestro país y, así, nos permitimos subsumir el criterio expuesto recientemente por el autor a través de un artículo publicado en el diario “La Verdad” (20/06/01). Sin embargo, no puede sorprenderlo que hoy contemos con una copia del régimen anterior, por añadidura una mala copia.

Digamos que es cierto el reemplazo de los partidos otrora poderosos, esta vez por el “máximo e indiscutido líder” que amaga constantemente con sus presuntas bases partidistas de sustentación en el intento de aliviar los roces y contradicciones inherentes a todo

ejercicio de gobierno. Obliga, como antes, a la renovación o creación de sendas expresiones políticas alternas que sean capaces de prefigurar o anunciar la sociedad deseada, pues el simple voluntarismo las hará tropezar dos veces con la misma piedra en beneficio del que más ruido haga.

La nueva Constitución, aprobada por el 42,26% de los votantes, con una elevada abstención, como los distintos actos constituyentes de una transitoriedad incomprensiblemente prolongada, dibujan una enorme concentración del poder, adquiriendo una mayor relevancia política que la propia, recurrente y “natural” violación de las normas. Encontramos acá una estúpida oportunidad para la contribución del especialista a los fines de una adecuada reforma constitucional.

Asistimos a una extraordinaria agudización de las tendencias puestas de manifiesto con el agotamiento de un modelo de desarrollo que no conoce siquiera del esbozo oficial de otro. Devotos de la divisa petrolera, cabalgamos un discurso maniqueo y masiánico que propicia otro experimento autoritario, en lugar de una revolución que se evidenciaría si nos atrevemos a enfrentar el problema fundamental de la Venezuela presente y futura: la pobreza.

Voces autorizadas, como la de Luis Pedro España, plantean iniciativas concretas como la de un decidido estímulo a la inversión, la buena remuneración del empleo, la redistribución del ingreso, la reforma institucional y el cambio sociocultural como piezas maestras, por citar un ejemplo. No compartimos aún la necesidad de un crecimiento considerable y sostenido en las próximas décadas para recuperar los niveles de vida de veinte o treinta años atrás, por lo que –dicho en forma directa- será una hazaña lo que ayer, sencillamente, no lo fue: criar una familia entera con sueldo de maestro en Sabaneta de Barinas, costeándole los estudios universitarios a la prole, otro episodio sin equivalentes en más de un siglo de historia republicana que puede tildarse de revolucionario, aunque el profesor Petzold haya denunciado la “aplicación de un sistema electoral para analfabetos”.

Lentamente descubrimos que el viejo orden sobrevive así luzca nominalmente diferente, reincidente en un asistencialismo materialmente insostenible que sintoniza con una anomia generalizada y legitimadora. A los consabidos problemas del desempleo, la recesión y la desinversión se agrega el peligroso sobrecondicionamiento de las libertades públicas, negada la ciudadanización del sistema en nombre de una abstracción generosa y moldeable: el soberano.

Finalmente, no hay un proyecto revolucionario presto a una discusión profunda y abierta, sino un amasijo de consignas que cuestionan la presunta novedad de las posturas oficiales, haciéndose cada vez más difícil la puesta en escena de una movilización popular a menos que esté tarifada, como se evidenció el 1ro. de mayo. Vale decir, la revolución según Petzold es aún distante por todo lo que sugiere de razón y emoción, claridad e imaginación, vivencia y compromiso con los nuevos tiempos.

(Venezuela Analítica, 07/01)

Sorprendidos en el (sub) suelo

La reseña luce irrefutable: el presidente Chávez ha dispuesto la concesión de créditos sin intereses e, inmediatamente, el ministro Rojas intenta ocultar su asombro ante los periodistas. Dijo más el gesto sobrio de César Miguel Rondón que toda la crítica jurídica y económica vertida.

La improvisación responde a un aprendizaje del poder ... en el poder. Quizás ascendieron tempranamente, como pudieron hacerlo en 1992, sin la formación y consolidación de equipos y tendencias, propuestas concretas y profundas, ausente una tradición que la simbología bolivariana no puede dispensar.

Nada mejor que auspiciar las distintas constituyentes para alcanzar los programas, prolongando la transitoriedad. El novísimo elenco dirigencial salvaguardado ante cualquier extralimitación de un debate que lo ponga a prueba.

No bastaba la condena moral. Perorar sobre los costosísimos aviones, la lujosa Casona, los niños de la calle o el entreguismo de la patria. La pobreza hiere aún más cuando no se sabe qué hacer con ella. Y es que el discurso maniqueo ha puesto en evidencia el agotado pensamiento político que lo cabalga.

Vehemente reclamo de atención al inaugurar la Petrozuata hecha por manos ajenas o desinhibido estudio de la transnacionalización de las cárceles, todo un sacrilegio dos años antes. Salto de la CTV hegemónicamente controlada por los adecos a otra en la que se admitirá un ensayo propio o plena disposición de las utilidades cambiarias. Constante desfile emboinado desde la Alcaldía, convertido Grüber en la mayor de todas las presunciones, o supuesta política social representada en el Plan Bolívar, el FUS y la abierta buhonería.

¿Era la alternativa negada a los venezolanos por años? Por ejemplo, no la encontramos en el suelo de la izquierda marxista: no se vió jamás en una democracia militarmente tutelada, aún luego de la intensa polémica que, a partir de 1970, la condujo por diferentes caminos. Sus viejas fórmulas y elaboraciones pueden hoy tomarse a título de inventario, pues el tiempo no pasa en vano, pero las había.

En los estratos de mayor vocación totalitaria tampoco estaba alojado tan sorprendente libreto. Al menos, los líderes de encajes brezhnevianos debían responder, lidiar e intrigar con un numeroso comité central.

La siempre aspirada política unitaria tendía a diferir el problema de gobernar y se atrevía a la pequeña utopía de la reconciliación de personalidades y pareceres: Igor Delgado Senior reportaba el largo discurso aniversario de la revolución pronunciado por José Vicente Rangel, quien presidía la Junta de Gobierno conformada por Domingo Alberto Rangel, Rafael Pizani y Moisés Moleiro, presentes el ministro Douglas Bravo, el Cardenal Arturo Sosa, Andrés Velásquez como presidente de la CTV y Reinaldo Cervini como Presidente

de la Federación de Empresarios Socialistas, minimizada la oposición del MAS petkoffiano (El Nacional, 30/01/88).

En el subsuelo de todo lo acontecido está la lección: no basta con el enfado moral, insuficiente para el ejercicio político. Tampoco hacer de éste dos siglos, forzados a convivir el XIX y el XXI.

Sorpresa para quienes dicen gobernar y hacer la oposición, apenas matizados en el mismo arenal de la reacción. La renta y sus reminiscencias los acobija.

(El Globo, 06/03/01)

C) Los hilos autoritarios

¿ Y la abstención por inducción?

Los venezolanos nos acostumbramos a los comicios dominicales en los últimos cuarenta años. Un día adecuado para ejercer un deber y un derecho, desafiando a los más connotados juristas. Así, se me ocurre, no todo ha sido malo, pues - por una parte- antes no podíamos elegir a nuestros gobernantes mediante votación directa, universal y secreta, y - por otra- existe el mismo gobernante, por igual tiempo, en Cuba.

Es cierto que la abstención vino en aumento, significativamente evidenciada a lo largo del proceso constituyente de 1999. Dato éste que nos permite hablar de la anomia como un fenómeno político persistente, aún cuando se trate de definir a la Venezuela de las próximas décadas.

Lo deseable es que los comicios puedan realizarse un día ordinario, en el contexto de la semana laboral, formando parte de la cotidianidad electora. No obstante, carecemos de garantías, porque si alguien no logra depositar su voto con toda la normalidad del caso, puede efectivamente responsabilizar al patrono que lo impidió explícita o implícitamente o al servicio de correos. Un pequeño ejercicio de realidad nos remite a la simple constatación: se puede reclamar, pero no contamos con los dispositivos que efectiva, inmediata y convincentemente reparen el agravio. Vale decir, habrá que llamar a Mandrake para que un día después haga alguna diligencia al respecto y, sin embargo, ¿quién puede sufragar luego, diferidamente, terminado el evento?. Además, se parece mucho a esa disposición que establece la gratuidad del transporte público para las personas mayores y, desconocida abiertamente por los conductores, no hay siquiera cercano un policía para impedir el abuso de poder del volantista y si se le encontrara, dibujaría una escena tan farragosa que no valdría la pena tamaño reclamo.

Lo anterior es una versión sociológica del dispare primero y averigüe después, práctica consolidada ahora por lo que ocurrirá el día miércoles 15. Puede ser que el cajero de un

banco se escape para opinar en la consulta referendaria y no es cosa de gran imaginación que la taquilla se vea agolpada de asalariados, que el taquillero no ejerza el voto en una hora, que piense en su candidatura a la hora de una reducción de personal dada la situación general de la economía, que la mesa no esté instalada o que, trabajando en Caracas, viva en Cúa.

Resulta toda una atracción votar el día miércoles, pero ¿y la abstención por inducción?. El destino del país debe quedar en manos de la mayoría real y constatada. Se me ocurre eso.

(El Globo, 13/12/99)

Cierto autismo electoral

"Por realidad histórica no entendemos
evidentemente unos acontecimientos y
unos hechos particulares y separados del
resto, sino las tendencias dominantes
de la evolución, después de todas
las interpretaciones necesarias"

Cornelius Castoriadis

("La institución imaginaria de la sociedad")

No todo es movilización multitudinaria y frases elegantes. La situación es crítica y merecemos el planteamiento de las ideas que digan cómo resolver las cosas. Incluso, sin que le pasemos a los aspirantes un cuestionario previo para que ensaye las respuestas con gestos de satisfacción narcisista.

La nuestra es una curiosa doble vuelta presidencial. Primero la selección de los parlamentarios y gobernadores que, luego, pueden determinar la del propio Jefe de Estado. Y si hablamos de una primera vuelta, es lógico que haya aspirantes que pretendan hablarle a la gente, al lado de los que se acogen a la tradición del silencio, pues, ¿para qué?, dirán confiados en el cociente salvífico.

Sin embargo, a mi modo de ver, el grueso de la clase media se resiste a escuchar. El afiche fue un medio de divulgación o de presencia útil en la Venezuela de décadas atrás. Hoy sigue siéndolo, pero sin que signifique embasurar las calles, barrios y urbanizaciones. ¿Hay

sitios adecuados y tolerados por sus habitantes?, ¿cómo quieren enterarse de cuántos aspiran a representarlos?, ¿acaso por un proceso telepático?.

Las cartas personalizadas o los dípticos constituyen otra alternativa. Pero ¡jamás!. Los vigilantes tienen instrucciones para impedir la distribución. Esos mensajes, refieren, son más peligrosos que las tuercas televisivas de los domingos, con esa programación neurótica, violenta y aberrada que se enrosca en el hogar. La ilustrada clase media no quiere oír. Prefiere las vallas, las cuñas radiales y audivisuales que, también, pueda esquivar y grita al cielo cuando se supone que son costosas. Los candidatos hacen un esfuerzo gigantesco, ¿cómo hacerse oír?.

El correo electrónico es una opción. Tengo un amigo aspirante al Congreso de la República que, afortunadamente, cuenta con otros amigos que le han facilitado distintas direcciones. Ha despertado un entusiasmo que asombra, pues el reenvío de sus simpatizantes se ha multiplicado. La mayoría de los destinatarios están complacidos, hacen sus preguntas, reciben respuestas. Sólo una minoría, muy reducida, ha reaccionado duramente. Por suerte son pocos, pero angustia que les irrite tal remisión. Entonces, ¿qué quieren?, ¿un dictador que les parta el lomo con sus órdenes o alguien que se les acerca, esgrime razones, plantea un programa?.

El electorado es una vaina seria. Y puedo decirlo porque no estoy aspirando, en la actualidad, a cargo público alguno de elección. ¿Qué quieren, en medio de esa tendencia autista?.

(Economía Hoy, 21/09/98)

Megalecciones

Ejercicio de precisión, toda etapa de cambio aconseja un abrupto freno o una prudente administración del proceso de liberalización política que sirve de inspiración y promesa. La innovación del liderazgo puede sufrir un notable percance, deslizando continuidades, aún en los cuadros de la futura oposición.

De esta manera, puede entenderse el extremo cuidado que hubo en relación al consenso de 1958, fielmente ilustrado con la Constitución de 1961, que – por una parte – pospuso la libérrima selección de los agentes públicos ante los peligros de una experiencia que chocaba, por entonces, con la inexistente cultura democrática de un país sometido a no pocas y largas dictaduras, facilitando muy posteriormente la elección separada de gobernadores y alcaldes, imposibilitada la unanimidad absoluta respecto a los parlamentarios. Y – por otra- canalizó las diferencias naturales, convirtiendo en agonales los conflictos, por lo que el fracaso de las llamadas Mesas Redondas, en la búsqueda de una nominación presidencial única, desembocó en una pluralidad de candidaturas sin pérdida alguna de identidad de los partidos proponentes.

En las postrimerías del siglo XX, está planteada la relegitimación de los poderes públicos, cuya rapidez y dimensiones, independientemente de los escasos recursos disponibles, apuntan a la necesidad de preservar la compactación de los cuadros dirigentes del oficialismo, transformando en existenciales los disensos. Contrariando una ya básica cultura democrática dada, las nociones de representación, división de poderes y la propia diferenciación de las agendas nacional, regional y local, reiniciarán sus caminos sociales.

Por lo pronto, se nos antojan dos megalecciones necesarias de ponderar por las fuerzas que sustentan al gobierno y las que pueden asomarse en la oposición, elementos irrenunciables de toda ecuación democrática. No cabe la menor duda en torno a la atracción y el carisma del presidente Chávez, cuyas ideas e iniciativas pueden verse sometidas al lógico desgaste de un ejercicio difícil y complejo, no otro que el de gobernar. Quizá venza los obstáculos y dificultades de tal ejercicio, si es capaz de expresar y sostener una identidad ideológica que aún reclama la claridad, concreción y coherencia capaces de trascenderle.

Salvadas las distancias, Rómulo Betancourt estuvo realmente en el poder una menor cantidad de años si se le compara con los períodos que la Constitución de 1999 le concederá a Chávez, pero es una necedad negarle la influencia de un propósito y de un pensamiento que cultivaron sus sucesores, obviada cualquier valoración sobre sus alcances, aciertos, equívocos y distorsiones. En un período de cambios, como el que se proclama, el candidato presidencial tiende a convertirse en un referente ético e intelectual, sea del lado del gobierno o de la oposición, pues si la pretensión es la de fundar una diferente legitimidad, los problemas cotidianos lucen subordinados, a menos que Perogrullo invierta la fórmula.

José Luis Sanchis, Marcos Magaña, y Julio Ligorria, versados en el marketing político, advierten la identidad ideológica como unas de las cualidades del aspirante, porque “en este fin de siglo y de milenio existe una alarma justificada ante la falta de líderes morales, de pensadores y de referencias intelectuales” y “más de un candidato puede tener capacidad y vocación para ser un referente intelectual a la vez que político”. Proponen a Felipe González como ejemplo de una “ideología política que, partiendo de principios muy claros y rotundos, ha ido evolucionando con los tiempos y las necesidades de los ciudadanos que él representaba”: obtuvo la victoria en 1996, “cuando la crítica, y quizás los hechos, han dañado su credibilidad”, gracias al voto ideológico (A: 76s.).

La cita luce pertinente, no sólo frente a aquellos que insisten y recrean un mercadeo político banalizando, incluso, la política y lo que la hace posible, sino por el mismo historial renovador del PSOE, cuya vigencia no fue afectada por la salida de González en las ya consabidas circunstancias. Esto se entiende cuando hay competencia democrática en todos los niveles.

No olvidemos a la oposición, cuyo surgimiento no es automático en los términos de consistencia y, digamos, trascendencia que se esperan. Algunos comentaristas sugieren que no la hay, sin reparar en la existencia de condiciones que la hagan efectivamente posible en razón del mínimo necesario de libertades públicas y, no menos importante, en la organicidad, institucionalidad y – volvamos al término- trascendencia que pueda alcanzar en sus variadas expresiones, divorciados del simple y transitorio bloque único que sólo una

emergencia puede justificar, como de una tendencia a la espectacularización, cuando recae en nombres que incursionan éxitosamente en otros menesteres a través de los medios audiovisuales.

Puede agregarse la propia vigencia de los partidos políticos e invocar que, al lado de sus errores, a partir de 1958 propiciaron todo un sistema parapolítico sin precedentes en Venezuela. Esto es, el desarrollo de un sistema político interno igualmente complejo, rico, multigeneracional, con sus encuentros y diferencias, matices y disidencias.

Equivale a la reivindicación de las organizaciones políticas que, irrenunciable y gigantescamente, deben sufrir la oleada de las transformaciones, aún cuando no se reconozcan como tales en relación a las fuerzas de sustentación oficial. Así, finalmente, nos remitimos a Giovanni Sartori, quien señaló en una conferencia dictada en Buenos Aire, en 1998: "... Los partidos estructuran y canalizan el voto (un voto que de otro modo se deshilaría en un cúmulo caótico) ... Son el instrumento que convierte un conjunto de preferencias masivas en políticas de gobierno. Y para ambos casos, la función de los partidos es de ser la estructura agregante por excelencia de los procesos democráticos". Por consiguiente: "... La democracia dirigida, la democracia plebiscitaria, la democracia electrónica, ¿puede sustituir a los partidos en el cumplimiento de la función canalizadora y la función agregante?. Que yo sepa no. Nadie, nunca, me lo ha explicado... Se entiende que los partidos se descarrillan, que a menudo no satisfagan su razón de ser funcionales. Pero si los partidos funcionan mal, si se hacen disfuncionales, el remedio es ponerlos bajo tratamiento, no matarlos. En una línea de principios y de doctrina, yo defiendiendo la necesidad y la utilidad de los partidos, aunque diga que para hacerlos funcionar como debieran, deban, a menudo y con agrado, ser castigados" (B).

(A) "Elecciones. Manual del candidato". Ediciones AlyMar. Madrid. 1999

(B) "¿Los partidos políticos tienen futuro?", en: <http://www.fsoc.uba.ar/Carreras/Políticas/articulos/sartori.html>
(Economía Hoy, 19/01/99)

Antes que llegue el bullicio

"La soledad escapa a la burocracia,
al formalismo y vigilancia de leyes y
funcionarios. La soledad es hospitalaria"

Enrique Bernardo Núñez

("La Galera de Tiberio")

No hay nada nuevo en el firmamento electoral, salvo la oposición desbrujulada. La selección de los candidatos oficialistas transita por los peores capítulos de las viejas prácticas que, un día, condenó. Ya no es una curiosidad que los hijos predilectos del 4F, fueran candidatos y alcanzaran el poder a pesar del vehemente discurso anticupular, por una afortunada apropiación simbólica, en dos tiempos que pueden ser el mismo, habida cuenta de las políticas concretas desarrolladas por Caldera y Chávez.

Antes de llegar el bullicio, la campaña abierta, es necesario reivindicar los espacios de la reflexión y el diálogo. Aquellos que permiten sopesar criterios, contrastar posiciones, saldar posturas, sin dar oportunidad a las consignas en boga.

Ambito privilegiado por la población, sobran los programas radiales y televisivos de corte sensacionalista, pero también los hay sobrios y estimulantes. Hay impresos cómodos, bebedizos de tinta adulterada, al lado de otros que suscitan el interés por el destino de todos. La distinción crítica es el segundo paso en la necesaria y urgente reconexión de los problemas personales con los colectivos. el contexto extraviado por largo tiempo. El primero radica en la propia percepción de las dificultades.

Estamos con nuestros prejuicios y rencores, todos blindados, quizá la única certeza de todo el problemario que tenemos por delante. El opositorismo puede resultar de la nostalgia por un pasado del que no fuimos beneficiarios; y la devoción oficialista de una nostalgia por el futuro que luce cada vez más distante. Y es que, en los últimos días del presente, no aparece una opción histórica, ética y política, confiable y coherente que suscite razones y emociones diferentes. En todo caso, la evaluación de nuestras creencias, en favor de una u otra alternativa, constituye un paso indispensable, siendo el voto un compromiso de ciudadanía y también de vida, en la tempestad de la crisis, y no el juego de los terminales que culturalmente nos condiciona.

Nos vemos aún en “Doña Bárbara” de Gallegos, “Campeones” de Meneses, “País portátil” de González León, “Historias de la Calle Lincoln” de Noguera” o “D” de Balza. Anclados en la debacle de los precios del petróleo, tributarios de una bonanza siempre recordada en el más modesto de los actos, una subyacencia que tiene sus espesores, no nos descubrimos como aquella testigo del crimen en un parque, en las vacas gordas numeradas por Isaac Chocrón, cuando la consciencia se diversificó como los pasillos de un supermercado. Desconfiamos de escrituras como la de Ana Teresa Torres o Alejandro Rebolledo, sin que la telenovelística acierte en nuestros trazos psicológicos y sociológicos para el dibujo aproximado.

Nuestras diarias vicisitudes tienen un puente inexorable con las del otro y los otros, aunque la soledad puede contribuir a una versión fidedigna de los tiempos que corren si cuestionamos nuestra (s) certeza (s). No hay mejor hospitalidad para, luego, ejercer responsablemente el sufragio y dar cuenta de la posible extemporaneidad de las ideas que padecemos, mientras los hechos nos arrollan. (El Globo, 08/03/00)

La vara del ciudadano

Agudizado el problema de la inseguridad personal, surgen las propuestas oficiales no compensadas por un debate parlamentario abierto y plural, capaz de afinarlas. En lugar de la exposición directa y concreta, mediante el empleo previamente planificado de las secuencias gráficas, asistimos a un diálogo disperso, sin que el tiempo alcanzara para la intervención de todos los invitados del mandatario en la cadena de televisión, a pesar de la demora.

Convenimos que el gobierno heredó un asunto difícil y complejo, siendo muchas sus vertientes, pero – luego de un año- la ciudadanía pide iniciativas concretas, coherentes y convincentes, porque ya es la vida misma la que está en juego. Asunto que tiene identidad propia, por lo que no es fácil envolverlo con el desplante de otros, al adivinarles una obsesiva y cómoda estirpe paleo-partidista.

Se trata de una demanda política, imposible de subestimar como tal, originada en el genuino padecimiento de la amenaza, en nuestra propia condición de víctimas efectivas o potenciales, directas o indirectas, no requerida de la apreciación y el lenguaje de los especialistas para expresarse e incidir en el sistema. Sin embargo, no encuentra el debido procesamiento institucional, ausentes las instancias representativas que decanten sus aspectos técnicos, aunque se asoma la bondad de una lesión a esa creencia –digamos- básica, como es la de asumir que el gesto autoritario –el autoritarismo o sus amagos- constituye una solución eficaz, insípida e indolora.

Quizá haya que considerar la necesidad de desarmar a la población, liquidando los enormes arsenales que tienen por domicilio las áreas marginales, enfatizada la labor de inteligencia. Promover una respetable presencia de la autoridad, sin desembocar en el patrullaje masivo y presuntamente transitorio de la DISIP, olvidando las viejas medidas que -a la postre- resultaron insuficientes y desnaturalizadoras del organismo. Insistir en una cuantiosa dotación de equipos y vehículos, a veces realizada por las municipalidades, reparando fuertemente en la integridad de los agentes. Evaluar a las empresas privadas del ramo, pues, frecuentemente estafan la confianza de una clientela que debe resguardarse de muchas de ellas, en un mercado cada vez más imperfecto. Valorar la descentralización de los organismos policiales, admitido un nivel de coordinación y ejecución federal. Reivindicar la responsabilidad punitiva del Estado, por lo que no todo puede confiarse a la suerte y habilidad vecinal, una oferta electoral en boga y de múltiples versiones que puede estimular desde el uso de un sistema sofisticado de alarmas, pasando por la fortificación definitiva de las urbanizaciones y la privatización de las calles, hasta el tráfico y porte de armas de alta potencia.

La definitiva modernización de las entidades policiales nos lleva al desprendimiento de aquellas costosas e ineficientes empresas de un Estado que no cumple con una de sus misiones fundamentales. Es posible sufragar la actualización de los órganos auxiliares de la justicia, impidiendo que la fijación de las pruebas sea una cosa casi de azar y hasta de palanca; reemprender el camino de una doctrina de servicio a la colectividad, borrando esa

suerte de extraordinario privilegio que hace brillar una chapa; o tener la certeza del número telefónico de la jefatura más cercana, a sabiendas de la atención personal e inmediata cuando se necesiten de sus agentes, pues reincidimos en un 103 que cuenta con viejos números y apenas sabemos del escaso contingente parroquial.

Reconozcamos igualmente la propensión a hacerse justicia por mano propia. El tercero imparcial y funcionalmente especializado jamás llega, por lo que el linchamiento adquiere un determinado prestigio, tanto como la pedrada propinada a escondidas, desde la ventana, al grupo de zagaletos que no deja dormir en horas de la madrugada. De algún modo reincidimos en el modelo, cuando el policía debe enfrentar con un revólver de seis tiros, chaleco antibalas vencido, ausente una adecuada póliza, al delincuente que exhibe una memorable pieza de artillería. Por cierto, merece mayor atención la súbita huelga de los gendarmes del municipio Sucre y el modo de solución, bajo la intervención de un ex – constituyente, no revestido de autoridad, y con los ingredientes partidistas del caso, según se dijo.

La inseguridad personal no es un rasgo anecdótico de los días que pasan. Y como demanda política puede servir de vara para medir la gestión de los gobernantes a nivel local, regional y – fundamentalmente- nacional. Está en manos del ciudadano-elector

(El Globo, 16/03/00)

¿Cuál uninominalidad ?

En una etapa de descreencia generalizada, donde el presunto fin de las ideologías encubre una grosera elasticidad o permisividad ética, la elección uninominal es el argumento, el recurso político o la bandera que principalmente esgrimen las clases medias y, además, viajadas, como se decía antes. No la contraríamos radicalmente, pero los resultados electorales del 8 de Noviembre ponen en sospecha la habitual demanda formulada en relación a una representación genuina de las comunidades y, sobre todo, cuando tiene que ver con las esferas parlamentarias nacional y regionales.

En efecto, no podemos pasar por alto la elección de un conjunto de nombres absolutamente desconocidos en las respectivas comunidades por obra de un fenómeno u oleaje político que convierte en vencedores, incluso, a quienes con antelación fueron sancionados por su gestión municipal. El caso no radica tanto en los que no fueron elegidos, sino en los efectivamente seleccionados en una buena proporción de la actual geografía electoral. Y como la observación no toca exclusiva o aisladamente a determinadas circunscripciones, sino constituye una tendencia presente a lo largo y ancho del país, nos parece inútil citar ejemplos concretos.

Adicional y brevemente hagamos tres observaciones al respecto. Por una parte, ya hubo una experiencia en relación a comicios más antiguos. Cierta partido, posteriormente dividido y ahora diluido, capitalizó la atención del electorado caraqueño de forma tal que ganó las plazas uninominales sin que la gente conociera un milímetro de lo que pensaba, esta vez, el

agraciado, en contraste con aquellos que se empeñaron en divulgar al menos su nombre. Los triunfadores rápidamente se legitiman por el presunto mandato electoral de los sectores medios y populares que no se abstienen. Después, insistiendo en la fórmula, otro fenómeno u oleaje hizo lo propio.

Por otra parte, en el imaginario colectivo hay una justificación, propensión o devoción al silencio. Es permitido el bullicio comercial y se disfruta, por ejemplo, de las "excentricidades" de un programa de televisión como el de Cristina, pero se es intolerante frente al habla de los problemas comunes, desechado el debate en torno a las propuestas que surgen. Quizá la versión íntimamente arraigada que se tiene de la ciudad deseada sea la de un pueblo a lo Disney, envuelto en celofán. Hay aquellos que, en lugar de una racional demanda de moderación, si fuese el caso, calculan el equivalente en harina precocida de afiches o vallas y claman a los cielos atarugados por la exquisitez de una mentalidad resueltamente populista. Y es que también hay populismo de la demanda.

Finalmente, se nota una confusión algo comprensible. Se pedía a un candidato al Congreso o a la Asamblea Legislativa todo un programa de gestión municipal, como si real (y extemporáneamente) aspirara a la Alcaldía. Y cuando se hablaba de una futura labor a favor de la comunidad, en el marco de las competencias parlamentarias, simplemente esos sectores informados, cultos, consumidores, no lograban aprehender siquiera su papel como ciudadanos. Deduzco que la oferta constituyente, la que ha podido levantar una polémica de carácter programático, no calza el puntaje de popularidad que exhibió a mediados de año, por ignorancia o confusión en torno a sus implicaciones positivas y negativas. En lo personal, no estoy de acuerdo con ella, pues, nuestra Constitución amerita de reformas pero no veo una propuesta alterna, coherente, consistente y, además, no baja la inflación; no obstante, algo muy distinto es condenar esa vía por siempre e, incluso, la que produjo la Carta Magna de 1947, fruto de una representación originada en el voto directo, universal y secreto, no puede equipararse a otras como la de 1952, dizque hecha para el saneamiento político que produjo, confirmó o afianzó la dictadura hartamente conocida.

Es tiempo de atender el descomunal déficit político que sufrimos. Si bien es cierto que los partidos políticos necesitan de una oxigenación urgente, responsables de nuestros fracasos pero también de muchos de nuestros aciertos, lo que se ha dado en llamar la sociedad civil también tiene su buena cuota de responsabilidad, pues, al creer que la política es un asunto exclusivo de la órbita estatal y el hecho mismo de no reunirse en una junta de condominio ni en la comunidad educativa, marca los signos de una anomia escandalosa.

La renta petrolera no alcanza para todo. Ni siquiera para solventar una experiencia dictatorial. Lo peor que puede ocurrir es no saber de los tiempos que vivimos, sin la mínima posibilidad de debatirlos.

(El Globo, 18/11/98)

¿El más reciente 23 de Enero?

Experiencias y vivencias curiosas. No viví la dictadura de Pérez Jiménez, pero sí el apego de no pocos a sus fórmulas pretendidamente exitosas, a juzgar por los estudios de opinión.

La definitiva caída del régimen fue resultado del esfuerzo múltiple: sectores que lo protestaron en una seguidilla de actos orientados hacia un inédito sentido de unidad nacional. Y, por ello, se impuso la concertación de un proyecto de país que adquirió distintas expresiones, resumidas bajo la noción frecuentemente inexacta de “puntofijismo”. No obstante, violentada la década de los sesenta, el ex – mandatario supo de una popularidad aún pendiente del sobrio tratamiento de historiadores y politólogos.

Esfuerzo múltiple que no tiene equivalente en la Venezuela reciente, es lo cierto. Podrá alguien calibrar la intentona del 4F en términos semejantes: sin dudas, no es una anécdota pasajera, pero tampoco, por la fuerza de sus planteamientos y el despliegue de sus acciones, no se aproxima a los acontecimientos de 1958.

Por lo demás, si hay un 23 de Enero pendiente es el electoral, pues, la paciencia es el mejor instrumento de navegación para construir el país deseado. No incurro en ninguna originalidad cuando reitero que son los medios los que justifican el fin. (El Globo, 19/02/01)

A favor (y ... en contra)

En días pasados, recibí un correo electrónico que reprochaba nuestra postura opositora al gobierno: la dijo obstinada y resentida. Y aunque traté de explicarle a la gentil lectora que me anima una legítima angustia y la mayor objetividad posible, sin un pasado de privilegios, me convidó a publicar algunas cosas que considero a favor.

El presidente Chávez muestra sensibilidad hacia el dolor ajeno, haciéndose directo y cordial entre los suyos, en contraste con la distancia y frialdad de un liderazgo ayer indigesto con los símbolos del poder. Podrá imputarse a una hábil campaña propagandística, a los cuidados de una imagen luego espléndidamente cultivada, acentuando la torpeza de los antiguos asesores, si fuere el caso, pero lo cierto es que no le da fío abrazarse con el lloroso y harapiento.

Agregaríamos que el altruísmo, esta vez versionado por Felipe Pérez Martí, puede fundar una distinta experiencia social, pues, recuerdo nuestra vieja preocupación de llevar a la práctica aquellas prédicas de una civilización (y sociedad) de amor (estructural), desprendidas de la documentación eclesiástica. No siempre será el egoísmo la clave de la prosperidad, enfatizando aquello de la esencial e inmutable naturaleza perversa de los individuos.

Parecía imposible amenazar con una transformación histórica, dada la inmensa destreza y fortaleza de los intereses surgidos al calor de la renta petrolera. Así, no quedaba otro remedio que lidiarlos, revelando la intrínseca debilidad del poder político y desmotivando a las corrientes de avanzada de los partidos democráticos: supuesto que desmiente la existencia de una nueva carta constitucional, avalada por la propia corporación militar.

La oferta más visible y atractiva de los célebres planes de estabilización económica, descansó en el descenso y control de la inflación, amén del saneamiento de las finanzas públicas. Padecida una fuerte contracción del consumo, esta vez parece útil el sacrificio.

Claro, la sensibilidad sin obras es demagogia y el reclamo de la solidaridad y la cooperación oculta la ausencia de un proyecto concreto de país, perdidos todos los esfuerzos y apenas alfilerada la economía por los precios del petróleo. Y sólo es posible reemplazar con votos a quienes llegaron a Miraflores con votos.

(El Globo, 05/01/01)

La tentación cesarista

Estamos impregnados todavía del positivismo y, en particular, de un cesarismo democrático que a lo largo de estos cuarenta años ha conocido distintas versiones, algunas mitigadas y otras increíblemente abiertas, con el gesto plebiscitario por delante, a fin de compensar el llamado de obediencia. Ejercicio de precisión, las directivas partidistas frecuentemente perciben que la militancia intermedia y básica no está preparada para ejercer la democracia interna, por lo que se impone la debida docencia a objeto de implementar las previsiones estatutarias que la proclaman. Esto, en la práctica, significa la utilización de fórmulas que ayudan a solventar o dirimir las diferencias que se evidencian solamente en las instancias superiores de conducción, acentuando el dominio sobre la maquinaria, además de la retórica que pretende conferirle un carácter alternativo a la organización. En los períodos de descenso real de participación de los adherentes en la definición de las fórmulas programáticas y de selección candidatural a los cargos de pública elección, aminorados o inexistentes los debates de naturaleza doctrinaria e ideológica capaces de reivindicar o relegitimar al partido, el fenómeno se acrecienta y consolida hasta que los fracasos contundentes en las lides electorales, acaso súbitas y desconcertantes, generan una crisis existencial. Vale decir, la despolitización sólo comparable a los niveles de hiperpartidización, tiene sus límites e interpelan la propia continuidad de un proyecto dado.

Con las excepciones del caso, no sorprende que la cultura política esté impregnada de esa visión cesarista in comento. Y menos que el éxito obtenido por Chávez, seguido por el relativamente alcanzado por Salas, voluntaria o involuntariamente, sigan la huella del mesianismo aún no desterrado entre nosotros. Sobre todo cuando, agotada una etapa de la vida democrática, ésta amerita de un relanzamiento susceptible de una conducción esclarecida, ilustrada, predestinada, precisamente providencial.

Si en nuestra hipótesis aún no encontramos un testimonio convincente de aquello que se ha dado en llamar la desestatización de la política, la que asume, entiende y desarrolla la propia ciudadanía fuera de la órbita estatal, es necesario aprehender ese relanzamiento, con el subsiguiente aprendizaje. Si agregamos la nostalgia y el apego a las ya agotadas prácticas populistas, con sus intercambios utilitarios y gratificaciones a la lealtad, prebendas y subsidios como "modelo" económico, la situación se torna calamitosa. Esta

vez, el carácter democrático lo concede el origen social de las nuevas corrientes conductoras, de los próximos gobernantes, desertoras o definitivamente extrañas a las élites, en un experimento de movilización política constante, sostenida, demagógica y tremendista.

Chávez representa el difuso cesarismo democrático, en los términos sistematizados por Elena Plaza . Y pudiera aseverarse que es su expresión culminante, habida cuenta de las prácticas evidenciadas, por estos años, en el resto de los actores políticos.

(El Globo, 13/01/99)

¿Reivindicará Chávez a Lusinchi?

El ventajismo electoral está presente en todo el globo terráqueo. No hay gobierno que, al menos, intente un esfuerzo adicional para evitar que el mismísimo olvido histórico le parta el espinazo. El problema no reside en la tentación y efectiva práctica de una competencia política desleal, sino en los mecanismos que frenen, minimicen o neutralicen al máximo, quizá desapareciéndolo, el abuso de poder.

El Presidente Chávez tiene derecho a impulsar su ideario constituyente, así no sepamos de intenciones y propuestas concretas para una nueva Carta Magna. El alto índice de abstención de la pasada consulta referendaria lo obliga a redoblar la promoción de un evento en el que los venezolanos ya aceptamos reencontrarnos a finales de siglo, sincerando una cita para el cambio que no necesariamente la representa el oficialismo actual, pues, la llamada V República que pretende fundar es aún, inexplicablemente, desconocida como proyecto histórico y, también, como respuesta coyuntural a la crisis que padecemos. En éste sentido, recuerdo a Asdrúbal Baptista en los inicios del segundo mandato de Caldera, cuando equiparó sus anuncios con el Programa de Febrero de López Contreras y, después de fracasar planes como los de Corrales o Sosa, todo culminó en la Agenda Venezuela, compendio retórico que inevitablemente se afincó en la sensatez de algunas medidas de urgencia. Esto es, dos manifestaciones del Efecto 4-F.

Durante el gobierno de Lusinchi, quien criminalmente reprimió los cauces estructurales de una crisis cuyas inundaciones todavía sentimos, todos los resortes del gobierno se pusieron al servicio de la segunda candidatura de Pérez. Lo importante fue la resistencia ante tal ventajismo, la denuncia y ejercicio de la crítica que, a pesar de las presiones, se hizo sentir en el Congreso de la República, a través de comisiones como la de Contraloría o Medios de Comunicación Social, amén de otras instancias. ¿Si fue factible por aquella época, por qué no ahora?.

Así, el Presidente Chávez no puede esperar que se le reconozca el derecho a publicitar una serie de nombres que cree agentes exclusivos de las transformaciones esperadas, ante la resignación y complacencia de otros con tanta y quizá mayor credibilidad en este terreno. La democracia reside también en el legítimo esfuerzo de limitación del poder estatal, sobre

todo en la hora electoral. Ha de reconocerse la existencia de derechos y recursos orientados a ubicar en su exacta responsabilidad a quien ejerce nada más y nada menos que la Jefatura del Estado.

El proceso constituyente sufriría si, en lugar de un trámite que debe ser transparente y limpio para lograr otro orden de cosas en libertad y justicia, fuese objeto –como ideario o pretexto en sí mismo- de todas las intolerancias del oficialismo desde el primer capítulo, desconocido el derecho de los demás a utilizar los dispositivos institucionales disponibles para evitar los atropellos de promoción que ahora se anuncian o asoman.

Y nadie puede dudar de la popularidad y poder, capacidad de manipulación e irresponsabilidad que caracterizaron el mandato de Lusinchi, pero hubo un testimonio convincente de resistencia, limitación, crítica. En las vecindades del tan proclamado (y reclamado cambio), esperamos que este gobierno no reivindique al de Lusinchi.

Reivindicación que sería un duro golpe al proceso de construcción de una política de ciudadanos. Y una devolución a épocas que anhelamos definitivamente superadas.

(Economía Hoy, 26/05/99)

Voladura en el vacío

Lo esencial del ejercicio político, en libertad, es ponerse de acuerdo incluso para el desacuerdo. Esta perogrullada no es tal cuando las cosas se resumen en un simple activismo. Lo que más importa es la realización de tareas subordinadas, reemplazando el debate de todos alrededor de un destino que es de todos.

No podemos pasar por alto un fenómeno como es el de la recolección de firmas para la nominación constituyente. Hay quienes regaron las calles de mesas, quioscos y tarantines en el legítimo esfuerzo de solicitarlas, en un extremo, frente a aquellos que pudieron pagarlas a una empresa especializada, en el (otro) extremo de las presunciones. No obstante, la distinción reside entre el voluntarismo recolector, asaz despolitizado, y el concurso de voluntades de recolección, si los términos lucen precisos.

En efecto, el referido concurso se relaciona con la institucionalización de una labor como es la de impulsar un nombre para la Asamblea Constituyente que supone su previa discusión, aceptación y respaldo que, en el período electoral, se traduzca en diferentes formas de promoción y compromiso, alegada la negociación de demandas, peticiones y reclamos en su más limpia acepción. Cuando un sector gremial, como el de los médicos, o una organización partidista plantean una candidatura, es de suponer, al menos, la existencia de una discusión anticipada que la avala e impulsa o rechaza y combate, partiendo de las instancias o mecanismos establecidos, de los principios e intenciones programáticas que dicen acompañarlas y de la propia movilización que suscita.

La crisis política real reside en aquellas organizaciones que imperfectamente estimulan esas candidaturas, debatidas a medias, amparadas por pocos. Pero la crisis se agrava profundamente cuando no hay democracia participada, está radicalmente ausente el debate y, a lo sumo, en provecho de las condiciones de pobreza imperantes, manipulando las esperanzas de un probable y estable empleo, se consigue una mano de obra barata para la recolección.

Creemos que las mesas puestas por el oficialismo en las calles constituyen la mejor expresión de ese voluntarismo recolector. La única “participación” de sus adherentes, cada más más transitorios, está en pedir la firma para unas candidaturas que no les fueron consultadas a través de ciertas instancias o mecanismos, directos o indirectos, que dibujaran la probable diversidad de criterios, opiniones o percepciones. Se impusieron y ya está, por una cupula o cogollo que no se evidencia todavía por la invocación de un término cuya abstracción es su fuerza: el pueblo.

Que Felipe Mujica cuente con el rechazo del Presidente Chávez o haya amanecido de nuevo el odio entre Andrés Velásquez y Medina-Istúriz, no es el problema. Todo reside en la inexistencia de algunas pautas o reglas de juego diseñadas y acordadas entre el oficialismo para la limpia, transparente, sobria y convincente selección de los candidatos, además de la administración de las diferencias o pugnacidades. Y esto, que debe anteceder a la Constituyente, presunta culminación de un proceso que se hace de acuerdos y de desacuerdos agónicos y constantes, es un precedente lo suficientemente negativo como para levantar las sospechas del autoritarismo.

Refiere didácticamente Fernando Savater: “Suponer que el hombre sería socialmente más libre sin instituciones es caer en el error de la paloma kantiana, que creía poder volar mejor en el vacío, prescindiendo del aire que la sostenía”, porque “no puede haber comunidad sin instituciones lo mismo que no se da pensamiento sin ideas; la vida común arrastra numerosísimas necesidades mecánicas de relación, colaboración y mantenimiento que no pueden ser pactadas de nuevo a cada momento según capricho de cada cual y ello precisamente en nombre de una libertad que quiere zafarse de las ataduras de lo necesario y emprender hazañas más interesantes que la recogida de colillas, para lo cual es preciso antes asegurar la recogida de colillas o dejar de fumar”. Otro asunto es cuestionar las instituciones actuales, requerido del ofrecimiento y testimonio de fórmulas alternas superiores.

(El Globo, 15/06/99)

Campo minado

El problema no está en la diferencia de opiniones, percepciones y criterios, sino en su manifestación, administración y resolución. Todo intento de transformación social está respaldado por el testimonio que anticipan sus propulsores.

El Polo Patriótico es el resumen de todas las presunciones de un cambio que dice monopolizar. La primera, como epicentro de la coherencia y claridad que los tiempos ameritan. La segunda, como expresión de un distinguido consenso que reclama los obstáculos y resistencias interpuestos. Y la tercera, como modelo de organización política que supera lo que hemos conocido hasta hoy.

La alianza electoral no es la protagonista por excelencia del proceso que se intenta, pues, las peripecias de la ley de habilitación lo demostraron, se impone la voluntad presidencial por encima de una dirigencia con la que era aconsejable acordar la estrategia parlamentaria. Reforzada la impresión de una alianza temporal o transitoria, no hay el menor asomo de interlocución en su seno, porque se espera la rápida aceptación de esa voluntad a la que constantemente hay que interpretar con los naturales riesgos del (des) acierto.

La abstracción doctrinaria no permite automáticamente dar con las fórmulas de un programa concreto y cuyo planteamiento e implementación es urgente. Además del confuso bolivarianismo que se evidenció en la célebre carta dirigida a los integrantes de la Corte Suprema de Justicia, sin la menor carga de novedad que la propia confusión, está en marcha un conjunto de medidas que no armonizan con el cuadro general de inmovilismo en materia social y económica, amén de las propuestas centralistas, neocorporativistas o de un viejo cepalismo que suelen disparar desde varios flancos.

Medidas también improvisadas que ponen el acento en un discurso contradictorio, por ratos librecambista en el periplo de un populismo que creímos desterrado. No hay una visión global de las cosas, sino un tejido de impresiones o ideas sueltas en el que poco interesan las puntadas de los más fieles seguidores en nombre de un realismo que es, simplemente, perplejidad.

Tampoco se evidencia la construcción de un consenso que requiera la sanción de una constituyente, distinto al puntofijista. No surgen nuevas reglas de juego que esbocen los conflictos no existenciales o agonales, pues la más mínima disidencia adquiere un desproporcionado carácter de confrontación existencial, reflejo de la vida interior de un oficialismo que ve al enemigo en lugar del adversario.

La democracia no es precisamente la característica estelar de todos y cada uno de los componentes de la alianza, con la debida correspondencia entre los principios y procedimientos, enunciados y métodos. Un mínimo de mecanismos directos o indirectos de participación real, efectiva y decisiva de la militancia, está ausente, contrastando críticamente con otros partidos cuyo debate esencial está en la formalidad alcanzada por sus normas y dispositivos.

La dirigencia oficialista se mueve en un ancho campo de incertidumbres donde la nominación constituyente afianza una práctica que la relega al vagón de cola. El libreto está dado y sólo cabe aceptarlo.

Casos como los de Felipe Mujica y Velásquez/Medina-Istúriz dibujan una lección que no podemos pasar por alto. Por una parte, nadie los está sacando o metiendo, pues son los responsables de una detonación que los convierte en víctimas o victimarios. Por otra, no

estaban lo suficientemente avisados y, pudiendo andar un poco más, las minas los sorprenden sin reparar en las posibles (des) lealtades invocadas. Y, por último, lo que es más grave, puede que no exploten todas y, al confundirse con los alrededores, convivamos por un buen tiempo con ellas hasta que la sorpresa sea total (itaria).

(Economía Hoy, 15/06/99)

Puntodinámico

A propósito de la conformación de la directiva del Congreso de la República, el nuevo oficialismo ha recordado el llamado pacto institucional para justificar su deseo de presidirla. Tal invocación coloca en el tablero la inmensa necesidad de concordar los caminos habida cuenta de la multiplicación de las fuerzas representadas, impuesta por el electorado el 8 de Noviembre. Y recoge un dato esencial: si bien es cierto que el acuerdo de Punto Fijo, suscrito en 1958, ya está agotado, no menos cierto es que urge una actualización, creación o revalidación de aquellos supuestos que permitan una mayor estabilidad política como ingrediente, también esencial, para superar la grave crisis social y económica que padecemos. Esto es, aguzar el ingenio a fin de alcanzar los consensos básicos que permitan traducir, igualmente, los resultados del 6 de Diciembre por lo que obviamente respecta al venidero gobierno, sin olvidar el mandato que recae sobre la oposición democrática.

Tuvo razón Gonzalo Alvarez cuando apuntaba hace 35 años: "En las aplicaciones del pacto (de Punto Fijo) no se discutió el principio ni la naturaleza de éste, si era de coalición o de colaboración. Eran los hechos los que iban definiéndolo, y estos hechos lo caracterizaban a veces de una manera y a veces de otra" (Revista "Momento", 22/12/63, Nr. 388). Por lo que, lejos de la satanización por origen, si vale la expresión, encontramos su consumación histórica y ya ésta se dio, tal como la conocemos hoy, reafirmado o desechado, distorsionado o contrariado, alterado o superado el texto originalmente suscrito por Villalba, Betancourt y Caldera (<http://www.analitica.com/bitblbio/anonimo/pacto.htm>). Lo que debe llamar la atención, al finalizar otro lustro constitucional, es el modelo venezolano de los conflictos sociales, amén de los macroinstitucionales, si sabemos que lo unánime, la uniformidad, la unidad absoluta constituye un deseo arraigado desde el siglo XIX, en la Venezuela profunda, dada la alergia persistente a la diversidad, los matices y, propiamente, la acentuación de las diferencias para llegar a las decisiones comunes. La racionalización y regulación de los conflictos no ha encontrado una senda alterna cuando la renta petrolera no alcanza para sostener aquella concertación utilitaria y prebendaria que impulsó el populismo en sus mejores tiempos.

Ignacio de León, por ejemplo, habla del respeto a los intereses de todas las partes involucradas, la prelación de reglas conocidas y compartidas, la existencia de un tercero (el Estado) y el asentamiento institucional de un conjunto de mecanismos para abordar los conflictos sociales (<http://www.geocities.com/CapitolHill/5508/conflicto.html>). Mutatis mutandi, las fuerzas políticas emergentes, incluyendo las corrientes internas que pugnan por el protagonismo en los partidos llamados tradicionales, deben innovar, más que

proclamar, los dispositivos, mecanismos, instancias o expresiones institucionales para dirimir los conflictos eminentemente políticos. Creo que, en la medida que el próximo gobierno afronte su inevitable rutina, el populismo de movilización de poco servirá.

(Economía Hoy, 25/01/99)

Olavarría o la primera reivindicación

En los comienzos de mi bachillerato, salió a la calle una revista que me causó una profunda impresión: “Resumen”. Compré en Macuto aquella entrega que, si mal no recuerdo, versaba sobre los resultados electorales de diciembre de 1973, colocándome ante un elenco de problemas, un enlace de enfoques y una interminable estela de términos que deslumbraron al muchacho, movieron el nervio de una inquietud, orgulloso de haber recibido de su hermano mayor unos tomos de las obras completas de Miranda. A la vez que aportaba para comprar la célebre pelota de goma, disfrutando también de los álbumes de Bangladesh o Woodstock que otros podían adquirir, guardaba monedas para tener en las manos algo muy distinto a las revistas que había visto en casa: ya no ahorrraba para una edición de “Sport Gráfico” con los los Rojos de Cincinatti o los Leones del Caracas en sus portadas, como tres o cuatro años antes, sino para tantear un temario que ignoraba completamente y cuya lectura, muchas veces, difería con la esperanza de entenderlo algún día, sobre todo las esdrújulas económicas.

Pasaba el tiempo y no abandoné el hallazgo. Me esforzaba en comprender los extensos y especializados trabajos, identificándome más con los planteamientos de la oposición, compensando así la exagerada inclinación perecista del editor. Incluso, en una ocasión, acepté el reto y llevé mis revistas al aula de clases, cargando con ellas en un autobús con la ayuda de dos compañeros, apurado antes de que concluyera la hora de una materia como Historia Contemporánea de Venezuela, aquel ensayo estructuralista de cuarto año de humanidades. Estaba orgulloso de mi modesta colección, tanto como de la grabación de los discursos de radio y televisión que versaban sobre un tema canderoso como era, al comenzar la segunda mitad de los setenta, la nacionalización del hierro y del petróleo.

Por la revista me enteré que había una institución llamada IFEDEC, a la que después asistiría para reafirmar una tendencia de pensamiento que ya expresaba a través de las juveniles conversaciones entre amigos y las naturales incursiones en el movimiento estudiantil de entonces, gracias una compilación denominada “Pensamiento Comunitario”. Los pronósticos de Pérez Alfonzo copaban las intenciones políticas de entonces, siendo notoria la distancia con el gobierno perecista de un editor que acogió la primera y enredada carta que me atreví remitir a un medio.

Antonio Aparicio, con la experiencia de la guerra española ligada siempre a su tinta, se encargó de “Resumen”. Persecución, prisión y exilio. Luego se repetiría, quizá comenzando por una portada que injustificadamente encolerizó al gobernador de Caracas. Y fue muriendo, diluyéndose la revista, sin recuperar la antigua calidad alcanzada, a pesar de la terapia del grito u otros temas que la protagonizaban.

Reapareció Jorge Olavarría, el editor, en el escenario electoral con una mediana fuerza y la presidencia de la república se convirtió en una curul. Todavía, en el remate de libros de Padre Sierra, circulaban los ejemplares del informe de SIDOR suscrito en la segunda parte de los sesenta. Ya el rastreo hemerográfico de esta década lo dibujaban por completo, escurrida su fama de loco.

Sobrevino Lusinchi y calló. Se dijo de un crédito blando y blanco para las faenas de una hacienda carabobeña y mis lamentos perduraron tanto que el año pasado, al indagar sobre un libro anunciado que jamás conseguí, versión escrita de una serie televisada sobre los hechos de 1945, recordé, en carta a “El Nacional”, el silencio durante aquel desafortunado quinquenio de un presidente al que combatimos desde la dirección nacional juvenil copeyana.

Otra reaparición, respaldando fieramente al candidato Chávez. A finales de 1998, conversaba mucho sobre el editor con un amigo, quien cruzaba sus esquelas de angustias y sólidos argumentos de un constitucionalista que supo del interlocutor reciamente formado. No obstante, persistía el amargo sabor hasta que, este año, nos sorprendió.

Ahora, en un acto propio de un parlamento democrático, Olavarría logró la primera reivindicación ante mis ojos. Un discurso bien construído, con envidiables y detalladas reminiscencias históricas. Un mensaje extraordinario, cabalmente consciente de la hora que le ha tocado vivir al que invocaba los testimonios de Pío Gil o José Rafael Pocaterra en la revista.

Un 5 de Julio que muchos creyeron demasiado fuerte, olvidando otros oradores que, como Eduardo Fernández, también lo fueron ante el presidente de la república en un evento semejante. Por lo demás, la muchedumbre polista que rodeó el Capitolio, siendo inocultable que se reduce cada vez más la movilización de los partidarios del gobierno, paradójicamente no se compara con las realizadas, anteriormente, cuando un mandatario pisaba el Congreso. Y se dice que Pérez, el inculpado, también contó con simpatizantes a la hora de retirarse de lugar, por última vez, como Jefe de Estado.

Pertenezco a una promoción generacional que no ha sido gobierno. No somos culpables de los desastres que ha expertimentado el país a lo largo de estos años, al lado de los éxitos que también caben. ¿Cambios, reformas, revolución?, estoy formidablemente de acuerdo. Pero el asunto igualmente estriba en el derecho a la disidencia, a la tolerancia democrática, a la libertad de expresión. Este es el punto.

Persisten en mi mente dos referencias el orador de marras: las emociones que levantó Boves, en un momento difícil para el proyecto y el esfuerzo republicanos, y la actual cobardía cívica de los venezolanos. Este es el otro punto, lo polémico, lo que me parece una noticia que va más allá de lo reportado en los medios, como es la solicitud del enjuiciamiento de un presidente que dudo, si fuese el caso, emularía la resignada conducta que asumió el odiado Pérez.

(El Globo, 07/07/99)

La evidencia de lo obvio

Son diversas las perspectivas que llevan a la verdad. La tolerancia es el camino esencial de los cambios que se reclaman sinceros cuando la realidad es asediada por la imaginación, salvaguardándola de los desmanes retóricos que, en el fondo, los niegan.

La institución parlamentaria también es parte del país de los errores y de los aciertos en los que hemos incurrido, incluídos aquellos que se dicen portadores de la verdad absoluta desde el gobierno y que no admiten la más mínima disidencia, aún de los inocentes seguidores tan atrapados, como los demás, en la recesión, el desempleo y la amenaza inflacionaria. Institución que jamás temió a la protesta de la gente ante sus puertas, ha sabido del ejercicio crítico y autocrítico de todo un sistema cuya transformación no encuentra en el oficialismo las ideas necesarias, la esperanza fiable y la audacia que sólo un proyecto histórico sobrio, coherente y de gran aliento puede dispensar.

El desempeño de la razón, el pluralismo y la controversia, resulta necesario para no traicionar, además, las intenciones de cambio. Un mínimo de protección siempre es urgente para que se manifieste una perspectiva de la verdad, la política, con la libertad deseada y bien puede aproximarse un estudiante que apenas incursiona en el derecho penal, a la naturaleza, sentido y alcances de la inmunidad parlamentaria.

La fragilidad de lo obvio reside en la incompreensión misma de la inmunidad. Muchos lo suponen un privilegio, una carta de nobleza, una patente de corso, cuando se dice de un beneficio procesal temporal y paremos de contar todo lo que la doctrina ha volcado sobre la institución. No obstante, sobran quienes, diciéndose consumados revolucionarios, creen necesario destruirla, pulverizarla, liquidarla, lo que equivaldría a un intento de criminal uniformidad de los espacios públicos, sin inventar la más mínima y debatible fórmula sustitutiva. El empeño de descalificación del Congreso pasa por las súbitas ocurrencias de quienes rinden un exagerado culto a las consignas, sin averiguar cuáles son los antecedentes y propósitos de aquello que nos permite tener un destino común.

La pálidez de lo obvio radica en la imposibilidad de evaluar, escrutar, escudriñar lo que dice el gobierno, aunque contemos formalmente con las herramientas parlamentarias. En otros tiempos, en los deleznable 40 años precedentes, podíamos saber de denuncias e investigaciones parlamentarias que dieran con el fondo de lo ocurrido, fuesen casos como los de Alberto Lovera, las fragatas, la Ibáñez, la partida secreta, los bonos globales. El secuestro de los pasajeros de "Avior" o el espionaje en el ejército, admiten una única versión: la oficial. Estas indagaciones no las puede hacer la Asamblea Constituyente, a menos que abandone la construcción de una nueva superlegalidad, aceptado silenciosamente el proyecto presidencial, amén de la innegable y ciega adscripción de la casi totalidad de su membresía. ¿Para qué hablar de la cada vez más urgente Ley sobre el efecto 2000 o de los índices delictivos que antes de la vigencia del COPP muestran sus fauces?.

La evidencia de lo obvio está en el radical desconocimiento de la misión parlamentaria y la efectiva represión, rechazo y persecución de quienes tocan a las puertas del Capitolio, nada más y nada menos que para ingresar a su lugar de trabajo. Las turbas tarifadas que desde el 23 de enero rodean sistemáticamente el Congreso, constituyen la más excelsa expresión de la transición revolucionaria, mientras que la acción cívica de los parlamentarios y trabajadores que acudieron a su sede natural el viernes 27 de agosto, lo peor: un discurso que ya muestra sus debilidades y flaquezas, acentuando superlativamente la crisis.

Lo obvio está allá y está aquí. Tan sólo tenía que hacerse frágil y palidecer hasta evidenciarse.

(El Nacional, 03/09/99)

Indispensablemente ... yo

Inmediatamente después del triunfo de Fernando de la Rúa, aparecieron los afiches por doquier. Carlos Menem para el 2003: “cuídelo”, decía la leyenda. Y el comentarista, Walter Martínez, enfatizaba, indignado, los resultados negativos del neoliberalismo argentino, sin mayor insistencia sobre tamaña obsesión continuista.

Obsesión que riega a media América Latina . “Haremos lo posible para gobernar 12 años”, refirió el Presidente Chávez en España. No se acepta un relevo capaz de garantizar el oleaje transformador proclamado, pues el líder y su elenco original constituyen la única especie capaz de asumir, interpretar y actuar, diligente, solvente y audazmente, en torno a una realidad difícil y compleja pero que admite, por la rareza de sus ecuaciones, un diagnóstico cómodo y maniqueo.

Simplemente, se es indispensable. Y de nada valdría abundar sobre la materia, deslizándonos hacia los predios de la psicología para intentar la comprensión de una ambición de poder susceptible de soportar el palo de agua de los centenares o miles de inútiles actos protocolares del Estado decimonónico, injertado en las vecindades del XXI, con los honores perpetuamente rendidos en un no sé qué de exhibicionismo.

¿Para qué abundar si otras voces pueden juzgar la obsesión continuista con envidiable serenidad?. ¿Vale la pena preguntarse si PDVSA se endeudará el venidero año para cancelar el impuesto o si los rusos gastan más en combatir a los chechenios que la ayuda recibida del exterior, frente a la anhelada durabilidad de los gobernantes?. ¿Puede alguien refutar al “aggiornador”, actualizador y “ponedor al día”, Menem?

Simplemente, se es indispensable. Y de nada valdría abundar en torno a la materia.

(El Globo, 06/11/99)

De la democracia al autoritarismo

Si el problema estriba en las décadas precedentes, nada más obvio que hacer un balance. Manuel Caballero intenta el suyo: “La gestación de Hugo Chávez. 40 años de luces y sombras en la democracia venezolana” (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000), originalmente llamado “De la democracia al autoritarismo”.

La conformación del actual oficialismo –prendado a la antipolítica y el antipartidismo, como sentimiento y actitud (20s., 148) – y sus realizaciones concretas, constituye uno de los contrastes más resaltantes del rápido recorrido histórico convertido en afortunado ejercicio politológico. La oposición al sistema tendió a ampliarse hacia 1998 e inmediatamente retornó al espíritu de 1992, en reclamo de la exclusiva titularidad del poder: la diferente legitimidad ensayada no lo releva de los problemas de la eficacia que se mantienen intactos.

El actual gobierno refleja fielmente aquélla oposición gregaria, fundada en la suma y no en el múltiplo, a nuestro modo de ver. Ahora, una evaluación somera de la primera y plena habilitación concedida, aspirante a otra en el marco de una prolongada transitoriedad, ofrece las pistas de un fracaso que no admite voces disidentes, por buena voluntad y comprobada lealtad que exhiban sus seguidores.

Aquél “conjunto de adversidades (que) va dibujando la estructura del régimen que seguiría al de una dictadura hasta nuestros días” (14), la oposición múltiple al perezjimenato, hallará vías de coincidencias y discrepancias, tempranas o tardías, crudas o versionadas, en el desarrollo histórico del populismo afianzado en la renta petrolera, dejando como saldo un elemento sin precedentes: la democracia. Y ésta, en sus tramos más recientes, se medirá frente al Estado Liberal, con la caída final de Pérez (120ss.), y las tendencias autoritarias - paradójicamente - supervivientes (70, 108, 157s., 162).

Al agudizarse las tendencias, un gobierno moralizador (20) es la respuesta estelar a una crisis que no descansa únicamente en las corruptelas y la corrupción, olvidando testimonios tan sorprendentes como el de Rómulo Betancourt, quien cubría el boleto y los gastos de su esposa al cumplir misiones de Estado en el exterior, amén de negarse a la reelección presidencial, por cierto, acogida como remembranza y promesa de las viejas abundancias (46, 166). La denuncia en los medios y el severo control parlamentario lucen –la otra paradoja- como obstáculos a ese esfuerzo moralizador. Por lo demás, dado el blindaje discursivo del régimen, está dificultada la comparación con el proyecto de 1945 reconfigurado en 1958, las credenciales intelectuales y políticas de sus distintos promotores (propios y ajenos, creadores y contribuyentes), la conflictividad agonal e, incluso, los programas, las ejecutorias y la misma estructura presupuestaria de 1945-46 o 1959-60, abonando a la impresión de una mayor eficiencia y claridad en ésta etapa de forzada austeridad.

El “proyecto nacional democrático” (8) alcanzó su realización con el Pacto de Punto Fijo, aunque el “tácito bipartidismo” (129) pudo completarse también con el FND o URD, sin que irremediamente dependiera de COPEI, muy en perspectiva convertido en el “socio

favorito” (43). Es cierto el fracaso de los partidos (98, 144), incapaces de relanzar dicho proyecto, aunque también creo determinante el modo de relacionamiento, acomodaticio y prebendario, abusivamente pragmático y siempre suspicaz, incluyendo al MAS y a los demás sectores afanados en el rentismo.

De todo el inmenso ejercicio anómico que nos ha caracterizado, siendo el actual gobierno apenas el resultado, destaca la fórmula del “enemigo de mi enemigo siempre es mi amigo” que – en Caballero- constituye el nuevo postulado político de una izquierda también desarreglada psicológicamente, aunque la remita a los viejos debates (108s., 153), como si ella, la de hoy, tan convencional, estuviese informada. Ojalá Iván Gutiérrez, en el libro recientemente publicado donde le reclama un “vuelvan caras”, hubiera extendido el análisis del presente más allá del “yo avisé lo que pasaría con Chávez”.

Ciertas inexactitudes, como el “Centro Ejecutivo Nacional” de AD o la visita del “Vicepresidente” Rockefeller en el primer gobierno de Caldera (32, 61), son irrelevantes, reivindicado Betancourt como no lo hacen siquiera sus compañeros de partido por orfandad, pereza u oportunismo intelectuales, aunque parece más dubitativo que contundente ante la figura de Carlos Andrés Pérez (98, 121). Sin embargo, lo más importante, recogiendo al tenaz articulista que ha perdido mucho de su prosa lapidaria, plantea las inevitables preguntas, intenta una caracterización coherente fundado en Umberto Eco y concluye en una convicción que compartimos: la postura reaccionaria de Chávez, tributaria del llamado “Ur-fascismo” (147s., 154). Vale decir, el problema fundamental está en el presente por más que distraiga el pasado.

Ha “vampirizado” sus textos (10), urgido de escribir (158, 160, 163), exonerado de las citas bibliográficas (9), para encontrar casa en una editorial de interesante catálogo. Basta con apreciar la sobriedad del diseño y los colores de la portada para confirmarlo.

(El Globo, 26/10/00)

El otro imaginario

No cabe duda que el chavismo constituye la mejor expresión del fenómeno de la antipolítica, motivo de una más conocida, coherente y consistente reflexión en Venezuela a partir de 1997. Ante las enormes dificultades confrontadas también había que ofrecer lo imposible. El simple voluntarismo allanaba el camino.

Otra cosa es el ejercicio del gobierno y todo lo que implica en relación a los proyectos y recursos humanos y materiales para alcanzar la legitimidad, la eficiencia y la eficacia que – dicen los entendidos- hacen la gobernabilidad. Como resultado, el presidente Chávez intenta otro imaginario: pídanle sólo lo posible, porque si no, introduciendo nuevamente sus nombres en el debate político, se marcharía a cuidar de su hija y de su nieta.

En Cotoperí, estado Nueva Esparta, señaló que ni en cinco años arreglaría los problemas heredados. Vuelve así a las cuatro décadas precedentes para legitimarse, aunque –quizás-

debamos esperar otras cuatro para verle el queso a la tostada. Sin realizaciones concretas y convincentes, queda únicamente la evidencia de una sólida aspiración al ejercicio exclusivo del poder.

La nueva habilitación y el consabido asunto de las postulaciones, ilustran la intención. Nada gratuito es el gesto envalentonado: ¡habrá una larga cadena en horario estelar para explicarle al pueblo qué se está haciendo con el acuerdo energético!. Y la constante amenaza de la cadena contribuye a ese otro imaginario auxiliar, aunque tengamos la impresión que, al encontrarse en medio de un gran problema, no se asoma en uno o dos días, reaccionando tarde, como ocurrió con la tragedia decembrina y –recientemente- la huelga petrolera.

Hay una distancia entre las promesas y las realidades. Y cierta ética de la responsabilidad tenderá a imponerse ojalá más temprano que tarde. ¿Qué pasará cuando la amenaza de una cadena sea innecesaria por falta de concedido, como ya registran las encuestas, o aumente la conexión satelital o por cable, vistas las atractivas ofertas en el ramo televisivo?. O, mejor, ¿cómo mantener vivas las ilusiones, intactas las expectativas, si no las engarza en un lenguaje que tenga como virtud la de diferir los hechos?.

(El Globo, 08/11/00)

El poder toponímico

Desafiada la nomenclatura oficial, hay parques, estadios, calles y avenidas que reciben el bautismo popular y espontáneo. La orientación ordinaria del ciudadano le rinde homenaje a un detalle arquitectónico o a una leyenda perdurable para mencionar sus caminos cotidianos. No obstante, se resisten las autoridades e intentan renombrarlos. Por ejemplo, en la edición de "El Metropolitano" de septiembre de 1998, encontramos una nota relacionada con la posición asumida por la concejal Sonia Sgambatti, al cuestionar la designación de dos parques incumpliendo la Ordenanza sobre Nomenclatura de Baruta. Tuvimos la ocasión de ver un reseña de televisión cuyo protagonista fue el destacado basquetero Carl Herrera, cuyo nombre también lo lleva un centro deportivo barquisimetano, si mal no recuerdo. Lo paradójico, en éste último caso, fue la sentida mención y reconocimiento que hizo del desaparecido comunicador Luis Manuel Fernández, responsabilizándolo de muchos de sus éxitos.

Insisto en la necesidad de regular el poder toponímico, procesando incluso el reconocimiento a través de la ciudadanía. Crear o actualizar una Ley sobre un aspecto aparentemente trivial, en lo que concierne a los bienes de carácter público, debe contemplar una serie de requisitos que impidan las a veces arbitrarias designaciones. Nadie en vida puede contar con el privilegio de conceder su nombre o una suerte de referendum que también estimule a la participación, contribuiría a sincerar lo que, en última instancia, pertenece al campo del lenguaje político o del imaginario colectivo.

Un Buendía supo darles un nombre a las cosas cuando Macondo experimentaba aquellas crisis formidables de su existencia, pues estaba prácticamente solo, a la vanguardia de la angustia. No acontece algo semejante en las grandes metrópolis, donde el auto-reconocimiento es fruto de la mirada de todos. Quizá una banalidad para algunos.

(Economía Hoy, 16/11/98)

Caudillo, ejército, pueblo

Circula la primera edición de “Caudillo, ejército y pueblo. La Venezuela del Comandante Chávez” (A: Estudios Hispano-árabes, Madrid), probable síntesis de las posturas políticas de un autor que exhibe una amplia bibliografía a cuestas: Norberto Ceresole. El soldado ungido, sin otras mediaciones, intérprete exclusivo del sentir popular y encaminado hacia el desafío geopolítico pendiente, es el protagonista del ensayo, cuyo fundamento conoció el entorno presidencial al principiar 1999.

La orden-ordenación

Siendo el poder la “suma ordenada de dos elementos: el amor activo del pueblo y la lealtad y los ejércitos” (A:123), no hay otro mandato que el de una devolución (del poder) realizada a través del conflicto (65s.), siendo útil la abstracción ceresoleana de los conceptos para validar el constante desenlace bélico (sic). La empresa está encarnada en una persona física, plebiscitada por la masa mayoritaria, automáticamente proyectada al plano de la metapolítica: hablamos del poder concentrado, unificado y centralizado que cuenta con amigos y apóstoles, rechazadas las instituciones en el modelo posdemocrático (30, 33).

Se trata de un fenómeno distinto a los “caudillos tradicionales o ´conservadores””, porque el mandato u orden popular que transforma a un líder militar en dirigente nacional con proyecciones internacionales fue expresado no sólo democráticamente, sino – además- con un sentido determinado: la conservación de la cultura (independencia nacional), con transformación de las estructuras (social, económica y moral). Y también de una revelación, porque Hugo Chávez ha pasado la prieba, luego de la célebre intentona golpista, cuando solitario y de “voluntad indomable” estableció una relación “directa y física entre el líder y el pueblo: sencillamente, en esos tiempos, no había nadie entre ellos” (31, 39), según la nada mensurable apreciación del autor que “en una forma (lo) había imaginado”, dada su “veta izquierdista” (B: <http://www.analitica.com/va/entrevistas/1867848.asp>).

Además, el poder es necesario para responder a las agresiones externas y garantizar los cambios internos: “transpoliticidad”, contraria a la democracia iluminista (A: 34, 37, 42). No ubica inmediatamente en la teoría de la voluntad general, afianzada la unidad nacional por la confluencia pueblo-ejército (54). Y no fue otro el resultado del 6 de Diciembre de 1998: una orden-ordenación popular dada al jefe, caudillo, líder militar (33s., 58s., 122,

124), quien se apoyará en otras personas físicas o apóstoles para evadir compromisos, evitar la guerra civil y celebrar la asamblea constituyente (41, 127s.). Por consiguiente, “no existe ni puede existir oposición a Chávez”, pues, “la única opción de gobernabilidad para Venezuela” y, por si fuera poco, “la opción a Chávez es una sangrienta y destructura guerra civil” (42).

Caracteriza el proceso por la pulverización del puntofijismo, la consolidación del liderazgo personal y uniformado, la existencia del partido cívico-militar, la reivindicación del núcleo geopolítico, el avalamiento histórico, la sustitución de las importaciones básicas y la recuperación del mercado interno, donde la participación popular pasa (y es definida) por la ocupación efectiva del territorio. Concluyendo que “el conflicto es la independencia y soberanía de Venezuela, y no la forma que adopte su sistema político” (A: 46, 53, 62s., 125).

La militarización de la política

El autor reclama de la posdemocracia la funcionalidad del sistema que, a lo mejor, no necesitará de los “partidos clásicos”, reiterando que la población votó a una persona física y no a un partido o ideología que “ni la había ni la hay”. Está ganado para una perspectiva “transideológica, es decir aideológica o desideologizada de cómo encarar el futuro de nuestros países” (B). Basta la prolongación del mito histórico nacido con la independencia y la justeza, licitud y legitimidad del pasado iberoamericano: recuperación de la identidad (A: 32, 37, 50s., 114).

Obviamente, el cuadro civil de los apóstoles, genera desconfianza, por lo que –ahora ocupados en algo útil- el cuadro militar ya conocido, organizado y controlable, es el mejor no sin advertir que la alta disponibilidad de tecnología lo haría menos autoritario y, en fin, no se requiere de misiles ni de bombas nucleares para dar golpes (B). DE esta manera, militarizada la política desde 1992, la institución armada es el partido por excelencia, inferido el desconocimiento y el desorden de una opción civil proclive a atentar contra nuestra identidad e incapaz de encarar los desafíos impuestos en el campo de la inteligencia estratégica, frente a los enemigos externos y en el marco de las luchas étnico-culturales.

Sócrates destelevizado

Otros aspectos llaman la atención, como la negación del holocausto judío, la continuidad de políticas bajo la aparente dicotomía dictadura-democracia, el reconocimiento del carácter minoritario del chavismo, el asesoramiento brindado al gobierno de Juan Velasco Alvarado en Perú, la significativa jefatura masónica de Lagos en Chile, el antiperonismo racista de los comunistas en Argentina, la insensibilidad ante el golpe del Frente Islámico de Salvación argelino de 1992, en contraste con el 4F. Aproximadamente, la mitad de la obra está dedicada a asuntos geopolíticos y geoestratégicos que, sumados al ideario político, inexorablemente conducen a una visión conspiratorial de la historia y de las cosas, antojados otros centros de decisión mundial como remedio a los males padecidos, sin un

aporte concreto del modelo a implementar y, menos, una interpelación sobre el destino de los pueblos sujetos a un fundamentalismo extremo.

No hay originalidad en pie: nuestros positivistas dibujaron y encontraron a Gómez. Y pega un fuerte olor a “Nuevo Ideal Nacional”, tan llevadero en las páginas de “Frente a la infamia” de Pérez Jiménez. Por lo demás, descubrimos un mesianismo ligeramente averiado: el triunfo presidencial resultó de un acto comicial automatizado y oportuno, transparente y de resultados inmediatos, tanto como el que concluyó en la distribución no precisamente bipartidista de las bancadas parlamentarias un 8 de Noviembre de 1998.

Lo que se ha dado en llamar puntofijismo, quedó agotado veinte años atrás sin que emergiera un modo alterno y exitoso de elaboración política de la inmensa conflictividad social que pisaba –y pisa- los terrenos de un modelo de desarrollo igualmente vencido. Uno de los puntos culminantes de la gruesa anomia que sufrimos, descansa en la “militarización” de los asuntos comunes: por una parte, aconseja la fulminante desaparición de todo aquello que atentó –y atenta- contra nuestra felicidad (así, genérica e ingenuamente entendida), teniendo por enemigos –y no adversarios- a los partidos tradicionales (y a los que no lo son), curia, propietarios y periodistas, grupos experimentados de la sociedad civil; y, por otra, “delega” la solución de los problemas, realizada la marcialidad de los retos que tienen que ver más con el desempeño económico, científico y tecnológico, gracias a la renta petrolera. Una suerte de belicismo social, a juzgar por las turbas duras y de cuello blanco, abonará un poco a las antiguas movilizaciones populistas.

El otro punto conduce a la versión supuestamente neutral y decididamente “anti-ideológica” del obrar político: dar la batalla decisiva, saldar definitivamente las cuentas, antes que aceptar las diferencias que nos unen, tolerando los conflictos que nos explican. El oficialismo sigue obligado al planteamiento de un proyecto concreto y viable que no ha sido objeto de debate alguno, tanto como la novísima constitución. Al respecto, estudios especializados, como el promovido por la empresa “Diagnóstico 15”, evidenciaron el juego táctico de un discurso que a ratos era de izquierda y otros, de derecha o centro durante 1999, acentuada una vocación “apartidista” que dejó sin contenidos de contraste a sus oponentes.

No cabe duda, a lo anterior contribuyó la terca y exagerada confianza de los partidos en el mensaje publicitario, empobrecidos teóricamente, alérgicos a la polémica necesaria, amén de la escasa valoración ética de la condición militante. Generalizado el sentimiento de no contar con un “proyecto nacional”, la mirada está dirigida hacia el pasado heroico, explicando la impactante cadena del pasado 24 de Junio que aprovechó – en términos ceresoleanos- la “enorme masa de legitimidad acumulada”.

Incurrimos en una digresión, inevitable cuando del autor se trata: me resisto a creer en la devoción de Chávez, cuya experiencia de poder lo fuerza a utilizar el equipaje cultural disponible, incluyendo lo más cercano a su formación corporativa. No estaba obligado a pasar por las páginas de “Política para Amador” de Savater, obsequiado por Juan Barreto en el programa radial, pero lucía preferible a “El oráculo del guerrero”, un “libro” ampliamente recomendado en el mítin de cierre de la campaña electoral de 1998.

Octavio Paz observaba que, hoy, Sócrates no sería procesado: lo invitarían a un programa de televisión. De acuerdo a Cerosole, bebería inexorablemente la cicuta. Para finalizar, puede decirse que hay severas molestias gástricas en el apostolado que ha disentido, ulcerados por el asombro.

P.d: el modelo peronista

Anotado su impulso, está la peronización de la política en este lado del mundo. Queda el debate abierto en torno al “modelo”, más allá del “carapintadismo” ocasional y la desgracia que ciertamente representó para Argentina, tardando 50 años en ¿disiparse?.

Perón arribó al poder. Hizo una gestión que concitó el apoyo de las masas. Una dictadura que acabó con la creación de riquezas, sin distribuirla. Cayó y se inflamó el mito. Vivió un exilio muy dorado y volvió, muriendo en el poder para dejar un legado: María Estela Martínez y Lope Rega. Lo demás es conocido.

¿Tendrá Cerosole un mejor ejemplo?.

(El Globo, 08/08/00)

La violencia contextualizadora

“Quemen ustedes siempre que es
el mejor modo de ganar en la guerra”

Enrique Bernardo Núñez

(“Después de Ayacucho”)

Recuerdo aquella impactante fotografía en la que el presidente compartió el abrazo del padre desesperado, clamando justicia para el hijo asesinado. Una escena ciertamente inédita, si consideramos la amarga insensibilidad y la fría distancia exhibida por aquellos que frecuentemente ejercen el poder, cuidadosos de la epidermis televisiva. Y pueden ser buenos los propósitos que dicen inspirarlo, pero Chávez acentúa, en la vecindad de los procesos electorarios, un código bélico que surte sus efectos más allá del ámbito de sus adversarios ocasionales o permanentes.

Antiguos compañeros de causa saben de la desmedida reacción ante conflictos que pueden catalogarse de agoniales, en el marco de la nueva legitimidad que se ensaya. Aliados comiciales soportan resignadamente la ausencia de reglas, contrariadas las previsiones constitucionales para la selección de los candidatos. La violencia verbal copa todos los espacios, desprestigiado el diálogo, vilipendiado el entendimiento, cancelada la negociación en su más limpia acepción.

Adivinamos correspondencias necesarias de ponderar y atajar. Una aparente digresión nos lleva a la oferta de los videos pirateados que, al agudizar los mecanismos del mercado (... negro), para envidia de los neoliberales, masificándolos en detrimento de los consabidos clubes, insisten en la abundancia y atracción de ciertos géneros. Así, bajando cada vez más los precios de una venta que admite el cambio, hay obras emblemáticas que, independientemente de sus posibles virtudes cinematográficas, reúnen el tiroteo y la sangre, la persecución y el ademán erótico de una afamada actriz cómica de la pantalla chica, como “Huelepega”. Y a quien se interese por una película de Fernando Trueba, casualmente filtrada en la muestra, recibe una mirada condescendiente del comerciante que promete el deleite de otros cajetines afianzados por el disparo a quemarropa, la persecución automovilística y las torsiones de un cuerpo que gravita alrededor del cañón de una poderosa pistola automática.

La anterior observación empírica coincide con la preocupación de Fernando Ramírez Moreno, quien – al citar una encuesta informal realizada entre sus alumnos más novatos- constata la predilección por los filmes violentos, complacidos en el orden cronológico de los momentos estelares. La mirada formalista y el gusto por el detalle, reemplazan el relato y su interpretación, en el regodeo de un Tarantino o Stone que se deslizan, para el profesor colombiano, por el camino de la ironía o la burla, propias de la postmodernidad (véase “Cine: la ironía en la estética de la violencia”, revista “Signo” de la Universidad Javeriana, Dic/1999), mientras modestamente las creemos un ejemplo de banalización de los hechos violentos.

Y es que, a la difusa violencia de la que nos cercioramos en las calles de la ciudad y las del propio hogar, se agrega la actitud oficialista en forma contraproducente y desproporcionada, revelada una inclinación por las formas, el menudeo, los pormenores, el detal político, y lo que puede ser sarcasmo, alcanza la jerarquía nada envidiable de la trivialidad. La conducción pública no es otra cosa que el barrido constante de los enemigos.

La moderación también es buena consejera en el oficio de gobernar, pues, hay problemas o asuntos relativamente autónomos que innecesariamente pueden agravarse, cuando se les tiñe o reciben la influencia de estilos y procederes propios de la diatriba inexorablemente partidista, sin que haya válvulas de escape, puntos que liberen tensiones en el cuadro sistémico. Se agota el presente, pero ¿volveremos enfermizos al pasado?.

La saturación simbólica del poder puede impedir, en definitiva, el tratamiento adecuado de demandas que crecen vertiginosamente como tales, por obra del desempleo, la inseguridad personal, la desinversión o la fulanización del Estado. No creo a Saldaña – el personaje novelístico de Enrique Bernardo Núñez- siquiera como expresión del pensamiento

estratégico, cuando agrega a sus soldados que “el fuego es como el hombre, siempre derrota”.

IV -

La otra política

La industria política embargada por una visión épica del poder. Irreprimible pluralidad, ilustrada por la instancia parlamentaria, que no se entiende sin un consenso y una oposición viables. Otra ha de ser la política en el contexto de las tendencias globalizadoras, humedecida ór la realidad cotidiana.

A) Un ligero apunte sobre el poder

La industria política

La llamada sociedad civil, recinto de una conflictividad reprimida, no ha realizado los suficientes aportes para profundizar la vida en democracia. Si bien es cierto que los partidos la mutilaron o la condicionaron con exageración, reivindicada absurdamente la política como propia y exclusiva del ámbito estatal, no menos cierto es que son reducidos sus espacios de autorganización, asfixiada por la apatía, la indiferencia, el desencanto generalizados. Así, siguiendo a Bobbio, la política es todo “momento opresivo y represivo de la sociedad” y no el “anfiteatro de las decisiones colectivas y generales” o la “organización global de una sociedad compleja” (A: 48 y 112).

Con las excepciones de rigor, el proceso constituyente no resulta de una experiencia de participación real, creciente y coherente, obstaculizada por el actual cuadro institucional; digamos, por ejemplo, de las imperfecciones concretas, sentidas y señaladas, de normas constitucionales o legales como las que rigen en materia municipal o urbana. Ante todo es una reacción de rabia y frustración debido a la quiebra del paradigma dinerario que impuso la renta petrolera, capitalizado por los agentes de la corrupción que bañaron de descrédito al sistema, evadiendo o enmascarando aquellos asuntos cruciales y que tienen que ver más con un modelo de desarrollo ya agotado, vencido, despedazado desde hace un buen tiempo.

La ciudadanía debe traducir sus percepciones e intereses en demandas resistentes y viables. Si la democracia “presupone el libre y pleno desarrollo de las facultades humanas” y “el efecto de la masificación –que sufren todas las grandes sociedades- es el conformismo

generalizante” (A: 127), se impone la preservación de las intenciones originales frente a cualquier distorsión, por exceso o defecto, inherente a la competencia libérrima de posiciones, cuya rendición es la exigencia natural para aquellos que no luchan por comodidad o desesperación.

La industria política “nace de la ampliación de las bases del poder y prospera y crece a medida que se ponen en marcha las instituciones (desde el sufragio universal, hasta la formación de partidos políticos organizados) que hacen pasar del mito a la realidad el principio abstracto de la soberanía popular” (A: 128). Ejercicio de precisión, dados el impulso y la dinámica constituyentes, esas percepciones e intereses, ideas y posturas, iniciativas y posiciones requieren de una radical sinceración para redescubrirse en los espacios comunes con toda la novedad que presumimos y la vejez que sospechamos, a fin de convertirse en la materia prima necesaria para actualizar la vida democrática.

La propaganda y la publicidad orientadas a la simple exaltación emocional, que no emotividad, sustentada en el vuelo rasante y efímero de consignas y estereotipos que dicen explicar nuestra situación actual, en nada contribuirá al esfuerzo industrial que nos sirve de hipótesis. Elecciones personales y racionales, como a las que aspiramos en los próximos meses (o años), obligan a la moderación como el acto de mayor audacia que puede darse en el contexto de una acalorada y proclamada revolución, cuyo proyecto y características no logramos aún aprehender, adivinar, inferir, aunque Agustín Blanco Muñoz niegue tal planteamiento, al favorecer un conjunto de reformas esenciales (B).

Es verdad que la democracia rousseauiana, “asamblar”, desemboca en la aclamación de las decisiones tomadas, en una ratificación de la investidura carismática de quien ejerce el poder. La institución del mandato imperativo pierde el otro elemento que lo explica, la revocación, subrayada la importancia del mandatario en detrimento del mandante (A: 119 y 146). Únicamente se da la movilización, sin que simultáneamente produzcamos la debida institucionalización, de alguna manera ilustrada en la sociedad civil temerosa de ejercer la política, reproducirla y diferenciarla.

La conversión de una democracia plebiscitaria o aclamante a la directa, entendida a través de los referenda, como los proyectó la comisión de la reforma constitucional presidida por Caldera, comporta responsabilidades y requisitos que los venezolanos no podemos desaprender dado el conjunto de valores básicos que también asoma Roberto Zapata en su célebre estudio, dignos de perfeccionar, mejorar, afinar según los tiempos que vivimos. La constituyente es de una extraordinaria importancia pedagógica en relación a la agregación o composición de intereses, a sabiendas de los riesgos de atomización, de ingobernabilidad inherentes a la consulta consecutiva. Por cierto, hace más de 20 años, al hablar fugazmente

de la “gran computadora”, Bobbio apenas asomó la intuición y la tentación de disertar sobre el todavía insospechado y poderoso recurso industrial de la política: la infopista (A:143).

La manufacturación política retoma los antiguos caminos de la mera excitación populista, esto es, se pretende un valor agregado del pasado ya recorrido y conocido. Refiere Portantiero: “... Si la política es pura movilización de demandas, la sociedad se torna ingobernable y en ese sentido tampoco es democrática. Si la política es pura decisión, la sociedad se transforma en autoritaria” (C).

Siendo la democracia un “sistema de poderes en el que las decisiones colectivas, o sea, las decisiones que interesan a toda la colectividad (por pequeña o grave que sea) son tomadas por todos los miembros que la componen” (A: 170): es demasiado lógica la necesaria existencia de una pluralidad de grupos políticos organizados y competitivos, con votantes que elijan entre varias opciones y minorías puedan ser mayorías cada vez que haya “verificación del consenso” como dice Bobbio: “... Si las demandas de las organizaciones de la sociedad civil no se transforman en decisiones vinculantes se quedan en un estadio prepolítico de formulación” (C).

“... El protagonista de la sociedad democrática es el ciudadano cualquiera, el hombre de la calle, el quisque et populo” (A: 125). Aceptamos, estimulamos, empujamos la constituyente si permite pasar de la democracia participada a la participante.

Referencias

(A) Bobbio, Norberto. “¿Qué socialismo?. Discusión de una alternativa”. Plaza & Janés. Barcelona. 1977.

(B) Transcripción del programa “Triángulo”, Televen, Caracas, 04/02/99. TvPrensa 2000, C.A.

(C) Attili, Antonella. Entrevista a Juan Carlos Portantiero. URL: [http : // www . etcetera. com. mx / 1999/ 314 / aa0314. htm](http://www.etcetera.com.mx/1999/314/aa0314.htm).

(Economía Hoy, 22 y 23/04/99)

Un ligero apunte sobre el poder
“No es un buen estratega quien
pretenda conducir las operaciones
en el más alto nivel, y simultáneamente
dar instrucciones y órdenes a los
órganos tácticos y logísticos de
medianos y bajos escalones”

Víctor Maldonado Michelena

Sobrevive una noción muy particular del poder que tropieza con la complejidad socialmente alcanzada. Quien lo ejerce está enteramente facultado para mandar (sic) sobre lo divino y lo humano, gracias a los distintos títulos obtenidos preferiblemente por vía plebiscitaria.

Siendo así, el titular (uno y múltiple), persona física dotada de amplísimas habilidades y de una incontestable visión, considera y decide las políticas de urbanización, el programa de viviendas, los materiales para construirlas, la movilidad y confort de sus potenciales ocupantes y el voltaje de los bombillos. Huelga citar los otros ejemplos que apuestan por un día de setenta o más horas para atender la inmensa variedad de problemas en tránsito y, en consecuencia, con una mínima mediación institucional.

Una relación piramidal tiene a sustituir el reconocimiento y equilibrio de los distintos y formales ámbitos de poder. Difícilmente se explica que el supremo responsable del dispositivo nuclear no pueda trazar o colocarle determinado nombre a una calle en el caserío más lejano, pues, en una versión lineal del mundo y de las cosas, el que puede lo más, puede lo menos.

La fórmula no tiene inconveniente, salvo que la ineficacia y la ineficiencia puedan desembocar en la ilegitimidad, apenas sorteadas las dificultades con una estupenda dosis de propaganda. Por lo pronto, evidencia tres rasgos difíciles de superar cuando ceder implica un enorme costo político.

Por una parte, profundizando una tendencia del rentismo sociológico, el gesto caritativo es un componente esencial. Hay casos dramáticos que atender, recuperada la sensibilidad, pero depende más de la atención dispensada a aquellos particulares que tienen la suerte de plantearlos que del beneficio de sendas políticas públicas que vayan a la raíz del problema y, además, solvente los estragos de la burocracia.

El paliativo es importante, mas su sistematización contraproducente. Quien tiene la suerte de telefonar y conmover al decisor, puede contar con una beca para su hijo, movilizando a las autoridades menores para ello, con sus notas adicionales: luce secundaria cualquier pregunta en torno a la necesidad de un plan ordenado de becas para la muchachada talentosa y aprisionada por la pobreza, como la consecución de los recursos que alcancen a todos, además de entender –ésta vez- el acierto del (otro) ticket de la lotería.

Lo anterior acentúa viejas prácticas populistas que autorizan a la actual, como condensación de las etapas que hemos querido superar a sabiendas que, en los venideros años, el ingreso petrolero fiscal por habitante no servirá para afianzarla. Una distracción de tiempo que hará del testimonio una torpeza frente a la inevitable repetición de casos, dejando resquicios a la oposición reaccionaria.

Por otra, sospechamos la desconfianza hacia los cuadros oficialistas. La delegación de tareas constituye un dato fundamental y, en caso de no existir tales cuadros a la altura de las circunstancias, es un deber ineludible formarlos, a menos que creamos en otra hipótesis: el ascenso al poder los sorprendió tanto que no hubo oportunidad de un partido como escuela de ideas, iniciativas y experiencias, capaz de afrontar lo complejo y versátil, ora por los prejuicios que dieron buen rendimiento electoral, ora por una inequívoca voluntad de poder.

De esta manera, hay diligencias que copan la más alta agenda, diluyendo las prioridades. Concentrado el liderazgo, no hay visa para otros surgidos de la espontaneidad creadora, propia de la política, y, tarde o temprano, la obtendrán aquellos que –reclamando un mismo ideario- puedan protagonizar un conflicto abierto o solapado por la mismísima nominación presidencial.

Finalmente, admitamos que autoritarismo y autoridad no son términos equivalentes. Pueden encardenarse las emisoras de radio y televisión por largas horas, provocando pérdidas cuantiosas a las plantas, pero sin una política asentada en las atribuciones que tiene el Estado, ilustrada por el canal oficial, la calidad de la programación –la cara visible- y la competencia privada –la cara oculta- seguirán siendo cuestionadas.

Quizá sea una exageración la de recordar que la maestra y su infaltable comisión de disciplina también hicieron nuestros hábitos en relación al poder, cuya alteración es indispensable para el cambio. Si es que, en el fondo, el colectivo desea cambiar.

(El Globo, 27/11/00)

Una visión épica del poder

En los últimos años, la crítica contra determinados partidos se hizo groseramente generalizada contra la institución partidista misma, fruto inicial de las rivalidades electorales que no tardaron en deslizarse hacia el terreno de la conspiración. Y ello dio pie a la inevitable y creciente desconfianza por la política, entendida como fuente predilecta de todos los males padecidos y los que están por padecerse.

Nicolas Tanzer en su clásico “La sociedad despolitizada”, advierte que la crisis política cuenta con dos aspectos esenciales: una crisis propia de la concepción política del mundo que autoriza la conducta reactiva y particularista, desembocando en una “trivialización del procedimiento refrendario” ; y una crisis de la acción política que, confundida exclusivamente con el Estado, revela una patología del poder. Nikolaus Werz tiende a ejemplificarla a través de un folleto, publicado en 1996, con un título elocuente: “Partidos políticos y desencanto político”.

Ahora bien, el desprecio por la política, lo político y los políticos puede revertirse ante la reaparición del partidismo extremo, estimulada además por una evidente limitación de la competencia postelectoral. Vale decir, el interés por los asuntos públicos, la composición de las demandas y sus agentes –digamos- reconfigurados, tendrá que incrementarse en razón del terco empeño presidencial por privilegiar una única y agotada versión del mundo (y de las cosas) y de la peculiar entidad partidista que lo sustenta, a caballo entre dos

nociones: el “soberano” y la “revolución” que dice monopolizar frente al cuadro opositor, incluyendo a sus antiguos compañeros de ruta.

Chávez, en su discurso ante la Cumbre de la Deuda Social, enfatizó el problema de la pobreza en América Latina y, en lugar de enunciar algunas de las medidas concretas, reales e inmediatas (por cierto, esperadas dentro del país), reincidió en el enfoque moralizador que busca, en esta oportunidad, respuesta en el contexto continental. La integración debe transitar el camino de la política antes que cualquier otro, emergiendo el Estado como la irrefutable instancia capaz de dirimir y anteponerse a todas las vicisitudes económicas y comerciales.

Esta suerte de asistencialismo estratégico macroestatal, no sólo lo dispensa de todo lo que no ha hecho en Venezuela, sino que lo remite a un concepto de la política que no es la de los espacios públicos – representativa y participativamente- concursados, animándolo el concepto más elemental del poder como posesión, uso y disfrute de la cosa, bajo la amenza de la violencia. De esta manera, asistimos a una de las mayores ironías del proceso histórico venezolano: el desprecio hacia la política significa un regreso por la senda de sus apariencias, pues, agudizando una tendencia que creímos superada de la noche a la mañana, a partir de diciembre de 1998, la superpartidización se sincera en una sola e irrenunciable expresión a la que molestan la opinión pública y el escenario parlamentario: esto es, la pluralidad.

La libertad, la prosperidad y la equidad constituyen metas diferibles en beneficio de una visión épica del poder. Las iniciativas prácticas que avisen de un pensamiento actualizado, requieren de una completa posposición a fin de crear las condiciones –de Estado, de poder, de partido- previas, al decretar la automática homogeneidad de las realidades.

Y, ya en el campo de una progresiva franqueza de intenciones y pretensiones, tamaño modelo de partidización provocará, al menos, una reivindicación de esos espacios públicos y plurales, pues, nos caracteriza una complejidad de la que no sospechan los voceros oficiales. Dependerá de la imaginación, el talento y la voluntad creadoras de la oposición democrática para revalidarlos, agendando –precisamente- la libertad, la prosperidad y la equidad en el marco cotidiano de la vida ciudadana.

(Venezuela Analítica, 08/01)

Personalismo comunitario

La designación de sendas comisiones para diseñar las políticas relacionadas con la seguridad ciudadana, seguridad alimentaria, empleo masivo, fondos de pensiones y la llamada Constituyente Económica, el pasado 5 de Agosto, estuvo precedida por un llamativo comentario del presidente Chávez sobre el individualismo, la centralidad de la persona, la participación solidaria y cooperativa. Si nos atenemos a las viejas lecturas e, incluso, a la revisión de la colección de “Venezuela Urgente” de finales de los sesenta, se dirá que el gobernante exhibe un pensamiento inspirado en el ideario demócrata-cristiano o, más concretamente, el personalismo comunitario.

Autores recientes, como el español Fernando Vallespín, intentando dibujar el futuro de la política, recorren un largo e intrincado problemario para concluir que el desafío más grave está en la reconciliación de la persona y la comunidad, elementos esenciales de una postura en la que hemos coincidido a lo largo de veintitantos años de militancia. Nos referimos a una vieja y gruesa elaboración doctrinaria que diferencia la masa, el individuo y la persona humana, siendo ésta portadora de derechos naturales trascendentes al medio social, con una dignidad inexorablemente orientada hacia su realización responsable en comunidad.

Acaso, los socialcristianos podrán argumentar la exitosa difusión de sus valores y principios, y el oficialismo alegar la actualización del mensaje papal, tomado como una de sus principales fuentes de inspiración. O, confirmada tal universalidad, nos permitirá descubrir –en un caso- el abandono de los postulados, como explicación del fracaso reiteradamente electoral, y –en el otro- un desinhibido oportunismo, forzada la identidad de acuerdo a la progresión de los éxitos comiciales.

Recordamos aquél debate en el que J.R. Núñez Tenorio llegó también a definirse como maritainiano, frente a los consistentes argumentos de José Rodríguez Iturbe, por 1998. Y, al aproximarnos al discurso oficialista, se observará un bolivarianismo de corte guzmancista y lopecista que en las realizaciones aterriza –simultáneamente- en el neoliberalismo, el keynesianismo y el socialismo, a decir de Emeterio Gómez. Un ejemplo de postmodernidad para el periodista Roberto Giusti, aunque sospechamos la necesidad de un mínimo de coherencia para alcanzar tamaña condición.

Lo cierto es que la simple suma de persona y comunidad no autoriza al personalismo comunitario. Emmanuel Mounier refería que “la medida de mi inserción en la comunidad vendrá dada por la renuncia que yo haga de mi individualismo a favor del bien común, permaneciendo siempre fiel a mi condición irrenunciable de persona; y la verdadera comunidad nacerá precisamente con la realización perfecta de cada una de las personas que la integran, puesto que no se puede formar una comunidad a base de un conjunto anónimo

de personas mutiladas” y, así, la revolución será “comunitaria por ser personalista, y personalista por ser comunitaria” .

Por lo demás, Oliver Mongin advierte un período distinto en la formulación del personalismo comunitario, a través de la meritoria revista que dirige: “Esprit” (lamentablemente confundida por algunos con la conocida columna de Omar Lares). Ha quedado atrás la crítica de los años treinta que la vió nacer como respuesta a la modernidad fundada en el individualismo, extraviados los valores comunes, y al estalinismo, con cierta fascinación por el marxismo en un clima anticolonialista, tras la segunda guerra mundial. Hoy, alegada la caducidad de tensiones entre reformas y revolución, basa su angustia en el futuro de la democracia y el totalitarismo, luchando contra las falsas utopías del mundo técnico, del capitalismo y el individualismo (revista “El Ciervo”, Barcelona, 01/00, Nr. 586).

Creo en la necesidad de profundizar –y no sacrificar- la vida democrática para alcanzar una sociedad postcapitalista y autogestionaria, conocida la experiencia de una economía social y ecológica de mercado. El mayor peligro radica en la tentación autoritaria, capaz de sincerarse en un totalitarismo de nuevo cuño. No es otro el debate que ha de reivindicar la democracia cristiana en nuestro país, a la par de recuperarse de los efectos devastadores de la actual dirección de COPEI, cuyo personalismo comunitario –puede decirse- es tan sesgado, confuso o falso como el esbozado por el jefe de Estado, salvada una circunstancia: éste no reclama una militancia socialcristiana.

(El Globo, 17/08/00)

El triunfo del lenguaje

“Escribía muchas formas y fórmulas de palabras

que eran escondites de la verdadera palabra ... “

Guillermo Meneses

(“Un destino cumplido”)

El ascenso de Chávez no se explica sin el impacto de un lenguaje que recoge promesas y emociones, expectativas y razones, donde fracasaron los clásicos de la publicidad política desde hace más de una década. El impulso creativo del hacer público encuentra las

naturales dificultades de los señalamientos, códigos, gestos verbales (y no verbales) o lenguas que explican la búsqueda o consolidación de una determinada legitimidad.

No aludimos a las ocurrencias exitosas que contribuyeron a una caracterización de la realidad, como “carraplana”, “despelote” o “barragana”. Apuntamos a otras que simplificaron una intención programática: “La Gran Venezuela”, “Pacto Social” y “Democracia Nueva”, sin que olvidemos la relativa entronización de la “antipolítica” frente a la denostada “partidocracia”.

¿Cómo sugerir una ilusión huérfanos de toda imaginación expresiva? ¿La espontaneidad crecientemente compartida de una locución siempre se resiste al laboratorio? ¿Los señalamientos y las señalizaciones no forman parte de la crisis inadvertidamente prolongada? ¿La elevación de las promesas no depende de los sabios acentos positivos y negativos colocados en una situación concreta, con los aciertos, errores y eufemismos propios de una cruda lucha por el poder? ¿Acaso las consignas pretendidamente circunstanciales no forman el asombroso piso doctrinario de conductas tenidas por díscolas?

Era difícil alcanzar un adecuado elenco verbal (y no verbal), cuando las propuestas no gozaban de una convincente coherencia, profundidad y concreción y la amplitud del compromiso electoral aconsejaba la suficiente ambigüedad para captar las más variadas y encontradas posturas. Y lo hicieron.

El mensaje triunfó sobre los hombros del emisor, del receptor, del objeto a que hizo referencia y de sí mismo en razón de una funcionalidad aún promisorio si tardamos en correr los velos. Es evidente el triunfo mediático del gobernante que no del gobierno, conminados a su aceptación afectiva y racional, sentidas las urgencias de la hora en atención a una determinada arquitectura propagandística y publicitaria, pendiente la tarea democrática de una oposición que hurgue los resquicios del metalenguaje.

El enunciado programático pronto quedó convertido en un lema de inspiración histórica, con envidiables consecuencias en la jerga cotidiana. Y hasta la vestimenta oficial, exclusiva del timonel, ancló en la más profunda psicología colectiva.

La “Quinta República” constituye una bandera dispuesta a flamear, como algún día se dijo de la “Gloriosa Revolución de Octubre” y la “Segunda Independencia”, aunque contradiga la contabilidad histórica y no sepa de una mejor versión respecto a la democracia de 1958 e, incluso, el cepalismo que le dió orientación al problema de la renta. Afortunada ha sido la expresión “Soberano” que no cuestiona la diversidad de una sociedad civil llamada a organizarse en forma igualmente múltiple, y tampoco las evidencias llegan a actualizar las viejas denuncias sobre los “Cogollos Partidistas” y los “40 años de Corrupción”, por la muy blindada connotación del “Puntofijismo” que nos hace prisioneros del pasado, tanto como el régimen batistiano es un monigote fantasmal para los cubanos.

Alguien dirá de un victorioso itinerario semiótico del régimen, término que me intimida. Una clave que va despejando la oposición difusa, requerida de tiempo y madurez para que se haga democráticamente concreta y viable.

(El Globo, 27/03/01)

Notas sobre un rapto

Suele ocurrir: nombrar la revolución es muy distinto a hacerla. Agotada la imaginación, la ineptitud es cubierta con etiquetas que la fingen.

No es un mero afán opositor el que nos inspira, porque acá nadie podrá decir jamás habíamos visto nada igual, parafraseando a Carlos Fuentes (“Casa con dos puertas”, Joaquín Mortíz, México, 1970: 151). Comprobamos con tristeza la pérdida de una inmensa oportunidad para el cambio que siempre soñamos desde la libertad.

Agolpadas las notas sobre la mesa, encontramos una ya antigua advertencia de Augusto Mijares: “Lo más grotesco es que (el político) quiera ser un revolucionario y no sepa cómo” (Elite, 27/04/63, Nr. 1961). Desde la izquierda hasta la derecha, la invocación ha servido de mágica fórmula para conjurar las sorpresas que depara el ejercicio de gobierno y, habitual en este lado del mundo, las explosiones verbales dicen frenar el duro oleaje de la realidad.

El convencimiento más profundo que se tiene del tránsito por el poder reside en el empleo de la palabra: por modesta que sea, trasciende a todos los ámbitos. El desliz sintáctico, el neologismo espontáneo y la más atrevida adjetivación, rápidamente adquieren un visado

social que también nos recuerda – con Castoriadis- aquello del político como prisionero de lo que dice.

Los dicitos no puede construir una senda diferente, al menos que se tenga por tal la “sinceración” –Rangel dixit- de una herencia aceptada y recreada. Y es que los pronunciamientos radiales del presidente Chávez provocan las naturales reacciones que abonan a una básica cultura democrática adquirida en décadas que contrastan favorablemente con toda la historia republicana, por lo que no puede agravarse la oquedad revolucionaria con los caprichosos atropellos verbales.

Atropellos que igualmente avisan de una necesidad inaplazable: la de estatizar al propio gobierno. Sentimos que, al discrepar de la reciente decisión del Tribunal Supremo, estaba en el fondo del recurso interpuesto por Elías Santana.

Insurge el Estado Audiovisual que, confundido con sus circunstanciales seguidores, sacraliza el gesto. No podemos olvidar las viejas experiencias, pues, observaba Fuentes: “La historia del siglo ha demostrado que las palabras también sirven para tiranizar. Hitler hizo algo más que quemar libros. El nazismo corrompió totalmente el lenguaje, al grado de que los significados elementales de la relación verbal se perdieron. Toda una generación de escritores almenes ha debido dedicarse a la reconstitución del lenguaje primario de los individuos y de la sociedad. Y en los propios Estados Unidos, ¿no fue el macartismo, antes que otra cosa, un raptó verbal?. El Senador Joseph McCarthy fundó su aparato de sospecha, de infundio, de represión, de cacería de brujas, en el uso de epítetos difamantes, de palabras que no podían ser comprobadas, de etiquetas verbales” (115).

Quisiera que fuese una exageración al revisar y citar lecturas de antaño. No obstante, permanece la doble angustia por una revolución inauténtica, sin el compromiso con las razones, las emociones y la realidad misma que la autorizan, y la adulteración expresiva que supondrá una paciente reconstrucción de la esperanza misma: ¡Qué inmenso es el reto para la oposición democrática!.

(El Nacional, 03/07/01)

La era del presentimiento

Junto a la lectura como costumbre y disciplina, capaz de enloquecer (sic) al más prevenido de los mortales, tenemos otra creencia popularmente arraigada; no hay mejor demostración

de saber que los discursos improvisados. Antes que su fresca espontaneidad, celebramos la insigne memoria del orador de giros audaces, poeta y también dispensador de datos de envidiable exactitud, cuyo coraje en escena brinda otro sentido a la necesaria solemnidad de los actos, sobre todo aquellos que son o se conciben como de Estado.

Dependiendo del régimen que se viva, luego sabremos y denunciaremos sus imprecisiones, demandando y logrando quizá alguna rectificación. De aciertos y errores se construye también una democracia y, en última instancia, reconocerlos significa reconocerla a ella misma como parte de la vida cotidiana.

Consabido, el presidente Chávez constantemente habla de lo divino y de lo humano, sirviéndole la “revolución” como pretexto no sólo para pasearse por los más diversos y delicados temas, sino –lo más importante- desestimar con relativa facilidad los señalamientos de abuso de poder, los que seguramente hubiese esgrimido si hoy se encontrara en la oposición. Y, valga recordar, las constantes denuncias de esos abusos, planteadas con tanto o más empeño por otros actores en los años anteriores, le abrieron la ruta hacia el poder.

Ahora bien, meses atrás podía la Voz Oficial versionar de distintos modos la acción del gobierno o hacer los más disímiles anuncios, ofrecer una y otra solución definitiva al desempleo o comprometerse con sucesivas fórmulas de sustentación partidísta, sin que ocurriese nada. Afianzado por las cotas alcanzadas de popularidad, satanizado un pasado que también –paradójicamente- las había concedido a otras figuras, parecía imposible pecharlo por todo lo que dijera. Sin embargo, la situación tiende a cambiar.

Así, comienzan a hacerse visibles los costos de la improvisación. Ocurrió la semana pasada, cuando el dólar –en su camino ascendente- le debió mucho al octanaje verbal del presidente, en esa otra dimensión –acaso más trascendente- del poder, no por intangible menos riesgosa: la palabra.

Puede hablarse de una imprudencia cuando la economía presuntamente luce saludable, habida cuenta de los niveles de inflación y de reservas internacionales obtenidos, pero igualmente autoriza la sospecha de aquellos que nominalmente ganan más, pero se les dificulta inmensamente el regreso a clases, por citar un ejemplo. Del anecdotario revanchista, todavía en boga, lentamente nos deslizamos a un cuestionamiento que exige

respuestas más coherentes, profundas y convincentes del gobierno y, por supuesto, de la oposición democrática.

Es el amigo que ha sobrevivido a los repetidos males de la administración de justicia, la que se dijo remediar en casi 24 horas, bastando con desterrar las antiquísimas tribus: ha tenido mejor suerte que sus colegas, gracias a dos o tres clientes solventes, pero no se explica el por qué sus ingresos se desintegran con tanta prontitud tomando en cuenta que la inflación no supera el 12/13% y el dólar no ha corrido más allá de los mil bolívares. Legos en la materia, desconfiamos de las técnicas de medición o las circunstancias que contribuyen a la arquitectura de los índices macroeconómicos y esperamos una versión más seria de lo que acontece, pues, acuñaciones tan etéreas como “revolución”, “soberano” o “escuálidos”, no responden al reclamo ciudadano.

Sencillamente constatamos que la amenaza de transferir los depósitos oficiales de la banca privada ayudará más al desempleo creciente del sector, por no mencionar las angustias del ahorrista que corre – esta vez - a adquirir dólares, recuperado el viejo prestigio del colchón. ¿Obedece a una estrategia suficientemente calibrada de saneamiento de las finanzas privadas en atención a un modelo confiable de desenvolvimiento económico o constituye una innovadora fórmula de estatización o nacionalización de la banca?. Nadie lo explica y, acaso, como si Einstein nos prestara su célebre ecuación, cogimos que todo abona a una ocurrencia presidencial más, sin medida ni concierto. Vale decir, la improvisación es tan aguda que esas tan instantáneas ocurrencias sorprenden a sus propios y más cercanos seguidores, deseosos de un mensaje más elaborado que les otorgue –además- legitimidad doctrinaria.

Nos confiamos al juego de los presentimientos, en una era en la que –muy aparentemente- no hay certezas ideológicas, excepto que alguien se atreva a elevar como una de tales el propósito de mantenerse en el poder y esperar largos 30 años para que se vean los resultados de la revolución. Y esto – que yo sepa- no estaba en el libreto por diciembre de 1998.

Intentamos literalmente adivinar el horizonte, porque la falta de sobriedad, hondura y espesor del debate –necesario de reivindicar tercamente- nos sorprende con las vergüenzas al aire. Y no logramos conferirle un signo definitivo a la gestión oficial, ya que ésta – ciertamente- es tributaria del “como vaya viniendo, vamos viendo” del jamás bien ponderado filósofo Eudomar Santos.

No queda otro camino que el de confiarse a los sentidos, siendo el más común el de supervivencia, reclamando de los gobernantes que piensen un poco más sobre las consecuencias de lo que dicen y hacen. A estas alturas, al menos, solicitamos tan elemental responsabilidad.

Posiblemente sepamos de un nuevo aprendizaje democrático en la medida que se diluya esa suerte de admiración soterrada hacia los líderes que soportan varias horas consecutivas empuñando un micrófono, cuyas contradicciones no acarrear un costo político en las (forzadas) terapias colectivas. Digamos que es un Fidel Castro al que simplemente no se le puede pedir cuenta de lo dicho y contradicho por largos años de locución pública.

(El Globo, 12/09/01)

B) En la vía

A propósito de Maritain

Jacques Maritain, fallecido hace 25 años, no sólo contribuyó a imponer una tendencia en la Iglesia, tildada de catolicismo democrático, donde menos éxito tuvieron Lammenais, Lacordaire y el utopismo de Ozanam (A), sino se sintió en el medio político latinoamericano. Particularmente en Venezuela, cuando despejó las aguas entre el viejo clericalismo y la nueva cristiandad al nacer la Democracia Cristiana en los años cuarenta, y signó de (im) paciencias a quienes pugnaban por el liderato de la J.R.C. en los sesenta, también impugnados por la vejez de sus ideas (B).

Constato la sorpresa que alguna vez se diluyó o no fue tal, al releerlo. Tuvo razón al afirmar que la Suprema Corte estadounidense “es uno de los grandes logros de los tiempos modernos y uno de tributos más significativos pagados jamás a la cordura y a su derecho de preeminencia en los asuntos humanos”, pero no comprendía cabalmente que una comisión parlamentaria tuviera atribuciones propias de la autoridad judicial, más allá de “reunir el material adecuado al trabajo legislativo”. Se refiere a la ausencia de “reglas y garantías específicas de los tribunales; y, sin embargo, por estar autorizada a investigar las actividades privadas de los individuos ejecuta en realidad determinado número de funciones que por su propia naturaleza pertenecen al reino judicial” (C: 147-149).

Es sabido que los venezolanos no disponemos de un sistema de separación absoluta de los órganos del Poder Público, sino que existen facultades legislativas para el Ejecutivo y

judiciales para el Legislativo. Estas últimas incluyen la labor desarrollada por las comisiones permanentes o especiales del Congreso de la República. Por cierto, no sospechamos de novedad alguna en la materia por lo que respecta a aquellos que aupan una Constituyente para el venidero año.

Ha habido fallas o equívocos en el caso específico de las tareas de investigación parlamentaria, pero – por una parte- jamás se asemejan a casos como el que protagonizó en Estados Unidos Richard Nixon, alcanzada la fama al perseguir implacablemente a Alger Hiss, y – por otra- un Presidente de la República fue destituido gracias a una investigación que hubiera sido casi imposible que la adelantara un Tribunal de la República.

Encontramos que “los cuerpos legislativos o sus comisiones podrán realizar las investigaciones que juzguen convenientes”, sin que ello afecte las atribuciones correspondientes al Poder Judicial, incluyendo la comparecencia de funcionarios de la administración pública y de los particulares, salvaguardados sus derechos y garantías (artículos 160 y 161 de la Constitución de la República). Caso éste en el que, aceptando la obligación impuesta a los particulares, el Diputado Caldera le parecía peligrosa “la obligación de exhibir sus documentos privados”, por lo que el Senador Villalba se refirió inmediatamente a la aplicación de las garantías constitucionales (D: 181).

Posiblemente hipotecado por la teoría clásica de la separación y equilibrio de los poderes e inevitablemente imbuido de la tradición europea, Maritain consideró inapropiado que las aludidas comisiones emprendieran una tarea semejante a la jurisdiccional. No obstante, al justificarla, encontramos que se trata de una función imperfecta, pues, si bien se produce con un amplio margen de investigación, ésta desemboca en una remisión de sus resultados a los tribunales para que sentencien, absolviendo o aplicando una pena.

Tenemos, con la inmunidad parlamentaria, un extraordinario ejemplo de lo que estima el francés en relación a la persona cívica, por el énfasis y la profundidad que alcanza la libertad de investigación como derecho natural fundamental, que implica la búsqueda de la verdad (E: 138) y con una valedera connotación y consecuencia comunitaria. Además, las comisiones parlamentarias se convierten en eficaces recolectoras de prueba que, por supuesto, necesitan perfeccionarse como tales, incluyendo las garantías “procesales” del caso, amén de la obligada cooperación de los jueces (artículo 161 de la Constitución).

No sin olvidar las actuales diferencias que tiene el Fiscal General con una determinada comisión parlamentaria, recordamos a un autor que tanta influencia ejerció en nuestra

juventud. Es escaso el tiempo disponible para la relectura serena y son muchas las nociones, ideas e imágenes que se entrecruzan. Sin embargo, emergen las convicciones abrigadas en tantos años.

- (A) Carlos Santamaría. “Maritain, los cristianos y la democracia”. Cuadernos para el Diálogo. Madrid. Junio de 1973, Nr. 117.
- (B) Véase, por ejemplo, la editorial “Dirigentes jóvenes, viejas ideas”, Momento, 12/12/65, Nr. 491 (Director: Carlos Ramírez McGregor).
- (C) Jacques Maritain. “América”. Emecé. Buenos Aires. 1966. Una obra curiosa donde enuncia la realización del personalismo comunitario en Estados Unidos o, mucho antes que Francis Fukuyama, habla de una “sociedad sin clases”.
- (D) “La Constitución de 1961 y la evolución constitucional de Venezuela. Actas de la Comisión Redactora del Proyecto”. Ediciones Centauro. Caracas, 1981 (Acta Nr. 46 del 03/08/59).
- (E) Jacques Maritain. “Los derechos del hombre y la ley natural”. Editorial Dédalo. Buenos Aires. 1961.
(El Globo, 05/07/98)

De uno a otro parlamento

“No nos une el amor sino el espanto”

Jorge Luis Borges

No nos contentaba el país que teníamos y tampoco nos contenta el que tenemos. La demanda de un cambio histórico se ha diluído gracias a la ineptitud oficial, en las honduras de una retórica revolucionaria que esgrime la razón bélica antes que la política.

Iniciamos el camino de la paz interior y la alternabilidad del poder a partir de 1958. Una mirada hacia atrás nos da cuenta de las incontables guerras civiles y las prolongadas dictaduras que tampoco nos elvaron a los estrados de la prosperidad. Es necesario recuperar la memoria colectiva como la mejor garantía ante las vicisitudes que nos embargan, prolongando la crisis por el sendero de una anomia que ha agudizado.

Como toda obra humana, el extinto Congreso tuvo aciertos y errores. Se hizo centro del drama nacional, retrato hablado de todas corruptelas y culpas, domicilio de todos los disparos de expiación, olvidando algunas características que hoy cobran vigencia al compararlas con la Asamblea Nacional, sin que nos anime un afán de descrédito, forzados a las naturales comparaciones para fotografiar el retroceso.

Digamos, en primer lugar, que la cámara de revisión no sólo garantizaba una labor parlamentaria cualitativamente superior, sino la igualdad de las entidades federales representadas. La amplitud del debate equivalía al reconocimiento y respeto de las minorías, sin que hubiese una fuerza que lo monopolizara a la luz de los resultados electorales de noviembre de 1998. Las denuncias se procesaban a puertas abiertas, constituyendo la opinión pública un factor esencial. Tendían a disminuir las designaciones a dedo debido al costo político que implicaban. El voto de conciencia adquiría mayor consistencia obligadas las fracciones políticas a un desarrollo intrainstitucional que asimilara y respetara sus desaveniencias domésticas, por no mencionar las distintas manifestaciones de protesta popular recibidas en el Capitolio Federal.

Luego, podemos constatar con facilidad que una sola cámara beneficia a los estados de mayor población, en detrimento de aquellos que padecen –adicionalmente- una depresión social y económica inocultable. La discusión es literalmente aplastada por una mayoría que, al reducir los miembros de sus comisiones permanentes, asegura su blindaje como “surcursal del Consejo de Ministros”, según la afortunada acuñación del diputado de la oposición democrática, César Pérez Vivas. Los reclamos de la colectividad se pierden en los laberintos de la formalidad cuando apenas logran escurrirse por debajo de las rejas. Los nombramientos no saben de la más mínima consulta aún entre los sentenciados a alzar la mano en el bosque y la llamada sociedad civil organizada ni siquiera es recibida por algun directivo.

El régimen del habilitazgo que acentúa un presidencialismo de por sí extremo, encuentra su puntero en una instancia colonizada que no ayuda a aliviar las tensiones artificialmente creadas. El endeudamiento legislativo con la Constitución de 1999 promete superar el que se contrajo con la de 1961, a menos que una abnegada manufacturación, contundentemente delegada, confirme el sacrificio del debate y de la propia función contralora por fuerza de una lógica de visos autoritarios.

Estamos empeñados en una cuarta, quinta o sexta repúblicas de acuerdo a la caprichosa división de una historia hecha de profundas experiencias y no de simplicidades acomodaticias. Reclamamos una república, un ejercicio convincente de republicanismo para preservar las libertades cívicas, relanzar la democracia y andar un modelo de desarrollo que se inscriba adecuadamente en las tendencias globalizadoras, incluida una polémica lo suficientemente compartida y, por tal, política, a objeto de una reforma constitucional que sintonice el parlamento con los tiempos que se viven. En definitiva, para que nos una algo más que el espanto.

(El Nacional, 04/06/01)

¿Un parlamento lineal?

Compartimos la preocupación en torno al rendimiento legislativo, pero debemos reparar en un hecho crucial: la necesidad del debate. Y es que tampoco podemos sacrificarlo en nombre de una acelerada manufacturación de leyes.

Tardíamente mitigado, el endeudamiento con la Constitución de 1961 fue considerable. Obliga a una acuciosa investigación histórica para establecer un balance que igualmente considere las investigaciones y discusiones que el extinto Congreso protagonizó, incluyendo el saldo de sus omisiones, perezas o dejadeces.

La deuda que vamos acumulando con la Constitución de 1999 ya luce inmensa. No obstante, habría que preguntarse, por una parte, sobre la existencia de otros espacios alternos, reales y confiables, para la confrontación de ideas y pareceres, inevitable en toda sociedad democrática, y, por otra, en el resultado constante y sonante de la (sobre) habilitación con la que ha contado el gobierno, a manera de ilustración.

Solamente los regímenes autoritarios logran una rápida y nueva arquitectura legal dejando de lado los problemas y demandas de la sociedad, más tarde convertidos en un inevitable como peligroso absceso. Quizás las acreencias constitucionales, las del pasado y del presente, tengan como explicación la imposibilidad de diferir aquellos asuntos que conciernen al diario ejercicio de una convivencia que es democrática cuando las gracias, olores y saberes no ocultan las desgracias, hedores y padeceres.

Y, como ocurrió en un ayer no muy lejano, no es fácil el blindaje y aplastamiento de la mayoría parlamentaria sin incurrir en un elevado costo político. El fiel cumplimiento de todas las disposiciones transitorias supondría el diferimiento y olvido de casos tan graves como el de Montesinos, los escuadrones de la muerte o la fijación de otro salario mínimo nominal, como el de la corrupción o el acuerdo petrolero con Cuba.

Para la discrepancia o la coincidencia, digamos que no fue posible alcanzar una ley de amparo constitucional, un régimen penal del ambiente, la elección directa de los gobernadores o un sistema de seguridad social, sin la ventilación de escándalos como el de las máquinas electorales, BTV, RECADI o la partida secreta, amén de toda la polémica sobre los derechos humanos, el destino de los desechos tóxicos, las asignaciones especiales o la crisis hospitalaria. Por consiguiente, el desenvolvimiento democrático no obedece a tiempos lineales, por detallados e irrefutables que sean los itinerarios empeñados.

No digo que los parlamentarios deban distraer todo su tiempo, ignorando el mandato de una Constitución que tampoco supo de una discusión amplia y pormenorizada. Estimo que es posible conciliar tan importante actividad con el reconocimiento eficaz de otros problemas caracterizados por la urgencia.

Por lo demás, apuntemos que se habló de la posible aplicación de un estado de excepción, sin que el oficialismo presentara el proyecto de ley correspondiente, tanto como se dice de una ley de tierras, completamente desconocida, y el diputado Nelson Chacín ha observado que la versión finalmente presentada del proyecto relacionado con los refugiados y asilados, es distinta a la discutida y aprobada en el seno de la Comisión que lo trabajó. Meditemos en la ventaja de elaborar y plantear con tiempo sendos proyectos sujetos a una discusión generalizada, pues, de lo contrario, ella irremediamente se condensará en el hemiciclo, aunque la práctica del oficialismo tenga correspondencia con el empleo de un medio táctico que ya no depara el mismo rendimiento político: la sorpresa.

Simplemente ha llegado la hora de gobernar. Y la sospecho como la mayor de las deudas.

(El Globo, 17/08/01)

La otra política

La política no pertenece exclusivamente a los partidos, pues, también la hacen los gremios empresariales y sindicales, estudiantiles y académicos, vecinales y recreativos, en el ancho

horizonte de las decisiones que dicen comprometerlos. Apenas es una cuestión de instancia, donde valores y principios, hábitos y prejuicios, se dan cita por igual.

Hay una cultura política fuera de la órbita estatal, insuficientemente evaluada en todos estos años. La mejor ilustración está en los condominios, donde propietarios e inquilinos frecuentemente exhiben los vicios que se les imputa con facilidad al liderazgo partidista.

Cualquier observador puede percatarse de la escasa participación en los problemas comunes del edificio, la barriada o la urbanización. La desconfianza, apatía o resignación, obedece también a la preeminencia de una camarilla habilidosa en el manejo ventajista de los asuntos administrativos, surgida con garbo y espontaneidad cuando la delegación tiende a ser tan absoluta como el mismo derecho de propiedad (y comodidad) invocado.

Puede colarse una crítica siempre subrepticia en torno a los deudores de la comunidad, cuyas crisis económicas no se compadecen con los peroles electrónicos exhibidos en fiestas que, por lo regular, desafían el sueño de todos. Las juntas de condominio y de administración exponen las medianas y pequeñas corruptelas, afianzadas hasta en la reparación de un modesto ascensor.

La pintada o las remodelaciones del inmueble siguen el curso del cableado televisivo o la promoción de un producto o servicio, en un universo de prácticas y percepciones orientado a todo el aprovechamiento individual posible y la conformidad con un discurso “heroico” de mantenimiento. Las empresas del ramo tienden a crecer independientemente de sus ineficacias y triquiñuelas, resultando asombrosamente rentables con el diferimiento del pago de la luz o el agua, incluida la complicidad de los líderes residenciales.

Es el vecindario de la clase media-media y baja, por lo general, el mejor indicador de una cultura política que no luce mejor que la versionada en sus reproches persistentes al liderato público. Una suerte de microfascismo la informa y, acaso, adquiere perfección en los comités de notables que surgen al calor de los nuevos encumbramientos urbanos: el tesista encontrará en las vicisitudes judiciales de un famoso cirujano plástico, rechazado al adquirir casa en una reputada urbanización caraqueña, las mejores pistas del pensar y el hacer colectivos de la Venezuela contemporánea.

La otra política la palpamos en ámbitos aparentemente insospechables. Las universidades plenamente dependientes del presupuesto nacional, so pretexto de la autonomía, la ejemplifica fielmente como un inmenso monumento a la anomia que los hechos todavía frescos de la UCV testimonian.

Ojalá pudiéramos precisar la vigencia, significación y alcance reales de los Juzgados de Paz, elegidos tiempo atrás por voluntad popular. Constituye un dato relevante para saber cuánta profundidad puede tener la revolución ciudadana que, por cierto, nada abona a la retórica del tutelaje político ensayado por un oficialismo evidentemente anacrónico.

No cabe duda que el autoritarismo encuentra nido en el obrar colectivo ajeno a la rutina de los partidos conocidos o que ya se conocen. Reconocerlo nos parece un importante paso.

(Venezuela Analítica, 07/01)

Política y humedad

Bajo el signo de la postmodernidad, los problemas del agua pueden insurgir con un vigor político probablemente inédito. Se trata de la periferia y no del centro que habla de las enormes, complejas y más de las veces incomprensibles dificultades que los gramáticos de la economía sueltan en la prensa escrita y audiovisual.

La escasez de agua en las grandes metrópolis, incluyendo desastres como el de las tuberías cordilleranas de Táchira, se traduce en un costo social cada vez más abultado, en un dardo mortal a la calidad de vida vencida la póliza de las antiguas bonanzas petroleras. La injusta distribución de cargas, impuesta por la crisis con tal desenfado que amilana a los utopistas más obstinados, se hace sentir. Los sectores medios no cuentan con una capacidad de almacenamiento, movilidad, asistencia, atrevimiento en las tomas públicas, en relación a otros y con demasiada frecuencia son víctimas de la especulación de las cisternas misilísticas y el consumo eléctrico se eleva excesivamente con el empleo de los pequeños y medianos tanques mercadeados para las emergencias.

Ahora bien, al menos los caraqueños aceptan el sacrificio del racionamiento, tanto como el resto del país puede aceptarlo en los términos del ajuste macroeconómico. No obstante, se pide un mínimo sentido estratégico que lo haga útil con sus resultados en un plazo razonable. Se ha dicho que el Acueducto Metropolitano de Caracas requiere de una inversión por el orden de los \$ 4.500 millones, rehabilitándose plenamente en un tiempo de

aproximadamente ocho años. No hay el dinero y otras prioridades marcan la pauta, pero el sacrificio y la estrategia dibujan una ecuación sugerente: la demanda política ya no está delimitada por nuestras diarias vicisitudes sino apuntarán a los planes, programas y mecanismos que puedan plantearse, imprimiéndole un carácter cualitativo, aunque sería absurdo pensar que a mayor conciencia de los problemas mejores posibilidades tiene un ingeniero hidráulico para la Alcaldía. E, incluso, quienes sostienen la necesidad de un Primer Ministro para solventar todos los problemas, olvidan, por ejemplo, que el agua no depende de la implantación de la figura sino de una más decidida descentralización, entre otras iniciativas, reivindicando el presidencialismo.

Ocurre que la política va humedeciéndose de aquellos asuntos supuestamente subalternos. El agua es un ejemplo y puede sintetizar otros reclamos pendientes, gramatizarlos, como ocurrió con la nacionalización petrolera. Y tenemos que la polémica invadirá el terreno estratégico, quizá sucediendo algo similar con las medidas recientemente adoptadas en materia económica: la clave no está en el ajuste sino en el signo y alcance de la reforma estructural, obligado puerto.

(Economía Hoy, 22/11/96)

La polis líquida

Admito una mejoría en la administración urbana del agua. Antigüamente éramos objeto de un implacable, como sorpresivo, racionamiento que nos ponía en solfa con nuestras improvisaciones y negligencias fieramente cultivadas.

Esta vez, Hidrocapital ha hecho una adecuada programación y, al menos, por los lados de El Paraíso, donde resido, no sufrimos el duro castigo de la escasez para quienes optamos por quedarnos en Caracas durante la fiesta vacacional, como la Santa Semana que abre las carreteras para darle estadia a quienes siempre protagonizarán “La autopista del sur” de Julio Cortázar.

La referida empresa avisa e impone el ahorro, afianzando un compromiso colectivo que contrasta con los viejos suplicios. Poco a poco enfrentamos la sequía, en forma ordenada, a menos que haya sido un involuntario resbalón de la burocracia y, en consecuencia, haga la corrección de rigor para devolvernos el caos. Por cierto, nunca supe si efectivamente la empresa indemnizó a los vecinos de El Cafetal cuando se produjo una importante rotura de las tuberías, uno o dos años antes y si ésta, una política de responsabilidad, persiste a través de casos similares.

Igualmente grata ha sido la recepción electrónica de las síntesis de prensa de Hidroven, un gesto que confirma la utilidad del medio. No somos precisamente simpatizantes del gobierno nacional ni del metropolitano, persistiendo la inseguridad y suciedad de la polis, pero es justo reconocer la liquidez política que exhiben otros elencos del oficialismo. Ojalá no sea una falsa noticia.

(El Globo, 21/04/01)

Desplazamientos del enemigo existencial

Ejercicio de precisión, los regímenes de transición conciben y tienden a imponer discursivamente al enemigo existencial para facilitar, impulsar y consolidar el consenso que les permita, simultáneamente, sortear las dificultades solapando los errores. Ayuda una fuerte descarga emocional que puede apelar a la violencia hábilmente personificado el adversario. Ha señalado Juan Carlos Rey, en “Problemas socio-políticos de América Latina” (1980): “Cada oponente ve en el otro la negación del propio ser o de las propias posibilidades vitales y falta un marco normativo común aceptado por ambos que dé significado a sus acciones” o - logrado tal marco - no puede aplicarse enteramente, “incluso en lo relativo a las relaciones entre quienes l (o) aceptan”.

La Junta Revolucionaria de Gobierno, conformada a raíz del golpe del 18 de Octubre de 1945, dispuso de un conjunto de instrumentos (juicios de responsabilidad civil y administrativa, inmediata represión de los sucesivos intentos de contragolpe, diferimiento del conflicto del partido oficialista, sumada la movilización de las masas y el radicalismo verbal), provocando un efecto moral decisivo en el cuadro de reubicación de los distintos factores de poder. Acentuadas las vulnerabilidades del anterior régimen, el nuevo consiguió un importante margen de libertad al esgrimir su vocación democrática, nacionalista y de honradez en el manejo del erario público, con tal impacto psicológico que aseguró la iniciativa frente a quienes creyeron el cuartelazo tradicional automático.

Paradójicamente, la creciente fortaleza del gobierno se tradujo en una asombrosa debilidad. En las elecciones del 27 de Octubre de 1946 para la Asamblea Constituyente, Acción Democrática alcanzó el 78,43% de los votos. Había reforzado su prestigio con la creación de la Universidad del Zulia, aumentado el ingreso petrolero e, incluso, corregidas las fallas de los aludidos juicios a través de la Ley de Enriquecimiento Ilícito de Funcionarios y Empleados Públicos, cediendo después Rómulo Gallegos (75% de los votos), frente a la Iglesia Católica, al dejar sin efecto el celeberrimo Decreto Nr. 321 de 1946. Sin embargo, adquieren resonancia las denuncias en torno a las torturas físicas que los organismos de seguridad presuntamente prodigan en “El Trocadero” y el llamado “Inciso Alfaro” de 1947 que permite la detención preventiva de los sospechosos de conspirar.

Realizada la Constituyente, el gobierno ya no monopoliza el ideario revolucionario, perdiendo la flexibilidad necesaria con la abstracción progresiva del “adversario de todos”, además que las Fuerzas Armadas ya están integradas, afianzando el discurso de su “neutralidad”, como partes del poder. Expresó Luis Ricardo Dávila que la “la acción de la política octubrista consistió en colocar a las fuerzas enemigas como la encarnación sin fin de los antivalores de la Revolución de Octubre” (“Imaginario político venezolano”, 1992). Esta vez, la oposición se apropia de los postulados oficialistas y -en sus maniobras de laxitud, intensificando la propaganda - asegura los medios morales, desligada ya de los altos personeros del antiguo régimen procesados por corrupción: va al centro de gravedad del gobierno, a su gestión de todos los días, y, al juzgarlo de traidor de los ideales de 1945, alcanzando el clausewitziano punto culminante de la victoria, comienza a reescribir unas páginas que para finales de 1949 definitivamente no le pertenecerán.

Incluso, ganada la iniciativa, los opositores teñirán su profesión de fe anticomunista. Germán Borregales, por ejemplo, ferviente partidario del franquismo, argumentará: “Por muy anticomunistas que nosotros seamos, no podemos aceptar, como algo bueno, una conducta arbitraria, así se cometa contra nuestros más encarnizados adversarios ideológicos y políticos. Ese rabioso anticomunismo del gobierno adeco, como de sus sindicatos, responde a una cuestión pura y simplemente convencional. Posiblemente, algunos elementos de ideología conservadora, estarán aplaudiendo estas medidas ... Ese anticomunismo no es el nuestro” (“Rómulo Betancourt, estadista y diplomático”, 1948).

André Beaufre advierte: “La estrategia no se juega como el ajedrez, con peones de valor constante y definido. Sus soluciones se asemejan a un guiso en que fuera preciso mezclar ingredientes en constante estado de transformación” (“Introducción a la estrategia”, 1965). Y ausentes las reglas de juego, las que posibilitan el desarrollo del conflicto no existencial (o agonal), resultaron antiguos tanto el régimen como la oposición surgidos al calor del 18 de Octubre, creada la nueva oposición de militares y civiles.

Para 1948 está avanzado el proceso de descomposición interna. Si hacemos caso a las observaciones formuladas por François Furet respecto a la experiencia soviética, encontramos que no hay evolución ni revolución, sólo desmoronamiento (Revista “Vuelta”, Nr. 203 de 1993). El golpe de Estado del 24 de Noviembre no encontrará resistencia alguna y, por lo demás, será recibido, ingenuamente, como la gesta reivindicadora de los orígenes, no otro que el 18 de Octubre. Será en 1952 cuando tajante y definitivamente se abra el otro juego.

Hubo muchas escenas épicas en el trienio populista. Escenas como la de Rómulo Betancourt pasando por el Arco de la Federación, el 18 de Octubre de 1946. En el jeep del Batallón Motoblindado se exhibía el entonces Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno con Carlos Delgado Chalbaud, Ministro de la Defensa, y Mario Vargas, Ministro de Relaciones Interiores. Germán Borregales fue un crítico implacable del régimen, a través de las páginas de "El Gráfico", bajo el pseudónimo de "Mr. X". Años difíciles, de parto, de alumbramiento de una nueva etapa histórica. Arturo Sosa ha escudriñado los orígenes del proyecto político de un propulsor principalísimo, Betancourt. Simón Sáez Mérida, el joven Secretario General de A. D. durante la resistencia contra la dictadura de Pérez Jiménez, versa en torno a uno de los desenlaces de ese proyecto. No sé por qué sale al paso Charles Foster Kane, el personaje central de la muy conocida película. (Economía Hoy, 29/11/95)

Consenso de viabilidad

Fracasadas las celeberrimas mesas redondas para alcanzar una candidatura presidencial única, como un intento para salvaguardar espiritualmente los hechos del 23 de Enero de 1958, las organizaciones políticas impulsaron las distintas nominaciones no sin profundizar en un sistema mínimo de acuerdos. Al avenimiento obrero-patronal se agrega un convenio de menor impacto, como el suscrito por las cinco juventudes partidistas más importantes, perfeccionada transitoriamente la unidad estudiantil, cuya preocupación esencial estuvo en reemplazar la hoy olvidada noción del canibalismo político por el debate ideológico y programático.

El llamado pacto de Nueva York se traduce en el de Punto Fijo, suscrito triangularmente para darle viabilidad a una democracia naciente. Una denominación que condensa todos los males de cuarenta años, como si hubiese sido una fórmula inmovible desde su propio origen, consumados en un instante los cálculos de sendos estrategas que, al no saber de disidencia alguna en sus propias filas, diseñaron un juego infalible de piezas gracias a una súbita y genial inspiración.

Por entonces, pesaba en demasía la amenaza de un golpe de derecha restaurador de los viejos procedimientos en nombre de la salvación patria, por no mencionar la guerrilla diversa, la que todavía puede suscitar el interés por un escenario hipotético en el que todos – incluidas las ideas- no hubiesen tenido cabida en un status quo semejante al habanero. Las acontecimientos, las circunstancias y dramas posteriores, marcadas las dislocaciones del boom petrolero, apuntan a otra caracterización del referido sistema que naturalmente surca los espacios del uso y del abuso en la continua pugna entre actores, hechos y pretensiones, así como los clásicos conflictos existenciales y no existenciales o agonales del sistema.

Punto Fijo, por una parte, indica incorrectamente la supervivencia de estilos y contenidos que trascendieron los propósitos iniciales. La preservación de las prácticas y postulados institucionales que no tuvieron sólidos antecedentes a lo largo y ancho de la historia republicana, quizá unida a la disconformidad distributiva de la renta, dibujaron –y probaron- otras versiones como la Ancha Base y el Pacto Institucional que, además, permitió - en los últimos años - la participación de las corrientes minoritarias en las directivas legislativas, sin que la mayoría las monopolizara en forma aplastante y contundente, como ocurre en otros países. Y no sobra mencionar que la presidencia del Congreso de la República estuvo en manos del actual oficialismo, aunque no tuviere los votos suficientes para ello, en correspondencia con lo que se convirtió en una sana tradición.

Los errores no pueden imputarse al mínimo y necesario consenso capaz de canalizar, dirimir o administrar, los conflictos. Y si de formalidad se trata, podemos apuntar al incumplimiento de los acuerdos de democratización impulsados por la COPRE, insoslayablemente contextualizados en un agotamiento del modelo de desarrollo y la distribución delictiva de la renta que tenía –y tiene- límites igualmente ineludibles y gigantescos en términos de significación ética y trascendencia política, aunque no represente un peso extraordinario e inmenso en relación al PIB.

Por otra parte, la condena del ahora fastamal pacto de Punto Fijo no sólo enmascara una continuidad agravada por la falta de imaginación, al perseverar en un proteccionismo inaudito en estos tiempos, amén de la reaparición de añejos estilos y prácticas, sino impide otro consenso de viabilidad tan semejante a los que se dieron mediante los pactos de La Moncloa o de Los Olivos. La exclusividad del liderazgo es un reclamo permanente, aún frente a las corrientes afines o subsidiarias que contribuyeron a la victoria de diciembre de 1998, supeditadas o condicionadas a la concesión de un cupo en la alianza electoral que les prolongue una existencia que no equivale necesariamente a su vigencia.

A la interpretación tan maniquea del pasado que impide una formulación de reglas claras de equilibrio e interacción, debe añadirse la enorme concentración de poderes en el Presidente de la República, permitiéndole –por ejemplo- auto-habilitarse de acuerdo a la novísima Constitución. Vale decir, no requiere del concurso de otros agentes o decisores públicos en una materia cuya amplitud hace palidecer las previsiones de la Carta de 1961, imposibilitando prácticamente los controles.

Serán no pocas las presiones y tensiones que sufrirá el sistema político al no procesar libremente las discrepancias, reducida la posibilidad de un consenso de viabilidad para el

cambio efectivo. Resumidas en una misma frustración e impotencia, sabremos del drama, cuando los llamados comandantes no encuentren una salida satisfactoria a sus planteamientos; o de la comedia, al tratarse de la actual dirigencia nacional copeyana que no esconde su deseo de integración al Polo Patriótico.

(Economía Hoy, 28/02/00)

Antichavismo y estupidez ilustrada

Ha faltado espesor a la tinta que corre por estos días. La estupefacción es domicilio común de opositores y seguidores del gobierno.

Pocos intentos de reflexión encuentran una adecuada oportunidad editorial. El recurrente comentario anodino fuerza al contraste en la necesaria enhebración de posturas que consigue casa en la prensa convencional y digital, advertido el rotundo fracaso de los medios presuntamente alternativos surgidos de la promoción, recursos y diligencias del oficialismo.

Néstor Francia ha publicado recientemente “Antichavismo y estupidez ilustrada” (Rayuela Taller de Ediciones, Caracas). Hablamos de “un libro para el debate” (9) que, al denunciar la coincidencia de un sector de la opinión pública venezolana con los argumentos esgrimidos contra la Comuna de París, ensaya una versión de lo que ha transcurrido: siendo importante la reivindicación frente a la interesada y encadenada cuña presidencial.

Por una parte, es una tontería la de negar la persistencia de un pensamiento clasista, supremacista, elitesco, acomodaticio y racista, aunque se nos antoja la existencia de los “intelectuales de estos nuevos tiempos” (77), portadores de “mundos mejores” (102), como una generalización confortable, ¿Quién dijo de una oposición uniforme y sin coladuras?, ¿acaso no invocó la sabia distinción de Tulio Hernández entre antichavismo ético y estético?, ¿similar papel jugaron los celebérrimos “Notables”?, ¿no ha emergido la Venezuela profunda?, ¿cuál póliza nos cubre frente a la simplicidad panfletaria?.

La situación también ha dado pié a una corriente opositora degenerativa o ridícula. Valga la mención de un serio investigador, a quien he leído con interés: me sorprendió la remisión electrónica de una fotografía del barinés con el (único) líder cubano de una garrafal obscenidad.

Miseria, hambre, enfermedades y desescolarización constituyen los mejores ejemplos de la democracia betancurista, caracterización propia de un militante de los sesenta. Provocadora y represiva desde sus inicios, corrompida y clientelar por siempre, destacando Punto Fijo como una personal y encubierta herramienta política.

No somos devotos del güatireño como Manuel Caballero, soslayando el terrible aplastamiento de la protesta popular, pero no olvidemos que la conspiración de distintos signos era algo más que un tropiezo anecdótico. La dinámica de los consensos (variables), supo de un desarrollo de enorme interés politológico, imposible de condenar por su ruidoso agotamiento, todavía ausente otra fórmula para una sociedad asombrosamente compleja.

Lo anterior dice de la notoria ausencia de un serio análisis marxista en torno al ascenso de Hugo Chávez y sus posibles implicaciones, lejos de la retórica bolivariana y zamorana de Ortega Díaz, por citar un nombre. La proclamación de un cierto humanismo que sea diferente al liberal, existencialista, tecnocientífico o cristiano, reclama precisiones acordes con las categorías insinuadas por Francia. Refleja precisamente la gran tragedia del régimen: en nombre de lo absolutamente inédito, se vió y se ha visto relevado de todo esfuerzo intelectual que le permita discutir en profundidad un rumbo, para lo cual quizá sea tarde por las vicisitudes apremiantes del poder y el inevitable pragmatismo que tiende a empujarlo hacia las nociones más elementales del autoritarismo.

Nos descontentan los enunciados, como las labores del Plan Bolívar (86, 122), sin noticia del cuestionamiento que le formuló el contralor Roche Lander, citado fuera de contexto (74). Concuero con la observada represión de febrero de 1989, pero era de esperarse una opinión elaborada sobre uno y otro militarismo (76s.). Francamente no entiendo que un amplio sector de desempleados “prefieren seguir dedicados a la economía informal”, alegando razones tan pueriles (120). El afán de adhesión le impide abordar la inevitabilidad de la “corrupción, personalismos e incluso estupidez”, con algo más que la cima y el pie de la montaña, para no caer en la “chismología política” (147) o los nuevos peligros cupulares del proceso (151).

Por otra parte, tenemos que el fracaso de las jornadas de junio de 1848 y la Comuna de París de 1871, conduce a Marx a plantear la dictadura del proletariado. En el “Programa de Gotha” y “La guerra civil en Francia”, dibuja una transición orientada a la destrucción del aparato del Estado en beneficio de estructuras más descentralizadas y desjerarquizadas, convertidos el ejército en milicia popular, la policía en servicio público y el funcionariado en delegados revocables, exactos mandatarios de sus electores. Así, colegidas fácilmente

sus características, el actual gobierno se haría igualmente acreedor de las críticas del poeta ahora ensayista, a menos que acepte las tesis leninistas en esa distinción nada convincente entre real socialismo real y falso socialismo real (103).

Francia ubica el enfrentamiento ideológico básico y universal entre el individualismo, sinónimo de una feroz competencia, monopolio y expoliación de la clase obrera, y el colectivismo, fundado en la cercanía de los hombres, la justicia social y el bienestar material y espiritual, siendo una de sus expresiones el marxismo (10, 25s., 54). La Constitución Bolivariana registra una tendencia colectivista, reconociendo que la sociedad y la cultura socialistas no se han instaurado en razón de las actuales condiciones (131, 140ss., 153s.). Amén del fuerte componente autoritario que cohabita con el reconocimiento de la propiedad privada y hace indigerible un conjunto de normas de avanzada, un examen más pausado de la carta magna le recordará aquellos enfrentamientos de la Primera Internacional entre el comunismo de Marx, el colectivismo de Bakunin y el mutualismo de Proudhon.

Chávez no cayó de las nubes, pues, las cosas estaban tan malas que la respuesta ha sido igualmente mala. Una de las tareas más difíciles es la de deslindarse de aquellos que lloran por un pasado en el que les fue mejor. E Ibsen Martínez, gran auxiliar del autor de marras, ha tenido éxito en el marcaje de los espacios, aunque por ratos parezca un furibundo miquileno-chavista.

(El Globo, 28/12/00)

El contexto opositor

Es necesario distinguir a la oposición democrática y con vistas al futuro de la otra que alimenta el resentimiento, profundiza los prejuicios en el intento de devolvernos al pasado. El presidente Chávez, y sólo él, constituye un acontecimiento inédito en la Venezuela contemporánea que amerita de respuestas responsables, profundas y convincentes, pues, si bien es cierto que protagoniza toda la carga anómica que arrastra la sociedad venezolana por décadas, no menos cierto es que sus intensos despliegues autoritarios contradicen la básica cultura democrática adquirida y es, precisamente, a partir de ella que podemos alcanzar una alternativa pacífica, paciente y determinante para enderezar el rumbo.

No basta con señalar las incontables fallas, los garrafales errores y los confusos propósitos de una gestión que prometió resolver los problemas del país en un ejercicio demagógico necesario siempre de recordar. Urge contextualizar la tarea opositora en las experiencias de un pueblo desencantado que, en una circunstancia absolutamente coyuntural, le brindó su

apoyo al actual oficialismo y éste, con la amarga simplicidad de sus diagnósticos y la carencia de soluciones eficaces, pretende todavía manipularlo agitando el fantasma de una guerra civil, confinándolo a la etérea noción de “soberano” .

El reaprendizaje ciudadano, el regreso a las lides cívicas o la reinención de la política, dibujan los itinerarios a una oposición que no puede agotarse en los gestos mediáticos. Sobrevendrá la derrota en las elecciones sindicales para un gobierno que carece de escuela y de líderes en tan exigentes terrenos, a menos que incurra en otro fraude. Intentará aplastar la protesta popular y pacífica con la movilización de las turbas tarifadas, perdida crecientemente la calle. Profundizará una campaña propagandística y publicitaria, empleando los medios y recursos del Estado, frente a la más modesta constatación de una realidad social y económica que ha empeorado. Ensayará un partido único, impuesto a sus propios seguidores vertical y marcialmente, desechando cualquier posibilidad de oxigenación democrática en la propia casa, peligrando las nuevas cúpulas. Sin embargo, no podemos caer en la provocación y, por ello, la paciente construcción de un consenso democrático de oposición, revitalizada la sociedad civil organizada, renovada transparentemente la institución partidista, en un esfuerzo pluralista por hallar las salidas hacia una definitiva modernización del país en todos sus ámbitos, en libertad y democracia.

Valga mencionar un artículo de Argenis Chávez, publicado en “La Prensa” de Barinas (04/06/01), mediante el cual intenta conceptualizar a la oposición desembocando en claras contradicciones, además de los extravíos referenciales. Digamos, por ejemplo, que la oposición reclamada no fue precisamente la que ejerció en el pasado lo que se ha dado en llamar el chavismo; la desproporción que invoca es –apenas- un amable estereotipo, cuando el gesto opositor ha sido tímido frente a las embestidas oficiales; o la rendición de cuentas en la que concluye su tentativa definitoria, olvida de los parlamentarios opositores ya hicieron lo propio con su electorado, sin que el mensaje presidencial mismo estuviera a la altura del “nivel intelectual y cultural de amplios sectores de la sociedad”, según refiere. Agreguemos que, en una democracia, la oposición siempre está llamada a ser gobierno, aunque no sueñe al país en los términos del MVR y emerja hasta de los “viejos partidos”.

No habrá una confiable iniciativa política de oposición sin asumir el reto de reconstrucción de una cultura política democrática. Es una exigencia de la hora que propios y extraños deben asumir con entereza.

(Venezuela Analítica, 06/01)

Entonces, ¿cuál oposición?

No contamos con un mejor ejemplo de eficacia democrática que las respuestas alcanzadas en 1993, superadas las supuestas gestas épicas del año anterior. Un mandatario que supo de inéditas e incontestables cotas de popularidad, no sólo fue objeto de una valiente investigación parlamentaria, sino que se vió obligado a renunciar sin que el país se hundiera en una guerra civil, cobrando plena vigencia la Constitución de 1961.

Siempre nos opusimos a Carlos Andrés Pérez, quien diseñó –a partir del V Plan de la Nación- las rutas que hoy el gobierno esencialmente recorre con desinhibida ignorancia. Aceptamos la decisión electoral de la mayoría que lo condujo en dos ocasiones al poder, comprometidos en una alternativa que fuese capaz de enderezar el rumbo.

Pérez representó todos los males, cuestionada una conducta de innegables efectos en el espíritu colectivo. Sin embargo, debemos reparar en las bondades de una democracia que respondió adecuadamente a nuestras angustias y penalizó en las urnas a un adecaje que, al menos, no repitió en los cargos de pública elección, resignado a la subasta de valiosas obras de arte. Y esto incluye, si aceptamos la hipótesis del ex – presidente como paradigma de lo peor, una paradoja que tiende a reivindicarlo –forzados a la comparación- ante la historia: la aceptación de una oposición que, igualmente, tuvo la oportunidad de ejercer en otros tiempos.

En efecto, reconocemos que la actitud asumida frente a los opositores de sus dos gobiernos no sobrepasaba los fundamentales límites trazados por la institucionalidad y la propia cultura política alcanzada, a tal punto que abandonó la alta magistratura y no huyó del país para afrontar un proceso judicial que desembocó en una sentencia condenatoria. Un básico sentido de tolerancia lo caracterizó a pesar del enorme poder acumulado, no otro que el afianzado –siendo un dato importante, independientemente de sus resultados- por los calificados equipos que logró armar, aún tratándose de antiguos enemigos, en la otra paradoja que sugiere una dinámica diversa y autónoma de las fuentes políticas de sustentación, como la de una acreditación de sus integrantes que iba más allá de la simple lealtad partidista.

De esta manera, el cambio político actualmente demandado y hasta el hecho revolucionario que pudiésemos ensayar, supone la superación integral del paradigma en cuestión, pero no ha ocurrido. Lo que vemos es un retroceso innegable a etapas que creímos superadas.

No hay un gobierno democrático, sin una oposición democrática. Y tan universal convicción no la encontramos en el presidente Chávez, quien esgrime las razones bélicas,

antes que las políticas, en defensa de una gestión que puede pasar de los afanes propagandísticos al estado de excepción, particularmente interpretado, aligerado el paso por una sólida amenaza: el empleo de las armas.

En lo que llamó la “tercera cadena internacional bolivariana”, devoto de la fácil adjetivación aún allende los mares, arremetió contra la oposición. Y si bien es cierto que apuntó a la irresponsable publicación de un remitido anónimo en la prensa estadounidense, no menos cierto es que disparó todo su verbo contra aquellos que propiciaron una merecida moción de censura a la Vicepresidente Bastidas en la Asamblea Nacional.

La bancada opositora intentó un recurso previsto nada más y nada menos que en la Constitución de 1999, recibiendo un ataque tan desproporcionado del jefe de Estado, adicional a la automática negación del debate por una mayoría dócil que desechaba hasta el derecho de palabra solicitado reiteradamente por César Pérez Vivas, electo con nombre y apellido en su circuito tachireño, por cierto, algo que no puede alegar el presidente de la Asamblea Nacional. Vale decir, acatadas las reglas establecidas, no es posible asimilar el mínimo gesto de disidencia y conceptualmente la oposición, aún surgida de la voluntad popular, no tiene cabida en el actual orden de cosas.

Ya no se trata de la oposición ejercida por los extraños a la causa, pues, nadie se atreverá a dudar de la exitosa adscripción de Francisco Arias Cárdenas a las ideas que fraguaron el 4F. Tan partero como el que más de la llamada V república, fue sometido despiadadamente al desprecio público por el entonces candidato-presidente en una circunstancia jamás acaecida en los famosos 40 años.

Huelga comentar que una modesta diferencia de Pablo Medina supuso la expulsión del PPT de la órbita oficial hasta que llegó el personal perdón presidencial y la inconsulta creación de otro referente partidista que, en el fondo, es el mismo del que ha dispuesto el régimen, para convertirlo de hecho en un ministro sin cartera, hasta nuevo aviso. Y nada podemos agregar al comportamiento de los gobernadores de Táchira, Cojedes, Guárico y Sucre, extendido el juego suma cero a lo largo y ancho del sistema político.

Entonces, ¿cuál oposición desea Chávez?. No es necesario acudir a Aristóteles o a Wittgenstein para las inferencias de rigor, concluyendo que los pueblos no pueden olvidar sus experiencias, las únicas que les permiten idear y construir las nuevas avenidas. La mentada banalización es apenas una ocurrencia presidencial más.

(Venezuela Analítica, 06/01)

De la oposición y sus etapas

Luego de las elecciones de 1998, la oposición no fue la de antes. Sumida en una profunda perplejidad, privó el miedo, pues, no se sabía de las características prácticas del nuevo régimen.

Proliferaron los argumentos, angostándose cada vez más la tribuna que había que defender, esta vez, en la calle. Nuevas figuras se anunciaron, provenientes o no de los partidos históricos, frente al rápido repliegue de otras más viejas y consagradas: emblemáticos en tiempos difíciles e impredecibles, como César Pérez Vivas, articulador de la protesta parlamentaria, o Gerardo Blyde, recurrente ante la Corte Suprema de Justicia.

En su primer impulso, el oficialismo lucía fiero, compacto y dispuesto a solventar todos los problemas padecidos o por padecerse. E intimidada, la oposición no tenía que salvar otra cosa que su pellejo en el trance de un reencuentro rousseauiano con la verdad revelada.

Atemorizaba el verbo presidencial, tanto como las turbas estratégicamente dispersas, en un clima de facturación indiscriminada al pasado que, incluso, ganó adeptos entre los que lo disfrutaron. Bastaba con ejercer a fondo la voluntad, rebautizar a la república y –sobre todo- tildar a todos de apátridas o realistas, desterrándolos, para encontrar el camino de Damasco.

De descalificaciones automáticas se hizo esta inicial etapa, con sus notas agudas, graves y ... mudas. Los cuarenta años precedentes, convertidos en una formidable daga discursiva en la estrategia de amedrentamiento, o la absoluta gratuidad del fenómeno chavista, destacaban en el concierto político.

Irremediable, surgió el gesto disidente en forma espontánea. Unas veces, cabalgando los prejuicios que se tenían a la mano, increíbles a estas alturas de la historia, y, otras, ensayando una racionalidad que los medios de comunicación, en buena medida, dispensaban.

Los extravíos del sentimiento opositor igualmente se explican por la ausencia de adecuados mecanismos políticos de canalización, como si el conflicto no fuese consustancial a toda democracia que se tenga por tal. Emergieron ciertas y valiosas manifestaciones de la sociedad civil organizada que, por su naturaleza, supieron de las prontas limitaciones impuestas por el poder, excepto se reconocieran como novísimas expresiones políticas o partidistas, alcanzando esos espacios tan incomprensidos que una vez ayudó a desacreditar.

Hoy atravesamos otra etapa, la de una diferenciación que, ojalá, permita traducir la oposición social y difusa en oposición política y concreta, indispensable para la pacífica resolución de los problemas. Sugiere la paciente construcción de alternativas de distintos signos ideológicos, capaces posteriormente de coaligarse y ofrecer un programa mínimo común para salvaguardar la democracia, si fuere el caso, frente a las manifestaciones reales o artificiales de una oposición regresiva y salvacionista, como las de un gobierno propenso a la colonización de la sociedad.

Obliga a la actualización, transparencia y reivindicación de los partidos, conminados a dar un testimonio democrático convincente, externo e interno; a reconocer la existencia y vigencia de las otras sociedades intermedias en un esfuerzo complementario de desarrollo cívico; y a no monopolizar el debate público. Vale decir, a reencontrarse con la política.

A una primera etapa de miedo, confusión, desmoralización y repliegue, sigue otra de reconstrucción de los referentes sociales y políticos, asimilable a una básica cultura política democrática - mal que bien- alcanzada en las décadas precedentes. Es la oposición que abandona el esquema enteramente defensivo, la sola apuesta académica y mediática, apelando a los medios constitucionalmente disponibles para reconocerse como demandante de una definitiva modernización política, social y económica.

Importa el carácter autoritario del gobierno y las políticas públicas emprendidas, más que los afanes retóricos y desplantes protocolares de Chávez, a manera de ilustración. Y esto fuerza a elevar la calidad de la oposición, pues, la sensibilización y la movilización populares requiere de un respaldo crítico coherente, profundo y confiable, como de un modelo diferente de servicio público.

Quizá una tercera etapa sea la de una oposición plural y agonal, comprometida y eficaz, innovadora y equilibrada, política antes que bélica. Dependerá de los escenarios pendientes.

(Venezuela Analítica, 08/01)

El futuro de la política

Sobra la política en los tiempos que corren: no hay problemas comunes, excepto los prolongados por la intención culpable de los saurios que –en cualquier latitud- roban, mienten y rompen traquilidades. Impensada, tan sólo quedará la osamenta pulverizada y esparcida en una suerte de smog cívico, irrespirable y sedicente.

Fernando Vallespín ha publicado “El futuro de la política” (Taurus, Madrid), intentando la “búsqueda de un lugar para la acción” (58), en el contexto de un Estado desbordado por la mundialización y la complejidad social. El calificado académico, frecuentemente aquejado por la falta de espacio, consta “la falta de una teoría alternativa (que) se intenta suplir con la simple indignación, la ironía o lo que cabría calificar como el discurso de las buenas intenciones” (210), remitiéndonos a la crisis de la modernidad.

El rencor acumulado o la actitud revanchista, la envidia u otros simplismos defensivos, no bastan para asumir un fenómeno de esta hora, pues, hay algo más serio que la neurósis burocrática no atisba: “Mi intuición es que no sabemos comunicar el sentido de la política en un mundo en el que ésta debe aprender a convivir con crecientes procesos de autoorganización y fraccionamiento social, y los propios medios son incapaces de salirse del ya bien aprendido guión de información que ellas nos ofrecen” (230).

Tendencia que inunda de perplejidad las antes asoleadas calles de nuestra convivencia, nos resistimos –en muy distintas circunstancias- al derrumbe de las viejas certezas sobre el poder, rígido y jerárquico, apostando por tesis como la de Ceresole. Y, lo que es más grave, con un liderazgo que se cree relevado de todo esfuerzo intelectual, amparado en los convencionalismos del oficio, mientras las aguas se arremolinan.

Una distinción clave, la gobernabilidad y la gobernación, responde a la realidad indócil, peligrosamente banalizada en los espacios comunes. Modificados los tradicionales parámetros institucionales, está obligada a la ampliación de los actores, imbuida de la cultura y los estilos de vida, centrada en los concretos problemas que tejen la cotidianidad, como el desempleo o la destrucción ambiental: “... La política del futuro debería estar menos pendiente de la gestión directa que de la impulsión y galvanización de acuerdos, iniciativas, cooperación, persuasión, movilización ciudadana”, significando “menos

administración, pero más política” (157s.), un inmenso desafío -agregamos- en este lado del mundo caracterizado por el autoritarismo, a ratos, sorprendentemente flexible o elástico.

El fraccionamiento identitario interno o la posible confrontación entre los partidos “cosmopolitas” y “nacionales”, alterado el clásico dispositivo gobierno-oposición, lucen tan atractivos y sugerentes como el (necesario) desarrollo de la globalización y las implicaciones del voyeurismo. En todo caso, sentimos que una política aduanera a ultranza sospechará de la profundidad de todo debate y – aligerado por los medios, constelado de estereotipos – aparecerán alternativas sin la mediana coherencia y sobriedad requeridas: poca falta harán las explicaciones.

El ciudadano común, suelto y distendido, es el destinatario de los esfuerzos didácticos de un autor que ordena eficazmente las ideas, sin pretender el agua tibia. Hablamos de un aporte a la polémica que ha perdido, paradójicamente, calidad y recurrencia en el seno de los partidos políticos, al menos, por estos lares.

(Economía Hoy, 07/08/00)

C) La telaraña global

La crisis de hoy

“Entre el sueño y las realidades
en más de una ocasión sólo las
circunstancias pueden reducir los
abismos hasta allanar el mundo
que se interponga de uno a otras”

D.A. Rangel

Cuenta con una estupenda prosa que destaca, sobre todo, en sus diarios artículos de prensa, aunque no luzca tan bien en el ejercicio novelístico que siempre le ha obsesionado. Recientemente, puso en circulación “Las crisis de hoy” (Vadell Hermanos, Valencia), con prólogo de Edna Estévez, beneficiaria también de la pluma introductoria de Domingo Alberto Rangel en otro texto relacionado con tan compleja materia.

El autor ensaya una caracterización de las crisis en el marco de una dependentología cuya innovación reclaman los entendidos. Ya no son apocalípticas, sino representan una pausa, un retardo o dilación del desenvolvimiento económico. Ni son portadoras de riesgos políticos de consideración, aunque sea muy alto el desempleo y bajo o nulo el crecimiento. Los ejemplos comienzan a abundar en la periferia e, incluso, la recuperación no entraña grandes calamidades, habida cuenta de las previsiones u operaciones de rescate casi imperceptibles que se toman, en bolsas como la de Caracas, frente al alza de la divisa estadounidense (p.52).

Es el marxismo académico, en última instancia, el que persiste en la crisis terminal del capitalismo por cualquier vicisitud que experimente, por mínima que sea (124s.). La denuncia de Rangel se inscribe en la escuela clásica que bien pudo, décadas atrás, suscitar instantáneamente toda la furia del magnífico orador que siempre fue.

Las bolsas de valores e internet son los símbolos por excelencia del capitalismo transnacional y de la crisis actual. La infopista “permite conocer cualquier coyuntura por remota que sea casi en el momento en que ella se produzca” (59), una contribución a la globalización ya pronosticada. Y, para conjurar las crisis, debe agregarse el perfeccionamiento de las estadísticas y la aparición de las cuentas nacionales. No obstante, el instrumental analítico no cuenta con el ya viejo abolengo del gasto público asumido como algo más que un episodio bomberil hasta por los regímenes reaccionarios.

Estados Unidos, advierte, sigue despilfarrando el ahorro internacional, sobre todo el asiático, y “es casi divertido cómo el deudor sigue derrochando y a los acreedores no les queda más remedio que seguir otorgando créditos” (100). Pero es el euro el que irrumpe vigorosamente en un escenario donde predominaba el dólar, sugiriendo la sobrevaluación o devaluación como opciones con las que países como Venezuela, pueden intentar provechosamente (101).

Ojalá Rangel pueda darnos una obra densa, aún en la perspectiva del leninismo que cultiva con la vehemencia de muchos años, sobre la etapa final del ciclo abierto en 1945. Sabemos

de su posición frente al fenómeno encarnado por Chávez, pero resulta urgente una interpretación más profunda y coherente de un gobierno de diez meses de vejez.

(El Globo, 23/12/99)

La telaraña integradora

1.- La Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) es el marco integrador por excelencia al que pertenece Venezuela, aunque no ha contado con la eficacia esperada y deba enfrentar el fenómeno de la subregionalización. Además, los cambios en la economía mundial obligan a concebir y ejecutar políticas internas distintas a los propósitos originales que dieron origen a la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), cuando estaba en boga la política de sustitución de importaciones, inmediata antecesora de la ALADI. Esta ha sido un intento de relanzamiento del proceso integrador que, junto al Sistema Económico Latinoamericano (SELA), intentan articular las distintas experiencias que ofrece la creciente subregionalización reflejada en el esfuerzo de convertir las ventajas comparativas en dinámicas y competitivas, no sin ocasionar diferentes vicisitudes. La ALALC arrojó pocos resultados, siendo escaso el peso ejercido, por lo que nació ALADI sin que evitara las iniciativas integradoras hoy conocidas.

Venezuela participa más activamente en el Acuerdo Subregional Andino o Pacto Andino que sufrió un conjunto de reformulaciones a través del Protocolo Modificador de Quito en 1988, adoptándose mecanismos más flexibles en cuanto a los programas de desgravación, liberalización del régimen de capital extranjero porque la famosa Decisión 24 frenaba las inversiones foráneas, y los acuerdos bilaterales. En diciembre de 1990, la cumbre presidencial acordó una zona de libre comercio para 1991 y unión aduanera para 1995, no consumadas. Encontramos, en los últimos años, que las exportaciones venezolanas hacia los países de la subregión andina crecen con mayor rapidez en relación a Mercosur, aunque Brasil es el principal destinatario (28% del total promediado) frente a Perú (13,6%) y Colombia (12,8%) . Siendo ambiguos los compromisos de Perú, separado del acuerdo subregional, éste apunta a la inserción en el proceso globalizador, afrontando las dificultades internas de los países miembros que tal inserción acarrea.

En junio de 1994, Colombia, México y Venezuela o el Grupo de los Tres, suscribieron un Tratado de Libre Comercio que implica un mercado de 142 millones de habitantes, 4 millones Km². y un PTB de 290 mil millones de dólares. Resulta de una experiencia que partió de la mediación en la crisis centroamericana (Grupo Contadora) y los acuerdos petroleros de San José, propiciando ahora diferentes programas como el de desgravación de aranceles y el cooperación sectorial en el área energética, científica y tecnológica,

telecomunicaciones, turismo, transporte y medio ambiente, específicamente petróleo y siderurgia. El Grupo de los Tres ha conservado un carácter más informal en comparación con otras experiencias, advierten los observadores. Ha contactado con ASEAN, APEC y los Cuatro Tigres.

Igualmente, Venezuela intenta desarrollar una zona de libre comercio con el Mercado Común Centroamericano y CARICOM, logrando con éste un Acuerdo de Libre Acceso y no recíproco de productos caribeños al mercado venezolano, por cinco años, renovable, en octubre de 1992. Obviamente, existen múltiples posibilidades y por lo general hay un cruce de diferentes esquemas integradores, abriendo espacios a los acuerdos bilaterales con Argentina y Chile, privilegiada la relación colombo-venezolana.

Existen las posibilidades de encaminarse hacia el mundo asiático a través de la APEC, a pesar de las distancias y de la decisiva influencia que tiene el alto costo del flete en la oferta exportable venezolana. Obviamente, el petróleo constituye la punta de lanza, pues ha aumentado la demanda asiática a un ritmo anual del 10% y, gracias a los trabajos citados por José Clavijo, tenemos que la misma es suplida esencialmente por los países árabes, además de China e Indonesia, pero se observa una alta tasa de crecimiento económico en la región sin que se produzcan nuevos y grandes descubrimientos. En este sentido, redoblados sin resultados los esfuerzos de exploración en Tailandia, Vietnam y Filipinas, inevitablemente la región se hará importadora neta de petróleo, por lo que tendrá la necesidad de diversificar sus fuentes.

Clavijo sugiere el establecimiento de refinerías y centros estratégicos de almacenamiento del crudo en la región y, concretamente, mediante BITOR, filial de PDVSA, un intenso mercadeo de la orimulsión. Este novedoso recurso energético podría asegurar extraordinarias ganancias con apenas un pequeño segmento del mercado y, según cálculos conservadores, para el año 2000 la exportación promedio de BITOR sería de tres millones hacia el mundo asiático.

Ciertamente, la inserción venezolana en los mercados mundiales enfrenta las dificultades propias de la conformación de sendos bloques económicos. No obstante, la Tríada constituida por NAFTA, la Unión Europea y Japón, deja al descubierto algunas rendijas como ya lo ha observado Jorge Castañeda en su conocido libro sobre la izquierda latinoamericana.

Venezuela requiere de las iniciativas integradoras que les son inmediatas para afrontar el reto, aunque no son pocos los problemas que se plantean, muchas veces caracterizados por la falta de pragmatismo, el exceso retórico, las políticas económicas implementadas y la misma incompreensión del fenómeno por los líderes de opinión. En relación al Pacto Andino hay dificultades en la complementación económica de los países miembros que mediatizan los vínculos intrasubregionales, restándole eficacia a los mecanismos, instrumentos, programas y proyectos propuestos. La liberación comercial se hace engorrosa y lenta al negociar producto por producto.

Puede observarse, en cuanto al origen de las importaciones venezolanas, el liderazgo estadounidense (47%), seguido por Alemania (6,9%), Japón (5%), Italia (4,7%) para 1991, aunque ya hay un repunte para 1992 de Brasil (4,5%) y Colombia (2,9%). El destino de nuestras exportaciones indica nuevamente el liderazgo de Estados Unidos (34,7%), secundado por Alemania (25,5%), Puerto Rico (4,3%), Holanda (2,6%), Cuba (2,1%), Japón (2%), Brasil (1,8%) y Colombia (1,5%). Evidentemente hay una cabeza de playa en torno al comercio extrarregional, resentido el intrarregional, pero al referirnos a las exportaciones no tradicionales (excluidos el petróleo, hierro, café y cacao), luce importante que Colombia ocupe el tercer lugar (9,7%), sólo detrás de Estados Unidos (22%) y Japón (12,1%) .

Está en la mesa de discusión una decisión adoptada por la Corte Suprema de Justicia en 1990, por reducido margen de votación (8 contra 7), por la cual las decisiones del Acuerdo de Cartagena requieren de la ratificación del Congreso venezolano. Sin embargo, se observa, que dicho Acuerdo fue ratificado en su oportunidad por el parlamento consagrando así la competencia jurídica de sus órganos de conducción e instrumentación .

Al tropiezo de orden jurídico-constitucional ya citado, se suma la rigidez de las transacciones, pues muchas de las normas y acuerdos integradores pierden rápida vigencia ante la marcha acelerada de los acontecimientos. La conformación de la institucionalidad comunitaria en la que participa Venezuela, se ve afectada frecuentemente, en las modalidades de negociación, por los pesados procedimientos burocráticos que llegan a confundir las propias reglas de juego (“ level playing field”).

2.- La integración trata de un conjunto de iniciativas destinadas a la configuración de una comunidad de espacio ampliado, subsumidas las entidades nacionales previo cumplimiento de determinados requisitos . Trae a colación los problemas de competitividad, el acceso a los mercados, el hallazgo de “nichos” y la eficiencia, pues la integración no es un fin en sí mismo. La apertura, desregulación, minimización de las preferencias comerciales, régimen de orígenes y cláusulas de salvaguardia son aspectos obligados en los esfuerzos

integradores y no aquellos un tanto románticos que se observaron sobre todo en América Latina en décadas anteriores, incluyendo (o determinando) la llamada “década perdida”. En definitiva, se trata de la globalización, la creciente interdependencia de los mercados y las organizaciones industriales cuya pauta está marcada por las vicisitudes ambientales comunes (lluvia ácida, capa de ozono, etc.) y la necesidad cada vez más marcada de compartir o transferir los adelantos tecnológicos.

La integración está caracterizada por etapas sucesivas: Zonas de Tarifas Preferenciales, de Libre Comercio, Unión Aduanera, Mercado Común y Unión Económica. Sin embargo, los problemas no remiten a la tradicional visión de conformar instancias institucionales de índole política, administrativa u operativa por sí mismas, sino en dirección a la concertación en materia de política cambiaria, convertibilidad, libre movimiento de capitales y servicios bancarios, coordinación de políticas presupuestarias, etc. Las principales barreras al comercio internacional, en consecuencia, ya no residen en los aranceles y otros instrumentos tradicionales, sino en la implementación de las políticas internas: compras gubernamentales, materia laboral y ambiental, libertad de mercado.

Como podrá inferirse de las secciones siguientes, las perspectivas del proceso de integración apuntan al problema de la globalización y la fuerza de atracción ejercida por las experiencias consolidadas o en vías de consolidación respecto a terceros países, ocasionando una serie de problemas particulares.

3.- Señalamos la importancia adquirida por el SELA como foro articulador de la región. Hay importantes elementos que entran las distintas iniciativas subregionales respecto a la libre circulación de personas, bienes y factores productivos, la coordinación de las políticas macroeconómicas y la armonización legislativa. América Latina revela enormes potencialidades: 530 millones de habitantes y un trillón de dólares en poder de compra para el año 2000 .

Por supuesto, en la región se evidencian grados desiguales de desarrollo, focos relativos de inestabilidad política y crecientes expectativas de afiliación a la NAFTA planteada una Zona Hemisférica de Libre Comercio. No obstante, vistas las oportunidades que ofrece Europa, Basombrío observa tres escenarios sobre el futuro comercial latinoamericano centrados en un alto, mediano y bajo crecimiento para 1999 que oscilan entre el 8-5 % de crecimiento de las exportaciones y 10%-4 % de las importaciones latinoamericanas.

Se observan dos bloques comerciales en América Latina: el del “Norte”, orientado hacia la NAFTA, incluyendo a Chile; y MERCOSUR, orientado hacia lo que es ahora la Unión Europea. Ahora bien los expertos señalan en sus ejercicios prospectivos: “ ... Podría resultar una desviación mutua de comercio como resultado de los efectos dinámicos (sinergias) que se derivan de la complementación industrial y comercial dentro de cada bloque, profundizándose así de manera preferente las relaciones económicas entre ellos. Eventualmente, es de prever que ambos esquemas, cada vez más abiertos hacia afuera, liberen con mayor rapidez todavía su comercio mutuo, revirtiéndose los procesos de desviación de comercio señalados antes” .

El Pacto Andino ha dado un vuelco al acordar zonas de libre comercio con otros países. Por un lado, correspondiente a los países del norte, ha avanzado en la armonización de políticas, proyectándose hacia México, Chile, Centroamérica y Caricom (siendo improbable la incorporación de Bolivia); y, por otro, los acuerdos parciales con Perú, acercándose Bolivia a MERCOSUR.

MERCOSUR, agrupados Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay, aceleradamente resuelven asuntos comerciales, aduaneros, técnicos, fiscales, monetarios, comerciales, de transportación terrestre, industriales, agrícolas, energéticos, científico-tecnológicos, logrando niveles importantes de coordinación de las políticas macroeconómicas. Se ha comentado que el peso de Brasil y Argentina, salvando las distancias, es similar al de Alemania y Francia en Europa, afectando el acuerdo.

No podemos desconocer diversas iniciativas estrictamente políticas que coadyuvan en el esfuerzo económico de integración. El Tratado de Cooperación Amazónica, de la Cuenca del Plata, el Grupo de Río o la Conferencia Iberoamericana inciden en las creación de las condiciones que favorezcan la solución de los problemas concretos que llevaron la participación latinoamericana en el comercio mundial del 12% en 1950 al 3% en esta década.

No puede aseverarse que la región no haya andado los caminos adecuados, al menos en relación a los ejemplos dados en Europa. Sin embargo, el problema esencial radica en la pérdida del poder adquisitivo de la población, las altas tasas de interés, el retraso de las tasas de cambio, la modernización fiscal, etc.

4.- Comentamos la importancia contundente que tiene la globalización y, específicamente, la movilidad de las empresas transnacionales, inversiones y alianzas estratégicas que operan

en la Tríada con provecho de los adelantos tecnológicos de comunicación que reducen los espacios físicos. Pero el rol desempeñado por el PARI, ASEAN y China se deja sentir.

La Comunidad Económica Europea (Unión Europea) es la que ha ido más lejos: política agrícola común, estabilización de los mercados, etc., proporcionando un apoyo a los sectores de avanzada (“high-tech”) con reales capacidades competitivas (“compagnie di bandiera”) y a los sectores amenazados, reestructurándolos. Desde 1994 está la Unión Europea y la Comisión Europea de Libre Comercio, establecida la meta ya iniciada de la Unión Económica y, no sin tropiezos, un sólo signo monetario (ECU).

La NAFTA (“North American Free Trade Agreement”) ha logrado éxitos con la aprobación del Congreso estadounidense a un acuerdo con Canadá y México. Sin embargo, tiene un papel secundario en Estados Unidos en relación a las políticas macro/microeconómicas de carácter nacional y se comenta la desarticulación de la Secretaría de Estado, entusiasta impulsora, con la de Comercio.

En Asia del Pacífico Occidental hay iniciativas que cobran importancia, considerando que algunas tienen un carácter político y consultivo: Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) sobre la base de los aranceles regionales preferentes (Tailandia, Indochina, Filipinas, Malasia, Singapur, Brunei); el Acuerdo de Cooperación Económica del Pacífico Asiático (APEC), sobre bases económicas y culturales (ASEAN, EE. UU., Canadá, Australia, Nueva Zelandia, Japón, Corea del Sur); la Zona Económica del Mar Amarillo, en tramitación (Malasia, norte de China, Japón, Corea del Sur); Zona Económica de Tonkin-Mekong, activado por el sector privado (Hong Kong, sur de China, Vietnam, sureste de Tailandia, Laos); Triángulo del Crecimiento, sector privado (Malasia, Indochina, Singapur); y Zona de la Cuenca del Japón, en trámite (Lejano Oriente de Rusia, tres provincias del noreste de China, Corea del Sur y del Norte, Japón).

En Europa Central se evidencian la Cooperativa Regional de los Balcanes, en base a la cooperación económica e industrial (Albania, Bulgaria, Grecia, Rumania, Turquía y antes Yugoslavia); Consejo de los Estados Bálticos, en base a la cooperación económica y cultural (Austria, Italia, Hungría, República Checa y Eslovaquia); Consejo Laboral de la Región de de Donau, basado en la cooperación económica y cultural (Austria, Cuenca de Donau, Serbia, Moldavia); e Iniciativa Adriática, área de transporte (Albania, Italia).

Es de suponer que hay un cruce progresivo de experiencias centrales y periféricas apoyadas, sobre todo, en la llamada “deslocalización” de las inversiones, aunque se ha

advertido que corremos en peligro de un mundo con países demasiados ricos (islas de prosperidad) frente al resto de los países demasiados pobres (mar de miserias). Tal deslocalización, ubicación de inversiones en los países pobres, es una oportunidad de inserción en el fenómeno global a pesar de los reiterados reproches de un dumping “social” (mano de obra barata), sumado al “ecológico” (empleo indiscriminados de recursos no renovables).

En el juego planteado, la emergencia de los “Tigres Asiáticos” es aleccionadora. La búsqueda y captura de mercados implica acuerdos regionales o globales y tender puentes inevitables a pesar de la resistencia de Japón, Europa Occidental y Norteamérica.

5.- Es evidente la vinculación entre integración y globalización, dejando atrás los acuerdos meramente binacionales. En relación a Venezuela (y al resto de América Latina), obliga a la decidida modernización de su economía y, aceptando plenamente el fenómeno comunitario, la profundización de los programas, mecanismos e instrumentos que involucren al sector público y -con mayor decisión- al privado. Los negociadores que sobresalieron en funciones públicas cuando estábamos comprometidos con las políticas de sustitución de importaciones, ya comparten la mesa de trabajo con aquellos que tienen una visión contemporánea de los problemas, imponiéndose sus criterios en razón de las realidades que se viven. Podemos apuntar a la Tríada (Europa, Norteamérica y Japón), pero -rompiendo con esa vieja visión y aprovechando los adelantos en el terreno de la telemática, ofimática, etc.- podemos irrumpir en escenarios físicamente distantes como Asia y contactar otros que en Europa Centro/oriental a principios del próximo siglo tendrán que incursionar e intensificar los acuerdos integradores. Hay problemas no resueltos como el del proteccionismo de los países desarrollados cuyo discurso en favor del libre comercio contrasta con los hechos, pero cada día se hace más difícil tomar medidas contra los automóviles japoneses que se mercadean en Europa porque son hechos en Estados Unidos.

También habría que considerar la probable dispersión de los esquemas de integración, restándole eficacia a las experiencias ensayadas. Alfredo Toro Hardy, quien ha acentuado las desventajas del libre comercio, expresó en un viejo ensayo: “La puesta en práctica de una zona de libre comercio o de una unión aduanera no constituye, por tanto, un fin en sí mismo. Lo importante no es tanto que nuestros países se abran a la competencia entre sí, sino que aumenten su capacidad competitiva con miras a retos mayores. Lo importante es, que la puesta en contacto entre productores subregionales genere mecanismos de cooperación productiva entre éstos, susceptibles de aumentar su competitividad internacional. En el fondo, la integración en marcha busca esencialmente coaligar esfuerzos para enfrentar mejor el reto de unas economías volcadas hacia el exterior de la propia región” .

En consecuencia, por una parte, encontramos como inevitable contexto caracterizado por la diversidad y cruce de los esquemas de integración, declarados y consolidados como tales o solapados a través de los mecanismos de consulta política y acuerdos culturales. Y por otro, las generaciones más recientes sabemos que ya se ha dejado muy atrás la visión exclusivamente fundada en los Estados Nacionales, aunque persista en algunos líderes de opinión, y el reto de la modernización económica pasa por el de la integración, la que es capaz de reinsertarnos en la globalización.

(Una versión del presente trabajo fue publicada en el Suplemento Económico del diario "El Globo", 13/01/97)

¿Una larga cadena?

Sentimos satisfacción ante la decisión de extraditar a Pinochet. Incluso, recientemente, Domingo Alberto Rangel señaló que John Straw había realizado el trabajo que rehusó hacer la izquierda chilena. Algo incendiario y propio del reconocido columnista. No obstante, lo que ha sido una evidencia del déficit o deterioro del Estado en América Latina, puede convertirse en una larga cadena y no dejamos de preguntarnos si eso es lo conveniente y hasta lo justo, porque la pretensión quizá llegue a gente inocente.

En la edición digital de "Rebelión" de España, Mario Amorós desea la extradición de Henry Kissinger, tan culpable como Nixon por el violento ascenso de la Junta Militar en 1973, aunque dificultamos, en el segundo de los casos, que pueda hacerse algo. Agrega a la lista a Patricio Alwyn, imputándole un delito de opinión, aunque sugiere entrelíneas otros de acción y omisión.

La impunidad es mala consejera, pero creo que el "aporte" de una persecución interminable que puede arribar en el fusilamiento acaso misilístico, moral y físico. Recordemos el doble ajusticiamiento que dibuja Carlos Fuentes en "Gringo viejo": el jefe militar decide fusilar de nuevo un cadáver para darle visos de una legitimidad revolucionaria que ya había extraviado en la botella de una festiva tequila que no calmaba la sed.

Hay un mundo por delante. No podemos invocar una persecución tan universal, como la anhelada por no pocos sectores de opinión, sin esa previa interpelación: ¿y si ese destino

nos alcanza por el sólo hecho de escribir, de opinar, de inquietarnos?. Esto es, cubriendo a justos y pecadores en una rabia expansiva, indetenible, devastadora.

(Economía Hoy, 05/01/99)

Urgente reivindicación

Muy lentamente, el Estado en América Latina ha sufrido un destartalamiento interior innegable. Apenas luce como un sobreviviente de la década perdida, aquellos años '80 transitados por teóricos y estadistas que trataron de tomar la punta del hilo, halando fuertemente hasta deslegitimarlos. Sobran los discursos en torno a la impotencia del Estado, pretendiendo el mercado como realidad absoluta, sin alcanzar un punto de equilibrio entre ambas expresiones.

La globalización no se entiende sin la fortaleza del Estado en el contexto actual. No hay redimensionamiento sin un piso fuerte y estable. Y no es por culpa de las utopías que se ha deshilachado, sino por las circunstancias terribles que todavía lo sorprenden.

La operación "Casablanca" puso en evidencia una gran debilidad interna. Sin recursos humanos y materiales, al menos con la suficiencia y eficacia deseadas, dependemos de fuerzas externas que hagan el favor de dismantelar el delito en este lado del mundo. Otro Estado realiza el esfuerzo de sanear su propio patio y así llega a nuestro país como el puerto inevitable donde fondean sus investigadores. La DEA cumple con una misión difícil de imitar, aunque disintamos de su arrogancia extraterritorial.

Recientemente, nos enteramos por la prensa del descubrimiento de una falsa Jefatura Civil al oeste de Caracas, mediante la cual se celebraban matrimonios y se certificaban determinadas circunstancias. Por fortuna, las autoridades dismantelaron esa sofisticada mafia, aunque cuatro años después, pero no oculta que la Jefatura Civil real seguramente está abarrotada, no puede responder policialmente a los retos delictivos del sector y, ante el requerimiento de los ciudadanos, éstos encuentren una vía más expedita para sus diligencias, ignorando su absoluta falsedad.

Acrescentado, existe un imaginario liberal que condena y desprecia al Estado en nombre de la radical libertad de mercado o so pretexto de los agentes de la corrupción que lo mediatizan. Sin embargo, en el contexto de un acertado modelo de desarrollo, la reivindicación del Estado es urgente.

(El Globo, 04/10/98

INDICE

INTRODUCCION

Notas sobre política y gobernabilidad 2

I) CULTO A LA SIMPLICIDAD

A) ¿Cuál realidad? 16

B) ¿Cuál convivencia? 39

II) LA RENTA POLITICA

A) Del pasado al presente 44

B) Razón y presentimiento 53

C) La llamada antipolítica 70

D) Anomia, desregulación y espectáculo 95

E) Partidonimia 107

F) ¿Nadan los peces? 118

III) CAMPO MINADO

A) Las puntas del hilo 132

B) Rompecabezas constituyente 162

C) Los hilos autoritarios 181

D) El régimen del habilitazgo 217

E) Pista y campo 220

F) Claves de bóveda 226

IV) LA OTRA POLITICA

A) Un ligero apunte sobre el poder 231

B) En la vía 243

C) La telaraña global 262

V) ANEXO

Vox Populi: Política y antipolítica 273